

## CAPÍTULO V

### LA CENTRAL OBRERA BOLIVIANA

#### 1 ANTECEDENTES

La Central Obrera Boliviana (COB) constituye la más importante realización y experiencia sindical de las masas bolivianas en los campos organizativo e ideológico, posteriormente sólo opacada por la Asamblea Popular. Si hubo realmente -inmediatamente después de 1952- un verdadero comando revolucionario de las masas, ese fue la Central Obrera Boliviana de la primera época.

Muchos quieren ver en ella una inesperada aparición, como si fuera producto exclusivo de la revolución social de 1952 o de la acción exclusiva del Movimiento Nacionalista Revolucionario. Contrariamente, se trata del resultado de la rica experiencia de los explotados y oprimidos, de toda la historia del movimiento obrero y del alto grado alcanzado por la evolución de la conciencia clasista.

Ni duda cabe que la Central Obrera Boliviana -mejor que ninguna otra organización- reflejó directamente la apasionada y persistente lucha partidista e ideológica librada en el seno de los sindicatos obreros.

Inmediatamente después de abril fue la Central Obrera Boliviana el poder político más importante y se convirtió en el escenario de la disputa por lograr el control político del país. Todo esto viene a confirmar la preeminencia del proletariado, particularmente de su sector minero, en el proceso revolucionario, cuestión que aún sigue en debate en el plano teórico.

El capítulo décimo de la famosa y masivamente difundida "Tesis de Pulacayo" está dedicado a fundamentar -desde el punto de vista revolucionario- la consigna de una poderosa y única Central Obrera timoneada ideológicamente por el proletariado, cierto que en Bolivia cuantitativamente minoritario. El libro titulado "El marxismo en Bolivia" no está equivocado cuando ve en la mencionada Tesis "la simiente de la futura Central Obrera Bolivia" <sup>1</sup> y en apoyo de su afirmación cita el siguiente párrafo del mencionado documento: "la lucha del proletariado boliviano precisa forjar la granítica unidad. Necesitamos estructurar una poderosa Central Obrera".

A partir de la segunda década del presente siglo, la clase obrera boliviana tuvo la preocupación fundamental de poner en pie su comando único en escala nacional. Fracasaron, una y otra vez, los numerosos ensayos en ese sentido. No hay duda que eran verazmente revolucionarias algunas de las plataformas aprobadas por los diversos congresos obreros nacionales, con la intención de que sirviesen de cimiento a las proyectadas confederaciones de trabajadores. El experimento hecho en ese sentido antes de la catastrófica guerra del Chaco -fue la piedra de toque para las diversas corrientes ideológicas de la época- tuvo relativo éxito, pero no pudo sobrevivir a la áspera pugna desencadenada entre las tendencias anarquistas y marxistas. Toda unidad y cooperación entre estas fuerzas antagónicas fue por demás efímera y llena de vericuetos y malos entendidos.

El aplastamiento de los ácratas permitió que floreciese por muy breve tiempo la unidad obrera alrededor de la bandera de la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia, que se presentó como revolucionaria, marxista y heredera de todo lo positivo que se había hecho antes. Conoció escisiones timoneadas por figuras puramente obreristas, por las corrientes marofistas y las controladas por la AFL y el imperialismo norteamericanos.

Si la CSTB concluyó aplastada por el propio y pujante movimiento proletario, si no pudo adaptarse -organizativa e ideológicamente- a las nuevas modalidades del sindicalismo se debió a su total sometimiento a la orientación política impresa por el stalinista Partido de la Izquierda Revolucionaria -invariablemente

---

1.- Tercer Congreso de la Confederación Interamericana de Defensa del Continente, "EL MARXISMO EN BOLIVIA", fechado en Santiago de Chile el año 1957.

comprometido con la reacción rosquera- y la CTRL. La Confederación Sindical de Trabajadores, de Bolivia concluyó como un remedo de central obrera condenada a seguir las sinuosidades de la política del Kremlin. Por un momento pudo explotar la tendencia instintiva de los trabajadores hacia la unidad, pero estuvo atacada de una aguda e irremediable esclerosis, esto desde su primera infancia, lo que no le permitió superar autocrítica sus innumerables y constantes errores.

La Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia no fue más que la fuerza de choque del Partido de Izquierda Revolucionaria y su misión se redujo a dar un tinte popular al contubernio de la presunta izquierda con la rosca minera. Debutó prestando un ministro "obrero" al gobierno militar presidido por el coronel David Toro, al que testarudamente llamó "socialista". Más tarde fue masa, base de sustentación artesanal, tanto de la Unión Democrática Boliviana como del Frente Democrático Anti-fascista. Actuó también como contingente electoral que aseguró el triunfo de los candidatos parlamentarios piristas, muchos de ellos envueltos en trajines francamente contrarios a los intereses obreros. La conducta de la CSTB fue francamente de colaboración con la clase dominante.

La Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia fue la última central artesanal, hecho decisivo que contribuyó a definir su estructura organizativa y su orientación ideológica. Para la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia los sectores genuinamente proletarios, poco numerosos con relación al artesanado, por ejemplo, debían estar sometidos -en la práctica lo estaban por la proporcionalidad en las representaciones con referencia al volumen demográfico de las organizaciones- a la dirección artesanal, que constituía una de las tradiciones conservadoras de nuestro sindicalismo. Muchos de los organizadores sindicalistas del pasado salieron del artesanado y se formaron en los viejos partidos de izquierda, constituyéndose en una especie de inteligencia pequeño-burguesa. En su conducta se percibe mucho de la herencia del pasado pre-capitalista, de los gremios artesanales y una inclinación natural hacia el parlamentarismo y la cooperación con la clase dominante.

La estructura organizativa y la orientación ideológica de la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia estaba muy lejos de corresponder a la evolución que se había operado entre los trabajadores durante los decenios últimos. La clase obrera no solamente se fortaleció cuantitativamente -esto último como consecuencia, principalmente, del surgimiento de la industria fabril paceña y del impulso dado a la construcción- sino que sufrió una profunda transformación en su conciencia; partiendo de la lucha económica se vio obligada a librar batallas políticas y a buscar afanosamente un derrotero revolucionario, es decir, de independencia clasista. El surgimiento de confederaciones y federaciones obreras de estructura vertical, después de romper el tegumento de las Federaciones Obreras Sindicales, fue el resultado de este fenómeno. Los sindicatos de las minas y la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia llevaban su propia existencia.

La Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia entró en conflicto con las nuevas organizaciones, en lugar de identificarse con ellas. Estaban, pues, en choque no solamente dos formas de organización sindical, sino dos concepciones políticas opuestas. En tales circunstancias, solamente a un retrógrado o a una víctima de los prejuicios artesanales, se le podía ocurrir propugnar la unidad de los sectores proletarios dentro de la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia; tal consigna al materializarse, habría importado desarmar políticamente a la clase obrera, y colocarla detrás de la pequeña-burguesía artesanal. Por otro lado, la CSTB se encontraba totalmente desprestigiada y había perdido el control de la mayoría de los trabajadores. Los stalinistas se lanzaron a una rabiosa campaña en pro de la unidad bajo la bandera desprestigiada por ellos mismos; utilizando a las direcciones de los ferroviarios, sector en el que todavía conservaban parte de su autoridad, agotaron todos los recursos para atraer a los mineros al seno de la caduca Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia<sup>2</sup>. Esta central ya caduca, en su afán de sobrevivirse a sí misma, se esforzó por trabajar en forma conjunta con federaciones y confederaciones proletarias.

La justa comprensión de una de las más importantes consignas de la "Tesis de Pulacayo" sería imposible si se ignorase tal panorama político-sindical.

---

2.- Guillermo Lora, "LA REVOLUCIÓN BOLIVIANA (Análisis crítico)", La Paz, 1964.

No se trataba ciertamente de una discusión puramente sindical de fricciones entre ambiciones caudillistas o cosas por el estilo. Las divergencias sindicales y políticas se entrecruzaron y éstas últimas, al adquirir preponderancia, definieron el curso que debían seguir las organizaciones obreras. Dos partidos políticos relativamente nuevos, el Partido Obrero Revolucionario que aparece en 1946 y el Movimiento Nacionalista Revolucionario fundado en 1941, atacaron frontalmente al stalinismo y señalaron una nueva posibilidad de lograr la efectiva unidad del movimiento obrero: una central timoneada políticamente por el proletariado y cimentada en una amplia democracia sindical. Pero, antes de alcanzar ese objetivo fue preciso realizar ensayos y sobreponerse a los fracasos.

La Central Obrera Boliviana basada en la "Tesis de Pulacayo" fue la expresión de una nueva realidad política, no prevista y más bien combatida por la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia: la transformación revolucionaria bajo la dirección política de la clase obrera y la total superación del período artesanal de nuestra historia social. En este sentido la Central Obrera Boliviana apareció como la negación de la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia stalinista y como la continuadora de las tendencias revolucionarias de las otras federaciones obreras que naufragaron antes de la guerra del Chaco.

Los que consideran equivocadamente que la Central Obrera Boliviana ha sido la primera y única Central sindical de contornos modernos están equivocados del todo y concluyen distorsionando la historia sindical boliviana, preñada de ensayos y propuestas destinadas a poner en pie poderosas direcciones sindicales nacionales y únicas.

Hasta la víspera de la creación de la Central Obrera Boliviana, las federaciones y sindicatos más avanzados e influenciados por el marxismo no cesaron ni un minuto en su empeño de crear una Central Nacional digna de los tiempos que se vivían.

## 2 LA CENTRAL OBRERA NACIONAL

El bloque político conformado por la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia y el Partido Obrero Revolucionario -envió al parlamento de 1947 una fracción de senadores y diputados llamada Bloque Minero Parlamentario- fue uno de los factores que en mayor medida contribuyó a la estructuración de la llamada Central Obrera Nacional (CON), el más serio esfuerzo realizado hasta entonces para sustituir a la ya caduca Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia por una central proletaria. El stalinismo adoptó abiertamente una conducta contrarrevolucionaria y se esforzó por seguir atrayendo a las masas hacia las posiciones de la CSTB que controlaba de manera directa.

"Un grupo de dirigentes mineros, gráficos y fabriles concibió y lanzó la idea de ir a la formación de una nueva Central, que viniera a sustituir la dirección de la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia, cuyos líderes de habían convertido en instrumentos dóciles de la burguesía" (Agustín Barcelli) <sup>3</sup>.

El once de diciembre de 1946, es decir, casi inmediatamente después del importante congreso de Pulacayo, la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia se reunió con portavoces de la Federación de Trabajadores en Harina, La Federación Nacional de Trabajadores Gráficos y la Unión Sindical de Fábricas de Oruro, a fin de sentar las bases de la futura Central Obrera Nacional. Se acordó dirigirse a las bases de diferentes organizaciones laborales para que se integren a la nueva Central y preparen un congreso nacional de trabajadores. En la convocatoria para la organización de la Central Obrera Nacional se consignaba el principio de la proporcionalidad de los sectores sociales según su importancia, esto para la designación de delegados ante la Central, de esta manera los trabajadores mineros serían la fuerza decisiva.

Este planteamiento reflejaba lo que estaba ocurriendo en las calles: las masas, incluyendo a las capas pequeño-burguesas, se incorporaban a la lucha reconociendo a los mineros como a su vanguardia. No en vano la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia polarizó la atención popular por su heroica e incansable lucha opositora a los gobiernos que siguieron al golpe contrarrevolucionario del 21

---

3.- "MEDIO SIGLO DE LUCHAS SINDICALES REVOLUCIONARIAS EN BOLIVIA", A, Barcelli, La Paz, 1957.

de julio de 1946.

La Central Obrera Nacional en su manifiesto inaugural expresa que se coloca frente "a aquellos que se dicen ser obreristas y que al haber pactado con la rosca dejaron de ser los representantes de las clases oprimidas" y rechaza las acusaciones oficialistas y piristas en sentido de que la nueva Central no era más que un puñado de nazi-fascistas.

La Central Obrera Nacional asumió una actitud inconfundible de repulsa a la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia: "Obedece consignas de partidos políticos que sirven incondicionalmente a la rosca; por ello, el proletariado boliviano nada tiene que ver con ese cadáver putrefacto que es la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia y que se mantiene en pie porque la burguesía tiene miedo de quedar sola frente al movimiento obrero ascendente que lucha por destruir definitivamente al sistema capitalista y a sus sirvientes".

Esta belicosidad le quitó a la nueva organización muchos adeptos, porque no pocos preferían quedarse contemplando la disputa para no comprometerse de manera directa. Era indiscutible que no había llegado todavía el momento de sepultar a la stalinista Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia.

Es cierto que la Central Obrera Nacional concentró, desde el primer momento, a lo más avanzado del proletariado, que vio en ella a la Central que encarnaba el punto culminante de su lucha contra el contubernio del Partido de la Izquierda Revolucionaria con la derecha y contra las mal andanzas de su fracción sindical, la CSTB.

Ni duda cabe que la Central Obrera Nacional era cien por cien revolucionaria, pues debe tenerse presente que fue modelada por la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia a su imagen y semejanza y su finalidad -confesada públicamente- no era otra que la de luchar por la materialización de la "Tesis de Pulacayo". En las circunstancias bajo las que en ese momento vivía el país, tal puritanismo ideológico-revolucionario llevaba implícito el riesgo de convertirse en sectarismo. Las tendencias aislacionistas que actuaban eran externas y violentaban las decisiones de sus dirigentes que deseaban vivamente atraer hacia la Central Obrera Nacional tanto a todos los sectores proletarios, de la clase media como de los campesinos.

Siguiendo una de las tradiciones más importantes del sindicalismo boliviano, del movimiento marxista y como un anticipo de lo que será después la Central Obrera Boliviana, la Central Obrera Nacional organizó a los campesinos sindicalmente, los incorporó a su seno y desarrolló una impresionante campaña de denuncias, ligándola, como siempre, a su lucha contra la rosca, contra la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia y contra el pirismo stalinista. Esa persistente campaña fue librada utilizando sueltos y las páginas de "Lucha Obrera"<sup>4</sup>, que apasionadamente apuntaló a la nueva Central. La Central Obrera Nacional y el Partido Obrero Revolucionario coincidían en la crítica acerba volcada contra el gobierno de "unidad nacional", en el que se mezclaban piristas, pursistas y otras gentes de derecha.

En el mes de enero de 1947 se produjo la sangrienta represión de los campesinos de Tapohoco, un rincón perdido de la altiplanicie paceña. Se repitió la experiencia de siempre: los intentos de sindicalización en el agro y la resistencia a los excesos del gamonalismo y de las autoridades fueron violenta y despiadadamente aplastados. La represión alcanzó a los anarquistas de la Federación Obrera Local, que tenían trabajos de sindicalización adelantados en el campo.

La Central Obrera Nacional, en su denuncia de once de enero de 1947, dice:

"Las reivindicaciones obreras y campesinas han sido respondidas en toda época con la metralla asesina del verdugo uniformado... y ahora le ha tocado el turno a Tapohoco, que ha soportado la represión del rosco-pirismo imperante, apuntalado por la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia". Se añade que esta última, al guardar silencio sobre dicho asesinato, ampara a "sus ministros Alcoba y Bilbao la Vieja", el primero de Trabajo y Previsión Social y el segundo de Gobierno.

"Las causas de la masacre: la construcción de escuelas ("clarinazo del despertar campesino") y la

4.- El N° 1 de "LUCHA OBRERA", órgano del POR, apareció en La Paz, el 14 de febrero de 1947, bajo la dirección de G. Lora.

sindicalización ("que destruirá para siempre el régimen esclavista en el que millones de campesinos son explotados en beneficio de los grandes gamonales". La Sociedad Rural Boliviana, organización de los latifundistas, había pedido al gobierno reprimir violentamente los movimientos de rebeldía que se venían registrando en el agro. La Central Obrera Nacional se solidarizó con la Federación Obrera Local de La Paz.

Por sugerencias de la Central Obrera Nacional, la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia también se pronunció públicamente en favor de los campesinos. Lo más terrorífico de la represión en el agro fue encomendado al ejército. El Comandante de la Región Militar de Oruro -coronel Jorge Blacutt-<sup>5</sup> (acusó a la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia de ser la "instigadora de los movimientos indígenas". La rectificación enérgica no se dejó esperar, bajo la firma del Secretario General de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia y fechada el 13 de febrero de 1947.

En "Lucha Obrera", de 23 de marzo de 1947, encontramos una columna bilingüe (castellano y aymara) en la que insta a los campesinos a organizarse sindicalmente e ir a engrosar a la Central Obrera Nacional: "Para romper las cadenas del pongueaje no nos queda más camino que organizarnos, como nuestros hermanos obreros, en sindicatos...

"¡A la lucha, camaradas indios, organizando sindicatos! En cada hacienda, en cada ayllu, se debe forjar un sindicato potente y disciplinado. Imitemos el ejemplo de nuestros hermanos de Cinti y de otros lugares que ya tienen sindicatos organizados y forman parte de la poderosa Central Obrera Nacional".

En el mismo número del vocero periodístico porista se incluye una denuncia contra los abusos cometidos por la empresa Patiño en sus grandes haciendas de Cinti, donde oficiaba de gerente Julio Ortiz<sup>6</sup>.

A comienzos del año 1947 se organizaron los sindicatos agrarios de las haciendas Incahuasi y Hornos, que se sumaron a la Central Obrera Nacional. La nómina de sus dirigentes quedó consignada en la prensa de izquierda:

#### **Sindicato Agrario de Colonos de Incahuasi:**

Rigoberto Flores, Secretario General;  
Ignacio Vera, Secretario de Relaciones;  
Juan Cusi, Secretario de Hacienda;  
Natalio Flores, Secretario de Actas y  
Melquiades Impa, Secretario de Vinculación.

#### **Sindicato de Colonos de Hornos:**

Manuel Cruz, Secretario General;  
Juan Cruz, Secretario de Relaciones;  
Anastacio Borda, Secretario de Hacienda;  
Martín Impa, Secretario de Conflictos y  
Analco Llanos, Secretario de Prensa.

Los campesinos continuaban en su batalla contra las gabelas feudales que seguían pesando sobre ellos y por el cumplimiento de algunas disposiciones legales que les favorecían. El famoso Moisés Impa, actuando a nombre de más de seiscientos "arrenderos de la región de Incahuasi, recurrió al Fiscal General de la República -Sucre- en pos del amparo ante los abusos patronales" y la abolición del diezmo, todo conforme a las leyes en vigencia. "Actualmente por cada veinte corderos deben entregar uno al patrón cada año o su equivalente en dinero".

Ramón Donato Ramos se perfiló como el caudillo de la Provincia Pacajes, donde quince mil campesinos (cantones Berenguela, Achiri, San Andrés de Machaca) se organizaron en un poderoso sindicato. A diario aparecían más y más sindicatos, que no solamente se adherían a la Central Obrera Nacional, sino que

5.- "LA PATRIA", Oruro, 13 de febrero de 1947.

6.- "INDIGENAS ... :!FORJEMOS SINDICATOS PARA ROMPER LAS CADENAS DE LA SERVIDUMBRE! ¡PATIÑO, GAMONAL SIN ENTRAÑAS! ("LUCHA OBRERA"), La Paz, 23 de marzo de 1947.

decían defender la “Tesis de Pulacayo”, ya difundida a lo largo y a lo ancho del país.

Los apresamientos de dirigentes sindicales campesinos menudeaban; eso es lo que ocurrió en Copacabana -abril de 1947-, por ejemplo. Los rúbulas figuraban entre los explotadores de campesinos. : En el acta de fundación del sindicato los campesinos pidieron garantías al gobierno y denunciaron como a sus verdugos a Flavio Urquiza, Manuel y Celestino Palma. Los portavoces de los arrenderos de la hacienda Manhuata, denunciaron que los trabajadores, después de haber sido expulsados de sus parcelas, cayeron en las garras del abogado Héctor Alemán, quien los esquilma con el pretexto de realizar imaginarios trámites ante las autoridades. “Lucha Obrera” de mayo de 1947 denunció que las autoridades de Cochabamba hicieron encarcelar y flagelar a treinta y cinco campesinos acusados de alentar la organización de sindicatos, dicho periódico consigna la lista de las víctimas.

En la hacienda Carma -departamento de Potosí- los campesinos eran una mezcla de pongos y “arrenderos”; entre sus “obligaciones” se encontraban las siguientes: trabajo gratuito de sesenta días al año, incluyendo el aporte de una yunta, forraje y aperos de labranza, además de treinta cargas de abono animal; traslado gratuito de veinte cargas de leña anual hasta Potosí y de cuarenta a la hacienda, servicio de siete días en calidad de pongos y mitanis en la hacienda; venta obligatoria de un cordero por la irrisoria suma de ciento sesenta bolivianos, entrega por el pongo de cuarenta y cinco huevos a treinta centavos cada uno; venta especial al administrador de un cordero al año por cinco y siete bolivianos, de una sogá de cuatro brazadas por un boliviano; préstamo de acémilas a la hacienda, los campesinos que no eran sus dueños estaban obligados a tomarlas en alquiler; pisado de chuño durante cuatro días sin salario; traslado a Potosí de diez cargas de productos; pago de arriendo anual según la extensión (cincuenta, setenta bolivianos, etc.). La denuncia aparece firmada por Severo Uño, Ernesto Porco, Celestino Rodríguez, Vicente Olomero, Manuel Porco, José Quinteros, Hilarión Alfonso <sup>7</sup>.

Seguramente la mayoría de la opinión pública no estaba debidamente informada de los métodos bestiales que utilizaba el gamonalismo para doblegar a los campesinos. El Sindicato de Campesinos de la Provincia Omasuyos denunció ante la Central Obrera Nacional que Mario Chacón, propietario de la hacienda Compi, cooperado por su administrador Benjamín Ugarte, flageló bestialmente al colono Lorenzo Paz.

La sindicalización de los campesinos comenzó en las regiones tradicionalmente más combativas del agro y allí donde era evidente la influencia de los agitadores venidos de las ciudades y de los sindicatos mineros (muchas zonas potosinas, Colquiri, etc.).

El 16 de abril de 1947, el Sindicato de Colonos de Colquiri envió una nota a la Central Obrera Nacional anunciándole su constitución y fijando su línea de conducta: “se ha decidido solicitar la afiliación del Sindicato a la Central Obrera Nacional y reconocer como propia la línea de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia, es decir, la Tesis aprobada en el Congreso de Pulacayo. Por ello pedimos a esa Central Proletaria que, por medio de la FSTMB, instruya a su sindicato que funciona en el asiento minero de Colquiri, para que nos coopere y ayude en todos los conflictos que se presenten con los latifundistas”.

El Sindicato estaba formado por cinco mil campesinos y la siguiente fue su primera mesa directiva:

Angel Pimentel, Secretario General;  
Andrés Tórres, Secretario de Relaciones;  
Paulino Alvarez, Secretario de Hacienda;  
Donato Alvaro, Secretario de Vinculación;  
Moisés Luna, Secretario de Propaganda;  
Juan Cansio Cale, Secretario de Conflictos;  
Manuel Canaviri, Secretario de Correspondencia y  
Nicolás Cáceres, Secretario de Actas <sup>8</sup>.

Los ejemplos sobre sindicalización campesina podrían citarse indefinidamente, lo transcrito es suficiente para poner de relieve una de las tendencias fundamentales que animaba a la Central Obrera Nacional.

A principios de marzo de 1947 los empleados públicos de La Paz organizaron su propio sindicato. Una

7.- “Los indígenas de la hacienda Carma Denuncian...” en “Lucha Obrera”, La Paz, 1º de mayo de 1947.

8.- “Se ha organizado el Sindicato de Colonos en Colquiri”, en “Lucha Obrera” de La Paz, 11 de mayo de 1947.

asamblea nominó la siguiente directiva:  
R. Rivera Sotomayor, Presidente;  
Edwin Moller, Secretario de Relaciones;  
Carlos López, Secretario de Prensa y Propaganda;  
Jaime Velasco, Secretario de Conflictos;  
Guillermo Alcazar, Secretario de Hacienda;  
René Justiniano, Secretario de Asistencia Social;  
Moisés Ponce de León, Secretario de Estadística;  
Rafael Barja, Secretario de Cooperativas y Jubilaciones y  
Carlos Chacón, Secretario de Actas.

Esta primera reunión de empleados públicos acordó convocar a una otra asamblea general para la aprobación de los estatutos correspondientes <sup>9</sup>. Casi inmediatamente fue puesto en pie el Sindicato de Empleados de la Municipalidad de La Paz. La directiva hizo un llamado para que todos los empleados se sumasen a dicho movimiento en vista de que "el empleado público no goza en la actualidad de ninguna garantía en lo que concierne a la conservación de su trabajo..." y porque, solamente sindicalizándose podía luchar por su dignificación y contra la miseria creciente <sup>10</sup>.

La tendencia de la sindicalización de los empleados públicos vino aflorando en toda oportunidad de radicalización de la lucha de clases, para luego convertirse en corriente subterránea, en caso de derrota o de desbande de las masas. La Central Obrera Nacional no solamente que entroncó con esa tendencia sino que tomó a su cargo la tarea de impulsar la sindicalización de los funcionarios del Estado. Cuando vino el momento de luchar por el reconocimiento del derecho de asociación en favor de los empleados públicos ocupó la primera fila y en la batalla se jugó íntegra. Es importante su declaración del 19 de marzo de 1947:

"La Central Obrera Nacional resuelve apoyar incondicionalmente la sindicalización que realizan actualmente los empleados públicos.

"Declarar que en caso de que los poderes públicos se opongan a esta sindicalización arguyendo absurdos legalismos contemplados en la Constitución Política del Estado hecha en favor de la clase explotadora y en detrimento de la clase oprimida, acudirá en defensa de los trabajadores estatales movilizándolo sus fuerzas hacia una huelga general, para que esta conquista, reconocida ya en muchos países, sea también legalizada en Bolivia.

"Declarar enemigos de los trabajadores a los funcionarios del Estado que se opongan a la sindicalización y a los representantes nacionales, que pretextando la necesidad de un "escalafón", pretenden burlar una legítima aspiración de los empleados públicos".

La derecha y el gobierno vieron en el impetuoso movimiento de sindicalización de los empleados públicos una amenaza de magnitud e inmediatamente adoptaron las medidas necesarias para rechazarlo, contando con la complicidad del Partido de la Izquierda Revolucionaria y de la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia. El senador nada "honorable" Pedro Zilvetti declaró que este tipo de sindicalización importaba un grave peligro para el futuro del país. El Ministerio de Trabajo agotó todos los recursos en esta lucha anti-sindical.

La nueva organización laboral adoptó el nombre de Sindicato de Trabajadores del Estado, que estaba constituido por las Células Sindicales que funcionaban en todas reparticiones públicas. El objetivo más importante del momento de esta nueva entidad sindical consistía en conquistar su reconocimiento por parte de los poderes del Estado boliviano.

No hubo tiempo para la debida aprobación de los Estatutos, cuyo proyecto fue presentado a la asamblea de representantes para su estudio por los organismos de base. En el artículo primero de dicho proyecto se lee: "El Sindicato de Trabajadores del Estado es la agrupación de todos los trabajadores manuales e intelectuales del país con funciones permanentes en la Administración Pública y en ejercicio de cargos

9.- "Los empleados públicos se han sindicalizado", en "Lucha Obrera" de La Paz, de 16 de marzo de 1947.

10.- "Los empleados de la Municipalidad deben apoyar la sindicalización", en "Lucha Obrera", La Paz, 3 de abril de 1.947.

incluidos en los Presupuesto Nacional, Departamentales y Municipales". Los sindicalistas comenzaron a ser hostilizados en los lugares mismos de su trabajo y los sindicatos simplemente fueron ignorados por las autoridades del aparato estatal.

En el mes de abril de 1947 la Central Obrera Nacional decidió la huelga de los empleados públicos y su respaldo por las organizaciones dependientes de ella. A partir del 15 de abril comenzaron las huelgas escalonadas de los distritos mineros en apoyo de la demanda de sindicalización de los funcionarios estatales. En La Paz se realizaron manifestaciones con la misma finalidad y el Bloque Minero Parlamentario hizo escuchar su voz en las cámaras legislativas en respaldo de los servidores del Estado. Las demandas de ese sector se convirtieron en punto de partida de la movilización popular.

La huelga fue rota internamente y los empleados públicos retornaron al trabajo, dejando en situación embarazosa a las organizaciones sindicales que salieron a la calle y fueron hasta el paro de labores en su apoyo. Se señalaron al Partido de Izquierda Revolucionaria y a la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia como a responsables de este fracaso, acusación que tiene su fundamento en la certeza que tenían aquellas organizaciones de que el fracaso del movimiento pro-sindicalización de los empleados estatales podía significar el comienzo de la ruina de la flamante y amenazadora Central Obrera Nacional. Efectivamente, la quiebra de la huelga tuvo efectos negativos para la CON. El error consistió en haberse comprometido a fondo en un conflicto tan delicado y en haber desafiado a todos los poderes gubernamentales cuando recién se estaba en la primera etapa organizativa. La lucha decisiva fue librada prematuramente. El comunicado de la Central Obrera Nacional que se transcribe puso punto final al movimiento, al menos por ese entonces:

"Consecuente con su moral revolucionaria y fiel a sus principios, la Central Obrera Nacional ha materializado su apoyo (al Sindicato de Trabajadores del Estado) con las huelgas escalonadas que se van efectuando desde el día martes 15 del presente mes en los distritos mineros. El fracaso de la huelga se debe a la traición de los traficantes de organizaciones apócrifas como la Confederación sindical de Trabajadores de Bolivia y la Federación Obrera Sindical, que demagógicamente ofrecieron movilizar cuarenta sindicatos para respaldar a los camaradas trabajadores del Estado en su movimiento huelguístico.

"El fracaso de la huelga no es el fracaso del sindicato, ni tampoco es una derrota. Al contrario, es expresión de las inquietudes de la clase media desplazándose hacia el campo proletario. La vanguardia de la clase media se sumará a las filas de los revolucionarios que expresan la ideología de la clase obrera, en tanto que los traidores de hoy -los traidores de siempre- quedarán colgados en la picota del escarnio. Es indudable que sobre la experiencia de hoy se alzarán la victoria de mañana".

La Central Obrera Boliviana retomó esta línea de conducta acerca de la sindicalización de los empleados estatales y la profundizó.

La Central Obrera Nacional llevó su aliento organizador hasta allí donde nunca había llegado la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia, lo que, por otra parte, contribuía a darle fortaleza. Dio forma sindical a la gran masa de desocupados de las principales ciudades. El 19 de marzo de 1947 hizo su aparición el "Sindicato de Cesantes de Oruro", que se organizó para agrupar a todos los trabajadores desocupados de esa ciudad. En su primer comunicado dijo que se sumaba a la Central Obrera Nacional y se declaraba afiliado a la Federación sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia, además de que hacía suya la Tesis de Pulacayo.

#### **Directorio del Sindicato de Cesantes:**

Urbano Pasten, Secretario General;  
Luis Callisaya, Secretario de Vinculación;  
Primitivo Paz, Secretario de Beneficencia;  
Rafael Uzcamaita, Secretario de Conflictos;  
Donato Saavedra, Secretario de Hacienda, etc.

En el mes de abril del mismo año se organizó un sindicato similar en la ciudad de La Paz y que también fue a engrosar los efectivos de la Central Obrera Nacional.



La Central Obrera Nacional inmediatamente hizo tambalear a la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia, pues inclusive algunas Federaciones Obreras Sindicales tradicionales componentes de la CSTB- se sumaron a la novísima Central Obrera. Citemos algunos ejemplos:

En Sucre correspondió a los trabajadores gráficos iniciar la tendencia renovadora dentro del sindicalismo, cuya organización resolvió el 15 de enero de 1947, protestar "enérgicamente contra los dirigentes de la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia, censurando la actitud inconsulta de introducir en la política banderizada a la matriz nacional de los trabajadores de Bolivia, actitud que está reñida con el artículo 28, inciso g) de los Estatutos de la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia, "en resguardo de la dignidad de las instituciones representadas en la matriz regional". Finalmente, el Sindicato Gráfico acreditó a su representante ante la Central Obrera Nacional y dijo a la Federación Obrera Sindical que estaba obligada a seguir igual camino.

#### **Directiva del Sindicato Gráfico:**

Pedro Tórres, Secretario General;  
Armando Michel, Secretario de Relaciones;  
Adolfo Velásquez, Secretario de Actas;  
Crisólogo Ayllón, Secretario de Hacienda;  
Hely Orozco, Secretario de Prensa y Propaganda;  
José A. Silva, Secretario de Deportes y  
Aniceto Tórres, Secretario de Estadística.

Al día siguiente de haberse conocido la anterior resolución, la Federación Obrera Sindical de Chuquisaca se declaró parte integrante de la Central Obrera Nacional. Sirvió como justificativo de medida tan trascendental el apoyo prestado por la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia al binomio presidencial Guachalla-Francovich (Partido Liberal y Partido de la Izquierda Revolucionaria): "que dicha actitud de apoyo y colaboracionismo significa una traición a las clases desposeídas que solamente conseguirán la realización de sus aspiraciones aplastando a los oportunistas y demagogos". Sobre su adhesión a la Central Obrera Nacional dicen: "Apoyar, en vista de ese desgaste y degeneración de la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia, material y moralmente a la nueva organización de la Central Obrera Nacional, que se ha formado para defender los intereses eminentemente proletarios en el orden sindical, económico y social"...

La dirección de la Federación Obrera Sindical chuquisaqueña de ese entonces era la siguiente:

Feliciano Mercado, Secretario General;  
Juan Palacios, Secretario de Relaciones;  
Eduardo Villavicencio, Secretario de Hacienda;  
Reynaldo Navia, Secretario de Actas;  
Fernando Siñani -hijo-, Secretario de Conflictos;  
Pedro Tórres, Secretario de Prensa y Propaganda;  
Mariano Sagardía, Secretario de Estadística;  
Ernesto Rosso, Secretario de Organización;  
Isabel Mejía, Secretaria de Vinculación Femenina.

En Oruro se produjo un amplio movimiento en apoyo de la Central Obrera Nacional: "El 8 de febrero de 1947, en la ciudad de Oruro se reunieron con el propósito de formar la Central Obrera Local, los sindicatos Gráfico, Veleros, Mecánicos, Molineros, Mineros de San José, Panaderos, Carpinteros, Textiles, Peluqueros y otros <sup>11</sup>. En dicha reunión los delegados denunciaron que la Federación Obrera Sindical de

11.- "El proletariado de Oruro ingresa a la Central Obrera Nacional", en "Lucha Obrera", La Paz, 8 de marzo de 1947.

ese departamento había traicionado los intereses del proletariado, "convirtiéndose en un organismo de artesanos corrompidos, sirvientes de la rosca"; dijeron que la Central Obrera Nacional, según lo expresa su plataforma política que es idéntica a la de los mineros, "ha roto con el viejo sindicalismo dirigido por elementos burocratizados y se encamina por el sendero revolucionario". El ingreso de los artesanos al Comité Local de la Central Obrera Nacional se supeditó a su adhesión al programa revolucionario.

La nueva Central Obrera Nacional contaba con activistas en casi todos los sectores laborales y que trabajaban buscando nuevas adhesiones. La mayor parte de estos elementos eran militantes poristas.

La resonancia inmediata que alcanzó la Central Obrera Nacional se debió a la enorme atracción que sobre las masas explotadas ejercía la Tesis de Pulacayo y a la evidente radicalización del proletariado que siguió a las jornadas de julio de 1946.

La batalla decisiva contra la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia no fue ganada porque no pudo lograrse el ingreso a la Central Obrera Nacional de las organizaciones de fabriles y de ferroviarios en escala nacional, en este último sector campeaba todavía el pirismo.

Lo más que pudo hacerse fue neutralizar a la Unión Sindical de Trabajadores Fabriles de La Paz y que se autotitulaba nacional. Eso es lo que lograron los activistas de la Central Obrera Nacional. El Partido Obrero Revolucionario desarrolló una vasta campaña publicitaria buscando la afiliación de los fabriles a la nueva central: "La unidad proletaria, imprescindible en estos momentos, frente a la futura ofensiva de la burguesía, impone la urgente necesidad del ingreso de la Unión Sindical de Trabajadores Fabriles de La Paz a la Central Obrera Nacional"<sup>12</sup>.

A comienzos de 1947 la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia realizó su tercer congreso y los fabriles, juntamente con la Central Obrera Nacional y el Partido Obrero Revolucionario, criticaron acerbamente dicha reunión. Los portavoces de la Unión sindical de Trabajadores Fabriles actuaron dentro de dicho congreso para censurar la política stalinista, actitud que fue repudiada por los miembros de la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia. "En la inauguración del congreso las palabras de Florentino Quiroz, condenando la masacre de Potosí, fueron acremente censuradas, a coro, por el Partido de la Izquierda Revolucionaria, la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia, la rosca y su prensa".

La Unión Sindical de Trabajadores Fabriles estaba entonces dirigida por Florentino Quiroz Almaraz, nacido en Sipesipe (Cochabamba) el 14 de septiembre de 1911. De larga trayectoria sindical, comenzó trabajando como ferroviario y llegó a ser, primero, Secretario General del Sindicato del Ferrocarril Arica-La Paz y luego, en Uyuni, del Ferrocarril Antofagasta-Bolivia y Bolivian Railway.

Tanto la Central Obrera Nacional como el Partido Obrero Revolucionario parecieron ignorar la existencia de la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia marofista (una escisión de la CSTB stalinista). Seguramente no veían en ella un peligro y descontaban su desaparición pronta sin pena ni gloria.

La táctica sindical de la Central Obrera Nacional y de los trotskistas se identificaba de manera total. Tenemos un ejemplo en la radical plataforma de reivindicaciones inmediatas que enarboló la Liga Socialista de Empleados de Banco y que tan apasionadamente y en la manera apasionada en la combatió a la vieja dirección sindical tambaleante, hasta llegar a controlar el comando de la organización bancaria.

La Central Obrera Nacional dio pruebas de su sorprendente combatividad al colocarse en primera fila en todo conflicto laboral que estallaba, al tomar en sus manos, aún no del todo firmes, la solución de las demandas sindicales.

Los gráficos fueron a la huelga demandando mejoras económicas y lograron una victoria remarcable. La Central Obrera Nacional secundó el movimiento y hasta llegó a recolectar ayuda monetaria para los huelguistas. Los mineros actuaban como la artillería pesada de la nueva Central.

En el mes de febrero de 1947 se consumó el anunciado cierre de la Mina Oplaca (perteneciente a la 12.- "La Unión Sindical de Trabajadores Fabriles y la Central Obrera Nacional", en "Lucha Obrera", La Paz, 23, de marzo de 1947.

Patiño Mines) en sus secciones Siete Suyos y Santa Ana, lo que importó la desaparición de un sindicato combativo. Los mineros, en asamblea del 3 de febrero, se pronunciaron en favor de la ocupación de la mina, conforme a lo señalado por la Tesis de Pulacayo; sin embargo, los dirigentes retrocedieron en el momento de aplicar la medida por considerar que las condiciones no eran del todo favorables. De esta manera se inicia una serie de derrotas decretadas por la dirección de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia. Por su parte, la Central Obrera Nacional emitió un comunicado al respecto” .

En la lucha por la vigencia de la Ley de Retiro Voluntario, la Central Obrera Nacional estuvo junto a los mineros y fabriles, que realizaron paros y manifestaciones.<sup>13</sup>

El reducido equipo dirigente de la Central Obrera Nacional era una prueba más de que solamente logró dar los primeros en el plano organizativo.

#### **La dirección de la Central Obrera Nacional:**

Nelson Capellino, Secretario General;  
José María Zapata, Secretario de Relaciones y  
Miguel Alandía Pantoja, Secretario de Organización Sindical.

Estos dos últimos elementos volverán a aparecer como animadores de la futura Central Obrera Boliviana.

### **3 ORGANIZACIÓN DE LA CENTRAL OBRERA BOLIVIANA**

**E**l tremendo sacudimiento social del 9 de abril de 1952 -una verdadera revolución social, aunque frustrada- se sumó, como hecho decisivo, a los numerosos factores que hicieron posible la organización de la Central Obrera Boliviana, como comando único nacional de los explotados y oprimidos, dirigido por el proletariado tanto en el plano organizativo como político.

Lo primero que hay que apuntar es que en la Central Obrera Boliviana revive la Central Obrera Nacional, no solamente como ideología, como tradición, sino hasta como continuidad humana. No puede haber la menor duda de que la COB, de igual manera que la organización sindical que la antecedió, han sido las grandes creaciones revolucionarias de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia, no en vano logró expresar la finalidad estratégica del asalariado y proyectó sobre todo el país su conciencia de clase traducida en programa, en teoría.

La Central Obrera Boliviana en los primeros momentos de su existencia -ya entonces fue la más elevada expresión de la lucha de clases- no se paró en darse un programa circunstancial, como generalmente sucede, esto porque heredó del pasado de feroz lucha nada menos que la Tesis de Pulacayo, que -como ha demostrado el proceso histórico- ha revelado las leyes del desarrollo y transformación de la sociedad boliviana.

Su vida accidentada en extremo demuestra que su preocupación central fue la de materializar la estrategia y la táctica enunciadas en su programa, de modelar en el crisol ideológico direcciones revolucionarias, de arrancar a la organización sindical de la burocratización y del control estatal...

Partiendo de la rica experiencia acumulada durante la titánica lucha contra el sexenio rosquero 1946-1952 la Central Obrera Boliviana se organizó casi de un modo natural el 17 de abril de 1952. La victoria de los trabajadores, al aplastar al gobierno de la rosca y a su ejército -no tiene que confundirse esto con la toma física del poder-, aplastó también a la stalinista Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia, que tuvo el acierto de disolverse en un día que la historia no se ha detenido en consignar en sus anales.

La sesión constituyente fue convocada por Juan Lechin (minero) y Germán Butrón (fabril), a la sazón

13.- (13). "Informe del Secretario General de la Central Obrera Nacional sobre el cierre de la mina Oplaca", en "Lucha Obrera", La Paz, 2 de marzo de 1947.

ministros de Minas y de Trabajo. Los que entre bambalinas precipitaron esa reunión fueron Miguel Alandia Pantoja, Edwin Moller y José Zegada (todos militantes del POR, aunque el tercero pronto se trocó en movimientista), los dos primeros, gracias a su lucha tenaz, habían logrado ocupar importantísimos lugares dentro del movimiento sindical.

Asistieron a la reunión los siguientes dirigentes laborales:

Mario Tórres y Melquíades Luna (mineros);  
 Félix Lara y Julio Cordero (fabriles);  
 Sergio Salazar, Angel Gómez, José Ugarte y Juan Sanjinés (ferroviarios);  
 José Zegada y Luis Jofre (bancarios);  
 Waldo Alvarez y Julio Gonzales (gráficos);  
 Edwin Moller y Matilde Olmos (empleados particulares);  
 Luis Murillo y Mario Rocha (constructores);  
 Antonio Mamani y Antonio Pinaya (campesinos).

“Además estuvieron presentes los compañeros Juan Lechin y Germán Butrón, ministros de Minas y Petróleos y de Trabajo, respectivamente.

“Lechin informó acerca de las razones que obligan a constituir la Central Obrera Boliviana, que la Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia es un organismo que no cuenta con fuerza alguna, ya que las grandes organizaciones no están en su seno, por lo que era de imprescindible necesidad dotar a los obreros, que en una acción de armas sin precedentes habían derrotado a la oligarquía nacional, de un instrumento eficiente y capaz...

“La nueva Central, cuyos personeros tendrán carácter interino en sus funciones, deben abocarse a:

- 1) Hacer los planteamientos que la revolución nacional impone para que los ejecute la Junta de Gobierno;
- 2) La realización dentro de la brevedad posible de un congreso de trabajadores”<sup>14</sup>.

La más favorable interpretación del pensamiento de Juan Lechin -que estaba viviendo un momento genital de su carrera de sindicalista inclinado al marxismo- sería que la Central Obrera Boliviana nacía para cooperar con el gobierno movimientista y vigilar sus actos, teniendo como misión principal lograr que el Poder Ejecutivo cumpliera los objetivos de los trabajadores. Ante la objeción de uno de los asambleístas añadió: “junto a nosotros están en el gobierno Diez de Medina, Alvarez Plata y Ñuflo Chávez, designados ministros a sugerencia nuestra, porque creemos que anhelan tanto como nosotros lo que deseamos: la revolución nacional (no la social, G. L.) en todos sus aspectos”. La consecuencia, los obreros ya no deberían preocuparse de la cuestión del poder, pues se venía sosteniendo que el gobierno movimientista se identificaba con ellos.

“José Zegada -en quien a veces saltaba incontenible y confusamente su pasado trotskysta, G. L.- exigió que la COB debía mantenerse al margen de toda influencia gubernamental, ya que la clase trabajadora... había visto entronizarse a muchos gobiernos y que ninguno era su genuino representante, ni el actual que tenía un ideario muy lejos de ser el del trabajador. La Central Obrera Boliviana -insistió- es una necesidad como instrumento de lucha, no para cogobernar, pero sí debe apoyar con fuerza toda realización ‘que tienda al beneficio de los trabajadores...’

“El gráfico Waldo Alvarez, apoyándose en Zegada, pidió que los organismos proletarios no se conviertan en ‘apéndices de ningún partido...’, la Central Obrera Boliviana debe tener completa independencia sindical, cuidando en lo nacional de no obedecer consigna alguna y en lo internacional no sufrir influencias que desvirtúen nuestra lucha”<sup>15</sup>.

Lo anterior demuestra la gran confusión ideológica imperante en ese momento en los niveles de alta dirección del organismo que acababa de nacer. Este dato puede ayudar a comprender por qué el

14.- “Acta de fundación de la Central Obrera Boliviana”, La Paz, 17 de abril de 1952. Citado por G. Lora en “Contribución a la historia política de Bolivia” -en verdad, se trata de la historia del Partido Obrero Revolucionario- La Paz, 1978.

15.- Op. Cit.

trotskyismo jugó el papel de gran polo político.

### **El primer Comité Ejecutivo de la Central Obrera Boliviana:**

Juan Lechin Oquendo, Secretario Ejecutivo;  
Germán Butrón, Secretario General;  
Mario Tórres Calleja, Secretario de Relaciones;  
José Luis Jofré, Secretario de Hacienda;  
José Zegada, Secretario de Actas;  
Julio Gonzáles, Secretario de Prensa y Propaganda;  
Edwin Moller, Secretario de Organización;  
Waldo Alvarez, Secretario de Cultura.

Portavoces de los partidos marxistas de izquierda (Partido Comunista de Bolivia y Partido Obrero Revolucionario) y del Movimiento Nacionalista Revolucionario integraron ese Comité Ejecutivo.

La Central Obrera Boliviana se estructuró no sólo como un frente único de la clase obrera, sino como alianza de ésta con los sectores más amplios y empobrecidos de la clase media y con los campesinos -ya incorporados a la lucha-, bajo la dirección política del proletariado. Fue, indudablemente, un verdadero frente anti-imperialista, conforme a las enseñanzas de los primeros congresos de la Internacional Comunista, y la alianza obrero-campesina, vigas maestras de la estrategia revolucionaria en un país atrasado como Bolivia.

En esa época imperaba una ilimitada democracia interna en las organizaciones sindicales: las tendencias, políticas o no, se desarrollaban y chocaban libremente y era la voluntad de las mayorías la que se imponía sin interferencias de ninguna naturaleza. En medio de la desintegración y del caos sociales que siguieron al 9 de abril, solamente la Central Obrera Boliviana se perfiló como un eje ordenador, como la firme voluntad que señalaba un camino a las masas, que deliberaba, legislaba y calaba hondo en el proceso de transformación.

La derecha percibió instintivamente que el peligro venía del lado del proletariado organizado. En el libro de Alfredo Candia -derechista incrustado en el seno del Movimiento Nacionalista Revolucionario por mucho tiempo- se lee: "Con notable visión de lo que debía hacer y de lo que iba a ocurrir, Lechin reorganizó rápidamente los cuadros obreros en La Paz, bastante maltrechos por la acción represiva del gobierno Urriolagoitia, aunque ya en el régimen de Ballivián la fuerte persecución contra Lechin y los trabajadores había disminuido bastante, a raíz de que el líder proletario de acuerdo con el ministro de Trabajo, coronel Sánchez, hizo declarar a éste por los mineros 'compañero predilecto', tal como lo anunció la prensa de entonces"<sup>16</sup>.

La Central Obrera Boliviana era el verdadero amo del país y en cierto momento el único poder digno de este nombre. Lechin encarnó, en ese entonces, el radicalismo de las masas, su influencia creció desmesuradamente, se convirtió en la voluntad omnímoda e indiscutida. Su fortaleza enraizaba en el poderoso empuje de las masas, con todas sus contradicciones era la expresión cabal de la realidad de ese momento: producto del ascenso instintivo de los explotados. Su tremenda debilidad -que se hizo palpable solamente más tarde-, también era producto del nivel alcanzado por el proletariado en su esfuerzo por convertirse en clase para sí, vale decir de su rudimentarismo, del predominio de los rasgos tradeunionistas. Lo que en la clase fue la base de la evolución política futura -la lucha consciente o política se basa en la maduración y superación de la actividad instintiva-, en el líder; vale decir en el político, se convirtió en el muro infranqueable de sus limitaciones y de su caducidad. Ni duda cabe que en los primeros momentos de la revolución Lechin representaba los intereses de la clase obrera -pero solamente en la medida en que repetía el programa porista-, lo que fue posible gracias a la tremenda radicalización de las masas.

La poca evolución de la conciencia clasista permitió que la clase obrera se disolviese momentáneamente en el seno del partido político pequeño-burgués (1997 este proceso está superado del todo, Editores); Lechin, producto de ese fenómeno, se sumó, de manera definitiva, a la ideología extraña al proletariado. El líder sindical ha cambiado muchas veces de rótulo, pero no ha logrado y ni siquiera buscado consciente

16.- Alfredo Candia G., "Bolivia: un experimento comunista en América", La Paz, s/f.

y sistemáticamente, emanciparse de la ideología extraña a los trabajadores; esto explica por qué se opone sistemáticamente a la formación del partido político propio del proletariado.

En los primeros momentos el predominio del Partido Obrero Revolucionario en el seno de la Central Obrera Boliviana era palpable, no solamente por la presencia de un gran número de militantes poristas o de la fracción trotskysta dentro del Movimiento Nacionalista Revolucionario, compuesta por una mayoría de mineros, sino por la prevalencia de la ideología cuarta-internacionalista entre las masas y los líderes que hicieron posible la revolución -no el plan golpista-- del 9 de abril. Los stalinistas lograron incrustar pocos delegados, que representaban principalmente a organizaciones pequeño-burguesas (estudiantes y maestros); solamente más tarde el movimientismo se encargó de inflar artificialmente su número para poder combatir y neutralizar -de acuerdo con la cúpula lechinista- a los trotskystas.

El manifiesto del Primero de Mayo de 1952, elaborado por la dirección de la Central Obrera Boliviana en plena euforia revolucionaria, contiene las consignas básicas de la propaganda trotskysta: nacionalización inmediata de las minas sin indemnización y bajo control obrero; revolución agraria mediante la confiscación de los latifundios y su entrega a las organizaciones sindicales (el stalinismo se limitaba a hablar de reforma agraria y hacia un puchero intragable de los folletos de Mao-Tse-Tung acerca de los "campesinos pobres y ricos"); establecimiento del voto universal y de la ciudadanía plena en favor de los iletrados; disolución y aplastamiento total del ejército y su sustitución con las milicias armadas de obreros y campesinos. Este programa era ya el preanuncio de las futuras y diarias fricciones entre el gobierno movimientista y el poder obrero.

Robert Alexander, que ve el proceso revolucionario con los ojos de la derecha movimientista, considera el problema con un criterio por demás simplista, como si la correlación de las fuerzas políticas dentro de la Central Obrera Boliviana hubiese sido el producto exclusivo de trampas y maniobras <sup>17</sup>.

A dos causas atribuye la preponderancia porista en la central sindical durante el primer período: a) las filiales departamentales se vieron obligadas a "nombrar a personas residentes en la capital como sus representantes"; b) los principales dirigentes sindicales movimientistas "estaban demasiado enredados con sus responsabilidades de ayuda en la administración del nuevo régimen, para prestar la atención que de otra manera hubieran dado a la COB".

La movimientización de la Central Obrera Boliviana se le antoja como resultado del Decreto de nacionalización de las minas, que es presentado como una victoria sobre la tesis porista, y de la decisión movimientista de desalojar de los sindicatos a los delegados poristas.

La Central Obrera Boliviana, a tiempo de constituirse, declaró que sus tareas, entre otras muchas, eran la de "luchar por la nacionalización de las minas, de los ferrocarriles y por la revolución agraria". El primer bosquejo del Programa de Principios, publicado a fines de 1952, no debe confundirse -como lo hacen maliciosamente Alberto Ostria Gutiérrez, Alfredo Candia, "El marxismo en Bolivia", etc. con el documento ideológico aprobado en el primer congreso cobista de 1954. El primer documento se mantenía dentro de la teoría de la revolución permanente y de la línea fijada por la Tesis de Pulacayo. Sostiene que el proletariado boliviano es el más joven de la América Latina, pero también "el más combativo y avanzado políticamente. Su elevada conciencia de clase ha superado la lucha meramente económica, reformista y conciliadora. Su objetivo es la transformación integral de la sociedad bajo su dirección revolucionaria y como caudillo de toda la nación".

Siempre siguiendo a la Tesis de Pulacayo, dice que las tareas que históricamente correspondía cumplir a la burguesía, serán realizadas por el proletariado. "El toque de difuntos de la propiedad privada es el toque de clarín para la revolución proletaria. Esto quiere decir que los trabajadores en el poder no se detendrán en los límites democrático-burgueses, sino que sucesivamente darán cortes cada vez más profundos en el derecho de propiedad privada, abrazando con ello reivindicaciones socialistas y tomando, de este modo, la revolución un carácter permanente".

Los planteamientos trotskystas aparecen inconfundibles: "La lucha anticapitalista y anti-imperialista, que comienza en el marco nacional, se profundiza en lo nacional y también se extiende en lo internacional, adquiriendo el carácter permanente en ambos sentidos. La consigna que tiene solidez es la de los Estados Unidos Socialistas de Latinoamérica, cuya realización evitará que la revolución boliviana pueda

17.- Robert J. Alexander, "El movimiento obrero en América Latina", México, 1967.

ser ahogada por el bloqueo económico del imperialismo”.

El documento contiene las siguientes consignas centrales: “La nacionalización inmediata de las minas, sin indemnización y bajo control obrero; de los ferrocarriles para que sean administrados por los trabajadores ferroviarios; la ocupación de las fábricas por los obreros; la nacionalización de los latifundios para su entrega a los campesinos organizados, para que los trabajen dentro de un sistema colectivo”.

Un otro dato importante. El enjuiciamiento de la revolución del 9 de abril de 1952 coincidía plenamente con la caracterización hecha por el Partido Obrero Revolucionario: “La insurrección popular del 9 de abril es una victoria de las masas que abre un período de profundas transformaciones... De lo que se trata no es de llevar a un obrero al gabinete ministerial capitalista, sino de que la clase obrera y su partido tomen físicamente el poder y cambien toda la estructura capitalista, sustituyéndola por otra que responda a los intereses colectivos del pueblo”.

En el seno de la Central Obrera Boliviana se enfrentaron dos estrategias: la obrera-revolucionaria, que apuntaba hacia la transformación socialista de la sociedad, y la pequeño-burguesa, que se esforzaba por conciliar el nuevo orden de cosas con los intereses imperialistas y con los de la reacción criolla. Esa lucha trascendental se reflejó de manera directa en las modificaciones operadas en el equipo dirigente. Ideas y dirección traducían los cambios operados en el seno de las masas.

No puede haber la menor duda acerca de que en ese período la creación más importante de las masas y de la misma revolución fue la Central Obrera Boliviana. No se trata, ciertamente, del producto de un esquema estrechamente sindicalista, sino, más bien, de la realidad nacional. La Central Obrera Boliviana no fue una limitadísima central sindical, sino, sobre todas las cosas, una auténtica dirección revolucionaria de toda la nación oprimida. La radicalización de las masas, de la nación oprimida, pasó por este canal.

Algunos observadores extranjeros no alcanzaron a comprender este fenómeno y parece que no se dieron cuenta de la trascendencia de la Central Obrera Boliviana como instrumento revolucionario de las masas y se limitaron a juzgarla con criterio sindicalista. Eso observamos en uno de los escritos de Elena Souchère, por ejemplo <sup>18</sup>.

A la escritora francesa se le antoja que la revolución del 9 de abril de 1952 fue el producto de la cooperación entre movimientistas y poristas: “La avidez de los trusts yanquis, las aspiraciones sociales de la izquierda boliviana y la intervención argentina llevaron al poder, en La Paz, a un presidente nacional-sindicalista (Víctor Paz Estenssoro), que llamó al gobierno a los líderes del Movimiento Nacionalista Revolucionario y del Partido Obrero Revolucionario trotskysta. La revolución política de julio de 1946, que derrocó al grupo Gualberto Villarroel, hizo posible la alianza temporal de conservadores y comunistas (stalinistas)”.

El sindicalismo boliviano impresionó a los especialistas -sobre todo a los extranjeros- por su gran número y por su unidad en la acción. La autora citada cree, lo que viene a demostrar la extrema superficialidad de sus observaciones, que este poderoso surgimiento laboral se debió “a la alianza del Movimiento Nacionalista Revolucionario con las fuerzas de izquierda, lograda por Lechin en aplicación de las doctrinas del nacional-sindicalismo europeo, particularmente de la Falange”. Anota una diferencia: la unidad no fue impuesta desde arriba por el Estado, sino que fue “decidida por el común acuerdo de los grupos componentes” de la Central Obrera Boliviana. Comete errores incluso cuando informa sobre las tendencias que actuaban dentro de la Central Obrera Boliviana: “está compuesta por una mayoría de delegados del Movimiento Nacionalista Revolucionario y del Partido Obrero Revolucionario trotskysta, y una minoría formada por elementos del Partido de la Izquierda Revolucionaria (debía decir PCB, Editores). Hemos indicado que la relación de fuerzas entre las fracciones movimientista y porista era inestable y cambiante. Presenta la organización de tendencias sindicales como reflejo de la participación de los partidos en el poder político. La verdad es que la izquierda se empeñó por controlar la Central Obrera Boliviana para así facilitar su lucha contra el régimen movimientista. La pluralidad de tendencias y su libre desenvolvimiento es considerada como causa de la ineficacia de la Central Obrera Boliviana: “Si la coyuntura boliviana ha creado la fórmula, el medio boliviano es poco propicio para su aplicación. La Central Obrera Boliviana no

18.- Elena de la Souchère, “Experiencia boliviana y revolución hispánica”, en “Les temas modernes”, París, octubre de 1953. La autora también ha escrito en 1968, sobre las guerrillas bolivianas.

tiene poder rector ni estructura orgánica". Constituye una arbitrariedad atribuir a Lechin una orientación falangista.

La dirección de la Central Obrera Boliviana, inclusive en su etapa de burocratización, nunca dejó de subrayar la enorme importancia de los trabajadores en la revolución del 9 de abril de 1952, esto porque así defendía sus propias prerrogativas políticas: "Si bien es cierto que el triunfo político del Movimiento Nacionalista Revolucionario proporcionó el clima necesario para el surgimiento de la Central Obrera Boliviana, tampoco debe olvidarse que sin la intervención de las fuerzas sindicales el 9 de abril, la revolución no habría tenido la firme base de estabilidad que tiene" <sup>19</sup>.

La ultraizquierda, de manera excepcional, se esforzó siempre por restar toda importancia a la Central Obrera Boliviana y señaló que su actuación era contra-revolucionaria. Esa ultraizquierda era nada menos que la supervivencia del marofismo bajo el nombre de Liga Socialista Revolucionaria y que estuvo presente en el escenario político por algunos años como fuerza pro-imperialista.

Para los marofistas la Central Obrera Boliviana tuvo como pecado original el haber sido organizada "después de un potente empuje de masas" y no antes por quienes estaban interesados en controlar a las masas desde el poder, vale decir, por el Movimiento Nacionalista Revolucionario. Como es habitual, en este análisis menudean los errores de interpretación junto a deformaciones de los hechos <sup>20</sup>.

Los marofistas, algunos de ellos intervinieron activamente en el movimiento sindical, no percibieron la gran dinamicidad de la Central Obrera Boliviana, particularmente por haber sido creada en pleno proceso revolucionario y como un instrumento de las masas para su actuación diaria. Muchas de las características de la Central sindical, precisamente aquellas que superaban las limitaciones gremiales y le otorgaban alcances soviéticos, fueron algo así como una compensación a la debilidad o ausencia temporal del partido obrero y resultado de la amplitud de la movilización popular. Los rasgos dominantes en cierto momento de la vida de la Central Obrera Boliviana no pueden ni deben generalizarse para ser presentados como vigentes en no importa qué etapa de su desarrollo. La orientación de un organismo de masas depende del programa que le impone la tendencia ideológica que domina en su seno. La experiencia enseña que puede servir unas veces a la revolución y en otras oportunidades a fuerzas conservadoras.

El pazestensorismo -tendencia débil en los primeros meses de 1952 frente a la imponente movilización revolucionaria de todo un pueblo- no tuvo posibilidades de impedir la formación de la Central Obrera Boliviana, que nació como la materialización de una de las más caras aspiraciones de las masas, entroncada en su historia y como el paso obligado hacia la efectivización de sus esperanzas. La derecha y el centro movimientistas no podían menos que ver con desconfianza la organización de la mayoría nacional bajo el liderazgo de la clase obrera, porque desde este momento y utilizando su poderío no podría menos que intentar imponer su voluntad. Las masas dispersas, aunque radicalizadas, pueden siempre ser canalizadas hacia el campo burgués por los dueños del poder. No hubo necesidad de pedir la venia de nadie para poner en pie a la Central Obrera Boliviana, que irrumpió autoritariamente porque el mismo desarrollo histórico de los explotados desembocó en ella. La influencia del trotskismo en este proceso aparece inconfundible.

Lo primero que tiene que comprenderse es que la Central Obrera Boliviana del período inmediatamente posterior al 9 de abril de 1952 es muy diferente de la Central Obrera Boliviana burocratizada que actúa después. El Movimiento Nacionalista Revolucionario libró una secular batalla contra el sindicalismo revolucionario y buscando controlar a la COB, utilizando como instrumento sojuzgador su burocratización, propósito que concluyó imponiéndose.

Mas, esto no supone que el surgimiento de la Central Obrera Revolucionaria carezca de importancia; se trata de una valiosísima conquista del pueblo boliviano en su lucha emancipadora y no existen razones que permitan suponer que en el futuro pueda ser reemplazada por otro instrumento sindical. La unidad sindical es uno de los rasgos importantísimo y excepcional del movimiento obrero boliviano. No debe olvidarse que, por ejemplo, el Pacto Intersindical de 1973, estuvo orientado de manera directa hacia la Central Obrera Boliviana.

---

19.- Moller-Capriles, "Informe de Labores de organización del CEN de la COB", mayo, 1957.

20.- C. Salazar, "Caducidad de una estrategia", Paz, 1964.



La revolución social en un país capitalista atrasado no puede darse como puramente proletaria y opuesta al resto de la población vinculada por mil hilos a la vieja sociedad; se presenta, más bien, como la movilización y el radicalismo de las clases explotadas y las nacionalidades nativas sojuzgadas en general, que ya no pueden seguir soportando el orden social imperante. Lo trascendental radica en que el proletariado se coloca a la cabeza de la nación oprimida y de la masa subvertida, aunque amorfa en extremo.

La unidad materializada en la Central Obrera Boliviana es un frente anti-imperialista y anti-feudal alrededor del proletariado y estos rasgos son suficientes para poner de relieve su trascendencia. El canal, de la Central Obrera Boliviana abrió la posibilidad de la transformación de la revolución con objetivos democráticos en socialista, siempre que el fortalecimiento de la vanguardia proletaria garantice una firme dirección marxleninista-trotskyista. Una organización sindical de masas no asegura, por sí misma, a espaldas de la evolución de la conciencia del proletariado y del mismo partido obrero, la victoria ni una acertada conducción. Lo contrario importaría confundir dicha organización con el partido político y menospreciar el rol que este último debe cumplir en el proceso revolucionario e inclusive en el seno de la organización sindical.

Lo expuesto más arriba explica por qué el sector derechista del Movimiento Nacionalista Revolucionario recrudesció inmediatamente su lucha contra la Central Obrera Boliviana, utilizando el proyecto de programa de principios para justificar sus acres ataques: "La batalla fue provocada -dice Candia- por el Programa de Principios de la Central Obrera Boliviana, que al ser publicado en los diarios mostró inmediatamente la estructura e inspiración comunistas, como aquella de proclamar la 'República de Trabajadores de Bolivia', vale decir, la 'República Popular de Bolivia' y sostenía, de acuerdo a un anterior planteamiento de Lechin, la inmediata ocupación de las minas por los obreros, sin lugar a indemnización a los antiguos propietarios. Nuestro sector nacionalista (sector de derecha del MNR, G.L.), ante el peligro que surgía para la Revolución Nacional, lanzó en respuesta un manifiesto, publicado en uno de los últimos números de 'En Macha' de aquella época. El documento refutaba todas las postulaciones comunistas y entre éstas, el principio de usurpación de tipo comunista con que se quería envolver al gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario. Cuando lo presentamos a consideración del movimientismo auténtico, todos estuvieron de acuerdo".

El fracasado golpe contrarrevolucionario del 6 de enero de 1953 no fue otra cosa que la reacción de la derecha movimientista contra la amenaza de que la izquierda, inclusive la movimientista, concentrada en la Central Obrera Boliviana, tomase el poder. No se trataba simplemente de neutralizar la creciente influencia de algunos dirigentes cobistas en las cumbres gubernamentales. La conspiración falló, pero la izquierda no sacó todas las consecuencias y ventajas posibles de este hecho. La derecha boliviana e internacional agotaba todos los recursos en su empeño de demostrar que el Movimiento Nacionalista Revolucionario -el partido de gobierno de ese entonces- era comunista y que la Central Obrera Boliviana estaba manejada por el Partido Comunista de Bolivia. La impostura servía en Bolivia, para encubrir y justificar la conspiración reaccionaria y, en el exterior, estaba destinada a impresionar a la opinión pública pro-yanqui.

El libro "El marxismo en Bolivia", pese a la abrumadora cantidad de documentos que cita y transcribe, desfigura los hechos para, probar el "comunismo" del gobierno movimientista y no tiene el menor reparo en atribuir al Partido Comunista de Bolivia muchas de las ideas y acciones patrocinadas por los trotskyistas. Los que se autocalificaban defensores de la integridad continental y de la democracia cristiana difundieron la teoría inexacta de que la Central Obrera Boliviana era stalinista y que todos sus documentos programáticos fueron elaborados por el Partido Comunista de Bolivia, aunque muchos de ellos mostrasen un rabioso antistalinismo, no pocas veces contraproducente. La reacción rosquera y últimamente ciertos gobiernos militares como de los generales René Barrientos, Hugo Banzer, etc., también han repetido y repiten tales argumentos en su lucha contra las fuerzas revolucionarias. Tomamos el siguiente párrafo de un documento suscrito en el exterior por opositores bolivianos de derecha al Movimiento Nacionalista Revolucionario en el poder:

"Los organismos internacionales llamados a defender la democracia respaldan a ese régimen (del Movimiento Nacionalista Revolucionario) y hasta algunas conciencias sanas e imparciales han afirmado en repetidas oportunidades que el gobierno movimientista es, en nuestros días, un ejemplo palpable de democracia" <sup>21</sup>.

21.- Roberto Prudencio, Humberto Palza, Carlos A. Otero, Alberto Ostria Gutiérrez, Julio César Canelas, T. Hartman,

La Central Obrera Boliviana se convirtió, desde el primer momento, en la más alta expresión política y militante del proletariado que imprimía su huella en el proceso revolucionario. Esta caracterización corresponde a la Central Obrera Boliviana de la primera etapa únicamente, en la que existía una perfecta correspondencia entre las masas y sus dirigentes. Posteriormente, cuando el gobierno movimientista controló, de manera creciente y burocrática, el aparato de dirección cobista, se produjo paralelamente el distanciamiento entre bases y dirigentes.

Está ya dicho que la Central Obrera Boliviana fue, en sus primeros momentos, un frente anti-imperialista, coalición de varias clases sociales, alrededor de objetivos revolucionarios, antifeudales y antiimperialistas. Se produjo por primera vez y de manera indiscutible la unidad de los sindicatos, hecho que quedó subrayado porque las organizaciones laborales que venían actuando como centrales nacionales (Confederación Sindical de Trabajadores de Bolivia, Confederación Boliviana de Trabajadores, por ejemplo) se disolvieron y se sumaron simplemente a la Central Obrera Boliviana. El poderoso empuje de las masas pasó por encima de las tendencias sectarias y divisionistas y relegó a un segundo plano las bastardas ambiciones de los que oficiaban de líderes. Pero -y esto es preciso recalcar- la Central Obrera Boliviana no se limitó a agrupar a los sindicatos ya existentes o, a impulsar la formación de las grandes confederaciones y federaciones proletarias, sino que incorporó a sus filas a entidades populares, que adoptaron el nombre de sindicatos, pero que, por su propia naturaleza, no podían ser tales en el sentido estricto de la palabra.

En el informe de Moller y Capriles se lee: "La Central Obrera Boliviana no es un instrumento sindical exclusivo del proletariado sino que constituye una vasta red de organizaciones de masas, inclusive de entidades que no son propiamente sindicales (v. gr.: inquilinos, amas de casa, estudiantes, etc.), es decir, que agrupa a todas las organizaciones de la nación oprimida que confrontan problemas económicos, sociales y culturales en conexión con el proceso de la revolución nacional". Más adelante se añade que la Central Obrera Boliviana era una organización "piramidal...", comprendiendo en el trayecto al proletariado, al campesinado y a la clase media, la denominación de Central Obrera es histórica y teóricamente justa, porque expresa el papel de dirección política de la clase trabajadora asalariada. La Central Obrera Boliviana en su nombre encierra una ecuación política que representa al proletariado como caudillo de los explotados, llevando junto a sí a los campesinos, artesanos, empleados, etc., como aliados imprescindibles de la lucha revolucionaria". Lo anterior fue escrito en 1957, cuando la burocratización y la entrega al gobierno de la entidad sindical eran por demás evidentes, tiene muy poco que ver con las ideas y la práctica movimientistas, esto pese a que sus autores habían sido ya asimilados por el partido de gobierno. Todo esto viene a demostrar dos cosas importantes: a) la gran influencia de la ideología trotskista entre las fuerzas básicas de la revolución, influencia que alcanzó al propio partido oficialista; b) la confirmación de la teoría de la revolución permanente, como la entendían los clásicos del marxismo y León Trotsky, por las tendencias internas del proceso revolucionario iniciado el 9 de abril de 1952.

La sindicalización de los campesinos, como se ha visto, era ya una vieja historia. Las corrientes que se consideraban revolucionarias, particularmente las marxistas y anarquistas, hicieron serios intentos para penetrar en el agro y organizar sindicalmente a las víctimas de la explotación semifeudal. Salta a la vista que estos "sindicatos" (algo substancialmente diferente a lo que se conoce normalmente con tal nombre), toda vez que lograban incorporarse, comprendían a toda la población de una región y no se limitaban a funcionar como organismos encargados de pedir algunas mejoras con relación a las condiciones de vida y de trabajo o de luchar contra los abusos de gamonales y autoridades, sino que tomaban en sus manos la dirección de todos los aspectos de la existencia de la comarca y la solución de los problemas emergentes de la vida diaria. Se regían por grandes asambleas, en las que era palpable la vigencia de una amplia democracia en favor de todos los campesinos. Estos "sindicatos" eran un poder real, a veces el único existente en la región, que entraban en colisión con las autoridades oficiales o las suplantaban en los hechos. Una organización de esta naturaleza (más soviética que sindicato) no podía menos, si deseaba subsistir, que transformarse en fuerza compulsiva. Por todo esto, para los "sindicatos" campesinos la organización de milicias fue un hecho natural.

Cuando aparece la Central Obrera Boliviana, los "sindicatos" campesinos venían actuando como resultado e instrumento de la ocupación directa de la tierra por quienes la trabajan y de la enconada y sangrienta persecución a los gamonales. Es fácil comprender que en la Central Obrera Boliviana encontraron ambiente propicio para desarrollarse, en su afiliación no hubo nada de forzado, se sumaron, arrastrados por la corriente, a la única organización de masas existente en ese momento. Su presencia acentuó las características esenciales de la Central Obrera Boliviana, cuyos perfiles soviéticos eran inconfundibles,

---

Jorge Siles, etc., "Carta a Germán Arciénegas y Eduardo Santos", Santiago de Chile, 18 de marzo de 1959.

particularmente porque sintetizaba las funciones legislativas y ejecutivas.

Se ha dicho que en los primeros meses de 1952 la Central Obrera Boliviana funcionó como un parlamento obrero -mejor había sido decir popular-, para remarcar así su gran trascendencia. Aunque sorprendente, esta caracterización es extremadamente limitada. La Central Obrera Boliviana no se limitaba a deliberar y adoptar resoluciones, sino que las ejecutaba autoritariamente, sin esperar la venia del poder central y, con mucha frecuencia, violentando sus decisiones. Para el grueso de las masas subvertidas, la Central Obrera Boliviana era su única dirección y su único gobierno, de aquí arranca su perfil de soviético, de germen o de poder obrero ya desarrollado (en este punto persiste la discusión, lo que, por otra parte, es explicable).

La Central Obrera Boliviana por sí misma y sin esperar autorización de nadie, tomó en sus manos la defensa de la revolución frente a la amenaza de las fuerzas reaccionarias de dentro y fuera del país. Interpretando el sentimiento y voluntad populares inscribió entre sus consignas el total y definitivo aplastamiento del ejército oligárquico, que siempre estuvo al servicio de los explotadores y que fue estructurado más para ahogar en sangre las rebeliones internas que para defender la integridad territorial del país. Ese pilar básico de la rosca, de su sociedad y de su régimen político fue sustituido por las milicias armadas de obreros y campesinos, no dependientes del gobierno movimientista, sino organizadas y controladas por la todopoderosa Central Obrera Boliviana. ¿Puede pedirse una mayor prueba de que en el seno de esta organización se agitaba potente; la tendencia a convertirse en el único poder? Entre las milicias obrero-campesinas que minuciosamente estructuró la Central Obrera Boliviana y las que, posteriormente, puso en pie el Movimiento Nacionalista Revolucionario media todo un abismo.

Las milicias se armaron a costa del ejército, cuyos arsenales fueron saqueados y constituyeron la fuente que sació la sed de fusiles de las masas que se encontraban en las calles en pie de combate. Formaron el núcleo central de las multitudinarias manifestaciones de la Central Obrera Boliviana; en gran medida, gracias a ellas, la presión ejercitada sobre el gobierno se tornó en constante amenaza para su integridad.

Los campesinos se armaron para ocupar la tierra y aplastar al gamonalismo. Las milicias de la primera época, que pueden ser consideradas como auténticas desde el punto de vista obrero y revolucionario, estaban henchidas de entusiasmo y presentaban una rudimentaria o casi ninguna organización. El impulso desbordante y la arrolladora actividad daban muy poco margen para poder entrar en detalles organizativos. Más tarde se pretendió transformar a las caóticas milicias en un ejército obrero-campesino, siempre como la fracción armada de la Central Obrera Boliviana.

La fisonomía de esta organización estaba definida por la naturaleza política de su dirección, factor dinámico y cambiante en extremo. Sería erróneo hablar en abstracto del programa de la Central Obrera Boliviana o sostener que esta última no podía menos que actuar revolucionariamente en todas las circunstancias (tesis explanada por la burocracia sindical y por el Movimiento Nacionalista Revolucionario por razones subalternas), independientemente de las modificaciones que pudiesen operarse en su seno o en el país. Para poner de relieve la falsedad de estas afirmaciones suficiente recordar que cuando se reglamentó el funcionamiento de las milicias se lo hizo con la finalidad de controlar todo posible desborde antigubernamental de las masas y no para imprimir un sentido revolucionario a su actividad armada.

Resumimos del informe organizativo de la Central Obrera Boliviana de 1957 la parte relacionada con las milicias armadas, constatándose que, poco a poco, la función de éstas se limitó a participar en las manifestaciones callejeras, no pocas de éstas en apoyo y defensa del oficialismo.

Fue organizado un Comando Nacional de Milicias, dependiente del Estado Mayor Sindical y en cierto momento timoneado por Mario Tórres Calleja; esta estructura estaba contemplada en el Plan de Constitución del Cuerpo Nacional de Milicias y que fue redactado por la Secretaría de Organización. Toda la estructura partía de las milicias de base, "que deben aglutinar a todo el personal armado de cada sindicato. Estas milicias se subdividen en escuadras de diez hombres cada una con su comandante". Después venían los Comandos Regionales, adjuntos a los Comités Regionales de la Central Obrera Boliviana "y dirigidos por los Secretarios de Milicias de estos organismos". La dirección de las milicias del país estaba en manos de la Secretaría de Milicias del Comité Ejecutivo Nacional, el mismo que se halla facultado para coordinar acciones con las Fuerzas Armadas revolucionarias del país". La organización militar de las milicias cobistas comenzó siendo diseñada por el porista Miguel Alandía. Desde el momento en que el gobierno movimientista, cediendo a las presiones del imperialismo, reorganizó al ejército estaba decretada la destrucción de las milicias irregulares y del secuestro de su armamento, pues se

trataba de organizaciones incompatibles entre sí y una de ellas estaba por demás.

Una de las últimas acciones de las milicias cobistas consistió en declararse en estado de alerta cuando algunos dirigentes sindicales cayeron víctimas del terrorismo desencadenado por Falange Socialista Boliviana. La Central Obrera Boliviana amenazó con tomar rehenes en caso de repetirse los atentados. "Este Comando Nacional es el que ha entrado en funciones en el estado de emergencia decretado por la Central Obrera Boliviana a raíz de la ola de asesinatos de dirigentes obreros y revolucionarios, a cuya causa rindieron sus vidas los compañeros Hernán Roca en Guayaramerín, Juan Chumacero en Sucre, Wilfredo Paniagua Blanco en La Paz y otros". El 22 de septiembre de 1956, grupos reaccionarios atacaron las instalaciones del diario oficialista "La Nación" y de la Subsecretaría de Informaciones, también en esta oportunidad, según informe de la Central Obrera Boliviana, se respondió con "la movilización de las milicias sindicales que con su presencia en la calle restablecieron el orden".

Se explicó la fortaleza de la Central Obrera Boliviana por la existencia de las milicias "y su movilización organizada sobre el tipo de guerrillas, es decir, la flexible operación de pequeños grupos bajo un comando central sobre un terreno perfectamente conocido por éstos". Todas estas recetas tácticas quedaron escritas en el papel simplemente, puesto que los milicianos nunca fueron entrenados para ejecutarlas y su degeneración no tardó en ser precipitada desde las cumbres del poder.

La definición que tan tardíamente dio la Central Obrera Boliviana de las milicias es poco comprensible: "En el período de la revolución nacional, las milicias armadas de la clase trabajadora son un principio de democracia socialista". Sin embargo, es correcta la delimitación de sus funciones: "cuya labor es defender el proceso revolucionario de la asechanza externa de la contrarrevolución oligárquica, de los golpes internos thermidorianos, o de una combinación de ambos".

La dirección cobista demostró darse cuenta que la reorganización del ejército, dentro de los moldes tradicionales y los proyectos imperialistas, constituía una seria amenaza contra su existencia y también de las milicias. En cierta manera se hizo eco de las denuncias de la izquierda marxista en sentido de que las Fuerzas Armadas estaban siendo reorganizadas contra el pueblo y su revolución. En alguna medida la burocracia sindical asumió una actitud contradictoria, porque esa denuncia convertía en insulsa la consigna de coordinación de las actividades de las milicias con el ejército regular.

Resumimos el documento de la COB: "Se observan intentos de reconstitución tradicional del ejército, al haberse prohibido la formación de células políticas en su seno y la posible introducción de fusiles automáticos -similares a los de la NATO- y cuyo calibre diferente hace anticuado el armamento de obreros y campesinos". A continuación se habla de la preparación de las condiciones para la consumación de un golpe militar contra los trabajadores. Frente a este panorama la Central Obrera Boliviana formuló un programa radical de reivindicaciones y dirigido al gobierno, que como quiera que la revolución había ya ingresado a sus etapa de descenso resultó extemporáneo: "Es preciso que la Central Obrera Boliviana logre que de cada tres fusiles internados a Bolivia dos sean entregados a las milicias sindicales y que se actualice la resolución de la Sexta Convención del Movimiento Nacionalista Revolucionario en sentido de incorporar al ejército interventores político-sindicales". Es por demás revelador que la otrora omnipotente Central Obrera Boliviana y las milicias obrero-campesinas ingresaban al período de decadencia. Ahora podemos constatar que el partido de gobierno hizo todo lo posible para destruir a los núcleos de obreros y campesinos armados.

El capitán de ejército Oscar Daza Barrenechea escribió una especie de reglamento de las milicias dentro de la línea señalada más arriba. El surgimiento de las milicias y grupos de choque partidistas y sindicales es presentado como el resultado de la experiencia acumulada en la lucha opositora que siguió al 21 de julio de 1946. "A partir de aquella fecha se procedió a la organización sistematizada de los grupos de choque y del activismo. Poco a poco fue surgiendo una organización territorial, cada vez más perfecta. Mientras los sindicatos, por su parte procedían a la compactación de sus filas..."

El folleto consta de 132 artículos y contiene instrucciones para que las milicias actúen eficazmente en caso de ataque de la reacción o de la invasión del imperialismo... Comienza indicando que la misión de las milicias es garantizar la seguridad del Estado revolucionario: "Las milicias armadas del Movimiento Nacionalista Revolucionario; las células armadas; los regimientos campesinos; las milicias sindicales de mineros, etc., son organizaciones afines que, fuertemente cohesionados en la comunidad de los altos ideales revolucionarios y por la identidad de trabajo, han llegado a constituir las fuerzas que garantizan la seguridad de la revolución; asumiendo, además, la responsabilidad de defender y proteger al pueblo

boliviano de los actos subversivos de la contrarrevolución”.

El capitán Oscar Daza B. habla de la obligación de que las milicias coordinen sus movimientos con el ejército y los comandos movimientistas, pero no dice ni una sola palabra acerca de la Central Obrera Boliviana. Para él las milicias obreras y campesinas tenían también la misión de combatir a los extremistas -marxistas- y de garantizar el respeto a la propiedad privada. Para la alta dirección movimientista el camino correcto consistía en que la potente COB confiase su porvenir al cumplimiento de las resoluciones provenientes de las convenciones del partido pequeño-burgués.

Juan Lechin -en el primer congreso de la Central Obrera Boliviana de 1954- habló de las milicias armadas de obreros y campesinos como de una de las conquistas más valiosas y las colocó junto al ejército, considerado por él como revolucionario. Ese discurso dejó la sensación de tratarse del rescoldo de lo que en su momento fue llamada imponente. “Si es verdad aquello de que la mejor garantía de la democracia es un fusil sobre el hombro del trabajador, puede afirmarse que nuestro país vive bajo el signo de una verdadera democracia; en la que una mayoría armada es capaz de oponerse materialmente a toda posible pretensión de una dictadura minoritaria”<sup>22</sup>. Las tendencias dictatoriales y contra-revolucionarias estaban germinando ya en el seno mismo del gobierno movimientista. El líder obrero señaló acertadamente que desde el primer momento de la revolución las gentes del pueblo -particularmente los obreros- se resistieron a ser desarmados; los afanes organizativos de la Central Obrera Boliviana encajaban dentro de esta tendencia. “Es así como actualmente las milicias armadas de mineros, fabriles, ferroviarios, empleados y campesinos se encuentran agrupados en regimientos y sometidos a un mando superior -Estado Mayor-, en que se combinan los hombres profesionales en asuntos militares y dirigentes políticos y sindicales”. Los acontecimientos futuros se encargaron de demostrar que para la defensa de la revolución una clara ideología -vale decir la política- tienen más importancia que los fusiles, en este terreno no pudo hacer nada la burocratizada Central Obrera Boliviana.

Algunos dirigentes movimientistas, que actuaron y escribieron inmediatamente después del 9 de abril de 1952, consideraban a las milicias obreras y campesinas como naturalmente integradas en el partido de gobierno y como políticamente dirigidas por el Movimiento Nacionalista Revolucionario. Esta apreciación no corresponde a la realidad.

Las milicias movimientistas se estructuraron cuando, como consecuencia de la burocratización temprana de la Central Obrera Boliviana, aquellas obreras y campesinas se vieron empujadas a soportar la influencia de la alta cúpula movimientista, extraña a la ideología obrera.

Se llegó al extremo de sostener que las milicias campesinas fueron organizadas para defender la tierra frente a las amenazas del gamonalismo y para poner a salvo el porvenir de la revolución y del gobierno movimientista.

La primitiva Central Obrera Boliviana, -cuyas características hemos señalado más arriba- no pudo menos que entrar en conflicto permanente con el gobierno central. Este es, indiscutiblemente, uno de los aspectos más interesantes de la revolución de 1952 y el más controvertido. La dualidad de poderes aparece como parte de la teoría trotskysta y ha sido repetida por quienes siendo afines a aquella militaron y militan en el MNR y en el PRIN. La dualidad de poderes es, por su propia naturaleza, precaria. La historia demuestra que se resolvió en favor del gobierno movimientista, como un serio revés a la causa revolucionaria y obrera. La dualidad de poderes desapareció cuando el gobierno logró controlar a la COB, a través de la asimilación de dirigentes burocratizados. La COB dejó de ser poder obrero para acabar como apéndice del gobierno movimientista, para defender los intereses contrarios a los de la mayoría nacional. La degeneración de la COB sigue paralelamente a su movimientización.

#### 4 LA “TEORÍA” DEL CO-GOBIERNO

El Movimiento Nacionalista Revolucionario -tan vivamente interesado en potenciarse políticamente en el poder- acuñó, o copió, la fórmula del “co-gobierno” entre el partido oficialista y la Central Obrera Boliviana, esto en oposición a la tan discutida y temible dualidad de poderes, ya encarnada en las masas. La historia demuestra que todos los esfuerzos del movimientismo y de sus seguidores estaban orientados a sustituir a la realidad por una ficción.

22.- “Primer Congreso Nacional de Trabajadores, Discursos”, La Paz, 1954.

El co-gobierno fue presentado demagógicamente como sinónimo de la llegada de la clase obrera al poder, representada por su dirección sindical, junto al partido nacionalista de contenido burgués o MNR. La fórmula "co-gobierno Central Obrera-Movimiento Nacionalista Revolucionario" apenas si traducía defectuosamente la coexistencia en el gobierno de diferentes sectores -básicamente del "centro" pazestensorista y de la fracción sindicalista- del M. N. R.

El objetivo central de la maniobra fue el de cerrar el camino que podía conducir a las masas hacia el poder, difundiendo la especie de que éstas eran ya dueñas del Palacio Quemado. En esta etapa de la revolución no existía ninguna otra posibilidad de dar fuerza, por lo menos relativa, al grupo pazestensorista que oficiaba de amo del gobierno. El instrumento que le permitió a Víctor Paz Estenssoro consumir su maniobra salvadora fue el líder sindical y ministro Juan Lechin.

La ficción del co-gobierno fue utilizada por Paz Estenssoro para materializar su plan de control político de las masas envalentonadas y le permitió al Movimiento Nacionalista Revolucionario presentarse como si fuera la expresión de los intereses de los sectores mayoritarios de la población. Nació y vivió como fórmula inconfundiblemente anti-trotskyista. En oposición, únicamente el Partido Obrero Revolucionario enarboló la consigna estratégica de la conquista del poder por la clase obrera.

A muchos desorienta el hecho de que tres ministerios del gabinete hubiesen sido ocupados, inmediatamente después de la victoria del 9 de abril, por dirigentes obreros y que jugaron papel decisivo dentro de la Central Obrera Boliviana. Se basan en este dato cierto los que sostienen que hubo co-gobierno desde el primer momento de la revolución; ¿cómo explicar que más tarde hubiese aparecido la necesidad de usar este marbet? La argumentación utilizada al respecto es extremadamente superficial.

No fue el gobierno victorioso el que llamó unilateralmente a algunos dirigentes obreros para entregarles la dádiva de los ministerios, como parte de su plan destinado a encubrir su verdadera fisonomía, como ocurrió en 1936 y en 1946; contrariamente, fueron los trabajadores los que, después de haber aplastado a sus seculares enemigos, obsequiaron el poder al Movimiento Nacionalista Revolucionario, lo que demuestra que los explotados y oprimidos no atinaban a descubrir a su verdadero partido político. Con todo, es posible descubrir desde el primer instante gérmenes incipientes de desconfianza y de diferenciación entre las masas y su ocasional dirección política. Este fenómeno se hace más perceptible cuando se toma en cuenta que para un obrero movimientista no eran la misma cosa Víctor Paz, Hernán Siles y Lechin; este último era considerado, por encima de su filiación partidista, como su genuino portavoz, como salido de sus propias filas, en la adhesión a los otros líderes había mucho de compromiso y de formulismo, emergentes de las imposiciones políticas y seguían siendo tratados como extraños. Los ministros obreros fueron impuestos a viva fuerza por las masas al gobierno, en un período de gran efervescencia revolucionaria. Este hecho, olvidado fácil y cómodamente por los comentaristas pone en evidencia que no se trataba de la incondicionalidad de los trabajadores hacia los nuevos dueños del poder, sino de una instintiva de sus capas más amplias.

El Partido Obrero Revolucionario fue el primero en hablar de este fenómeno. "La instintiva desconfianza de los explotados hacia el Movimiento Nacionalista Revolucionario, que sobre los hombros de aquellos hablase encaramado en el Palacio Quemado, se tradujo en la imposición de los ministros obreros"<sup>23</sup>. También en esta cuestión debe distinguirse con claridad la diferencia que existe entre los ministros obreros de los primeros meses de 1952 y los que actuaron posteriormente. Los primeros ministros obreros eran realmente representantes de los trabajadores, cuya misión básica no era otra que la de imponer al Poder Ejecutivo las decisiones adoptadas por la Central Obrera Boliviana, por esto resultaba vital el estrecho control de la actividad de aquellos por las asambleas cobistas, a la que estaban obligados a informar permanentemente de sus labores. Una resolución adoptada al respecto por la COB dice: "Los compañeros Juan Lechin y Germán Butrón, están obligados a informar con carácter permanente; mientras ejerzan sus cargos ministeriales, de todo cuanto políticamente interesa a la relación de fuerzas entre explotados y explotadores. Los representantes obreros ante la Central Obrera Boliviana tienen el derecho de pedir informaciones y presentar interpelaciones cuantas veces estimen conveniente"<sup>24</sup>. Debe tenerse en cuenta que dicho documento corresponde a una época en la que la Central Obrera Boliviana se creía obligada a proclamar su adhesión al gobierno y cuando eran ya evidentes las protestas de núcleos avanzados de las bases sindicales contra una dirección que ya se perfilaba como burocratizada y prepotente. No era

23.- Partido Obrero Revolucionario, "ROL DEL POR EN EL MOVIMIENTO OBRERO" (Tesis Sindical) , La Paz, 1960.

24.- "Rebelión".Organo periodístico de la C.O.B. La Paz, 31 de octubre de 1954.

casual que se hubiese conminado a las "Confederaciones, Federaciones y Sindicatos, antes de tomar determinaciones que afecten a la política general de los trabajadores", a pedir la aquiescencia de la Central Obrera Boliviana.

Más tarde, la fisonomía y función de los ministros obreros cambió radicalmente, cumplieron el rol de quinta columna del partido y gobierno nacionalistas pequeño-burgueses en el seno mismo del movimiento obrero. Dejaron de batallar para imponer las reivindicaciones populares y materializar los intereses históricos del proletariado; se dieron modos para engrillar al movimiento obrero y popular, para contener el creciente descontento de las masas y para encauzarlas hacia las posiciones oficialistas, todo esto fue posible gracias a la movimientización y burocratización de las direcciones sindicales. "Esta conquista (la de los ministros obreros), de trascendental importancia en la etapa inicial, se transforma, en el período de depresión, en instrumento manejado por la derecha contra las masas" ("Tesis Sindical del Partido Obrero Revolucionario").

Ya dijimos que la fórmula del co-gobierno MNR-COB aparece acuñada por los sectores de centro e izquierdista del partido de gobierno. Inmediatamente los trotskistas -y fueron los únicos- la denunciaron como una maniobra destinada a "encubrir el viraje proimperialista del gobierno y el sometimiento de la burocracia sindical a las imposiciones del Movimiento Nacionalista Revolucionario". El Partido Comunista de Bolivia, que seguía persistiendo en su tesis acerca del carácter anti-imperialista, anti-feudal y revolucionario del Movimiento Nacionalista Revolucionario, tardó mucho en darse cuenta de lo que importaba el co-gobierno para el porvenir del proceso de transformación que vivía el país. Los stalinistas nunca abandonaron sus posiciones pro-burguesas porque permanecieron fieles a la teoría de la revolución por etapas. Fueron los acontecimientos los que les obligaron a modificar su lenguaje, a desplazarse a la izquierda, detrás de las masas, pero no a abandonar su ideología. La derecha vio complacida la nueva postura adoptada por el stalinismo, que venía a confirmar "el carácter comunista del MNR y de su gobierno".

Una parte del oficialismo recurrió al subterfugio del co-gobierno para poder presentarse como partidario de la extrema izquierda y así poder más fácilmente controlar y desarmar ideológica y políticamente a los explotados. No tuvo el menor reparo en sostener que el co-gobierno era nada menos que sinónimo de gobierno obrero-campesino, la consigna más radical lanzada en todo el desarrollo de la revolución. Al mismo tiempo que se acentuaba la burocratización de la Central Obrera Boliviana se hacían serios esfuerzos para demostrar la caducidad de la estrategia revolucionaria, llevar al proletariado al poder, convirtiéndolo en caudillo de la nación oprimida y subvertida, partiendo de la alianza obrero-campesina como su verdadera efectivización. Si se había llegado, gracias únicamente a la naturaleza revolucionaria del Movimiento Nacionalista Revolucionario, a materializar el gobierno obrero-campesino era claro que estaban por demás los partidos marxistas y la tesis de una segunda revolución, tan grata a los reformistas. Surgía una consecuencia política de importancia y que fue repetida hasta el cansancio por los gobernantes y utilizada por la burocracia sindical para sus propios fines: si los obreros y los campesinos eran ya dueños del poder resultaba reaccionaria y anacrónica toda protesta o petición salarial en las empresas nacionalizadas y la huelga aparecía como ilógica. Se pretendió reducir a los sindicatos en apéndices gubernamentales, teoría que fue agudizando sus aristas a medida que se acentuaba el viraje derechista del Movimiento Nacionalista Revolucionario.

Que el co-gobierno fue ideado para servir los fines de la política gubernamental en cierto momento solamente, se demuestra porque un poco más tarde la derecha movimientista descargó todo su odio contra dicha consigna y hasta Víctor Paz Estenssoro y Juan Lechin, a partir del gobierno derechista de Hernán Siles Zuazo, se olvidaron de su tan preciada y publicitada criatura.

Según el Movimiento Nacionalista Revolucionario la efectivización del co-gobierno debería haber significado el bloque gubernamental del proletariado y de los campesinos, representados por su partido político (la burocracia sindical pretendió sustituir a este partido con la Central Obrera Boliviana controlada por uno de los sectores del Movimiento Nacionalista Revolucionario), con el partido de la pequeña-burguesía nacionalista. En caso de ser real este supuesto, todavía quedaba en pie la incógnita fundamental: ¿cuál de las clases sociales dirigía el bloque? Esta cuestión, con algunas variantes, también se plantea dentro del Movimiento Nacionalista Revolucionario, que, como nadie ignora, se presenta como partido policlasista. ¿Quién dirige a quién? "El interés central de los movimientistas radica en someter a la mayoría del país a la dirección de la burguesía intermediaria, que es la correa de transmisión de los intereses del imperialismo y de la reacción nacional. La actividad de las masas tiende a subvertir este estado de cosas

y a identificarse con las formulaciones clasistas" ("Tesis Sindical del POR").

Los trotskystas puntualizaron los siguientes objetivos ocultos tras el tan famoso slogan: a) obstaculizar que los obreros, campesinos y sectores mayoritarios de la clase media, a cuyo nombre habló invariablemente el Movimiento Nacionalista Revolucionario, se emancipasen de la tutela del nacionalismo pro-burgués y pudiesen desarrollar una política independiente de clase: b) procurar que las organizaciones de los explotados, se hiciesen responsables de los actos del gobierno, a fin de destruir toda oposición de la política derechista; c) impresionar a los yanquis, presentándoles una clase obrera engrillada en el esquema del co-gobierno (se dejó de hablar de él cuando este silencio era del gusto de los norteamericanos).

El co-gobierno, reiteradamente denunciado como una impostura, tuvo grandes implicaciones prácticas. En los primeros momentos surtió efectos positivos para el gobierno, pues pudo, por breve tiempo, acallarse el descontento de las masas. Quedó perfectamente encubierto el escamoteo del poder que hizo el pequeño-burgués MNR a la clase obrera. A los círculos oficialistas se les antojaba que los explotados habían sido, políticamente hablando, desarmados en definitiva. El nuevo ascenso de masas estaba llamado a pasar por encima del poder y de todo el esquema ideológico movimientista, incluida la teoría del co-gobierno.

El gobierno pequeño-burgués hablaba de co-gobierno solamente con fines para la exportación, pues en la práctica siguió la norma de "imponer despóticamente a la mayoría nacional las medidas más antipopulares" y un régimen de miseria. "Los obreros y campesinos -dice el documento porista- tienen que soportar todas las calamidades a título de 'co-gobernantes', a pesar de que nadie les ha pedido su previo consentimiento. Este pretendido co-gobierno es como un dogma religioso: todo intento de explicarse lógicamente y científicamente la consigna propagada por la alta jerarquía movimientista constituye una herejía y basta la fe para creer en él. A los obreros y campesinos les está vedado deliberar acerca de los destinos del país y mucho menos el ejecutar sus propias decisiones -según la Constitución esto es ilegal-, se les reserva únicamente el privilegio de soportar las consecuencias del desgobierno movimientista".

La conducta observada por el presidente Hernán Siles Zuazo ilustra lo anteriormente expuesto. Decía incansablemente a los obreros "Ustedes son los que están en el poder y por esto deben producir más". Sin embargo, fue el representante de la derecha movimientista el que tomó para sí la tarea de cercenar profundamente muchas de las atribuciones del control obrero y mostró vivo interés en evitar que los sindicatos interviniesen en la administración de las empresas y en la solución de los problemas políticos, a fin de que se limitasen a producir más y disciplinadamente. A esto llamó el gobierno disciplina laboral. (La política posterior del movimientismo siguió con firmeza esta línea anti-obrera y anti popular, G. L, 1997). "¿Están los sindicatos en el gobierno? Sólo un necio puede responder afirmativamente. Conforme a las normas legales y a la voluntad movimientista, los sindicatos no pueden ejercer ninguna función de poder, si lo hacen es en franca oposición al gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario" ("Tesis Sindical del Partido Obrero Revolucionario").

Se repitió hasta el cansancio que era suficiente invocar la realidad tangible de los ministros obreros para convencerse de la vigencia del co-gobierno.

Se dijo que los obreros y campesinos llegaron al poder a través de sus supuestos representantes (en este caso debía hablarse concretamente de representantes políticos) en el gabinete ministerial. ¿Quiénes y qué eran los ministros obreros? Los poristas dieron la siguiente respuesta: "Se trata de instrumentos que el jefe del Poder Ejecutivo -en el presente caso el derechista Hernán Siles- selecciona entre los movimientistas del ala izquierda, que han llegado a ser tales no por su adhesión a un programa revolucionario, sino a los métodos de enriquecimiento personal. Estos elementos, al mismo tiempo burócratas sindicales, son utilizados para embridar al movimiento obrero-campesino. Quinta columnistas en el seno de los sindicatos, para cumplir su asquerosa misión se subordinan al Movimiento Nacionalista Revolucionario y se emancipan del control de sus bases. Se da el caso de que la Central Obrera Boliviana no puede controlar debidamente a "sus ministros" ("Tesis Sindical del POR").

La experiencia enseñó que los ministros obreros, en el período de depresión, expresaban obsecuentemente las decisiones del Comité Político Nacional del partido de gobierno y se esforzaban por ignorar los intereses y sentimientos de las bases sindicales. "El choque de las camarillas de burócratas por llegar a los ministerios -itinerario que siguen los traficantes que hasta ayer sirvieron a la rosca- no debe



considerarse como la lucha de los trabajadores por llevar a sus representantes al gabinete. Las tituladas reuniones de autocrítica de la Central Obrera Boliviana no tienen más finalidad que engatusar a las masas. El pretendido control de los burócratas sobre 'sus' ministros están lejos de los intereses de la clase obrera" ("Tesis Sindical del POR"). La burocracia obrera buscaba afanosamente no romper la coexistencia con la derecha movimientista, es por esto que tardó mucho en señalar la orientación antinacional del gobierno Siles y cuando lo hizo, cediendo a la presión de las masas, se desplazó hasta las posiciones inconfundiblemente pro-imperialista de Paz Estenssoro. "La disputa alrededor de aspectos secundarios sirve para distraer a la gente. El gobierno derechista se adorna con los ministros "obreros" y los utiliza como portavoces de la política antipopular".

El balance de esta experiencia, que adquirió su significación para el porvenir del movimiento obrero, puede resumirse así: a) en los primeros momentos podían los ministros obreros convertirse en el eje que permitiese el pacífico desplazamiento del gobierno movimientista por otro obrero; b) en el período de depresión el gobierno burgués no pudo transformar su estructura clasista (que es lo que cuenta en definitiva) por el solo hecho de llevar al gabinete a algunos burócratas sindicales, lo que vino a confirmar las enseñanzas extraídas de la historia.

También se dijo que obreros y campesinos llegaron al poder porque figuraron algunos de ellos en el parlamento. Se trata de una conciliación arbitraria; el que una clase o un partido tengan representación parlamentaria, aunque ésta sea mayoritaria o la genuina expresión de la voluntad de las masas no quiere decir que tengan en sus manos el control del aparato estatal, Bolivia particularmente es un gobierno de estructura presidencialista. Los burócratas más notorios fueron impuestos como legisladores y sólo excepcionalmente, allí donde fue acentuada la lucha antiburocrática, los obreros lucharon por un nombre. La actividad parlamentaria ha arrojado resultados negativos para el movimiento revolucionario; muchos sindicalistas se perdieron en medio de quienes convirtieron en negocio lucrativo su servilismo al partido de gobierno. Los parlamentarios obreros concluyeron siendo controlados por el estómago; además de sus dietas percibían una remuneración especial del Comité Político del Movimiento Nacionalista Revolucionario, etc. En tales condiciones no se podía hablar de que estos parlamentarios expresasen las ideas y la voluntad de los trabajadores. Ayudaron a legislar en perjuicio directo del país y concluyeron respaldando las medidas adoptadas por la derecha del Movimiento Nacionalista Revolucionario. En ciertos momentos la izquierda movimientista contó con una indiscutida mayoría parlamentaria, pero el Legislativo no por eso abandonó su línea incuestionablemente derechista. Se dio el caso de que los legisladores izquierdistas, renunciando a sus atribuciones constitucionales y privativas, concedieron amplios poderes en materia económica al presidente antiobrero Hernán Siles Zuazo. Estos elementos nefastos y traidores tampoco fueron extraños al establecimiento de la llamada estabilización monetaria y que, en esencia, consistió en una disminución de los salarios reales.

Lo que en los hechos existió fue el co-gobierno del lechinismo -tendencia confusionista que se disfrazaba de "izquierdista" para servir mejor a la derecha- con los otros sectores del Movimiento Nacionalista Revolucionario. La Central Obrera Boliviana controlada por la izquierda movimientista sirvió para que ésta maniobrara en su afán de conquistar puestos claves y lograr preeminencia política. El Movimiento Nacionalista Revolucionario logró estrangular la voluntad de los trabajadores, para así controlar burocráticamente a los organismos sindicales, contando siempre con la ayuda que en tal sentido le prestó el lechinismo nefasto; en caso contrario la derecha del MNR habría tenido que derrotar políticamente primero a esta última corriente.

La revolución se desarrolló teniendo como eje fundamental la contradicción proletariado- imperialismo. El Movimiento Nacionalista Revolucionario en el poder se convirtió, en definitiva, en la correa de transmisión de los planes y voluntad norteamericanos. Se dice que el Departamento de Estado utilizó la amenaza del "no reconocimiento" diplomático para someter a sus despóticas decisiones a los líderes "antiimperialistas" del Movimiento Nacionalista Revolucionario. No fue el respaldo financiero imperialista el que determinó la fortaleza del régimen movimientista, sino la movilización obrera y campesina, que como un fantasma se perfilaba permanentemente detrás de él. Lo importante para los norteamericanos fue encontrar el medio que les permitiese controlar en cierta medida esa movilización masiva, cosa que lograron con la ayuda directa del Movimiento Nacionalista Revolucionario, que para eso le sirvió su popularidad, su ala izquierdista, el co-gobierno, etc. El rápido fortalecimiento de las posiciones centristas de Víctor Paz Estenssoro se explica porque, simultáneamente, concluyó un acuerdo con el imperialismo y llegó a despertar un verdadero fanatismo entre los obreros, lo que le permitió, en cierta manera, canalizar en su favor a la movilización masiva. El lechinismo, conscientemente o no, sirvió a los planes

pazestensoristas. Que el aparato movimientista, en el que debe incluirse a la Central Obrera Boliviana burocratizada, actuó como chaleco de fuerza colocado al movimiento obrero se comprueba por el hecho de que toda vez que la contradicción proletariado-imperialismo se agudiza, las organizaciones sindicales, principalmente las de base, amenazaban seriamente con romper el control gubernamental.

Alfredo Candia, de la misma manera que los representantes de la reacción, están equivocados cuando sostienen que el bloque Paz Estenssoro-Lechin importó el virtual triunfo del comunismo en las altas cumbres gubernamentales o la transformación del Presidente de la República en corifeo marxista. La verdad es que el jefe movimientista, a medida que se aleja del 9 de abril de 1952, fue abandonando sistemáticamente sus poses marxistas, viraje obligado si no se olvida que su interés político central era el de entenderse con los yanquis. "El nacionalismo notando que Lechin tomaba rápida preponderancia, que se llamaba a muchos comunistas al gobierno, y descubriendo que el Presidente apoyaba la maniobra, resolvió dar batalla... Y así fuimos derrotados por la opinión decisoria del Presidente..." (Candia). Tal la explicación del fallido golpe de Estado del 6 de enero de 1953, que pretendía poner atajo a la radicalización del proceso revolucionario y eliminar al movimiento obrero del escenario político. Habría sido absurdo que Víctor Paz Estenssoro se aliase con los Candis, los Peñaloza, los Barrenechea, los Ríos Gamarra, etc., en consideración de que estos señores formaron el Comité Revolucionario que dirigió algunas de las operaciones del 9 de abril, pues esto habría significado que el jefe del Movimiento Nacionalista Revolucionario diese las espaldas a los sindicatos obreros que en ese momento escapaban a su control y amenazaban convertirse en un movimiento independiente. En el informe de la Comisión de Organización de la Central Obrera Boliviana se lee: "Producida la nacionalización de las minas, la derecha quiso cortar en redondo el proceso de profundización de la Revolución Nacional, pues la próxima tarea no podía ser otra que la destrucción de la barbarie agraria. El 6 de enero de 1953, los termidhorianos del Movimiento Nacionalista Revolucionario produjeron un golpe destinado a la liquidación física de los dirigentes sindicales y a la destrucción de la Central Obrera Boliviana. La inmediata movilización de las masas desbarató la peñalozada y repuso el equilibrio revolucionario, resultando fortalecida la Central Obrera Boliviana en su autoridad moral y material como salvaguardia de la "nueva Bolivia". Efectivamente, las cosas ocurrieron así, pero el lechinismo cometió el error de no sacar toda la ventaja posible de su situación privilegiada; obligó a la derecha a un momentáneo retroceso, pero dejó intacto su basamento económico, sus privilegios y hasta su organización interna. No alcanzó a comprender que estaba abierta la coyuntura para que la izquierda movimientista se hiciese cargo de todo el poder e inclusive eliminase a Víctor Paz Estenssoro de la presidencia. Acaso no quiso dar este paso trascendental por miedo de que las masas desbordadas pasasen por encima de él. Los hechos posteriores han demostrado que tal conducta causó serios perjuicios a los movimientos revolucionario y obrero, permitiendo el posterior y paulatino avance de las posiciones derechistas en el poder. En la inconducta lechinista en el 6 de enero de 1953 se tiene uno de los antecedentes lejanos del golpe contrarrevolucionario del 4 de noviembre de 1964 y de la instauración del fascismo el 21 de agosto de 1971. "Paz Estenssoro -dice Candia- como todo 'marxista ortodoxo', según su propia declaración quedó muy cristalizada una consigna táctica comunista: la formación de una sola y vigorosa organización sindical de trabajadores. He creído descubrir mucho después que Víctor Paz Estenssoro, como todo político de mentalidad marxista, daba extraordinaria importancia a la opinión y al apoyo de los obreros, y aún más, pensaba que el proletariado era la única y más firme base de sustentación de su gobierno". El Presidente estaba en lo cierto, si el movimiento obrero le retiraba su apoyo el gobierno se habría desmoronado como castillo de naipes. En los primeros momentos es Lechin quien representa a los obreros y campesinos en el equipo ministerial y en el propio Movimiento Nacionalista Revolucionario; en otras palabras, era el único entre los caudillos del momento que poseía fuerza y de él dependía la estabilidad gubernamental. Este panorama reflejaba la ausencia de un fuerte partido político de la clase obrera. La habilidad de Víctor Paz Estenssoro consistió en darse cuenta de tal realidad y en desarmar paulatinamente a su aliado y sostén, el líder sindical Juan Lechin.

El presidente Víctor Paz Estenssoro daba la impresión, a propios y extraños, de ser un prisionero de la poderosa Central Obrera Boliviana y si en los problemas más importantes pudo imponerse (a través de él había comenzado a actuar el imperialismo) fue solamente gracias a la complacencia mostrada por el lechinismo, que de manera extraña salió en defensa de la política gubernamental derechista. Con todo, el Presidente Paz estaba obligado a prestar preferente atención a los pronunciamientos de la Central Obrera Boliviana, de los sindicatos y en lo posible se esforzaba por complacer sus deseos a fin de no entrar en fricción con ellos. "La Central Obrera Boliviana -expresó el jefe del Estado y del Movimiento Nacionalista Revolucionario ante el Primer Congreso de Trabajadores- es una organización cuyas decisiones pesan en la conducción gubernamental". Esta declaración llenó de estupor a los redactores del informe titulado "El marxismo en Bolivia", aunque, conforme a la doctrina del co-gobierno, Víctor Paz estaba obligado a decir

que las declaraciones de la Central Obrera Boliviana eran nada menos que decisiones gubernamentales.

Lechin hizo mal uso de su ilimitado poder, pues lo utilizó exclusivamente para imponer sus deseos dentro del gobierno y del Movimiento Nacionalista Revolucionario, desgraciadamente esos deseos se limitaban a mover, desde las sombras, algunos resortes de importancia del aparato estatal, especialmente los que tenían directa relación con los recursos fiscales o de las entidades autárquicas. Es claro que esta inconducta se apartaba de la línea revolucionaria y desgastó no solamente al líder sino a la misma clase obrera y sus organizaciones.

## 5 LAS ETAPAS DE LA REVOLUCIÓN

La ola revolucionaria ha seguido una línea sinuosa, contradictoria y llena de altibajos, habiendo tenido influencia directa sobre la vida, organización y conducta de la Central Obrera Boliviana, que tanto vale decir sobre el movimiento obrero en general. La revolución boliviana ha recorrido hasta ahora (1979) cinco etapas claramente diferenciadas.

a). La primera etapa se caracteriza por una franca y acelerada radicalización de las masas proletarias y por la incorporación vigorosa de los campesinos al proceso de transformación, por su persistente ataque a la reacción en general, por una creciente confianza en sus propias fuerzas, por su profunda fe en la victoria y porque los obreros y los explotados del agro tomaron en sus manos la solución de los problemas nacionales básicos. Este repunte dentro del ascenso tiene en el 9 de abril de 1952 una de sus fechas culminantes y se prolonga siempre apuntando arriba por algunos meses más. Su rasgo más saliente radica en que las masas no dejan hacer a los organismos del Estado todo lo que crean conveniente, sino que ellas mismas resuelven con sus manos los problemas propios y ajenos; acentúan su actitud vigilante.

Una serie de medidas gubernamentales, secundadas de manera franca o encubierta, por la dirección sindical, aparentemente secundarias e inofensivas pero invariablemente sutiles, lograron hacer perder el ímpetu desafiante de los explotados, que dominó durante todo este período, y sistemáticamente los empujaron hacia la pasividad contemplativa. Cada día en mayor medida se abandonaban en brazos del gobierno central, esperaban que una fuerza exterior, que indudablemente no la consideraban extraña, les diera la felicidad y construyera para ellos una sociedad nueva. Es claro que los explotados no podían permanecer indefinidamente en las calles con el fusil en las manos y vigilantes de todo lo que ocurriera en sus organizaciones y en el propio gobierno. A esa tremenda tensión de la clase (hecho excepcional que eleva a primer plano su enorme capacidad creadora) debía necesariamente seguir un período de relajamiento. Una serie de medidas gubernamentales imperceptiblemente antiobreras fueron posibles gracias a esta depresión, y, a su turno, contribuyeron a acentuarla. Desde entonces la política gubernamental, en momentos coadyuvaba por la burocracia cobista, fue centrada primordialmente alrededor del objetivo de arrancar de cuajo todo síntoma de posible crecimiento de la ola revolucionaria.

El indicio más lejano que reveló algunos rasgos de cansancio de las masas y contribuyó a llevar a su seno la confianza hacia el gobierno del Movimiento Nacionalista Revolucionario, partiendo de la certeza de que era sinónimo de gobierno obrero y estaba resuelto a llevar a la realidad el programa revolucionario enarbolado desde hacía mucho tiempo, apareció el 13 de mayo de 1952, fecha en la que el imperialismo y la reacción boliviana, moviéndose en las sombras pero manteniendo sus fuertes vinculaciones con el régimen movimientista, logran su primera victoria al imponer al gobierno el aplazamiento de la fecha de nacionalización de las minas y la formación de una "Comisión Técnica" encargada de planearla y realizarla. Este golpe, inteligentemente calculado, tuvo como efecto inmediato desarmar al proletariado, adormecerlo y empujarlo paulatinamente hacia una actitud contemplativa. No debe olvidarse que hasta ese momento la Central Obrera Boliviana salió a las calles como dirección no solamente de los trabajadores, sino del pueblo todo que pedían en tono enérgico una inmediata nacionalización de las minas, sin indemnización alguna que pudiese favorecer a los barones del estaño y bajo control obrero. Los ministros obreros, la propia dirección de la Central Obrera Boliviana y las mismas masas se limitaron a esperar, acaso a regañadientes, que el Poder Ejecutivo pudiese cumplir su plan.

La opinión de la radicalizada Central Obrera Boliviana sobre cómo debían nacionalizarse las minas está contenida en una larga nota enviada al presidente Víctor Paz Estenssoro con fecha 22 de octubre de

1952, es decir, pocos días antes de que sus Secretarios Ejecutivo (Juan Lechin) y General (Germán Butrón), oficiando de ministros de Estado, estampasen sus firmas en el Decreto de nacionalización .

La Central Obrera Boliviana recuerda al gobierno que, después de que la Comisión de Nacionalización de Minas entregó su informe el 9 de octubre, le correspondía decretar la estatización de las pertenencias de la gran minería y le transcribe sus conclusiones al respecto <sup>25</sup>.

Pasa revista a "los innumerables abusos, atentados, violencias, sobornos y la irresponsabilidad de las tres grandes empresas mineras contra los intereses de Bolivia y de su pueblo". La primera acusación dice que es responsable del desarrollo desigual y "anormal" de la economía: "somos un país exclusivamente productor de minerales con grave perjuicio para los demás factores económicos". Las tres grandes empresas son acusadas como responsables de haber determinado que "todas las energías de los poderes públicos se dedicasen exclusivamente a facilitar la explotación de los minerales en las mejores condiciones posibles para su beneficio, sin preocuparse de la fuerza de trabajo, ni del desarrollo de las regiones potencialmente ricas ni de otras actividades esenciales como la agricultura y la industria en general".

Se sostiene que también por culpa de la gran minería los ferrocarriles y caminos fueron construidos exclusivamente en la región altiplánica y de la cordillera, "porque así convenía a los intereses mineros, quienes con el afán ciego de obtener el mayor lucro posible, sometieron a un desarrollo desigual a nuestra economía, en beneficio del imperialismo al que representan".

La internacionalización de las empresas mineras, "burlando las obligaciones con el país que las enriquecía", es señalada como la causa de que Bolivia se convirtiese en semicolonias, "cuyos problemas fueron solucionados en el exterior y cuyos gobernantes actuaron siempre de acuerdo a instrucciones recibidas de las centrales que las empresas mineras sostenían y sostienen en naciones imperialistas".

Se dedican acápites especiales para enumerar los aspectos anti-sociales y negativos de la actividad de Patiño, Hoshchild y Aramayo, que se ajustaron estrictamente a la política colonialista, "sin haber dejado ni lo indispensable para la subsistencia de los trabajadores". Impusieron métodos anacrónicos de trabajo, "los más brutales del mundo". Los salarios fueron increíblemente bajos, "lo importante era obtener el mayor provecho con la menor inversión posible, las empresas ignoraban las más elementales regulaciones de seguridad y protección para sus trabajadores." Toda vez que los obreros protestaban contra semejante régimen de explotación y miseria, las empresas, "que manejaban los instrumentos del poder público a su voluntad", ahogaban en sangre el descontento popular.

La plusvalía usurpada con angurria a los obreros "permitió a dichas empresas levantar inmensas fortunas de magnitud mundial".

En otro párrafo se expresa que los trabajadores organizados tenían conciencia de los obstáculos internos e internacionales que debía vencer el gobierno para proceder a la nacionalización en los términos exigidos por la Central Obrera Boliviana: "Tampoco ignoramos el interés de los monopolios y trusts de hacer fracasar este gran proyecto y conquista indispensables del pueblo". Se subraya que internamente el éxito de la nacionalización "descansa prácticamente en los brazos de los trabajadores de las minas, sin cuyo esfuerzo y sin cuyo rendimiento esta medida no pasaría de ser una farsa política sin resultados prácticos". Es esta conciencia del poderío político del proletariado, de haberse convertido en el factor esencial de la estabilidad del nuevo gobierno, la que le permitió a la Central Obrera Boliviana exigir sea decretada la nacionalización dentro de determinados límites.

Del anterior análisis... se desprende que lo justo (lo exacto habría sido decir "necesario", G. L.) es la NACIONALIZACIÓN DE LAS MINAS SIN INDEMNIZACIÓN BAJO CONTROL OBRERO Y PARTICIPACIÓN EN LA ADMINISTRACIÓN". No puede haber la menor duda de que control obrero y participación en la administración querían decir la misma cosa. Seguidamente se enumeran las razones por las que se pide el no pago de indemnización a la gran minería:

1. Las empresas no invirtieron capitales extranjeros en las minas y todo "lo que actualmente poseen es

25.- "Pronunciamiento de la Central Obrera Boliviana sobre la nacionalización de las minas", en "Protección social", La Paz, septiembre-octubre de 1952.

el fruto de las grandes reservas mineralógicas y del esfuerzo de los obreros bolivianos”.

2. Falta de pago de impuestos por exportación de minerales, escorias y desperdicios, por concentración de reservas en el exterior y por recargo en las diferencias de cambios.
3. Venta de divisas al margen de lo determinado por ley.
4. Remanentes pendientes de descargo.
5. Impuesto sobre utilidades.
6. Incumplimiento de leyes sociales.
7. Responsabilidad por miles de asesinatos, “de una cadena de masacres y la destrucción de la fuerza de trabajo”.

Adquiere importancia el concepto que la Central Obrera Boliviana tenía del control obrero sobre la producción. Entre líneas se descubre que la dirección cobista se ponía en guardia ante las “campañas demagógicas de elementos sin responsabilidad”, que no eran otros que los marxistas (de manera más precisa, los trotskistas, G. L.) que decían a los obreros que no cediesen en sus exigencias y que el control obrero conducía al socialismo. Al mismo tiempo, la Central Obrera Boliviana quería demostrar que los trabajadores se encontraban suficientemente maduros para administrar las minas.

Se demandaba que el control obrero se ejerciese de modo directo, es decir, “mediante delegados o representantes de los trabajadores”. El control obrero debía abarcar desde el planeamiento de la producción, vale decir, el aspecto técnico en su acepción más estrecha, hasta la inversión de la plusvalía resultante de la actividad minera, pasando por la intervención en el sistema contable, en el aprovisionamiento y atención de almacenes y pulperías, etc. Nadie dudaba que “los representantes obreros que ejercitarán ese control defenderán no solamente los intereses de la clase obrera como tal, sino también los de todo el país”.

La Central Obrera Boliviana se comprometió a afianzar la unidad revolucionaria de obreros y campesinos a fin de garantizar la victoria de la nacionalización y aseguró que los “obrerros de las minas están dispuestos a aceptar sobre sí el sentido de máxima responsabilidad, no solamente en cuanto se refiere al ejercicio del control obrero sino al sostenimiento de la producción, del orden y de la disciplina, que son indispensables para mantener en funcionamiento las tres grandes empresas, como asimismo controlar y velar por el cuidado de las maquinarias e instalaciones que, una vez nacionalizadas las minas, serán propiedad de todo el pueblo de Bolivia y por consiguiente de los trabajadores”. El celo puesto por los mineros en el trabajo y cuidado de los bienes de las empresas estatizadas superó a todas las promesas hechas por la Central Obrera Boliviana, estaban seguros que la nacionalización había colocado las minas en sus manos. Sólo posteriormente vendrán el trabajo a desgano y el sabotaje, como expresiones de otra realidad política.

Se descontaba que al Decreto de nacionalización de minas seguirían el boicot imperialista, el secuestro de minerales depositados en los puertos, la carencia de víveres, etc. Públicamente se dejó constancia que los obreros ofrecían su devoción y sacrificio para vencer las dificultades.

Irónicamente la anterior nota aparece firmada por Lechin y Butrón.

El Decreto de nacionalización se aparta, en puntos capitales, de las exigencias de la Central Obrera Boliviana. La voz esclarecedora de los marxistas fue ahogada en medio del delirio de entusiasmo que se apoderó de las masas. La Central Obrera Boliviana se limitó a guardar silencio.

El planteamiento de la Central Obrera Boliviana, pese a su radicalismo formal, está impregnado de timidez, de dudas y de puntos débiles, como expresión de la presencia de los delegados movimientistas en el debate, que se esforzaron por dejar antecedentes justificatorios para su futura actuación en el seno del equipo ministerial.

b). Cuando el 31 de octubre de 1952 se firmó el Decreto de Nacionalización de la gran minería, el

pueblo y la clase obrera, que habían perdido ya su capacidad de control de la conducta gubernamental y cuando su desconfianza recorría los caminos más enrevesados para exteriorizarse, se limitaron a aplaudir furiosamente la medida. Se pretendía de que había sido dada la prueba palpable de que el régimen movimientista tenía decidido materializar las consignas más importantes del programa revolucionario, vale decir, del programa de la clase obrera. Se eliminaron temporalmente las posibilidades de una acción opositora masiva e inclusive de la severa crítica a la nacionalización decretada, cuyas limitaciones saltaban a primera vista y cuyo carácter burgués apenas si quedaba encubierto bajo la premeditada deformación de las tradicionales enunciaciones del proletariado.

La reforma agraria, sancionada el 2 de agosto de 1953, a pesar de que chocó abiertamente con lo que estaban haciendo las masas campesinas, es decir, con la ocupación directa de la tierra por quienes la estaban trabajando, modificó la actitud de los oprimidos del agro, cuyas milicias centraron su atención en la defensa incondicional del régimen movimientista. Les pareció más cómodo recibir la tierra -o una caricatura de ella- de manos del gobierno en lugar de conquistarla en el fragor de la lucha. De esta manera quedó planteada la posibilidad de que los campesinos, convertidos en pequeños propietarios y habiendo perdido los rasgos de la servidumbre, se transformasen en fuerza neutralizadora de la posible oposición obrera.

Las otras medidas, entre las que sobresale la reforma del sistema electoral, fueron dictadas con la finalidad de perpetuar a la mayoría nacional, particularmente a los obreros, en su estado de postración y de sometimiento a la política del Movimiento Nacionalista Revolucionario. El período de depresión del movimiento obrero (la segunda etapa de la revolución) se reflejó de manera directa en la Central Obrera Boliviana, que perdió en gran medida sus posibilidades de presionar sobre la política gubernamental y a diario fue acentuándose su aislamiento con referencia a sus bases. La Central Obrera Boliviana apareció como un simple apéndice del oficialismo.

Las difíciles condiciones económicas a las que se vieron reducidos el proletariado y el pueblo en general y la imposibilidad gubernamental de satisfacer sus crecientes necesidades (plan de estabilización monetaria), se convirtieron en el punto de partida de un nuevo repunte de la ola revolucionaria. Esta vez la radicalización se dio en un plano superior -políticamente hablando-, con referencia a 1952. Así se inicia la tercera etapa.

c). La diferenciación política entre la dirección movimientista y las masas, caracteriza el nuevo ascenso y se hace perceptible durante el gobierno derechista de Hernán Siles Zuazo. Este fenómeno puede también ser caracterizado por el choque abierto entre las dos tendencias fundamentales de todo el proceso revolucionario: la oficialista (pequeño-burguesa) que buscaba estrangular el proceso de transformación en el marco de los intereses capitalistas y de la coexistencia pacífica junto al imperialismo; y la proletaria o revolucionaria que pugnaba por llevar, conscientemente o no, la revolución hacia el socialismo. Los trabajadores se colocaron mucho más a la izquierda de las más osadas posiciones movimientistas y así abrieron la posibilidad de pasar por encima de su antigua dirección política. Durante el segundo gobierno de Víctor Paz Estenssoro el abismo entre las masas obreras y la jerarquía movimientista se profundizó y se convirtió en insuperable. La nueva radicalización permitió a los trabajadores emanciparse de la influencia ideológica y organizativa del partido de una clase social que les es extraña. Dentro de la concepción marxista se puede decir que se dio un paso adelante más en la constitución del proletariado como clase social independiente.

El nuevo ascenso, a diferencia de lo ocurrido en 1952, comenzó como miedo y desconfianza frente a la capacidad represiva del gobierno movimientista, para luego trocarse en lucha abierta y desafiante contra el poder. Este movimiento llevaba en su seno la importantísima y poderosa tendencia hacia la superación socialista de las formulaciones hechas por el Movimiento Nacionalista Revolucionario y de sus realizaciones. En resumen, se encaminaba a reemplazar al gobierno nacionalista de contenido burgués por otro propio de los explotados. Esta perspectiva constituía una seria amenaza para el imperialismo, para la reacción criolla y para el Movimiento Nacionalista Revolucionario, que ya habían puesto en ejecución una serie de medidas restauradoras del viejo orden de cosas sepultado por el alud revolucionario del 9 de abril de 1952.

d). El 4 de noviembre de 1964 tiene lugar un golpe militar contra-revolucionario y de carácter preventivo, consumado, por decisión del Pentágono norteamericano, para aplastar la creciente subversión popular y obrera. Se modificaron los métodos del gobierno para destruir físicamente a las organizaciones sindicales

y revolucionarias.

Es por demás sugerente que Lechin y Siles Zuazo hubiesen apoyado públicamente el cuartelazo dirigido por Barrientos, habiendo llegado al extremo de poner en pie una organización política con la finalidad de estabilizar al nuevo gobierno. Barrientos se vio obligado a tomar medidas represivas contra el lechinismo para neutralizar al movimiento obrero que volvió a luchar.

Pese a los sucesivos baños de sangre a los que se sometió a la clase obrera, particularmente a los mineros, éstos volvieron a incorporarse y a luchar una y otra vez. Esta actitud determinó la caducidad de los métodos fascistas de gobierno, de precio muy elevado para el imperialismo e inútiles en su lucha contra las masas insubordinadas. Al totalitarismo del general René Barrientos siguió el populacherismo vergonzante de Alfredo Ovando y el pseudodemocratismo de Siles Salinas. No bien encontraron un respiro, los sindicatos se reorganizaron rápidamente y dieron muestras de su decisión de pasar a la ofensiva franca.

Ante el peligro de que las masas volvieran a adueñarse de las calles y de la situación política, el imperialismo -utilizando a grupos fascistas castrenses y a toda la reacción criolla, que pudo capitalizar el descontento de crecientes capas de la clase media-, asestó de nuevo otro golpe preventivo. Del democratismo se pasó al fascismo desembozado para poder destruir físicamente a las organizaciones sindicales y revolucionarias. Ese significado tuvo el golpe reaccionario del 21 de agosto de 1971.

Todas estas son variantes del ciclo nacionalista iniciado el 9 de abril de 1952 y que está lejos de haberse cerrado definitivamente, ciclo que finalizará cuando el proletariado logre su victoria final.

e) La lucha por las garantías democráticas y por las reivindicaciones económicas muy elementales permitió a las masas superar la etapa de dispersión, persistir en su actividad de resistencia pasiva al gorilismo. La acumulación cuantitativa de estos brotes de descontento permitió un salto cualitativo en octubre de 1972, cuando se dictó la devaluación monetaria, que importó una considerable disminución de los salarios reales. De la resistencia pasiva se pasó a la activa y los explotados volvieron a la iniciativa en la lucha.

El nuevo ascenso revolucionario de las masas, que sigue una línea en zig-zag, se da en un plano político elevado, cuando las tendencias que se reclaman de la izquierda marxista pugnan por sellar el frente anti-imperialista.

El empuje de los obreros impuso, en plena vigencia de los Decretos antisindicales, el verificativo del congreso minero de Corocoro. A la huelga minera siguió un período breve de retroceso.

A fines de 1977 tiene lugar una imponente movilización masiva alrededor de la consigna de amnistía general. La huelga (le las cuatro mujeres mineras (amas de casa) se tradujo rápidamente en una descomunal arremetida anti-gorila, que pudo arrancar importantes concesiones de corte democratizante.

Los campesinos se venían moviendo lentamente, muy a la zaga del proletariado e inclusive de los grandes sectores de la clase media ciudadana. La burocracia sindical del agro ha servido de apoyo a los gobiernos movimientistas y luego a los generales que llegaron a apoderarse del Palacio Quemado. Lo que está ocurriendo ahora permite pronosticar que ese sector acentuará su ruptura con el gobierno y volverá a alinearse junto al proletariado. De esta manera volverá al plano de la vigencia uno de los aspectos fundamentales de la estrategia revolucionaria: la alianza obrero-campesina.

Un ejemplo. Fue preciso que el Poder Ejecutivo decidiese cobrar a los hombres del agro el proyectado impuesto agropecuario (primero Paz, luego Barrientos), para que éstos de un salto se colocasen a la izquierda y expresasen su descontento y hasta su repudio (como ha ocurrido en algunos sectores) al régimen militar de Barrientos.

## 6 CONSECUENCIAS DE LA REPRESIÓN DEL MOVIMIENTO OBRERO

Es la Central Obrera Boliviana -como consecuencia de su debilidad organizativa, de su falta de estrecha vinculación con el grueso de las masas y del control de su Comité Ejecutivo por el Comité Político Nacional del Movimiento Nacionalista Revolucionario- la que llegó a reflejar de modo catastrófico la depresión del movimiento revolucionario. La alta dirección cobista se quebró al entregarse -y al entregar a la propia Central Obrera- al Comité Político del oficialismo movimientista. Ya en la segunda mitad de 1952 Víctor Paz Estenssoro, aprovechando la actitud meramente expectante de los obreros frente al enunciado Decreto de nacionalización de las minas, realiza sus primeros trabajos encaminados a controlar a los sindicatos, siempre a través de sus direcciones. En esta época la brigada movimientista encargada de trabajar en la Central Obrera Boliviana ubicó su cuartel general en la Secretaría de Prensa y Propaganda del Palacio de Gobierno, entonces dirigida por José Fellman Velarde, y se señaló la tarea inmediata -impuesta por el Comité Político Nacional y consentida por Lechin- de expulsar a los trotskistas de las organizaciones sindicales o de reducirlos a la impotencia, utilizando los recursos más variados. El oficialismo supo sacar ventaja del tradicional antagonismo que separaba a las fracciones stalinista y trotskista, se alió con la primera y le hizo una serie de concesiones para poder batir más fácilmente a la segunda. Es evidente que la represión movimientista también alcanzó más tarde al Partido Comunista.

Si las delegaciones poristas pudieron mantenerse por tanto tiempo en el seno de la Central Obrera Boliviana y como una de sus fracciones más importantes, pese a que cotidianamente se acentuaba la depresión del movimiento revolucionario y, a la sañuda campaña que en su contra desencadenó el Movimiento Nacionalista Revolucionario, fue porque se encontraban profundamente entroncadas en las masas, nadie dudaba de su incomparable fidelidad a los principios revolucionarios y por el valor que demostraron en la lucha junto a las gentes del pueblo.

El Movimiento Nacionalista Revolucionario comenzó inflando artificialmente su representación sindical, suplantando la voluntad de los sindicatos de base, creando organizaciones fantasmas y sometiendo violentamente a su voluntad a los sectores que vivían a la sombra del gobierno. Así logró introducir en la Central Obrera Boliviana un "equipo de funcionarios públicos que servía como eje de una maquinaria de funcionarios" <sup>26</sup>. El propio Fellman Velarde ingresó como delegado a la COB de los funcionarios estatales, vale decir, de sus subalternos. Este dirigente político adquirió, en el trabajo sindical, una mentalidad típicamente stalinista y tuvo a su cargo la fundamentación teórica de la lucha a muerte contra el trotskismo, encarnada en el movi-stalinismo y que fue presentada como una necesidad al servicio del porvenir de la revolución boliviana. Es autor de un folleto anti-trotskyista <sup>27</sup> y que firmó con su seudónimo Carlos Velarde, escrito que sirvió de manual en la lucha contra los poristas y que se dice fue leído en el Curso de Capacitación Política del Movimiento Nacionalista Revolucionario. Fellman comienza declarándose marxista y denuncia al Partido Obrero Revolucionario como un partido aventurero que mañosamente se apoderó de algunas organizaciones sindicales. "Como muchos otros hombres de izquierda, libres de toda tutela extraña, somos marxistas...; pero creemos también que entre el comunismo y el marxismo aplicado a una realidad nacional, y con el objeto de revolucionar esa realidad, existe actualmente una gran diferencia. En Bolivia, el trotskismo, conjugado alrededor, precisamente, de uno de esos núcleos académicos, sin contacto con la realidad, ha conseguido, sin embargo, apoderarse de la dirección de algunos sindicatos artesanales de la Federación Obrera Sindical y, a lomo de esos sindicatos, llevar hasta la Central Obrera Boliviana aquellos planteamientos que, en otras partes del mundo, son ya jirones en el camino ascendente de las grandes mayorías". La lucha porista contra las postulaciones del Movimiento Nacionalista Revolucionario es presentada como un desatino: "El planteamiento general del trotskismo, caracterizado como aventurerismo político, trata de empujar a la clase obrera boliviana a una lucha contra molinos de viento confundidos con gigantes". Seguidamente recuerda la sentencia leninista de que también por la extrema izquierda se llega a la derecha. Los primeros capítulos están dedicados a presentar un resumen de los planteamientos de Marx, de Lenin y de lo hecho en la tercera revolución China. Amparándose en un deformado Lenin llega a una sorpresiva conclusión aunque explicable si se tiene en cuenta que el autor estaba interesado en justificar las limitaciones burguesas de la política movimientista: "Tampoco puede el proletariado en una colonia o semicolonias cumplir sus objetivos

26.- Partido Obrero Revolucionario, "Tesis Política del Décimo Congreso Nacional", La Paz, junio de 1953.

27.- Carlos Velarde, "El nacionalismo y la acción demagógica y proimperialista del trotskismo", La Paz, s/f .



revolucionarios, porque el desarrollo de la colonia o semicolonía no ha llegado hasta liquidar la existencia de otras clases sociales que, en los países atrasados, son muchas veces más fuertes numéricamente que el proletariado mismo". Una y otra vez se repite la idea acerca de la incipiente e incapacidad política del proletariado boliviano como consecuencia del atraso del país, porque así se justificaba, de manera indirecta, la vigencia del Movimiento Nacionalista Revolucionario como partido policlasista. En apoyo de su tesis, Fellman Velarde cita la experiencia china, pero lo hace de manera por demás arbitraria: "En China no fue el proletariado quien tomó el poder en sus manos; fue un partido, el Partido Comunista, que condujo a la victoria a obreros, campesinos, gentes de la clase media e inclusive a parte de la burguesía nacional". Resulta sorprendente el desconocimiento de que la clase obrera se expresa políticamente a través de su partido, en el caso de la China por medio del Partido Comunista. La victoria de Mao es señalada como un hecho por demás excepcional, determinado por haberse operado en la frontera con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. "Sin embargo, no conquistó el poder en cuanto partido exclusivamente del proletariado... El proletariado puede lanzarse a la conquista del poder y lograr sus objetivos solamente cuando el desarrollo de la sociedad en cuestión ha determinado la absorción de otras clases sociales".

Rechaza enérgicamente la tesis de Trotsky en sentido de que el proletariado de un país atrasado puede tomar el poder antes que el de las grandes metrópolis y se hace eco de la acusación stalinista en sentido de que aquel líder bolchevique menospreció el papel de los campesinos.

Partiendo de tales premisas, presenta de la manera siguiente la política trotskista en Bolivia después de la revolución de 1952, tipificada por Fellman como nacional democrática: "sabotaje a la unidad de los obreros con los elementos revolucionarios de otras clases sociales y captura del poder por la clase obrera como medio para instaurar una dictadura del proletariado", lo que importaría olvidar el carácter semicolonial del país. La tesis de Fellman Velarde era inconfundiblemente menchevique.

La tradicional lucha trotskista contra la burocracia sindical y el menor error cometido por los poristas, eran utilizados como pretextos para alejarlos de los sindicatos. El 28 de enero de 1953, la Federación de Fabriles de La Paz pidió la expulsión de varios militantes del Partido Obrero Revolucionario del seno de la Central Obrera Boliviana, bajo el pretexto de que así defendían a sus dirigentes:

"1. Pedir y exigir a la Central Obrera Boliviana, la expulsión de los señores Edwin Moller y Víctor Villegas, en vista de sus ataques a la clase trabajadora fabril.

"Dichos elementos primero, por medio de Víctor Villegas, han calumniado a los dirigentes fabriles y más concretamente a los compañeros Francisco Peláez y Daniel Saravia y una vez comprobada su vil calumnia, no se ha tomado ninguna medida contra el calumniador Villegas. El señor Moller, verdadero cerebro de la campaña contra los dirigentes fabriles, culminó dicho plan con la afirmación temeraria de que los trabajadores fabriles habrían traicionado en la Huelga General del año 1950; todo el pueblo de Bolivia conoce las batallas que tuvimos en diferentes lugares de la ciudad de La Paz contra las fuerzas del mal, policía, ejército y PURS, y culminó con la valiente operación del 19 de mayo de 1950, donde para reducirnos tuvieron que recurrir a más de seis regimientos de policías y ejército y además de la aviación. Los famosos internacionalistas no estaban nunca en el lugar que se comprometieron y menos aparecieron sus bases, que ahora más que nunca estamos convencidos que no las han tenido ni las tienen.

"2. Por otra parte, La Federación de Trabajadores Fabriles de La Paz revocó su resolución de no asistir al desfile del día 7 del presente mes, a condición de que dicho señor Moller no debía tomar la palabra, y este elemento se aprovechó de su picardía y no cumplió su palabra, y todavía tuvo el cinismo de tomar la palabra sin dirigirse previamente al Primer Trabajador de Bolivia, el compañero Víctor Paz Estenssoro; esa actitud significa un desafío más a la clase trabajadora fabril.

"En caso de no dar curso a nuestro pedido de expulsión de ambos elementos, la Federación de Trabajadores Fabriles de La Paz, retirará a sus representantes ante la Central Obrera Boliviana".

Se trataba de una campaña política sistemática, inspirada desde el Palacio de Gobierno. El señor Moller de víctima se convirtió, no bien se sumó a las filas del oficialismo movimientista, en un otro perdonavidas. Durante el primer ascenso revolucionario, los elementos movimientistas que fueron efectivamente elegidos por las bases sindicales y cuyas opiniones no estaban subordinadas a estipendio de ninguna

naturaleza, pues ganaban su sustento diario en las fábricas y las minas, formaban generalmente filas junto a los poristas frente a los errores y excesos del Comité Ejecutivo de la Central Obrera Boliviana o al "democratismo" servil de los stalinistas. La nueva camada de delegados gobiernistas estaba formada por burócratas bien pagados, que no intervenían ni escuchaban las discusiones y se limitaban a votar disciplinadamente conforme a la consigna palaciega. El primer paso dado en el camino de la destrucción de la Central Obrera Boliviana consistió en acallar a la osada oposición trotskysta mediante una mayoría artificialmente creada, que funcionaba como maquinaria electoral, debidamente lubricada con dineros y privilegios de toda naturaleza. La segunda e inmediata providencia puesta en práctica por el Movimiento Nacionalista Revolucionario no fue otra que la purga de los militantes poristas de las direcciones sindicales. A la crítica y a la campaña llena de rumores y falsedades siguió la expulsión de todo trotskysta de los equipos dirigentes.

Era opinión dominante en el seno del oficialismo el que los sindicatos debían actuar como soportes e instrumentos del gobierno movimientista y que, por tanto, resultaba perjudicial para la "revolución" y el "país" la aparición de tendencias opositoras dentro de las organizaciones obreras. El partido de gobierno se guió, particularmente en el período de depresión, por el más estrecho sectarismo, buscando persistentemente marginar a todos los que no comulgaban con los regímenes movimientistas.

Para cumplir sus planes anti-nacionales y anti-sociales, el Movimiento Nacionalista Revolucionario fue destruyendo sistemáticamente a todos los elementos de la democracia sindical, producto de una larga experiencia y de dolorosas luchas, y se encaminó hacia la estatización de las organizaciones laborales. Las elecciones regulares y periódicas de dirigentes y delegados ante la Central Obrera Boliviana, fueron sustituidas por las imposiciones del Presidente de la República o de los ministros "obreros", que organizaron alrededor de sus personas verdaderos aparatos económicos y sindicales. La voluntad de las bases, que tradicionalmente se expresaban a través de las asambleas sindicales, fue, reemplazada por las decisiones autoritarias de los burócratas. Paralelamente, los opositores, particularmente los trotskystas, fueron enconadamente perseguidos por el delito de opinión. Los sindicalistas revolucionarios se vieron colocados ante el dilema de callar o de dar con sus huesos en las cárceles y perder sus trabajos. Para poder reemplazar a un delegado porista ante la Central Obrera Boliviana se llegó al extremo de disolver a bala a la Central Obrera Departamental de Santa Cruz.

La situación política dio un vuelco espectacular. La Central Obrera Boliviana, de institución fuertemente influenciada por los trotskystas, que no daba un solo paso sin previamente consultar el criterio de éstos, se transformó en instrumento dócil en manos del gobierno. De tribuna de expresión del pensamiento obrero y revolucionario se convirtió en portavoz de los deseos del oficialismo.

En los momentos de euforia a nadie se le hubiera ocurrido declarar obligatoria la asistencia, por parte de los delegados, a las reuniones de la Central Obrera Boliviana, que concentraban mucho público, no en vano sus resoluciones adquirirían el carácter de mandato imperativo para el Poder Ejecutivo. Los delegados asistían a las sesiones masivamente, esto de manera espontánea, y casi siempre deliberaban hasta altas horas de la noche.

Comenzada la depresión y la burocratización de la Central Obrera, los delegados, una parte de ellos funcionarios públicos que confundían la asistencia a las deliberaciones cobistas con la concurrencia a sus oficinas, se daban modos para holgar. Es por esto que, a comienzos de 1953, apareció en la prensa diaria una curiosa advertencia:

"La Central Obrera Boliviana, con el propósito de normalizar en forma permanente sus reuniones, ha adoptado las siguientes medidas:

- "1. Las reuniones ordinarias se llevarán a cabo los días miércoles, y al no ser posible el lunes siguiente.
- "2. Si no hubiera quórum suficiente a las 18 y 30 horas, se tendrá tolerancia hasta las 19 horas, en que se suspenderá la sesión de no lograrse el mismo.
- "3. Para determinar el quórum se tendrá en cuenta el número de delegaciones representadas, aunque lo están por un solo miembro.
- "4. Las sesiones se suspenderán a horas 21.

"5. Fuera de dar a publicidad el número de los inasistentes, se llevará un riguroso cómputo de faltas. Los miembros que falten, sin permiso, por tres veces consecutivas, perderán sus representaciones, debiendo comunicarse la medida a las bases para que nombre su reemplazante.

"Juan Lechin, Secretario Ejecutivo. Germán Butrón, Secretario General. José Zegada T., Secretario de Actas de la COB" <sup>28</sup>.

En muchos centros de trabajo los comandos movimientistas se organizaron a la sombra de los sindicatos, como si fueran una de las tantas manifestaciones de la voluntad revolucionaria de los trabajadores. Más tarde, en el período de depresión, esos mismos comandos pugnaron por colocarse por encima de las organizaciones obreras y por dirigirlas.. Es evidente que en todo momento se constataron las fricciones y choques entre los comandos políticos gubernamentales y los sindicatos, porque los funcionarios oficialistas contrariaban, unas veces, los acuerdos adoptados por los trabajadores y, con mayor frecuencia, los deseos y ambiciones de los obreros burocratizados.

El importantísimo distrito minero de Siglo XX fue escenario de monstruosas falsificaciones ideadas por el Comando del Movimiento Nacionalista Revolucionario contra los obreros poristas, con la única finalidad de eliminarlos de la palestra político-sindical mediante su apresamiento; no pocas veces se los acusó de pretender hacer volar las instalaciones de los ingenios, de libertar a los presos falangistas, etc. No se puede descartar la posibilidad de que entonces el aparato publicitario oficialista hubiese dejado alguna huella en los sectores obreros ganados por el escepticismo. Actuando en el punto depresivo más bajo, el Movimiento Nacionalista Revolucionario había logrado arrinconar a los trotskistas en los sindicatos, que corrieron el serio riesgo de verse totalmente aislados de las masas y hasta excluidos del seno de sus organizaciones. La situación del Partido Obrero Revolucionario se vio agravada por su aguda crisis interna. El partido de gobierno, seguro de haberse consolidado definitivamente y de haber logrado para siempre el control secante sobre las organizaciones obreras, se detuvo en medio camino en su plan de expurgación de los opositores marxistas, que más tarde se hizo extensivo también a la militancia del Partido Comunista de Bolivia. Si se toma en cuenta que estos elementos ocuparon la primera fila en la lucha antimovimientista cuando se presentaron los gérmenes de la diferenciación política entre la dirección del Movimiento Nacionalista Revolucionario y las bases obreras, se tiene que concluir que el partido de gobierno cometió un grueso error al no haber aplastado totalmente a sus adversarios de la extrema izquierda, esto cuando las circunstancias imperantes le eran totalmente favorables.

Los elementos opositores fueron eliminados de las direcciones sindicales y de la propia Central Obrera Boliviana, por medio de la violencia o de la corrupción, y reemplazados por burócratas serviles o por militantes incondicionales del oficialismo. La pobreza ideológica del Movimiento Nacionalista Revolucionario, particularmente en el aspecto sindical, explica por qué, al mismo tiempo, no se hubiese hecho nada por revisar las ideas que inspiraron la vida sindical en el primer período de la revolución. Los movimientistas se limitaron a desplazarse hasta las formulaciones stalinistas, esta operación les pareció suficiente para combatir a los trotskistas. Fue preciso que llegue la hora de los "entristas" (renegados del trotskismo que se sumaron al Movimiento Nacionalista Revolucionario) para que, utilizando el contrabando ideológico, pretendiesen destruir el programa marxista del movimiento obrero. Nuevamente se actualizó el viejo sueño stalinista y movimientista de sepultar a la Tesis de Pulacayo.

Simultáneamente, el pazestensorismo fue estrangulando a su propio partido, que ciertamente seguía siendo multitudinario. Los obreros que entusiastamente militaban en su seno ofrecieron recia resistencia al control derechista que se ejercitaba desde los comandos. Citamos como ejemplo el pronunciamiento de los obreros movimientistas de Sucre contra un aventurero que se apropió del Comando del MNR de esa región:

"Considerando: Que en el seno del Movimiento Nacionalista Revolucionario se han incrustado elementos reaccionarios puestos al servicio de la oligarquía que viene maquinando en desprestigio del Gobierno de la Revolución Nacional, así como de su líder máximo compañero Víctor Paz Estenssoro.

"Que tales elementos en su condición de mercaderes del hambre del pueblo, constituyen un peligro para la marcha victoriosa de la revolución y el cumplimiento de sus postulados, únicos medios de hacer posible la independencia económica de Bolivia.

28.- "El Diario", La Paz, 29 de enero de 1953.

“Que la clase trabajadora del Movimiento Nacionalista Revolucionario no ha de permitir que su revolución sea estrangulada por la ambición de los reaccionarios que no han de vacilar en enlutar de nuevo a la familia boliviana.

“Que en breve debe realizarse la Sexta Convención Nacional del Partido, a la que los militantes deben destacar su representación que con fidelidad y sentido revolucionario oriente la marcha del Supremo Gobierno.

“Que en forma arbitraria y antidemocrática se ha nombrado por la reacción del Partido dos delegados a la VI Convención, que no cuentan con el apoyo popular y cuyo único propósito es el de frenar el impulso revolucionario de las masas obreras.

“Resuelve:

“1. Desconocer el autonombramiento del nuevo Comando, por no interpretar la voluntad mayoritaria del Partido y no respetar el compromiso contraído con el compañero Edgar Nuñez Vela, reconocido como Secretario Ejecutivo del Comando Departamental.

“2. Pedir la inmediata destitución del Alcalde Municipal Víctor Durán Ortiz.

“3. Pedir, de acuerdo a las resoluciones de la Sexta Convención, la formación de un nuevo Comando Departamental integrado por elementos netamente revolucionarios.

“Sucre, 24 de enero de 1953.

“Por la Asamblea General del Movimiento Nacionalista Revolucionario:

“Alfredo Aguirre R., Manuel Huaylla, Robustiano Velásquez, Emeterio Solano, Heriberto Mirabal, Enrique Lastra”.

## 7

### PRIMER CONGRESO DE LA C. O. B.

**E**l Primer Congreso Nacional de la Central Obrera Boliviana -no del movimiento obrero boliviano, como malintencionadamente se sostuvo- fue sistemática y reiteradamente aplazado por el Comité Ejecutivo hasta el momento en que el Movimiento Nacionalista Revolucionario logró eliminar a sus enconados adversarios de las direcciones sindicales. Antes de que la reunión nacional más importante de la Central Obrera Boliviana ajustase el problema organizativo y político, se libró una descomunal lucha interna encaminada a arreglar cuentas entre las diferentes tendencias obreras.

En efecto, el Primer Congreso cobista se llevó a efecto en plena depresión, el 31 de octubre -aniversario de la nacionalización de las minas- de 1954. La preparación y el propio desarrollo de la reunión fue seguida atenta y ansiosamente por todo el país. Amigos y adversarios de la Central Obrera Boliviana vivieron pendientes de sus resoluciones por considerarlas trascendentales para la vida del país. Había dejado de existir una vigorosa organización revolucionaria, expresión del ascenso y radicalización de las masas, para dar paso a un aparato bien organizado, grande y que tenía bajo su control a una parte de las actividades nacionales.

Se desplegó una impresionante propaganda y fueron movilizados ingentes recursos económicos buscando lograr un resonante éxito del oficialismo. El acontecimiento fue registrado con prodigalidad en la prensa diaria. Todo hace suponer que el grueso de los observadores no comprendió que la Central Obrera Boliviana estaba cerrando una etapa importantísima de su historia, la de su radicalismo, por esto esperaba que el Primer Congreso modificaría toda la política nacional. Se tuvo la falsa impresión de que el gobierno, con todos sus recursos, había sido puesto al servicio de la Central Obrera Boliviana, cuando en realidad el fenómeno había sido totalmente invertido: las direcciones sindicales estaban ya totalmente entregadas al oficialismo. El nacimiento de un descomunal aparato, momentáneamente sostenido y financiado por el Estado, coincidió con el abandono, por parte de los burócratas, de la idea revolucionaria. El grueso de los obreros cifró sus esperanzas en el congreso cobista, estaba seguro de que de él saldrían soluciones

radicales a su situación de miseria, que pondría punto final a las persecuciones desencadenadas por el gobierno contra los mejores luchadores y que obligaría a rectificar el viraje derechista del oficialismo. La decepción que siguió a las deliberaciones del congreso concluyó impulsando a la tendencia ausentista en los sindicatos. Las masas, seguras de que había llegado el momento de las rectificaciones radicales, cerraron los ojos ante las arbitrariedades cometidas durante los trabajos preparatorios y que únicamente fueron denunciadas por la raleada prensa trotskysta.

En la resolución de convocatoria al congreso se establece que "todos los sectores obreros, campesinos, trabajadores de la clase media y gremial acreditarán sus delegados con la intervención de la Comisión de Organización de la Central Obrera Boliviana". La última parte de lo transcrito pone en evidencia que la selección de los delegados estuvo dirigida por el mismo Comité Ejecutivo, pese a que se dejó escrito que "la designación de delegados se hará mediante elección democrática de las bases en asambleas generales hasta el 30 de septiembre como plazo máximo, con intervención de las respectivas organizaciones nacionales". Siguiendo lo que era ya tradicional en la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia, se estableció que en la asamblea convocada para la designación de delegados también debía elegirse al Secretario Ejecutivo, acuerdo al que se le dio el carácter de mandato imperativo para los asistentes al congreso <sup>29</sup>. Se trataba de una maniobra publicitaria de Lechin para aparecer como elegido por unanimidad por todos los afiliados a la Central Obrera; gracias a este recurso las tendencias opositoras desaparecían completamente en las votaciones por aclamación. Se estableció el hábito de que en los congresos, por menos hasta el de 1970, solamente podía haber un candidato, Lechin, que mecánicamente acumulaba el cien por cien de votos.

La convocatoria fijó el siguiente temario:

- 1) Informe del Secretario Ejecutivo;
- 2) Declaración de Principios;
- 3) Problemas de Organización;
- 4) Estatutos;
- 5) Relaciones Internacionales en el campo sindical;
- 6) Votos Resolutivos;
- 7) Asuntos Varios;
- 8) Votación y comprobación de actas para elegir al Secretario Ejecutivo y elección de los demás miembros del Comité Ejecutivo Nacional de la Central Obrera Boliviana.

Debe considerarse como progresista el haberse establecido trato preferencial en favor del proletariado, con referencia a los campesinos y sectores de la clase media, a tiempo de designar los cupos de delegados.

Los mineros acreditaron sesenta delegados,  
 los fabriles treinta,  
 los ferroviarios veintiseis y así en proporción descendente.  
 harineros siete,  
 gráficos siete y  
 sirgueros siete. Totalizando ciento setenta y siete delegados por los asalariados. Los sectores de clase media fueron agrupados bajo la designación genérica de empleados:

maestros quince delegados;  
 empleados particulares diez;  
 empleados públicos diez; bancarios siete;  
 telecomunicaciones cinco; sanitarios tres; gastronómicos tres y  
 porteros tres (cincuenta y seis delegados).

Delegados especiales: Confederación Universitaria Boliviana cuatro delegados; estudiantes de secundaria tres; artistas y escritores tres y gremiales tres. Se dijo que cincuenta delegados, representando a los ocho departamentos del país, llevaban la voz de dos millones quinientos mil campesinos. Añadiendo a los doce miembros del Comité Ejecutivo y a dos ministros obreros se alcanzó la impresionante cifra de trescientos diez congresistas.

Es también imponente la lista de invitados a dicho congreso: Presidente de la Confederación de Trabajadores de América Latina, Secretario General de la ORIT, Secretario General de ATLAS, Secretario

29.- Central Obrera Boliviana, "Cartilla de Orientación, Primer Congreso Nacional de Trabajadores", La Paz, octubre de 1964.

General de la CGT argentina, Secretario General de la CIOLS, Secretario General de la Central Unica de Trabajadores de Chile, Presidente y Vicepresidente del CIO, Secretario General de la Confederación General de Trabajadores del Brasil, Secretario General de la Confederación General de Trabajadores del Paraguay, Secretario General de la Confederación General de Trabajadores- del Ecuador, Presidente de la Unión de Mineros de Estados Unidos, Presidente de la Federación Americana del Trabajo. Esta simple enumeración de invitados demuestra que la Central Obrera Boliviana había decidido mantener relaciones con todas las centrales obreras internacionales, sin comprometerse con ninguna de ellas. Esta "independencia" resultó, como se demostró más tarde, perjudicial para el movimiento revolucionario. Ciertamente que no todos los invitados lograron transponer la cordillera de los Andes, pero aparecieron muchos otros "delegados fraternales" y "observadores" que no habían sido consignados en las listas oficiales.

Un ampuloso programa de actuaciones se desarrolló durante casi medio mes. Fue ideado para permitir, en cierta medida, que el gobierno apareciese mezclado en el congreso. Al releer este documento se tiene la impresión de que el congreso sindical transcurrió como una fiesta interminable, sin que hubiese habido lugar en ella para la protesta contra las desigualdades sociales o contra el desgobierno imperante. El sábado 30 de octubre se iluminaron la avenida "16 de julio", los palacios Legislativo y Municipal y hasta las vitrinas comerciales. La Alcaldía efectuó en el Teatro Municipal una "gran sesión de honor" en la que fueron declarados "Huéspedes de Honor" los delegados extranjeros y fraternales acreditados al congreso. El domingo 31 fue saludado con "salvas de fusilería, dianas y toque de sirenas en las fábricas y zonas de la ciudad, conmemorando el segundo aniversario de la nacionalización de las minas y en homenaje al Congreso Nacional de Trabajadores"<sup>30</sup>. En la tarde tuvo lugar una grandiosa concentración -en la avenida Montes, seguida de la llamada "Marcha de los Trabajadores"; la multitudinaria manifestación recorrió por las calles de la ciudad y culminó en la desbordante concentración que tuvo lugar en el Stadium La Paz. Hablaron Lechin y Víctor Paz, que por mucho tiempo serán figuras infaltables en todo acto cobista. Los congresistas ocuparon gran parte de su tiempo en asistir a conciertos de música, a bailes, almuerzos, cocteles, días de campo, festivales populares, en visitar el Lago Titicaca, etc. Parecía que, gracias a la presencia del gobierno movimientista, había pasado para siempre la época de las discusiones ideológicas apasionadas, de las protestas de lucha y de las reuniones realizadas en medio de la penuria y del terror a la represión.

Se llegó al Primer Congreso con un Comité Ejecutivo íntegramente copado por viejos movimientistas o por elementos que desertaron de diferentes tiendas políticas para sumarse a las filas oficialistas, no a nombre del programa revolucionario sino del arribismo. Su nómina fue la siguiente:

Juan Lechin Oquendo, Secretario Ejecutivo;  
 Germán Butrón, Secretario General;  
 Ñuflo Chávez Ortiz, Secretario de Asuntos Campesinos;  
 Mario Torres C., Secretario de Relaciones;  
 José Zegada, Secretario de Organización;  
 Juan Sanjinés, Secretario de Conflictos;  
 Antonio Cornejo, Secretario de Hacienda;  
 Humberto Quezada, Secretario de Educación;  
 Mario V. Guzmán Galarza, Secretario de Cultura;  
 Carlos Altamirano, Secretario de Prensa y  
 Fuad Mujaes, Secretario de Estadísticas.

Oficialmente se hizo saber que habían cinco representantes obreros en el gabinete ministerial:

Mario Tórres, Ministro de Minas y Petróleo;  
 Ñuflo Chávez Ortiz, Ministro de Asuntos Campesinos;  
 Miguel Calderón, Ministro de Trabajo y Previsión Social;  
 Angel Gómez García, Ministro de Obras Públicas y Comunicaciones y  
 José Fellman Velarde, Subsecretario de Prensa, Informaciones y Cultura.

Entre los delegados y los participantes en las diferentes comisiones preparatorias del congreso obrero, el predominio de movimientistas era indiscutible con referencia a los stalinistas, independientes y alguno

30.- Subsecretaría de Prensa, Informaciones y Cultura, "Guía del Primer Congreso Nacional de Trabajadores", La Paz, 1964.

que otro trotskysta vergonzante.

Además, de los grandes del Comité Ejecutivo, de los ministros "obreros" y de los "delegados en función de controles obreros con derecho a voto" (Ernesto Fernández, Ministerio de Economía; Teodoro Machado, Comercio Exterior-Banco Central y Herón Delgado, Ministerio de Trabajo y Previsión Social) <sup>31</sup>.

Estuvieron presentes, en medio de un verdadero torrente humano, las más destacadas figuras del sindicalismo y hasta de la política:

Jorge Tamayo, Arturo Crespo, Sinforoso Cabrera (mineros de Catavi);

Julio Quintanilla, Jesús Muriel (mineros de Siglo XX);

Nicolás Bernal, Pedro Arismendi, Humberto Ramírez (mineros de Potosí);

Alberto Jara (Pulacayo);

Noel Vásquez (Telamayu);

Corsino Pereira (Kami);

Silverio Rodríguez (Huanuni);

Alfredo Abastoflor (Ocurí);

Abel Ayoroa, Félix Mujica, Francisco Peláez, Félix Lara, Víctor Illanes, Daniel Saravia, Constantino Camacho (fabriles de La Paz);

Benedicto Delgadillo (constructores de Cochabamba);

Carlos Tovar Baldivieso, Ramón Claire, Carlos Gómez García, José Sansetenea, César Nistthaus Vásquez (ferroviarios);

Edgar Nuñez Vela, Adolfo Paco Careaga (petroleros de Cochabamba);

Francisco Brun (petrolero de La Paz);

Teodoro Machado, Eulogio Sánchez (harineros de La Paz);

Andrés Echegara, Hugo Estrella, Arturo Adriázola, Enrique André (gráficos de La Paz);

Primo Toro (gráfico de Potosí);

Oswaldo Brasileño, Rubén Julio (siringueros de Cobija);

Felipe Soto Jurado, Raúl Gonzáles (empleados particulares de La Paz);

Angel Molina (empleados particulares de Oruro);

Humberto Bilbao, Hugo Poope, Guillo Villa Gómez, Manuel Sanzetenea, José Benito Rojas (maestros urbanos);

Ernesto Ayala Mercado, Bernabé Ledezma, Leónidas Calvimonte, Alcides Alvarado (maestros de educación fundamental);

Adalid de la Torre, Orlando Salazar (telecomunicaciones);

---

31.- Central Obrera Boliviana, "Cartilla de Organización Sindical del Primer Congreso de Trabajadores", La Paz, 1954.

José Luis Jofré, René Gómez García (bancarios de La Paz);

Carlos Escalier, Carlos Doria Medina (sanitarios);

Luis Gallardo (gastronómicos);

Mario Guzmán Galarza, Oscar Zamora, Ramón Oliden (universitarios);

Orlando Capriles, Raúl Salmón, Carlos Cervantes, Carlos Montaña, Renato Tapia (artistas y periodistas);

Severo Oblitas, Toribio Salas, Macarlo Plata (campesinos de La Paz);

José Rojas, Sinfороso Rivas, Salvador Vásquez, Julián Chávez (campesinos de Cochabamba); Alfredo Aguirre (campesinos de Sucre);

Zenón Barrientos, Lucio Céspedes, Estanislao Benítez, Raúl Larrea (campesinos de Oruro);

Mario Olaguivel (campesinos de Tarifa);

Guillermo Muñoz de la Barra, Jaime Avellano Castañeda, Armando Cherro, Erasmo Tarifa, Juan Flores Oblitas, Antonio Gaspar, Hernán Poope, Lionel Meidizábal, Arturo Ruescas, Oscar Barbery, Víctor Artieda, Mario Ojopi (empleados públicos), etc.

A algunos miembros de las diferentes comisiones se les reconoció derecho a voto:

Primitivo Miranda, Daniel Aramayo, Matías Condori, Miguel Alandia, Rodolfo Morales, Arturo Selaez, Pío G. Nava, Luis Aramayo, Raúl Fernández, etc.

Excepcionalmente, la Comisión de Propaganda estuvo dirigida por el pintor revolucionario Miguel Alandia Pantoja, que mantenía inalterable su fidelidad al golpeado y maltrecho Partido Obrero Revolucionario.

El Comité Ejecutivo -políticamente timoneado por el gobernante Movimiento Nacionalista Revolucionario- no quiso correr el riesgo de perder el control del congreso cobista, por esto el Reglamento de Debates, ya adoptado en la etapa preparatoria, determinó que "las sesiones serán presididas por el Comité Ejecutivo", sin que hubiese habido necesidad, por tanto, de elegir democráticamente a un Presidente.

La burocracia cobista y el equipo pazestensorista del Movimiento Nacionalista Revolucionario (ambos sectores se prestaban estrecha cooperación y en cierto momento era difícil distinguir la línea divisoria entre ellos) habían decidido convertir al Primer Congreso cobista en una reunión más del oficialismo, por esto cerraron los menores resquicios por los que hubiesen podido filtrarse los opositores políticos. Sin embargo, no pudieron extirpar del todo las ideas revolucionarias que flotaban en el ambiente, de ellas no pudieron desprenderse del todo ni los mismos burócratas.

La Comisión de Organización hizo circular su famosa "Cartilla de Organización Sindical ... en cuya tapa se calificaba al congreso de la COB de "parlamento obrero-campesino". Se incluían la fotografía de Juan Lechin, "Secretario Ejecutivo de la COB" y la resolución sobre la organización de las milicias armadas, que comprendía también a las campesinas, las que debían regirse "por los principios de las guerrillas". El folleto de referencia era, en verdad, eco disimulado del radicalismo de la Central Obrera Boliviana de la primera época. Inmediatamente los lechinistas sustituyeron el anterior documento por la llamada "Cartilla de Orientación", donde -revisando toda la propaganda anterior- se sostiene que la victoria del 9 de abril de 1952 fue posible gracias al Movimiento Nacionalista Revolucionario: "gracias al heroico esfuerzo de las masas obrero-campesinas agrupadas en el M NR, nuestra gran revolución marcha, sin pausa pero sin prisa, hacia sus últimas consecuencias". Seguidamente se da por sentada la situación del proletariado como clase cogobernante: "Para cumplir estos postulados (revolucionarios) la clase organizada dentro de su central sindical debió participar en el gobierno... Los ministros obreros se convirtieron en los ojos avizores y los cerebros presentes de los intereses populares... Su labor es la mejor expresión de la capacidad co-administradora y ejecutiva de los trabajadores, probando en los hechos que las tareas de gobierno no son una ciencia vedada a los trabajadores; poniendo en evidencia que los obreros son capaces de hacer de los organismos estatales verdaderos aparatos ejecutores y máquinas rendidoras en



lugar de simples instrumentos burocráticos”.

La Subsecretaria de Prensa, Informaciones y Cultura, una reaparición estatal, hizo circular su propia “Guía del Primer Congreso”, donde la reunión de la COB es presentada como un acto gubernamental. En la primera página aparece la fotografía del “compañero Presidente V. Paz E., máximo conductor de la revolución nacional”, luego desfilan Fellman, “ministro obrero de Prensa, Informaciones y Cultura en el gabinete de la revolución” y J. Lechin, “líder indiscutible de los trabajadores bolivianos”.

“Masas”<sup>32</sup>, vocero del POR, denunció que “una cuidadosa selección de delegados en los mismos sindicatos, el soborno de quienes vinieron distinguiéndose por su posición antigubernamental, la designación desde los ministerios de representantes de varias federaciones, etc., obedeció al afán de convertir el congreso en una valla de contención del descontento de las masas. Acallar a los obreros, campesinos y sectores empobrecidos de la clase media, evitar las peticiones de mejores salarios, la legalización inmediata de la ocupación de tierras, burlar el derecho de inamovilidad de los empleados públicos, tales fueron las finalidades ocultas de los “líderes” movimientistas.

El periódico porista -la aparición de sus primeros números coincidió con la realización del congreso cobista- denunció que el control político en la selección de los delegados correspondió, en último término, al Comité Político del MNR, y que buscó evitar el ingreso de quienes podían políticamente denunciar la conducta gubernamental proimperialista, las medidas económicas dictadas en detrimento del pueblo e indicar el camino justo para que la COB se transforme en el auténtico instrumento revolucionario de las masas. A algunos elementos se les negó simplemente hacer uso de la palabra -entre ellos a Guillermo Lora, que hasta la víspera formaba parte de la Central como delegado de la COD cruceña-. Resulta inpreíble que se hubiese puesto en duda el derecho de intervención de quienes participaron -no importa si bien o mal- en la conducción de las masas durante el período que se cerró con el propio congreso. Otro de los casos escandalosos, acaso el de mayor volumen y el único que mereció ser registrado por la prensa, fue el de los campesinos. Más de 50 delegados enviados por las bases del agro no tuvieron oportunidad de hacer escuchar su opinión y fueron suplantados por elementos designados por el Ministerio de Asuntos Campesinos. Abogados de dicha repartición estatal hablaron a nombre de la Federación de Campesinos de Santa Cruz y los auténticos delegados tuvieron que retornar a sus bases, unas veces engañados por las autoridades y otras por su difícil situación económica. “Ultima Hora” de esa época publicó el pedido a la COB de los dirigentes campesinos cruceños para participar en las deliberaciones del congreso.

Atentados de tal magnitud fueron consumados porque el Comité Ejecutivo de la COB nombró anticipadamente a la Comisión de Poderes. De esta manera el Comité Político del MNR, que monopolizó en sus manos todos los resortes de la preparación del congreso, se convirtió indirectamente en calificador de las credenciales.

Ni duda cabe que el período de depresión marcó su huella imborrable en todo el desarrollo del congreso. Citemos un ejemplo: las críticas del trotskismo al trabajo preparatorio y a la orientación política del congreso fueron aprobadas en voz baja por buen número de delegados, sin embargo, ninguno hizo pública su protesta ante la evidencia de que gran parte de los congresistas fue elegido desde arriba y de que el mismo cónclave obrero estaba dirigido desde el Palacio de Gobierno y los ministerios. Parecía ser casi unánime el criterio de que solamente un nuevo impulso de las masas y el consiguiente reenderezamiento de la política obrera permitirían esperar una futura marcha ascendente. Pese a este acuerdo, ningún delegado tuvo el suficiente valor y talento para denunciar las anormalidades del congreso, ni siquiera para exigir enérgicamente la discusión de sus proposiciones y de los más importantes problemas del movimiento revolucionario. Sería un error atribuir esa actitud a una especie de cobardía personal. Muchos de los delegados pelearon abnegadamente -demostrando sacrificio y ninguna ambición- durante el sexenio. La causa hay que buscarla en la situación política que imperaba entonces, en la momentánea depresión del movimiento obrero, en el control burocrático de los sindicatos por parte del MNR. De estos hechos se desprende la actitud de indiferencia y tolerancia de las masas frente a la dirección política pequeñoburguesa, indiferencia que llegó a ganar a los mismos sindicatos. Los obreros -concretamente los líderes medios- que no sentían detrás de sí el respaldo del empuje de las masas, sabían que decir en voz alta su disconformidad con los altos dirigentes sindicales y políticos podía costarles el desplazamiento de las filas sindicales e inclusive la pérdida de trabajo. Los obreros revolucionarios agacharon la cabeza, callaron su crítica, esperando que pasase la tormenta desencadenada por los burócratas. Los militantes

32.- “Masas”, La Paz, diciembre de 1954.

poristas se movieron dificultosamente en medio de su aislamiento. Sólo teniendo en cuenta estos antecedentes es posible justificar las medidas adoptadas por el congreso.

No todos los izquierdistas se dieron cuenta del cambio de la situación política que se había operado en el país. No pocos se refugiaron en su ilimitado optimismo: persistían con terquedad en su idea de que el congreso de la COB sería nada menos que la reunión constituyente del gobierno obrero-campesino y un genuino parlamento obrero. En realidad, ese congreso confirmó y consolidó el control burocrático sobre la COB del gobierno movimientista. Dadas las condiciones desfavorables en las que actuaron los pocos y aislados delegados de filiación porista, no se podía esperar que lograsen la aprobación de un programa 100% revolucionario, cosa que habría ocurrido con toda seguridad en 1952, por ejemplo. La Declaración de Principios sancionada hizo lo imposible por justificar con fraseología marxistizante la entrega del Comité Ejecutivo de la COB a la voluntad de V. Paz.

El discurso pronunciado por el presidente de la república y jefe del MNR fue, ni duda cabe, demagógicamente radical dentro de la orientación política movimientista. Al teorizar acerca de las revoluciones en los países rezagados dijo que la orientación del gobierno consistía nada menos que en "la nacionalización de aquellos medios de producción que son vitales para la economía del país", lo que permitía suponer que estaba en la mente del presidente proceder a estatizar otros sectores de la economía, además de la minería. Posteriormente esta postura fue rectificadas; se dijo que la nacionalización de las minas constituía una medida excepcional en medio de una economía de tendencia predominantemente capitalista. La revolución boliviana fue definida como agraria y antiimperialista, todo como obra del MNR, presentado como dirección indiscutida de los otros sectores populares. V. Paz se lanzó enérgicamente a desbaratar el planteamiento izquierdista, marxista, en sentido de que las masas victoriosas obsequiaran el poder al partido nacionalista, pues formuló la tesis de que nada habría podido hacerse sin la presencia del MNR. "Ciertos sectores izquierdistas hacen una crítica que es falaz, cuando dicen que el pueblo de Bolivia, sin dirección política ninguna, fue el que derrotó a la oligarquía en las jornadas del 9 de abril y que, bajo la presión del pueblo, a la que no podía resistir, el gobierno pequeño-burgués del MNR tuvo que dictar la nacionalización de las minas y más tarde la reforma agraria". Esta interpretación en nada difería con la hecha por la burocracia cobista.

Presintiendo los problemas políticos que iban a presentarse casi inmediatamente después, recordó que en el gabinete habían ministros obreros, que eran corresponsables de todo lo que hacía el gobierno, pues intervenían en "todas las transformaciones realizadas en nuestra economía", para plantear seguidamente la teoría de que los sindicatos, en tales condiciones, ya no podían seguir actuando como organismos de resistencia a los patronos, que siendo parte del gobierno revolucionario ya no podían obrar con "la misma orientación y en idéntica forma que frente a un gobierno de la oligarquía y cuando no se había hecho ninguna transformación en la estructura económica del país". Los sindicatos debían cooperar a su gobierno y ayudarlo a soportar y resolver los problemas creados por el mismo desarrollo de la revolución. Posteriormente tal será el esquema en que se base el ataque de los regímenes movimientistas contra el movimiento obrero y la crítica revolucionaria. V. Paz justificaba su afirmación con la teoría de que en un país atrasado sólo podía darse la "revolución nacional", vale decir democrática y dirigida por la clase media y no la revolución social. Dijo que un gobierno obrero apenas si podría pasar fugazmente por el poder, desde el momento que sería inmediatamente barrido por el imperialismo y sus aliados.

El gobierno ya tenía pensado poner atajo a la inflación monetaria y disminuir los crecientes costos de producción. Estas soluciones económicas sólo podían ser formuladas como políticas, vale decir, serían materializadas únicamente en caso de contar con la venia de las direcciones sindicales. Víctor Paz comenzó formulando la cuestión inflacionaria de manera por demás incompleta, como si fuera el resultado exclusivo de los gastos impuestos por la nacionalización de las minas y no de todo el pasado económico, para llegar a esta conclusión: "la necesidad imperiosa de racionalizar el trabajo de las minas... para disminuir el costo de producción". De manera apenas velada fue planteada la "solución" de que todo aumento salarial debía corresponder a un previo aumento de los índices de producción".

Analizando la pieza oratoria desde el punto de vista de la perspectiva histórica se llega a la conclusión de que Paz esbozó un programa anti-obrero (esto es lo que se dijo cuando después fue llevado a la práctica) en medio de estruendosos aplausos de los delegados asistentes al Primer Congreso de la COB. Este contrasentido fue posible por la actitud claudicante asumida por la burocracia y porque el movimiento obrero había ingresado a un período de apaciguamiento.

Lechin pronunció el discurso inaugural y presentó el informe de labores de la COB. Los documentos fueron elaborados por Barcelli y es por esto que aparecieron plagados de planteamientos y terminología trotskystas. El líder obrero nos dio una prueba más de que se acomodó ajustada e inconscientemente a las modificaciones operadas en la situación política y en la conciencia de las masas. Si el congreso cobista cierra el período de radicalización de los sectores mayoritarios del país y constituye eslabón importante en la depresión del movimiento revolucionario. Lechin aprovechó esa tribuna para esforzarse por borrar su pasado marxistizante, para echar tierra sobre las profundas diferencias que separaron a los sindicatos del gobierno movimientista y para aparecer detrás de Víctor Paz, como si éste fuera un otro caudillo de los trabajadores.

Rindió cuentas de la Central Obrera "como elemento integrante de un gobierno revolucionario,"<sup>33</sup>. No ocultó su orgullo por este hecho: "por primera vez en la historia de los pueblos latinoamericanos, la clase trabajadora de uno de ellos ha compartido en igualdad de condiciones, de responsabilidades y de derechos con otras clases, las tareas de mantener en sus manos el poder político, para desde él realizar los postulados defendidos por el pueblo en más de cien años". Si realmente la COB (lechinistas y pazestenssessoristas decían la clase obrera) estaba en el poder junto al MNR y Paz Estenssoro (que ya se estaba convirtiendo en el hombre más fuerte de su partido) y se identificaba con las aspiraciones y programa de los trabajadores; se podía considerar que la revolución como subversión social había concluido y que el proceso había ingresado a su etapa de construcción y "legalización". Este extremo desarrolló la dirección movimientista. De tal manera, el revolucionario de la víspera se convirtió en un conservador. Su táctica en ese momento era por demás simplista: comprometer al presidente Paz con la COB, en tal medida que ya no pudiese zafarse de la influencia cobista y que no tendría más camino que realizar los postulados centrales del movimiento obrero. Lechin había ingresado a su etapa conservadora, lo que fue demostrado por el desarrollo de los acontecimientos. El maestro de las bribonadas dijo: "No sería justo terminar esta alocución sin antes hacer mención del hombre que durante el sexenio fue nuestra bandera de lucha, fue nuestro guía y nuestro maestro; el hombre que al triunfar la revolución supo ser leal con su pueblo, y que ha cumplido fiel y honestamente con los postulados de la revolución. Ese hombre está aquí, compartiendo con nosotros nuestra dicha y nuestras inquietudes, su nombre está en labios de todos los bolivianos y rueda por chozas y palacios como símbolo de patriotismo y de lealtad. Ese hombre es Víctor Paz Estenssoro". Públicamente ratificó al Primer Mandatario su "profunda y leal gratitud" y la seguridad de su "estrecha y comprensiva colaboración". Para vencer los obstáculos emergentes del propio proceso revolucionario se le ocurrió una fórmula que no iba más allá del contenido de clase del gobierno entonces existente: "la estrecha unión de los trabajadores y sus dirigentes con el presidente de la república, el trabajo y la acción común de los auténticos nacionalistas puede permitirnos superar los obstáculos, vencer las resistencias de los desplazados y afianzar definitivamente nuestra Revolución (sic)".

El viraje no se produjo únicamente con referencia al partido de gobierno y a su sector pazestenssessorista, sino al mismo imperialismo, tipificado por los obreros como el mayor de los enemigos del país y de la revolución. Lechin se mostró satisfecho de que las centrales obreras de todas las tendencias hubiesen sido invitadas y aprovechó la inasistencia de las que obedecían a los dictados norteamericanos para subrayar su simpatía hacia ellas: "Organizaciones sindicales mundiales, continentales y nacionales han llegado hasta nosotros, para traernos el aliento y el apoyo moral de los trabajadores del mundo y su creciente interés por imponerse de la marcha de nuestra revolución. Sólo debemos lamentar que inconvenientes de última hora hayan impedido que la CIOLS, la ORIT y la AFL envíen sus representantes; sin embargo, sus conceptuosas comunicaciones en que se disculpan por no estar entre nosotros, atenúa mucho la pena que invade al no poder materializar nuestro ferviente deseo de abrazar en ellos a los millones de obreros, de hermanos trabajadores del mundo que militan en sus filas y que miran con interés y aprecio nuestra revolución". El tono forzosamente ceremonioso del discurso es digno de un mandarín chino.

La primera parte del informe está destinada a puntualizar el "significado de la revolución de Abril" y al hacerlo agota todos los argumentos para demostrar que no puede ser llamada proletaria y que esta clase no fue la única que intervino en las jornadas de 1952. Uno de sus argumentos fue por demás sorprendente y olvidó que el rasgo diferencial de toda auténtica revolución es su popularidad. "Nuestra revolución fue una auténtica revolución popular, y, en consecuencia no fue ni 'burguesa' ni 'proletaria'; lo primero porque en Bolivia la burguesía, por su incipiencia y por su oportunismo no actuó al lado del movimiento popular; lo segundo, porque los obreros no fueron la única fuerza que participó en las luchas

33.- COB, "Primer Congreso Nacional de Trabajadores. Discursos", La Paz, 1954.

de Abril". Como en toda revolución, evidentemente participaron muchas clases sociales, pero alguien ha debido dirigirlas. La COB y el mismo informe de Lechin hablan de obreros pulverizando a diez regimientos perfectamente armados. La clase obrera -por su propia naturaleza- pugnó por ser la vanguardia militante en la prueba de fuego, cuando se trató de verse a cara a cara con el enemigo, aunque no observó la misma actitud cuando se trató de apropiarse del poder arrancado a viva fuerza a la rosca.

esta última conducta contradictoria se debió a la virtual ausencia del partido obrero y al insuficiente desarrollo de la conciencia de clase. Decir que una revolución es popular importa prácticamente no decir nada. Si tomamos en cuenta el desplazamiento hacia la derecha que estaba ejecutando Lechin, esa tipificación del proceso revolucionario es por demás sugerente, desde el momento que importaba revisar todo lo que hasta entonces había sostenido en forma pública. Pocas líneas después el informe introduce conceptos que entran en contradicción con lo afirmado anteriormente: en abril, además de que la clase obrera tuvo un rol de primerísima importancia, fueron enarboladas consignas auténticamente proletarias. Esto viene a desmentir las limitaciones políticas -por no decir incapacidad- y a las que tan frecuentemente se refirió el líder cobista. "Nuestra revolución enarbola consignas auténticamente proletarias. El control obrero con derecho a veto, la creciente participación de representantes (sindicales) en el poder, la admisión en los hechos de la COB como fuerza colegisladora son postulados auténticamente proletarios". Estos últimos postulados no eran más que la expresión de la actividad política de la clase obrera, que pugnaba por llevar el proceso revolucionario hasta su estado socialista, por superar los límites levantados por el régimen movimientista en su afán de complacer al imperialismo y a la misma reacción criolla.

Lechin negó la urgencia de que el proletariado constituyese su propio partido político con independencia ideológica y organizativa frente a las agrupaciones políticas de las otras clases, y también la posibilidad de que se convirtiese en gobernante. Partió en su razonamiento de la certeza de que se trataba de una clase débil por su número, su cultura y su capacidad política. Es sorprendente que el líder obrero nunca hubiese abandonado su desconfianza acerca de lo que pudiese hacer la clase obrera. "Las formas proletarias de nuestra revolución no implican que ella marche hacia una dictadura del proletariado o hacia una dictadura democrática de obreros y campesinos. Evidentemente no. Ni el proletariado es una fuerza clasista de primer orden ni el campesinado constituye una fuerza política definida". Son estas ideas políticas las que explican su capitulación ideológica y partidista ante la organización pequeño-burguesa. Para justificar su pesimismo acerca del porvenir de los trabajadores repitió la argumentación del gobierno y de los ideólogos de la reacción sobre el fatalismo geográfico (o geopolítico); un país pequeño y mediterráneo, rodeado por gobiernos no socialistas no podía siquiera plantear la vía del gobierno obrero. "Nuestro país mediterráneo, ubicado dentro del área de mayor presión -económica, política y cultural- de la primera potencia del orbe está incapacitado para encarar una lucha de tal magnitud. Bolivia no es un país-continente". En su afán revisionista se deslizó hasta extremos deleznable: sostuvo que la clase obrera de los países altamente desarrollados desde el punto de vista capitalista rechaza luchar por el socialismo: "no puede plantearse problemas que el propio proletariado europeo y norteamericano ha rechazado realizar".

Al hablar de la naturaleza clasista del gobierno del MNR dijo que se trataba de una "dictadura democrática" de obreros, campesinos y clase media. Esa "dictadura democrática" no podía ser otra forma de gobierno que aquella que deliberadamente decide limitarse a cumplir los objetivos burgueses. Cuando el proletariado y los campesinos son incapaces de alcanzar un alto nivel político y de cumplir por sí solos sus objetivos, es la clase media la que toma la dirección de ese conglomerado clasista. En los hechos eso ha ocurrido bajo la égida de la pequeña-burguesía. A la clase obrera sólo le quedaría un camino: convertirse en el ala izquierdista del gobierno movimientista. Lechin habló de una actitud crítica frente a dicho régimen. Así quedó esbozada la teoría del co-gobierno: "Las clases trabajadoras juegan dentro de ese organismo político un papel de colegisladora y co-ejecutiva, ya sea por intermedio de los congresos obreros y asambleas sindicales como el actual congreso o bien por intermedio de sus ministros".

Las grandes medidas adoptadas por el gobierno fueron presentadas como resultado de la participación de la COB en el gobierno y de su activa cooperación. Salir del gabinete habría importado para la COB -según esa "teoría"- la derrota. Si en los primeros momentos del régimen movimientista el gobierno era un virtual prisionero de la Central Obrera, a la larga ésta concluyó subordinándose al poder del MNR, hizo todo lo posible para mantenerse dentro del co-gobierno hasta que fue ignominiosamente expulsada. "Esto nos convence de la necesidad de mantenernos en el poder compartiéndolo con las otras clases aliadas. Sin esa unidad de actitud podemos correr el riesgo de ser aplastados desde fuera o desde adentro".

Al hablar de las conquistas revolucionarias se refirió a algunas que deliberadamente no fueron tomadas en cuenta por V. Paz en su discurso, por estar seguro que constituían el flanco vulnerable del cogobierno. El fuero y libertad sindicales eran considerados como piedras fundamentales de la vida sindical y de la vigencia de la democracia en las organizaciones laborales. "Para el actual gobierno un dirigente está investido de un fuero sindical que, en materia de inviolabilidad, sólo admite comparación con el que gozan los parlamentarios en los regímenes auténticamente democráticos." Esta declaración, hecha en tono tan solemne, estaba siendo desmentida a diario por la sistemática represión desencadenada contra una parte (ciertamente que pequeña) de sindicalistas, casi todos ellos leales al trotskismo. Desde entonces se acuñó la especie de que la libertad sindical debía alcanzar únicamente a los parciales del oficialismo y de que era permitida la persecución por razones ideológicas. Para justificar una serie de atropellos, la policía sindicó gratuitamente a los opositores de haber conspirado al servicio de la reacción. Desgraciadamente la burocracia cobista se solidarizó con los acusadores. "Se afirma que no hay libertad sindical porque se apresan dirigentes obreros, pero se cuida mucho de dar las razones de tales apresamientos... Se han detenido dirigentes cuando han sido sorprendidos en 'in fraganti' delito de conspiración, jamás se les ha detenido por sus actividades sindicales". Al señor Lechin le pareció bien el apresamiento de quienes se colocaron a la cabeza de los campesinos en la lucha por la conquista directa de la tierra, "cuando trataron de inducir a los campesinos a la violencia, so pretexto de que el Gobierno Revolucionario no les iba a entregar la tierra, creyendo crear así un estado de anarquía en los campos, hecho que de producirse habría beneficiado a la rosca."

Un capítulo especial del informe está dedicado al "control obrero con derecho a veto", que siempre fue considerado por Lechin como una de las mayores conquistas de la Revolución de Abril. "Ello significa (el control obrero), que más del 80% de nuestra producción de divisas queda bajo la vigilancia de nuestros obreros, de sus sindicatos y de la FSTMB". En realidad, el control con derecho a veto fue considerado por la burocracia cobista como la mayor conquista a la que podía aspirar la clase obrera. Forzando los razonamientos se quiso encontrar sus raíces en la misma Comuna de París, en la revolución rusa, en la Comuna húngara, etc. En ningún momento se habla de la dualidad de poderes (su reconocimiento implicaría la negación de las teorías de la identificación del MNR con el movimiento obrero y del cogobierno) que germinaba en el seno del control obrero, como expresión de la pujanza del sindicalismo, frente al gobierno central. Contrariamente, es presentado como la manifestación más genuina y elevada del gobierno movimientista. A alguien se le podría ocurrir que el control obrero convirtió a los trabajadores en virtuales dueños del país, pero según la misma burocracia de la COB los trabajadores apenas si eran una pequeña parte del gobierno movimientista. El control obrero, conforme a la mentalidad lechinista, tenía la misión de actuar como celoso vigilante del cumplimiento de los planes gubernamentales... "Es en Bolivia donde el control obrero adquiere una significación realmente revolucionaria y democrática... El establecimiento del derecho a veto pone en manos de los obreros la responsabilidad de la política administrativa en las minas... La experiencia ya de más de un año de su aplicación ha convencido a sus más recalcitrantes enemigos, que el control obrero es la mejor garantía de defensa de los intereses de los trabajadores, de la marcha de la economía nacional y contra la burocratización de las actividades económicas en las minas nacionalizadas".

Siguiendo a Víctor Paz E., planteó como objetivo inmediato de la COB "la nacionalización de ciertas ramas de la producción: ferrocarriles, servicios públicos, etc., estableciendo en todas ellas el control obrero". Añadió que la COB debía luchar consecuentemente por ir introduciendo dicho control en las mismas empresas privadas, como complemento necesario a la planificación de la economía nacional.

No sólo dejó establecido que las milicias armadas, obreras y campesinas, eran la mejor y acaso la única garantía para la defensa y estabilidad del proceso revolucionario, sino que las consideraba como parte de un organismo "paramilitar, es decir, una institución armada que sin pertenecer al ejército es susceptible de movilizarse y actuar al lado de éste".

Seguidamente pasó revista a la labor realizada por los ministros obreros.

El 12 de abril de 1952 fue organizado el Ministerio de Minas y Petróleo. Desde esa fecha hasta el 10 de octubre del mismo año, ocupó esa cartera Juan Lechin, quien informó al congreso que "el gobierno trazó una política fundada en la reversión de los recursos naturales al Estado, la creación de nuevas ramas de actividad minera y la intensificación de la explotación del petróleo". Para materializar esos propósitos fueron dictadas cuatro medidas:

a). En julio de 1952 se promulgó el Decreto que obligaba a los mineros a entregar al Estado "los minerales extraídos" para que fuesen vendidos luego por el Banco Minero en los mercados extranjeros, lo que importaba imponer el "monopolio estatal sobre la exportación de minerales". Según Lechin esta medida permitía "recuperar las divisas obtenidas por la exportación de minerales y su utilización en la ejecución de los planes de fomento e industrialización", al mismo tiempo que impedía la "huida de capitales nacionales al extranjero, la realización de pingües negocios y la desorganización de todo el comercio nacional".

El monopolio de la exportación de minerales fue complementado con el monopolio de la importación de hidrocarburos, "poniendo en manos de YPFB el ejercicio de esta misión. Pronto se hizo extensivo a otros productos estas medidas, especialmente a los de primera necesidad".

b). El líder obrero acusó a los gobiernos del sexenio de haber desarrollado un intensivo programa de "desnacionalización de nuestras principales riquezas naturales... Estas riquezas en lugar de convertirse en fuentes de trabajo y de bienestar para nuestro pueblo, se habían transformado en motivo de explotación económica e intervención del capitalista extranjero en la vida política nacional". Para acabar con este estado de cosas se "procedió al estudio y aplicación de las normas de reversión de los recursos naturales al Estado". En setiembre de 1952 fue dispuesta la reversión al Estado de la zona petrolera de las provincias de Caupolicán e Iturrealde del Departamento de La Paz. En agosto de 1954 se dispuso la reversión de los yacimientos de hierro del Mutún.

c). El régimen movimientista buscó sacar ventaja de la pugna inter-imperialista en busca de mercados y fuentes de materias primas, creyó que esta lucha abría coyunturas favorables para la atracción de capitales. Los ministros obreros fueron absorbidos por esta vorágine y resultaron víctimas de la política económica derechista desarrollada desde el Poder Ejecutivo. "El gobierno de la revolución nacional aprovechando esta situación política internacional, está aplicando una nueva política frente al inversionista extranjero". Como era de esperarse, surgió el espejismo de un Estado capaz de someter al capital financiero a su voluntad e intereses, la experiencia se encargó de desmentir tal esperanza. "Ya éste (el inversionista) no puede pretender mirarnos como un punto de inversión sometido a su capricho y a sus leyes, sino que debe comenzar por considerar que trata con un Estado soberano, que está dispuesto a darle toda clase de garantías al capital extranjero, siempre que admita someterse de buena fe a nuestras leyes y a las condiciones que el Estado pueda imponerle". Los movimientistas soñaban lograr por este camino nada menos que la liberación nacional. A esto se llamó política de "nuevo trato al capital extranjero" y dentro de ella el Ministerio de Minas concluyó algunos contratos de arrendamiento de zonas mineralizadas con empresas inconfundiblemente imperialistas. En septiembre de 1952 fue suscrito entre YPFB y el consorcio yanqui Glenn H. Mc. Carthy un convenio de arrendamiento para la explotación de petróleo y gas de Los Monos y Agua Salada, situados al Sud del río Pilcomayo.

d). Los Ministerios de Minas y Asuntos Campesinos confiaron que el plan de cooperativas puesto en práctica redundaría en beneficio directo de los trabajadores mineros y campesinos. Nuevamente se repitió la experiencia dolorosa y negativa del afloramiento de las ambiciones bastardas de algunos dirigentes que frustraron todos los anhelos populares con su afán de medrar a la sombra de las cooperativas. Lechin veía en las cooperativas una mutación del régimen de propiedad. "La Revolución Nacional al trabajar por los intereses económicos, sociales y políticos de los trabajadores tuvo que ir a una transformación del régimen de propiedad, haciendo que lo que era producto del trabajo social de los mineros, deviniera una propiedad social en beneficio de los mismos. Y tal ha sido el criterio aplicado en la zona aurífera de Tipuani". Esta vez Lechin fue víctima de los esquemas y el esquema resultó demasiado grande para lo que hizo el MNR en Bolivia. Según Marx y Engels la revolución comunista transformará en colectivo el carácter privado de la propiedad, la despojará de su carácter de clase <sup>34</sup>.

Se apresuró a salir en defensa de la forma cómo se nacionalizaron las minas, esto para defenderse de las críticas de la izquierda marxista, timoneada por los trotskystas, a quienes había ya tipificado como a sus peores enemigos. Comienza reconociendo que la COB había ordenado a "sus representantes dentro del gobierno -ministros obreros- luchar porque como resultado de las discusiones sobre la nacionalización de las minas se llegara a fijar como base del procedimiento la "no indemnización a las empresas expropiadas". Esto que era mandato imperativo fue modificado, según el Secretario Ejecutivo de la COB y ministro de Minas (para los trabajadores primero dirigente sindical y después ministro), porque "el detenido y

34.- Marx y Engels, "Biografía del Manifiesto Comunista", México, 1949.

exhaustivo estudio realizado por el gobierno... llevó a los hombres de éste al convencimiento de que tal acción era inoperante e improcedente. Era inoperante porque la estructura capitalista del mundo dentro del cual se mueve la economía boliviana, la estructuración típica del mercado internacional y la lógica reacción de ese mundo y ese mercado regidos por el principio del capital privado podría conducirnos poco menos que a la quiebra misma de nuestra Revolución". Esta declaración quiere decir que no se hizo una nacionalización de minas al modo obrero porque los otros países todavía no eran socialistas y añade que no se podía obrar así porque Bolivia era copartícipe de los convenios de San Francisco, de la Habana y Bogotá: "toda expropiación estará acompañada del pago del justo precio, en forma oportuna, adecuada y efectiva" (Convenio de Bogotá, mayo de 1948).

El informe de Lechin permitió saber que la ubicación y cubicación de minerales radioactivos en el país se hizo "buscando la ayuda material y técnica de Estados Unidos, interesados en desarrollar y producir suministros adicionales de uranio". Esto puede considerarse como una prueba más de que el MNR desarrolló una política entreguista. La medida se quiso justificar con el argumento de que el gobierno impuso condiciones a esa "cooperación": "Se ha solicitado que a los técnicos norteamericanos se les agreguen futuros técnicos nacionales; que los informes y análisis se haga por triplicado, dejándose cada uno de ellos en el país para su investigación ulterior".

El Convenio de Asistencia Técnica de la ONU a Bolivia fue firmado por el gobierno que despectivamente fue llamado de la rosca (1951) y, en ese entonces, enérgicamente repudiado por la oposición movimientista, particularmente por V. Paz. Sin embargo de estos antecedentes, el gobierno del MNR y el ministro Lechin, ratificaron dicho convenio, por considerar que sólo así el país podía obtener técnicos y capitales. Ciertamente que este último argumento podía también aplicarse en favor de los gobiernos de la rosca.

Para efectivizar la reforma agraria fue creado el Ministerio de Asuntos Campesinos. Según el informante tenía las siguientes misiones fundamentales: "a) la organización económica, destinada a dotar al campesinado de una sólida organización, capaz de contribuir al bienestar económico y social de la comunidad y al desarrollo del cooperativismo agropecuario y b) la de organizar la judicatura y la legislación del trabajo campesino, a fin de eliminar las formas las formas de explotación servil que imperaba en el agro boliviano".

Lechin justificó las limitaciones de la Ley de Reforma Agraria y dijo que era mucho más avanzada que las similares de Guatemala y la China.

Otra de las preocupaciones del Ministerio de Asuntos Campesinos fue la sindicalización de los campesinos. "El Ministerio procedió a la organización de sindicatos de tendencia clasista. Gracias a la ayuda prestada por militantes del MNR y destacados dirigentes campesinos, mineros y fabriles se inició el proceso de sindicalización campesina. En la actualidad existen unos 7.000 sindicatos agrupados en federaciones departamentales y especiales".

En el capítulo destinado al Ministerio de Trabajo y Previsión Social no se incluyen mayores novedades. Se repite un lugar común: "la presencia de hombres de gran sensibilidad social y revolucionaria... ha permitido a este Ministerio encarar con un nuevo criterio los diversos problemas sociales". Fue tan limitada la acción en este terreno que ni siquiera se logró introducir grandes transformaciones en el ordenamiento jurídico social, en gran parte estructurado por los gobiernos oligárquicos.

Lechín informó que el alarmante volumen de la desocupación fue en cierta manera disminuido como consecuencia del "decreto que ordenaba el retorno al trabajo de los obreros despedidos por causas políticas y sindicales". Entre las conquistas consideradas fundamentales se citan la "semana corrida" (para los efectos del pago de salarios la semana de trabajo debía considerarse formada por siete días); reconocimiento del derecho de sindicalización en favor de empleados públicos y campesinos; "el actual gobierno ha procedido a establecer como norma de sus relaciones con los obreros, empleados y campesinos el reconocimiento en forma irrestricta del Fuero sindical, en los términos y con las limitaciones que reconocen las leyes de la República".

Se dijo que el Ministerio de Obras Públicas y Comunicaciones impulsó la construcción de caminos y ferrocarriles "que respondan a un criterio económico antes que político", aunque muy poco se pudo anotar como efectivización de este programa.

La Subsecretaría de Prensa, Informaciones y Cultura fue considerada como ministerio obrero sólo porque ahí estaba Fellman y en cuya designación nada tuvieron que ver la COB ni los sindicatos; se trataba del hombre de confianza del Presidente Paz. El informe hace saber que se estableció el "control obrero" en todas las actividades que caían en el campo de dicha Sub-secretaría (radio, cine, teatro, cuestión gráfica, etc.) e incluso en la importación de papel. Lo que en realidad hacía la Subsecretaría era inundar todos los rincones del país con propaganda en favor del Presidente Paz e intentar que la opinión pública respaldase la política oficialista. En sus campañas había mucho de culto a la personalidad y de deformación de los hechos; se puede decir que realizaba una actividad marcadamente anti-obrera y anti-sindical.

El informante resume sus ideas en nueve puntos y vale la pena citar algunos de ellos porque ponen de relieve las características de la política desarrollada por la dirección cobista. "Profundizar la revolución", consigna ampliamente difundida, fue presentada como actividad gubernamental encaminada a "completar las medidas de carácter nacionalista mediante la nacionalización de los ferrocarriles y la municipalización de los servicios públicos". Esto nunca se hizo, pero reflejaba, una vez más, la influencia de la propaganda trotskista en la mentalidad de algunos dirigentes del MNR. Se reitera que la COB estimaba su deber mantener "estrechas y cordiales relaciones internacionales con todas las organizaciones de clase, independientemente de su ideología política o de su credo religioso". Esta actitud, aparentemente antisectaria, no podía menos que favorecer al imperialismo y a la reacción. Ahora parece insólito que tan machaconamente proclamase su adhesión y defensa de la política económica del gobierno y de la conducta oficialista "en materia de elementos radioactivos y del petróleo".

El Primer Congreso de la Central Obrera Boliviana aprobó dos documentos fundamentales del movimiento sindical: el Programa Ideológico y los Estatutos<sup>35</sup>. Sobre esta base se consolidó la organización laboral y algunos consideraron que su fortaleza era el resultado de una verdadera unidad programática. Su aprobación fue el resultado de una extraña unanimidad y no estuvo precedida o acompañada de discusiones ideológicas de importancia. Por las circunstancias en las que se desarrolló el congreso, la crítica a la Declaración de Principios vino de fuera y, por esto mismo, acaso no llegó a ser conocida ni siquiera por el grueso de los delegados. El informe de la Comisión de Asuntos Políticos permite descubrir que todo se redujo a la imposición de las ideas del aparato a los congresistas: "Que habiendo considerado todas las ponencias presentadas por los diferentes sectores de trabajadores, ha tenido en cuenta las sugerencias más importantes para introducirlas en el presente proyecto de Declaración de principios vino de fuera y, por esto mismo, acaso no llegó a ser conocida ni siquiera por el grueso de la vanguardia sindical. El informe de la Comisión de Asuntos Políticos permite descubrir que todo se redujo a la imposición de las ideas del aparato a los congresistas: "Que habiendo considerado todas las ponencias presentadas por los diferentes sectores de trabajadores, ha tenido en cuenta las sugerencias más importantes para introducirlas en el presente proyecto de Declaración de Principios de Programa de la COB para su consideración. Vuestra Comisión informante recomienda su aprobación por constituir en su cuerpo de redacción y de norma política sindical un documento completo y plenamente ajustado a la realidad nacional". A diferencia de lo sucedido en 1954, en el futuro serán las discusiones ideológicas, casi siempre bizantinas y presuntuosas, las que escisiones al movimiento laboral.

Quiérase o no, el Programa Ideológico refleja la depresión del movimiento obrero, no en vano da la impresión de una profunda caída política y teórica si se la compara con la TESIS DE PULACAYO, por ejemplo. El documento cobista carece hasta de coherencia, domina una abigarrada mezcla de terminología marxista, empleada al tuntun, con la fraseología creada por los teóricos del MNR. Sin embargo, no se pudo borrar del todo, como se pretenderá hacer en el Segundo Congreso (1957), las conquistas de las masas y, en aspectos considerados no actuales, se hicieron verdaderas concesiones a la línea revolucionaria. No es pues desacertado decir que la Declaración de Principios contenía aspectos positivos y que podían ser considerados como puntos de apoyo del movimiento obrero y del partido revolucionario.

El Comité Ejecutivo presentó el Programa Ideológico como algo muy diferente a las posiciones sustentadas por "los epígonos de Trotsky que han capitulado ante el stalinismo o se niegan a reconocer el rol progresivo de los movimientos de liberación del yugo extranjero". Se puede decir que el documento estuvo dirigido, precisamente, contra "los epígonos de Trotsky" y contra sus duras críticas al sometimiento de la dirección cobista al MNR. Resultaba obligada esta aclaración porque la caracterización del llamado "Bloque oriental" y los ataques reiterados al stalinismo podían dar la impresión de que los autores del documento seguían siendo trotskistas. El anti-stalinismo de los burócratas era una crítica hecha desde la derecha.

---

35.- "Programa Ideológico y Estatutos del la COB", La Paz, 1954.



El Programa Ideológico comprende dos partes: la situación política internacional y la caracterización del proceso de la Revolución Nacional. No deja de ser novedoso que un documento sindical le dedique tanto espacio a problemas políticos foráneos y constituye un mérito que se hubiese colocado en primer plano el internacionalismo proletario. En toda la primera parte menudean las críticas al stalinismo. Se desahucia la "coexistencia pacífica" como táctica revolucionaria y se parte de la certidumbre de que las fricciones entre los bloques imperialistas y socialistas conducen irremediablemente a una nueva guerra mundial. A diferencia de lo sostenido por Lechin (entre lo dicho por el líder de la COB y lo que se lee en el documento aprobado en el congreso no siempre hay coincidencias), el Programa se muestra optimista acerca de las posibilidades que, tiene el proletariado de los países metropolitanos de tomar el poder. Se notan muchas omisiones, pero ninguna tan notoria como el silencio que se guarda acerca de la creciente y aguda pugna inter-imperialista y que contribuía a crear una coyuntura internacional favorable para la actuación del proletariado de los países atrasados. Muchos párrafos parecen escritos en clave, todo para encubrir detrás de un barniz inofensivo algunas tesis marxistas: "El proletariado tiene la tarea de construir una férrea internacional para imponer la paz socialista y su victoria, con la supresión de toda explotación del hombre por el hombre". Se trata, en verdad, de destruir un régimen social que convierte en inevitable la guerra y no simplemente de imponer una determinada forma de paz. El camino para lograr este objetivo es uno solo: la revolución social y la dictadura del proletariado.

El Primer Congreso cobista es parte importante de la historia de la revolución y por esto resulta obligatorio el análisis de sus conclusiones. El documento programático aprobado fue sencillamente relegado al olvido y algún tiempo después no se acordaron de él ni siquiera sus autores. Este dato está denunciando la artificiosidad de sus planteamientos y la ausencia de la estrategia del proletariado. Se diluyó en minucias y pequeñas maniobras, esto porque no fue capaz de señalar una gran línea política.

La segunda parte capituladora y colaboracionista está dedicada al análisis de la llamada revolución nacional. La caracterización del país (económicamente atrasado y de desarrollo combinado), entronca formalmente en la tradición trotskysta. Se reproducen en forma amputada y a veces deformada, pasajes de la Tesis de Pulacayo acerca de las clases sociales y su mecánica. Se pasa por alto el análisis (o la simple información) de la estructuración de la conciencia de la clase obrera, de las influencias ideológicas que actuaron sobre ella, para reducir todo el problema a una conclusión mecanicista: "Los trabajadores mineros constituyen la vanguardia del movimiento sindical de los explotados, porque la economía del país se halla determinada por la explotación de las materias primas y -entre ellas fundamentalmente- por los minerales. El 90% del presupuesto nacional, en efecto, se basa en dicha producción minera".

A veces la confusión enturbia el análisis. El documento quiere encontrar "dentro del conglomerado campesino" diferentes clases sociales interesadas en el proceso revolucionario; pero ignora totalmente a las nacionalidades nativas oprimidas.

La clase dominante es dividida en dos sectores: la llamada burguesía nacional de incipiente desarrollo en el país, en líneas generales se halla interesada en el proceso revolucionario actual y la oligarquía o rosca, "sector social desplazado del poder por la insurrección popular del 9 de abril de 1952 merced a la intervención decidida y firme de obreros (fabriles y mineros)". Esta conclusión sirvió para justificar el policíasismo del MNR, de la revolución y del gobierno populares, que suponen la subordinación, del proletariado a una dirección política extraña y su disolución como clase en medio del amplio conglomerado social.

El rol político del proletariado y de las otras clases no arranca de las caracterizaciones sociológicas hechas en la primera parte, sino de un esquema elaborado a priori para justificar la política movimientista. Las soluciones que plantea al problema boliviano son por demás confusas y no se establece, con la debida claridad, una finalidad estratégica. No es casual que se hubiese pasado por alto la evolución de la conciencia de las masas, la experiencia adquirida en la lucha durante el sexenio y en la misma revolución. Un programa que no haga el balance crítico de estos fenómenos no merece el nombre de tal. Ya el "Manifiesto Comunista" establece que el punto culminante de la organización del proletariado como clase es su partido político. Este último representa la expresión más elevada de la conciencia clasista, partiendo de la experiencia acumulada a lo largo del desarrollo de la lucha de clases.. En la historia boliviana hemos conocido etapas en las que gráficos, ferroviarios, constructores o fabriles, han ocupado, momentáneamente y a su turno, el puesto de vanguardia en la lucha sindical y política. Es evidente que el desarrollo actual de las fuerzas productivas, traducido en ciertos modos de producción, determina la posibilidad -sólo la posibilidad- de que el proletariado se convierta en el caudillo de la nación oprimida,

lo que supone que estructure su propio partido político. El que determinado sector de los trabajadores se convierta en vanguardia de la lucha sindical y política, es consecuencia de múltiples circunstancias: grado de penetración del partido revolucionario en el seno de las masas, influencia ideológica en la evolución de la clase, condiciones económicas de explotación, presión gubernamental y patronal, circunstancias imperantes en la vida sindical, etc.

No siendo el desarrollo "desigual" de la economía sinónimo del desarrollo combinado -sino más bien éste una expresión del primero-, falta establecer esa desigualdad con relación a la economía de otros países. Hay un ritmo desigual para Bolivia con referencia a Latinoamérica y otro para este continente con relación a otros bloques continentales. La realidad boliviana, a diferencia de lo que sostiene el mencionado Programa, es una peculiar refracción de las leyes generales de la economía mundial. Por esta razón el país no es ajeno a la pugna entre los bloques imperialistas y soviético y no puede darse el lujo de crear un tipo de revolución que nada tenga que ver con la lucha fundamental entre imperialismo y proletariado.

Los "entristas" -autores del documento programático de la COB- se vieron materialmente imposibilitados de arrojar por la borda todo su pasado; necesitaban hablar lenguaje revolucionario para poder impresionar a los obreros que antes los conocieron como poristas. El Programa repite lo básico de la tipificación del 9 de abril de 1952 hecha por el POR: "Este movimiento, que comenzó como un simple golpe de Estado, fue transformado rápidamente en una insurrección victoriosa por la presencia revolucionaria de los grupos sociales antes señalados, especialmente la clase obrera". Este planteamiento, aparentemente justo, es desvirtuado con la tesis de que "Son los grupos sociales de la pequeña burguesía (dependiente e independiente), clase media y los obreros aglutinados en el MNR los que motorizaron el gran movimiento de liberación nacional y social del 9 de abril". La tesis coincidió con la hecha por Lechin e importaba el reconocimiento de que fue la pequeña burguesía la clase que realmente dirigió la revolución. Nuevamente se caracterizó la revolución boliviana como "popular, antes que democrática burguesa o proletaria". Lo básico era saber cuáles eran las clases sociales fundamentales del proceso revolucionario y la fraseología sobre lo "popular" no hacía más que obstaculizar toda comprensión. La revolución popular como etapa histórica independiente y anterior a la revolución proletaria no puede interpretarse más que como la versión "popular" de la revolución democrática-burguesa, lo que resultó muy grato al stalinismo, de igual manera que la división del proceso revolucionario en etapas independientes y separadas entre sí por magnitudes considerables de tiempo.

En ciertos aspectos el Programa Ideológico se ubica aún más a la derecha que el informe de Lechin. Habla únicamente de los objetivos democráticos de la revolución, da ese carácter a las nacionalizaciones: "Tampoco puede denominársela proletaria porque sus objetivos inmediatos son el sacudimiento de la explotación imperialista mediante la recuperación de la riqueza nacional y la superación de los resabios feudales, medidas que, por su misma naturaleza, no implican una revolución proletaria en el actual período revolucionario". Es visible la confusión entre revoluciones proletaria y socialista.

Limita la revolución de Abril al marco de la "liberación nacional", esto porque relega la "liberación social" a un futuro indefinido, "depende de la capacitación revolucionaria que la clase obrera logre estrecha alianza con los campesinos pobres y los sectores explotados de la clase media urbana y cuando se dé las condiciones económicas y políticas internas e internacionales". Lo anterior significa que en 1952 y después no existían condiciones objetivas ni subjetivas para el estallido de una revolución dirigida por el proletariado.

Dicho documento encaja íntegramente dentro de la teoría del cogobierno. Sufrieron un fiasco los que esperaban que la burocracia cobista, haciéndose eco del criterio predominante en las filas de la vanguardia revolucionaria, dejase establecido y demostrase que la clase obrera no detentaba el poder junto a las otras. A pesar de que se reconoce que en el seno del gobierno movimientista fue permanente el choque entre las aspiraciones obrero-campesinas (nacionalización de minas, reforma agraria, control obrero con derecho a veto, etc.) y los intereses inmediatos de la pequeña burguesía y que en estos últimos se asentaba la tendencia derechista del MNR, no se señala que esta contradicción estaba llamada a definir el futuro inmediato de la revolución y que de ella podía arrancar el desarrollo de una auténtica revolución obrera. Contrariamente, se invocan esos argumentos para empujar a obreros y campesinos a las filas del MNR para que dentro de este período formen el ala izquierda y atraigan hacia sus posiciones a los sectores mayoritarios de la clase media, posible sólo en el caso de que dejen de enarbolar sus propias reivindicaciones.

Por extraño que parezca, el cogobierno es presentado no como consecuencia del desarrollo de la revolución, sino como una necesidad táctica, esto seguramente porque resultaba muy difícil para los ex-trotskyistas justificarlo con ayuda del marxismo: "La labor cogobernante del proletariado y del campesinado no es una consecuencia social, sino que su papel ha sido -y es- de impulsor de las medidas estatales, venciendo los temores de las inhibiciones de la pequeña burguesía... los trabajadores deben participar en el gobierno de la revolución nacional; y su acción respecto a él debe ser de fiscalización y control para evitar que se desvirtúe o detenga la revolución y para impedir que se hagan maniobras contrarrevolucionarias desde dentro o fuera de él". Era, pues, absurdo y arbitrario calificar al gobierno del MNR como "dictadura de tres clases" o "gobierno de obreros y campesinos". En el Programa se habla de "profundizar la revolución", ya sabemos lo que esto significa para los movimientistas antiguos o nuevos.

En el capítulo IV de la segunda parte se dice que en 1954 se cumplían dos grandes tareas históricas: "la liberación nacional y la liquidación del feudalismo en el agro". Después de citar como descomunales conquistas los Decretos de Nacionalización de las minas y de Reforma Agraria se añade "la destrucción del antiguo ejército 'rosquero'... y su reemplazo por un ejército popular junto al cual convive una fuerza para militar: el pueblo en armas. Asimismo, debemos citar como grandes progresos en el campo económico, la utilización creciente de las posibilidades de crédito y ayuda técnica, la ejecución de grandes obras de interés público como el camino Cochabamba-Santa Cruz, la instalación de los ingenios azucareros estatales, la idea de una planificación del desarrollo económico del país, la explotación nacional del petróleo y su consiguiente exportación, la investigación de materias radioactivas, la explotación económica del hierro del Mutún, el proyecto de la reforma educativa, etc". Se dijo que la "revolución popular" había pasado el período de las grandes transformaciones y la dirección cobista creía que algunas medidas permitirían la profundización del proceso revolucionario.

La defensa de las grandes conquistas radicaba -según el documento de la COB- en la "participación obrera en el gobierno, el control obrero con derecho a veto y la organización sindical y militar del proletariado y campesinado". Se creía que la materialización de las aspiraciones proletarias dentro del marco movimientista estaba garantizada por la presión ejercitada por los trabajadores desde el seno del Poder Ejecutivo, "a través de sus ministros", y por el canal de sus organizaciones sindicales. "Hoy se ha dicho con razón que los congresos obreros y campesinos son verdaderos parlamentos populares".

Durante todo ese período algunos marxistas hicieron profusa propaganda alrededor de la consigna de "todo el poder a la COB", que tomada como sinónimo del sindicato convertido en gobierno resultaba insostenible. La dirección cobista rechazó el planteamiento con el argumento de que la clase obrera estaba en el gobierno del MNR y que constituía un error tipificarlo como dominado por la pequeña burguesía. "Muchos decretos que hoy constituyen el fundamento material de nuestro país, han sido dictados a despecho y a pesar de la oposición de los elementos pequeño-burgueses... Por otra parte, no debemos olvidar que entre los hombres pequeño-burgueses del gobierno son muchos los que sostienen una posición francamente revolucionaria".

Mientras Lechin confiaba en el nuevo ejército, considerado como un todo, el documento cobista asume una actitud más razonable al diferenciar en su seno a los "viejos jefes, oficiales reaccionarios", cuya separación de las fuerzas armadas debía lograrse para que éstas pudiesen sumarse a la revolución, añade que "los jóvenes oficiales tienen que ser asimilados ideológica y organizativamente a la Revolución Nacional".

Se enunciaron acertadamente los rasgos generales de las milicias obrero-campesinas. "La ley más general de la organización de las milicias armadas radica en que están subordinadas a la estrategia política obrera"; la organización militar debía ser instrumento de la lucha política; las milicias alcanzar una alta politización y su disciplina basarse en una profunda convicción ideológica y en la "fe de que las victorias armadas serán las victorias del pueblo". La consigna desde luego justa- era la de convertir cada fábrica en una fortaleza armada de la revolución. "Preparémonos para aplastar todo peligro de invasión que pudiera suscitarse". Todo se redujo a un montón de palabras, pues nunca se hizo nada para materializarlas.

En la parte final del documento se incluye una lista de objetivos inmediatos de 33 puntos en tres capítulos.

En el plano internacional se propugnó la acción solidaria con los bloques de Estados que adopten "una posición revolucionaria frente a los grupos beligerantes que organizan la tercera guerra mundial"; el

mantenimiento de cordiales relaciones de amistad con todos los pueblos del mundo, especialmente con los países hermanos de nuestro continente, para crear las bases de una verdadera unidad revolucionaria de Estados Latinoamericanos"; el rechazo de todo acuerdo internacional que tienda a la destrucción de los organismos sindicales, no importa bajo qué pretexto; la creación entre los países productores de cartels o pools de materias primas para luchar con ventaja en el mercado internacional.

En lo referente a la política nacional, la COB sostuvo, entre otros, los siguientes puntos: formación de tribunales revolucionarios encargados de sancionar "penal y económicamente a todos los individuos culpables de conspirar contra la paz y la tranquilidad públicas, igualmente a todos aquellos que atentan contra la economía del pueblo"; creación de la Corporación de Importación Nacional para combatir la especulación y el agio; constante mejora de las condiciones de vida de los trabajadores, elevación progresiva de sueldos y salarios y "profundización de sus derechos sociales dentro del marco de las posibilidades económicas del país y de acuerdo con los altos intereses nacionales" (este slogan fue repetido ininidad de veces para rechazar los planteamientos sindicales de aumento salarial); diversificación económica estatizada, "tendiendo a crear, paralelamente a la industria privada, la industria cooperativa en manos de los sindicatos"; nacionalización de los ferrocarriles, a fin de facilitar la planificación de la economía; municipalización de los servicios públicos; centralización estatal de los sistemas y planes de enseñanza de las universidades, escuelas y colegios, "democratización de tales sistemas y planes" a fin de abolir todo privilegio de clase, casta o religión; Estatuto único de la universidad boliviana; coeducación; escuela laica (libertad de enseñar cualquier religión, sin privilegio alguno); escuela única; educación vocacional y técnica; alfabetización en lengua materna y castellano; tender, hacia la formación de cooperativas y comunidades campesinas sobre los ex-latifundios; control obrero en el Banco Agrícola; control obrero con derecho a veto en las principales actividades económicas del país; modificación del régimen jurídico.

Acerca de la política sindical: para combatir las nefastas consecuencias de la inflación se propuso el contrato colectivo de trabajo, "complementado con el salario básico vital y la escala móvil"; declaración de que la COB se encuentra organizada sobre el principio de la democracia sindical y es independiente de los partidos políticos; "la COB propiciará la unificación de los trabajadores latinoamericanos, coordinando su acción y lucha principista con otras organizaciones sindicales del continente, que mantengan su independencia de toda central mundial sindical".

Los Estatutos de la COB fueron aprobados teniendo como base el proyecto presentado por el Comité Ejecutivo: "Que el proyecto presentado por el Comité Ejecutivo de la COB es el más completo, mejor estructurado y más acorde con la experiencia sindical adquirida desde el 17 de abril a la fecha" (Informe de la Comisión de Estatutos y Organización). El tema fue ampliamente discutido y presentaron proyectos otras organizaciones y hasta personas aisladas: Confederación Nacional de Ferroviarios, COD de Tarija y de La Paz, Trabajadores en Construcción, Confederación de Estudiantes de Secundaria, Pío Nava.

El documento comprende trece capítulos y está precedido de una introducción, casi íntegramente dedicada a presentar una curiosa interpretación de los sindicalismos horizontal y vertical, dice que el primero es igual a anarquismo y el segundo a centralismo democrático. Se repetirá una y otra vez este último concepto para mostrarlo como fundamento de los sindicatos; sin embargo, el centralismo democrático, propio del partido político, supone, para ser realidad, unidad teórica y política. Es por esto que no puede aplicarse al sindicato que es forma elemental de frente único de clase y que engloba a elementos de todos los matices políticos. Resulta contraproducente sustituir la democracia sindical con el centralismo democrático. El fenómeno se explicaría porque el lechinismo utilizó a la COB como un verdadero partido político en sus relaciones con otros grupos movimientistas y con el mismo gobierno. El centralismo democrático supone la acción unitaria en el exterior y que la discusión alrededor de las discrepancias se realice en el plano interno únicamente. La vigencia de esta norma organizativa en los sindicatos importaría imponer silencio a los opositores y someter la acción de las fracciones disidentes a la voluntad de los dirigentes de turno, que es eso lo que, en realidad, buscaba el oficialismo.

El sindicalismo vertical ha nacido como consecuencia de la gran fábrica y de la concentración de enorme cantidad de obreros en su seno, obreros que pueden ser de múltiples especialidades. Es indudable que en la lucha diaria resulta más efectivo un solo sindicato en cada empresa, que su atomización en múltiples organizaciones de especialidades. Contrariamente, la estructuración horizontal corresponde a los primeros momentos del desarrollo capitalista y a la supervivencia del artesanado. Acertadamente se indica que en Bolivia la COB "debe ser un organismo combinado vertical-horizontal de tal modo que los Comités Regionales no compitan, sino colaboren en el cumplimiento de las decisiones cobistas. La

organización horizontal debe cumplir el rol de entidad auxiliar de la matriz nacional de los explotados". El problema básico para la COB y para las centrales nacionales que la precedieron era la disputa entre el proletariado y los sectores artesanales por ganar la dirección del movimiento obrero. El sindicalismo vertical fortaleció las posiciones del asalariado y se convirtió en el instrumento adecuado de su control de las organizaciones laborales. Sobre esta cuestión nada dicen los documentos cobistas.

Los Estatutos de la COB marcan el punto más elevado en la organización de los sindicatos. Comenzaron sustituyendo a las Centrales Departamentales -que en gran medida conservaban los rasgos de las antiguas FF.OO.SS del tiempo de la CSTB- por los Comités Regionales de la COB y en las que se aseguraba el predominio indiscutible de las grandes centrales proletarias. Según el esquema organizativo de la nueva Central, se contemplan "organizaciones fundamentales y organizaciones auxiliares". Entre las primeras se contaban el Comité Ejecutivo Nacional, los Consejos Centrales de Trabajadores de Materias Extractivas, de Trabajadores Industriales, de Trabajadores de Transportes y Comunicaciones, de Campesinos, de Empleados, de Intelectuales y de Organizaciones Populares.

Organizaciones auxiliares: diez y siete Comités Regionales (La Paz, Oruro, Cochabamba, Santa Cruz, Potosí, Sucre, Tarija, Trinidad, Cobija, Riberalta, Valle Grande, Tupiza, Viacha, Yacuiba, Camiri, Uyuni y Villamontes).

La COB -según reconocen sus mismos documentos oficiales- estaba lejos de ser una organización estrechamente sindical y presentaba las características de "un verdadero sistema centralizado de consejos revolucionarios, cuyos antecedentes históricos no se encuentran en las Trade-Unions inglesas, sino en la Comuna de París". En el Consejo de Organizaciones Populares se agrupaban los sindicatos artesanales, de inquilinos, las instituciones de padres de familia, "los Comités de Manzana o de Amas de Casa y toda organización de masas que no sea precisamente sindical".

La COB englobaba al proletariado, a los campesinos y a la clase media, cuyos delegados se reunían en la Asamblea de la Central, que contaba con ochenta y tres votos.

Al proletariado le correspondía el Consejo Central de Trabajadores de Materias Extractivas (mineros, petroleros y siringueros), con catorce votos en la Asamblea; el Consejo Central de Trabajadores Industriales (fabriles, constructores, gráficos, harineros) con doce votos y el Consejo Central de Trabajadores en Transportes (ferroviarios, telecomunicaciones y Federación Postal) con doce votos.

Los campesinos con doce votos, se agrupaban en su propio Consejo Central.

Organizaciones de la clase media: Consejo Central de Empleados de Bolivia (empleados particulares, del Estado, bancarios, trabajadores de la enseñanza, Confederación de Porteros, sanitarios, gastronómicos, doce votos; Consejo Central de Trabajadores Intelectuales (trabajadores de la cultura, Unión Nacional de Estudiantes: CUB, FES y FEIP; profesionales libres), cinco votos; Consejo Central de Organizaciones Populares (gremiales y artesanos, Comités de Manzana y Sindicato de Inquilinos), cuatro votos.

Este esquema quedó simplemente escrito en el papel y los Consejos Centrales no llegaron a estructurarse; fueron las tradicionales federaciones de trabajadores y las organizaciones populares que aparecieron después de 1952, las que enviaron sus delegados a los diferentes niveles de la COB.

En el artículo cuarto se lee que la COB actúa en las diferentes zonas del país (no necesariamente departamentos) a través de los Comités Regionales y que se encuentran directa y antidemocráticamente controlados por el Comité Ejecutivo Nacional, pues era su atribución designar a los secretarios generales y permanentes. Los restantes siete miembros debían ser nominados por los Consejos Centrales. En la práctica, muchas Centrales Obreras Departamentales han seguido actuando hasta nuestros días.

El capítulo segundo enumera los fines de la COB: "unificar el movimiento de obreros, campesinos y de la clase media, en forma solidaria, tras el propósito fundamental de defensa de los derechos e intereses de las clases trabajadoras y de los sectores populares que la integran, para superar su nivel técnico, cultural, económico y social en beneficio del país"; defensa de los derechos fundamentales consagrados por la Constitución en favor de los trabajadores, de las garantías democráticas y de las conquistas sociales; mejoramiento económico y social de los trabajadores "hasta conseguir su total liberación social"; conquista de un Código del Trabajo "completo que contemple todas las aspiraciones de los

trabajadores en disposiciones legales plenamente vigentes"; ejecución obligatoria del contrato colectivo; creación de cooperativas de crédito, de consumo y de producción "en beneficio de sus componentes y del desarrollo económico del país"; elevación del nivel cultural y técnico vocacional de los trabajadores; propaganda destinada a elevar la conciencia de clase y la solidaridad de los explotados del mundo, "así como el reforzamiento de la conciencia nacional y la liberación del yugo imperialista". La burguesía habla de lucha contra todos los imperialismo, forma encubierta de repudio a la URSS.

Entre los métodos de lucha se colocó en primer lugar la "acción legal mediante sus ministros obreros, alcaldes obreros, controles obreros, etc.", en segundo plano la acción de las milicias armadas y los tribunales revolucionarios y la acción directa de masas (huelgas, movilizaciones, etc.). Las instituciones cobistas mantenían su autonomía "de acción en los asuntos concernientes al ramo o grupo de trabajadores que representan". Gobierno de la COB: Congreso Nal., Asamblea Nal. de delegados, CEN y Confederaciones, Federaciones y Sindicatos nacionales. Los congresos de la COB deben reunirse cada dos años.

## 8 ESTABILIZACIÓN MONETARIA

**D**os acontecimientos (1956) definieron el porvenir de la COB: la convención movimientista y el decreto de estabilización monetaria.

La burocracia cobista era, al mismo tiempo, el ala izquierdista del MNR. El 1er. Congreso cobista había incorporado, bajo la ficción del co-gobierno, al equipo sindical dirigente del MNR, hecho que tuvo influencia en la vida de éste; no hay que olvidar que los cobistas lograron el control de gran parte del aparato oficialista. El que el lechinismo hubiese ido perdiendo su fortaleza, al extremo de ser extirpado del poder, se debió al error que cometió al no haberse apoderado oportunamente del control total partidista y estatal. La izquierda se encargó de desbrozar el camino para que la derecha cobrara cuerpo e influencia decisiva en la vida nacional.

La convención del MNR, en la que el lechinismo logró controlar a la mayoría de delegados, puso en evidencia la incapacidad política de la burocracia cobista. La derecha, representada por Guevara, fue derrotada y el centro se vio obligado a marchar a la zaga de la izquierda; sin embargo, el lechinismo no tuvo el valor suficiente para luchar por sus propios hombres y por su propia bandera. Es en esta convención que Lechin a nombre de la COB, propugnó la candidatura presidencial de Siles-A. Chávez. Desde este momento la derrota de la izquierda estaba descontada. A la vuelta de poco tiempo, la COB reaccionando por instinto de conservación y cediendo a la presión de las masas, tuvo que enfrentarse con el gobierno derechista de Siles, que tomó para sí la tarea de hacer zozobrar la ficción del cogobierno y la misma integridad de las organizaciones laborales.

La argumentación del lechinismo era por demás pedestre. Sostenía que su apoyo al candidato de "unidad" (en realidad, candidato de la derecha contra la izquierda, como se demostró poco después) tenía como finalidad poner a salvo la integridad física del MNR y el porvenir de la revolución. Para garantizar los intereses del movimiento obrero y de la misma COB se logró que Ñuflo Chávez acompañase al Dr. Siles. Este cálculo era puramente ilusorio. La vicepresidencia boliviana no pasa de ser un cargo honorífico, su única función real es la dirección del congreso.

Pronto se demostró que desde la vicepresidencia -esa quinta rueda del carro del poder- no se podía hacer nada y menos controlar los movimientos del Poder Ejecutivo.

Pero, el binomio Siles-Chávez servía a la perfección para desorientar a los explotados, hacerles creer que cogobernaban y que sus deseos serían respetados por el nuevo gobierno.

El choque entre Siles y Chávez no fue otra cosa que el episodio de una pugna más profunda, la contradicción entre el movimiento obrero-sindical -en alguna forma representado por la izquierda del MNR- y la derecha oficialista, canal de expresión de los intereses imperialistas y patronales.

La COB -uno de los objetivos de la disputa desencadenada entre Siles y el movimiento sindical- no pudo escapar a la vorágine de la lucha y concluyó profundamente escisionada. El silismo se proyectó al campo obrero a través del llamado Bloque Reestructurados, que no sólo propició la formación de sindicatos

adictos al gobierno, sino la revisión radical de la línea revolucionaria que habían venido siguiendo la COB y las federaciones laborales más importantes.

El lechinismo se ha distinguido, en la lucha interna del MNR, por ceder posiciones sin combatir. Su actitud frente al mismo es por demás sugerente. Llevó al poder a su propio verdugo y se vio obligado, un poco más tarde a romper con él.

El error de Lechin radicó en no ver a las agrupaciones políticas movimientistas como sectores al servicio de clases sociales contrapuestas, sino simplemente como fracciones de la misma clase y del mismo movimiento "revolucionario"; en último término: la lucha fraccional fue considerada más desde el punto de vista de las discrepancias y ambiciones personales que de sus implicaciones políticas. Por eso se alejó y se aproximó a los diferentes grupos y líderes del MNR.

Siles lo combatió sañudamente, lo que no impidió que Lechín colaborase con él en vísperas del golpe contra-revolucionario del 4 de noviembre de 1964 e igualmente después del 21 de agosto de 1971.

El grupo Siles se organizó al servicio descarado del imperialismo y de la reacción criolla, fue y es el portavoz político de los enemigos de clase del proletariado. Es esto lo que nunca pudo ver y analizar el lechinismo, no en vano nunca pudo ir más allá.

La estabilización monetaria importaba, en lo fundamental, una disminución de los salarios reales, como una imposición destinada a resolver el agudo problema de los costos en la industria en general y particularmente en la minera. Los Estados Unidos exteriorizaron bien pronto su interés de controlar y cuidar del porvenir de las minas bolivianas, que eran para el imperialismo estratégicas desde el punto de vista de la producción de minerales básicos para el funcionamiento de su colosal industria. En 1955 fue enviado al país un equipo de la firma consultora de ingenieros Ford, Bacon and Davis, Inc., cuya finalidad era la de emitir recomendaciones capaces de poner a flote la minería, seriamente quebrantada como consecuencia de la política movimientista, esto según los Estados Unidos.

Cornelius Zondag <sup>36</sup>, que cumplió funciones de Asesor Económico de la Misión de Operaciones de los Estados Unidos en Bolivia (1954-56) revela los esfuerzos hechos por el imperialismo norteamericano por controlar toda la economía nacional y de aquí arrancaba su interés en superar las catastróficas consecuencias de la inflación. No podía permitir que una de sus más importantes fuentes de materias primas fuese destruida o que la galopante inflación paralizase su economía a y pusiese en serio riesgo la estabilidad política. No le extrañaba la devaluación en sí, que se le antojaba normal a partir de la guerra del Chaco, sino el salto cuantitativo alarmante que se produjo después de 1952, fenómeno que, según Zondag, era más político que económico, consecuencia de los "cinco objetivos mayores" del gobierno nacionalista (voto universal; nacionalización de las tres grandes compañías mineras; reorganización y "disolución del ejército...", para ser reemplazado por una milicia armada popular formada por mineros, trabajadores de la ciudad y campesinos"; reforma agraria).

Por lo que transcribimos se comprueba que el verdadero demiurgo de la estabilización fue el imperialismo norteamericano, de la misma manera que ideó e impuso la devaluación monetaria a fines de 1972:

"Desde el momento en que los antiguos propietarios habían retirado su capital de trabajo, el Banco Central tuvo que imprimir más dinero para financiar las operaciones de la Corporación Minera... Para 1956, la situación se había tornado tan desesperante que los Estados Unidos, que habían dado al gobierno del MNR ayuda económica para que continuara marchando, empezó a acentuar la necesidad de una estabilización de la moneda. Algunos opinaban que esta acción fue demasiado tardía. No obstante, debe recordarse que inmediatamente después de la revolución, la posición de los Estados Unidos en Bolivia estaba lejos de ser fácil. En el momento de la nacionalización de minas el sentimiento antiamericano era más alto que nunca. En verdad, a pesar de la favorable posición que Washington mostró hacia la revolución casi desde el principio, tomó a los Estados Unidos varios años el poder convertirse razonablemente en un más o menos bien aceptado socio silencioso del proceso de desarrollo de Bolivia... Por otra parte, no se podía hacer gran cosa en materia de estabilización monetaria hasta que los Estados Unidos estuvieran dispuestos a financiar el costo de tal empresa. "El drástico programa impuesto por el imperialismo fue posible gracias al establecimiento del llamado "fondo de estabilización" de 25 millones de dólares (17.5 millones aportados por los Estados Unidos y 7.5 por el Fondo Monetario Internacional).

36.- C. H. Zondag, "La economía boliviana", La Paz, 1968.

Siles Zuazo se jugó íntegro para cumplir los planes del imperialismo y Zondag tenía razones para sostener que "demostró notable coraje en su aplicación".

Siles Zuazo, mucho más tarde y en una actitud explicable en él, ha sostenido que la devaluación que ejecutó "fue posible por el respaldo de la clase trabajadora, partícipe del gobierno. Se trata, como se ve, de una descarada falsificación de los hechos. Y no tuvo el menor reparo en añadir que "en aquella oportunidad no se recurrió a ninguna medida de fuerza, pese al sacrificio colectivo que el reordenamiento económico impuso..."<sup>37</sup>.

Desde la guerra del Chaco (1932-1935) se venía experimentando un agudo proceso de inflación crónica o ininterrumpida<sup>38</sup>. Más que a las exigencias del mercado nacional, en la práctica muy reducido, se debió a la imposibilidad del débil Estado boliviano de solventar con sus propios recursos o con los provenientes de una mayor producción, las crecientes exigencias del programa belicista. En el futuro, el problema de los costos de los minerales. (aspecto fundamental para la exportación) y del desequilibrio del presupuesto nacional se resolvió recurriendo a las emisiones inorgánicas del Banco Central. Independientemente de la naturaleza de los diferentes gobiernos, la inflación significó una forma de vencer las dificultades a costa de las masas; acentuó la miseria desde el momento que importó la constante disminución de la capacidad adquisitiva de los salarios.

La Dirección Nacional de Estadística y Censos informa que la tasa anual de crecimiento del índice del costo de vida en la ciudad de La Paz se operó de 1945 a 1951 con un promedio del 18.2%. "Durante todo este período la inflación tuvo un carácter crónico, sin que rebasara de ciertos límites, como va a ocurrir después de 1952".

La revolución de 1952 desencadenó la furia de la inflación. El mecanismo de la producción sufrió notables deterioros y las exportaciones disminuyeron, habiendo, simultáneamente, aumentado las exigencias de los sectores mayoritarios de la población. De 1952 a 1953 el costo de vida se elevó en un 173 %, la cifra más alta en la historia del país. "Durante esta etapa se realizó un primer ensayo de estabilización que resultó infructuoso, aunque se atenuó el ritmo de alza de los precios". El período de inflación se prolonga hasta 1956, en el que tienen lugar "fuertes emisiones del Banco Central para financiar el gasto público y de la minería nacionalizada". Se pudo mantener casi inalterable el rubro de las importaciones gracias a la "ayuda" de los Estados Unidos, que comenzó a suplementar los decrecientes ingresos de divisas recibidas por el país por sus exportaciones.

El 14 de mayo de 1953, el Presidente Víctor Paz dictó las medidas encaminadas a detener el proceso inflacionario. Al establecer las finalidades de dichos decretos, sostiene que el régimen de cambios diferenciales, utilizado para la importación de artículos de primera necesidad, significaba prácticamente sólo un sacrificio estéril de gran parte de las divisas provenientes de las exportaciones. "Como tales divisas tenían un precio de venta, sobre todo en las entregas a los mayoristas, muy por debajo de los precios reales del mercado internacional, se daba así el caso de que los productos adquiridos de los países vecinos, eran nuevamente reexportados a los mismos". Los tipos de cambio mucho más favorables para la importación de productos extranjeros perjudicaron seriamente el desarrollo de la industria nacional. Lo que debe tenerse presente es que la venta a bajo precio de los artículos de primera necesidad importados a cambio preferencial resultó, en la práctica, una parte de la remuneración dada a los trabajadores. La supresión de tal régimen y la devaluación monetaria tuvieron como inevitable consecuencia la disminución de la capacidad adquisitiva de los obreros.

Ya en el primer ensayo de estabilización se hizo patente que la modificación de la política monetaria fue, en gran medida, una concesión a las exigencias del imperialismo y del capitalismo criollo. La libra de estaño fino alcanzó en 1952 la cotización de 1.20 dólares, una cifra espectacular para la época. Sin embargo, a partir de esta fecha se produce una rápida caída de su precio en el mercado internacional: 0.96 \$us la libra como promedio para el quinquenio de 1953 a 1958; 1.10 \$us para el lapso que media de 1959 a 1963. En 1964 un nuevo repunte permite establecer el promedio de 1.58 \$us. En 1973 llegó a más de dos dólares. Las catastróficas consecuencias de las bajas cotizaciones se pretendió neutralizarlas mediante la modificación del tipo de cambio, permitiendo que la minería percibiese mayor cantidad de moneda boliviana por los dólares provenientes de sus exportaciones. "Con la última

37.- Siles Zuazo, "Condeno al régimen boliviano..." en "La Opinión", Buenos Aires, 8 de abril de 1973.

38.- "La política económica de Bolivia en el período 1952-1964", "Boletín Económico de América Latina", 1967.



baja -dijo el Presidente Paz- en proporción considerable en los precios de los minerales, las empresas mineras se encuentran en situación de tener que recibir menos dólares por cada tonelada de metal exportado; si recibieran igual número de bolivianos por cada dólar se encontrarían en la imposibilidad práctica de seguir produciendo minerales". Los decretos del 14 de mayo de 1953 buscaban los siguientes objetivos: poner atajo al caos de la economía boliviana, mediante la imposición de "precios reales para asegurar la abundancia de artículos alimenticios"; eliminar el comercio especulativo; "la corrupción funcionaria constituida por los tipos de cambio preferencial"; los subsidios (mediante el régimen de cambio preferencial) a los artículos agropecuarios importados. Todas estas medidas debían acabar con la inflación monetaria <sup>39</sup>. Observada la cuestión desde el punto de vista de los trabajadores, también ese primer ensayo estabilizador se limitó a reajustar las remuneraciones en una proporción inferior a la elevación operada en los precios de las mercancías, acentuando así la miseria de las masas. En 1953, Víctor Paz prometió que la estabilización traería aparejadas la conclusión de la miseria del pueblo, el impulso, a la industria nacional y, por tanto, el fin a la desocupación. El Presidente Siles se limitará, en 1956 a repetir tales promesas, que nunca fueron cumplidas.

El país todo vivió tres años bajo el imperio de los mencionados decretos y ninguna de las propuestas del gobierno llegaron a plasmarse en realidad, mucho menos la estabilización monetaria.

En ese entonces, la oposición trotskista denunció que la burocracia lechinista se había convertido en portavoz del pensamiento derechista del MNR en materia económica, pues defendió con vehemencia los decretos estabilizadores. La situación política imperante en 1953 se caracterizaba por la ciega confianza de las masas en todo lo que pudiese hacer el régimen movimientista. Los decretos del 14 de mayo despertaron simpatías esperanzas en el pueblo, fueron medidas populares.

En esa época y más tarde, la discusión fue erróneamente planteada en el seno de la Central Obrera Boliviana, unas veces como disputa académica y casi siempre al margen de los intereses populares y obreros. El lechinismo razonaba como gobierno y no como dirección sindical, por esto apuntaló cifrada y entusiastamente las medidas estabilizadoras.

El que inmediatamente después de 1952 se hubiese precipitado una acelerada desvalorización monetaria viene a confirmar que en los períodos revolucionarios la inflación se convierte en una necesidad. Recuérdese lo ocurrido en las revoluciones francesa, norteamericana, rusa, china, etc. Las exigencias estatales crecen en tal grado en las grandes conmociones sociales (antes de que haya tiempo para la consolidación de la economía) que no hay más remedio que recurrir a la inflación monetaria para cubrirlas. La inflación controlada permite dirigir los efectos de las crisis sobre determinados sectores de la población. En Bolivia, se la ha utilizado, invariablemente, para descargar todo el peso del desbarajuste sobre el pueblo, sobre las clases obrera y media y para favorecer de manera directa y deliberada al sector patronal y al imperialismo.

No puede haber la menor duda de que una moneda estable es siempre preferible a una débil, esto si se considera que no es más que una medida general de los valores. Sin embargo, la dirección de la clase obrera considera a la inflación y a la deflación como caras de la misma moneda, maniobras destinadas a descargar el malestar económico sobre los trabajadores. Su interés inmediato es mucho más tangible: "que el peso de la crisis económica no se descargue sobre sus espaldas; que no se le disminuya su salario real; que no se destruya a la familia proletaria por la miseria; que la inflación controlada caiga sobre el sector capitalista y que sirva para expropiar paulatinamente a este sector y al imperialismo. La clase obrera defiende un salario que le permita vivir en un nivel humano" <sup>40</sup>.

Por mala fe o por ingenuidad (poco importan las motivaciones subjetivas de los caudillos frente a las catastróficas consecuencias de la política económica del MNR en el poder) los miembros de la burocracia cobista se limitaron a esbozar consideraciones técnicas sobre la inflación. Misten Eder, agente imperialista que elaboró el plan de estabilización, hizo planteamientos mucho más lógicos: sostuvo que la base última de una moneda estable radica en una vigorosa producción nacional, vale decir, en el aumento efectivo del índice de producción por cabeza de habitante, y que, como se lee en el documento reservado elevado al presidente de la república, "es evidente que un pueblo sólo puede consumir lo que produce... en el caso de Bolivia, más de lo que le da la ayuda americana". Las medidas aconsejadas por Eder acentuaron la caída de la producción minera y casi paralizaron totalmente la industria de las ciudades. La producción

39.- "Decretos del 14 de mayo de 1953", La Paz, 1953.

40.- Guillermo Lora, "La estabilización monetaria, una impostura", La Paz, 1960.

de minerales que cubría, aproximadamente, el 80% de nuestras exportaciones y el 90% de los ingresos nacionales en moneda extranjera, se acercó a los bajísimos niveles de los años que siguieron a la gran depresión mundial de 1929. Este último año se exportó la cifra record de 47.079 toneladas de estaño fino, pero en 1933 descendió hasta 14.957 Ton., la cifra más baja de los últimos cuarenta años. En 1952, año de la revolución, se exportaron más de 27.000 Ton.; de 1953 a 1958 un promedio de 22.900 Ton. y de 1959 a 1963 apenas 15.300. El año 1964, cuando tiene lugar el golpe de Estado castrense de Barrientos-Ovando, hubo un ligero repunte: 17.700 Ton.

El 15 de diciembre de 1956 fue decretada la estabilización monetaria, la obra maestra del gobierno derechista de Siles. Los aspectos fundamentales de dicha medida están incluidos en los considerandos de los Decretos de referencia y en la conferencia pronunciada por el mismo Eder ante los obreros fabriles de La Paz. Este último dijo que para lograr la estabilización monetaria habrá que "nivelar el presupuesto nacional, cancelando todas las obras de fomento que importen gastos en dólares, y, luego que habrá que balancear, equilibrar la balanza de pagos". En la práctica, la aplicación de esta providencia significó un sensible aumento de las masas de desocupados, factor que incidió negativamente en el cálculo de los salarios. El autor de los Decretos reconoce que la modificación de la política monetaria no puede menos que acarrear la elevación del costo de vida: "en el momento de la estabilización habrá un pequeño aumento en el costo de vida, eso es inevitable, pero no va a ser un aumento grande, algunos productos, por ejemplo el pan, valdrá más porque se está vendiendo actualmente a un precio ridículamente bajo". En otra parte de su discurso Eder, ante los obreros sorprendidos, manifestó que tenían que "ajustarse los cinturones", añadiendo, en tono ingenuo, "no mucho, un poco más, no demasiado... sin que esto signifique apretar demasiado el cinturón, pero sí apretarse un poco".

Todo hace suponer que los organismos estatales proporcionaron a Eder datos. Este partió del supuesto de que todo el pueblo (incluyendo a campesinos, a trabajadores de fábricas y minas y a los sectores mayoritarios de la clase media) vivía exclusivamente del mercado negro y dedujo que la estabilización no significaba para él una carga más pesada, desde el momento que todos estaban obligados a pagar precios de especulación. La verdad fue que los trabajadores sintieron en carne propia la eliminación de los almacenes de artículos a precio rebajado (para ellos la pulpería rebajada formaba parte de sus salarios). Nadie tuvo en cuenta que una parte considerable de las capas humildes de la población sacaba del mercado negro una remuneración suplementaria. En los intersticios de la inflación prosperó un comercio particular, cuyo elemento humano salió de la clase media. Los propiciadores de la estabilización lanzaron como señuelo la especie de que el sacrificio del pueblo apenas si duraría tres meses y que luego, sobre la base de una mayor producción, se procedería a aumentar paulatinamente los salarios, en consideración de que éstos eran ya insuficientes a tiempo de dictarse las medidas económicas del 15 de diciembre de 1956. Estas esperanzas se destrozaron frente a la realidad. En abril de 1957, Eder se vio obligado a esbozar un siniestro programa estrangulador de la economía. "En total, se demuestra que el país ha consumido durante los últimos cinco años 40.000.000 anuales de dólares por encima de sus propios ingresos o sea que si continúa la ayuda americana a razón de 20.000.000 anuales tendrá que reducir sus erogaciones en unos 40.000.000 millones anuales hasta que el rendimiento de la agricultura nacional, como consecuencia de las medidas de estabilización procure aumentar la producción nacional, o hasta que se forme un ambiente propicio para la inversión de nuevos capitales". La oferta de artículos agrícolas -como no escapa al espíritu menos sagaz- no es otra cosa que la respuesta que da el campo a las ofertas económicas que hace la ciudad, es decir, la industria. El plan estabilizador ofreció a los campesinos sólo mercancías caras y de pésima calidad. En tales circunstancias el trabajador del agro se vio obligado a producir sólo lo suficiente para alimentar a su familia y concluyó boicoteando a la ciudad.

La estabilización monetaria se convirtió en el mayor de los obstáculos opuestos al crecimiento de la producción nacional en su conjunto y, principalmente, del sector minero. Del esquema de Eder no quedó en pie más que la posibilidad del aumento de las inversiones de capital financiero. El precio puesto por el imperialismo a tal política fue por demás elevado. En este aspecto coinciden los criterios del Departamento de Estado y, de las numerosas reuniones de capitalistas norteamericanos y que pueden resumirse en los siguientes puntos: estabilidad jurídica, política y social; condiciones favorable para las inversiones (elevada cuota de ganancia, posibilidad de enviar a la metrópoli la plusvalía obtenida); tranquilidad social, respeto y defensa de la propiedad privada. Tales exigencias aparecen expresadas cínicamente en la enmienda Hickenlooper: "El presidente suspenderá toda ayuda al gobierno de cualquier... cuando... ha nacionalizado o expropiado la propiedad o el control que ejerce sobre la propiedad de la cual es dueño cualquier ciudadano de EEUU o que pertenezca a una corporación (Sociedad Anónima) o una sociedad o asociación en no menos del 50%, etc."

Los Decretos de estabilización importaron una reforma cambiarla radical. Se fijó el tipo de cambio único de 7.700 Bs por dólar, "en reemplazo de las diferentes tasas efectivas que regían para las distintas partidas de importación y exportación". Esta astronómica devaluación tenía la finalidad, entre otras, de ayudar a la maltrecha COMIBOL. La devaluación, a pesar de todos los Decretos, siguió precipitándose en el abismo hasta alcanzar el nivel de 12.000 Bs. por dólar. De esta manera, la disminución de los salarios reales fue más grave que la contemplada en los Decretos del 15 de diciembre de 1956.

Se eliminaron los subsidios que "operaban a través del sistema cambiarlo para un número importante de alimentos y materias, así como los subsidios que existían para algunos productos nacionales". Paralelamente, fue implantada la libertad de comercio (así se demostró que el período de las estatizaciones y del control obrero había concluido), suprimiendo los controles internos de precios. El Ejecutivo fue autorizado para aumentar las tarifas de los servicios públicos en general, "en forma que cubrieran los gastos de operación y la depreciación, así como que dejaran un margen razonable de utilidades". Como no podía ser de otra manera, se procedió a la cancelación del sistema de pulpería barata que existía en las empresas mineras y ferroviarias. Excepcionalmente y por temor de que el acelerado crecimiento de la miseria precipitase el estallido del descontento popular, se puso un límite al alza de los alquileres.

Con el fin de atenuar, en alguna forma, el efecto de todas estas medidas sobre el alza del costo de la vida, se estableció una compensación salarial que comprendía a los empleados públicos, excluyéndose únicamente a los catalogados como domésticos. Por la supresión de la pulpería barata hubo una compensación adicional en favor de los obreros de la CMB, fabriles y ferroviarios, que durante un largo período centraron su actividad sindical alrededor de la lucha por lograr una "justa compensación". Al mismo tiempo, fue decretado el congelamiento de las remuneraciones por el lapso de un año y que en el futuro fue prorrogado una y otra vez. La invariabilidad de los salarios fue considerada como uno de los pilares fundamentales de la estabilización.

Los trotskystas, partiendo de estos antecedentes, llegaron a la siguiente conclusión: "el plan Eder busca una sola cosa: disminuir los costos de producción reduciendo los salarios reales. Sin embargo, desde el punto de vista -no de los marxistas- sino de los intereses sectarios del MNR, esta medida es políticamente inoportuna" (Lora).

También se tomaron providencias con relación al encaje bancario y otras destinadas a limitar el crédito a las actividades privadas y se congelaron los depósitos del Banco Minero, del Central, "se estableció que el saldo total de los adelantos, préstamos y descuentos otorgados al primero por el instituto emisor no podrían exceder del monto existente a la fecha del Decreto".

Los Decretos hablan de disposiciones severas destinadas a establecer el equilibrio financiero del sector público, incluida la minería nacionalizada, y eliminar el financiamiento inflacionario al que se venía recurriendo. "Se dispuso que en lo sucesivo el presupuesto público incluiría a todas las entidades o dependencias del Estado, y que éstas no podrían recurrir al Banco Central para obtener créditos. Asimismo se creó un presupuesto único de divisas para el sector público" y que alcanzaba a COMIBOL.

Finalmente, fue creado el fondo de estabilización de 25.000.000 de Sus con cargo a un aporte de 7.500.000 del FMI, 7.500.000 del gobierno de EEUU y 10.000.000 de ayuda de este país para ser invertidos "de conformidad con la Administración para la Cooperación Internacional".

A diferencia de lo ocurrido en 1953, los Decretos de estabilización monetaria dictados por Siles encuentran la abierta resistencia de los obreros, aunque es evidente que los sectores mayoritarios de la clase media de las ciudades, que sufrieron en carne propia las tremendas consecuencias de la carencia de artículos de primera necesidad y de la especulación reinante en el mercado negro, cifraron todas sus esperanzas de bienestar en el plan Eder. El gobierno supo sacar ventaja de este hecho: obligó a retroceder a los sectores mayoritarios de los habitantes de las urbes con el espantajo de las colas y de los salarios siempre insuficientes para adquirir lo indispensable para la vida diaria.

Eder ha revelado, en un grueso libro sobre sus experiencias en Bolivia, que el plan de estabilización fue faccionario descontando el apoyo militante de la mayoría obrera, que se la consideraba controlada por el MNR. El economista yanqui quedó desilusionado por la impopularidad de la medida, causa principal de sus múltiples contratiempos y por la desleal versatilidad de Lechin.

Las tendencias políticas y sindicales mostraron su verdadera fisonomía al definir su actitud frente al plan

estabilizador. La burocracia lechinista (que en este problema comenzó violentando la voluntad de las bases sindicales) hizo pública su preocupación por el logro de una moneda estable y se esforzó por dar crédito a las promesas y ofrecimientos de Eder. Sólo cuando las masas obreras se levantaron airadas por la disminución de sus salarios, el lechinismo denunció el carácter antiobrero de los Decretos del 15 de diciembre de 1956 y propuso algunas enmiendas.

Poco antes de la dictación de los Decretos de estabilización monetaria tuvo lugar un ampliado nacional de la FSTMB. Los diputados de ese sector, los dirigentes de la COB y de los mineros (por lo menos los Srs. Lechin y Tórres) dijeron a los delegados que ellos se responsabilizaban por los efectos de la estabilización, habiendo firmado al respecto algunos documentos públicos. Los representantes de las bases, presintiendo que el viraje en la política monetaria acarrearía una catástrofe, hicieron saber a la burocracia sindical que no discutirían el plan Eder-Siles sin antes conocerlo en sus detalles. Los trabajadores de Siglo XX-Catavi, contrariando los deseos de los jefes de la FSTMB, lanzaron un comunicado en sentido de que ellos no permitirían la disminución de los salarios reales, la desvirtuación de las conquistas sociales y mucho menos el despido masivo en las minas, que más tarde sobrevino como una calamidad emergente del plan Eder.

Lechin pronunció en la COB un discurso revelador; lo hizo como dirigente obrero y, por esto mismo, puso al desnudo su posición. Al comenzar su exposición dijo que los bolivianos "vivimos en el mundo capitalista"; nadie discrepa que dentro de tal régimen es deber insoslayable de los sindicalistas defender los salarios frente a la angustia patronal y a los desaciertos gubernamentales. El líder obrero se encargó de justificar su adhesión al programa estabilizador: "La estabilidad monetaria era, pues, una necesidad perentoria y vital para nuestro pueblo... Ningún obrero consciente podía oponerse a la idea del gobierno de ir al estudio y aplicación de un plan estabilizador. Y la llegada de Eder y sus declaraciones se recibieron como el comienzo de una nueva etapa para la Revolución Nacional" <sup>41</sup>.

Si en ese entonces la actitud asumida por Lechin ante la llamada "ayuda norteamericana", una forma moderna de inversión de capital financiero en los países atrasados, buscaba subrayar su viraje derechista y congraciarse con el Departamento de Estado, después repitió lo mismo, lo que resulta sencillamente escandaloso: "La ayuda norteamericana fije beneficiosa y oportuna. Gracias a ella pudimos hacer frente a la etapa más difícil y peligrosa de nuestra constitución revolucionaria. El trigo, la leche y los dólares norteamericanos nos permitieron sortear la etapa de más grave crisis estructural derivada de las medidas revolucionarias".

Los fervientes partidarios de la estabilización no podían menos que aferrarse tercamente a las promesas hechas por el técnico norteamericano, que "de acuerdo con el gobierno de EEUU a través del Punto IV, fue elegido por el compañero Víctor Paz" como director técnico del Consejo de Estabilización, mediante Decreto Supremo de 4 de agosto de 1955 <sup>42</sup>. Lechin confesó por qué se hizo partidario del Dr. Jackson Eder: afirma que "no se tomará ninguna medida que afecte a la economía de los trabajadores" y repite una y otra vez que "aun siendo radical la medida no afectará en ninguna forma a la economía y el bienestar de las clases mayoritarias".. Esas declaraciones -anota el dirigente cobista- nos llevaron al convencimiento que eran producto de un estudio medular de las condiciones económicas y sociales del país, sumando la ayuda norteamericana y el préstamo. No dudábamos ya de que se produciría "el milagro" del que también nos habló Mr. Eder. El respaldo al que se consideraba un verdadero mago de las finanzas se prolongó hasta el momento en que los obreros denunciaron con vehemencia que eran insuficientes las compensaciones contempladas en los Decretos de fines de 1956: "Una baja compensación de sueldos y salarios, muy por debajo de, una justa compensación y más baja aún, considerando el alza de los precios en el comercio donde los propietarios se vienen dando un festín que jamás conocieron en la vida económica del país. Además, en favor de los patronos se ha reducido el aporte de beneficio a la CNSS". Desvanecido el milagro ofrecido por Eder, la burocracia sindical trocó su apoyo entusiasta por una furiosa oposición.

Sumándose a las proposiciones de Lechin, la COB aprobó una serie de enmiendas a los Decretos de estabilización y que fueron elevadas a consideración del presidente Siles. En su planteamiento los dirigentes obreros reiteraron que su interés no era otro que defender la estabilización, siempre que se respeten sus salarios: "Los trabajadores ya fuimos sacrificados durante el proceso inflacionista, y por esto cabe preguntarse: ¿es justo que debamos también ser los únicos sacrificados en esta etapa de

41.- "La Central Obrera Boliviana y la estabilización monetaria", La Paz, s/f.

42.- H. Siles, "Discurso pronunciado ante el Segundo Congreso Nacional de Trabajadores", La Paz, 1957.

estabilización?"<sup>43</sup>.

Glosamos el documento de la COB. Se argumenta que el aumento de los precios de los artículos alimenticios "producido a raíz del Decreto de Estabilización, está por encima de la capacidad adquisitiva de los sueldos y salarios compensados", para añadir que aunque rebajasen los precios, como consecuencia del libre juego de la oferta y la demanda, "la compensación acordada a los trabajadores continuaría siendo insuficiente", por lo que propusieron la rebaja de los precios de los artículos de primera necesidad, que importaba abandonar la libertad de comercio. Se demandó el reajuste de "la compensación de sueldos y salarios, sin modificar el tipo de cambio", esperándose que la rebaja de precios podría materializarse con el establecimiento de "almacenes reguladores de precios, por cuenta de la Municipalidad, aprovechando los productos adquiridos a través de la ayuda americana, más otros a adquirirse en el mercado internacional, lo que permitiría la venta de estos artículos a precios bajos y no especulativos". Se pidió también liberar dichas mercancías de derechos aduaneros y demás gravámenes.

En otro acápite se planteó que los comerciantes importadores y distribuidores fuesen obligados a devolver al Estado las utilidades obtenidas por la diferencia entre "los precios calculados a razón de Bs. 190 por dólar que regían antes de la estabilización y los que actualmente se calculan para esas mercaderías sobre la base de Bs. 7.750 por dólar". Se incitó al Estado a participar en un porcentaje más elevado en la revalorización del activo fijo, "a fin de impedir un mayor enriquecimiento de las empresas industriales, haciendo de este modo recaer realmente el sacrificio de la estabilización sobre los hombros de los industriales, que durante el proceso inflacionario han sido altamente beneficiados".

Para lograr una distribución más justa de la renta nacional, se aconsejó la aplicación de impuestos elevados a las "clases adineradas. No debemos olvidar que países de auténtico corte capitalista gravan con impuestos que pasan del 50% las grandes fortunas; las transferencias cuantiosas; las herencias, etc. Si las clases trabajadoras han sufrido el peso de la inflación y deben sufrir los sacrificios que demanda la estabilización, es justo que las clases poseedoras sufran otro tanto en sus fortunas a través de una política tributaria nacional". Por otro lado, se demandó la elevación del aporte patronal a la CNSS; la promulgación de la ley del contrato colectivo obligatorio, "la no promulgación de la mencionada ley abre ante el país la posibilidad de un ciclo de huelgas que iría en perjuicio directo de los ideales perseguidos por el Plan Estabilizador"; la adopción de medidas encaminadas a favorecer las inversiones extranjeras, por considerar que así podría evitarse el crecimiento de la cesantía de los trabajadores.

El gobierno Siles ni siquiera tomó en cuenta las sugerencias de la COB y, a fin de poder evitar cualquier interferencia a sus planes estabilizadores, se dio a la tarea de destrozar a los sindicatos rebeldes y a la misma izquierda movimientista.

A fines de 1957 el parlamento, eficazmente cooperado por el lechinismo, concedió al Poder Ejecutivo poderes extraordinarios en materia económica, siempre con el pretexto de llevar adelante la estabilización monetaria. En esa oportunidad el diputado José Fellman expresó el pensamiento del sector pazestensorista del MNR, que estaba a la expectativa y ansioso de sacar las mayores ventajas de la lucha fratricida entre silistas y lechinistas<sup>44</sup>. "No pertenezco dentro del MNR -expresó en su discurso- ni a las izquierdas ni a las derechas..., no soy lechinista ni soy silista. Hablo pues como un movimientista, hablo como miembro de un partido de obreros, campesinos y gente de la clase media". Pese a que el orador reconoció la necesidad de la estabilización, se esforzó en mostrarse ajeno a la hecho por el gobierno Siles y en criticar los defectos del Plan Eder-Siles, presentándose, por momentos, identificado con la posición adoptada por los obreros. "Mientras por una parte se suspendieron parte de las obras productivas a cargo del Estado y se rebajaron los presupuestos de algunas entidades estatales; por otra se ha disminuido el valor adquisitivo de los sueldos y salarios". En apoyo de su tesis cita cifras evidentemente infladas: mientras las remuneraciones aumentaron -dijo- en un promedio del 24%, "el costo de vida aumentó en un 400%". Al concluir su exposición repudió lo hecho por el gobierno Siles. Partiendo de esta posición, el pazestensorismo marchó junto a la izquierda movimientista en lucha contra la derecha y por este camino Paz retornó a la presidencia: "Consciente, profundamente, de la responsabilidad que asumo, al decir lo que voy a decir, creo que no es para esto que hemos hecho una revolución... no podemos poner al país a merced de nuevos explotadores, sin renegar, precisamente, de nuestra condición de nacionalistas

43.- COB, "Nota dirigida al Excmo. Presidente Constitucional... H. Siles Z. proponiendo medidas dentro del Plan de Estabilización, en beneficio de los trabajadores", La Paz, 22 de enero de 1957.

44.- José Fellman V., "El MNR y la estabilización", La Paz, 1957.

y revolucionarios. Cabe pues, creo yo, hacer una revisión de nuestra política económica, manteniendo lo bueno que ella tiene... y superando sus errores". La posición de Fellman resultó mucho más acertada y radical que la asumida por la oscilante izquierda lechinista: "Habiéndose incurrido en un error en la caracterización del plan; reducir el consumo en vez de luchar por el aumento de la producción... y si se persiste en ese error y se trata de legalizar sus consecuencias, agravándolo con la libre contratación, que significa despido y disminución de sueldos y salarios, reagrándolo con el congelamiento de esos sueldos y salarios..., entonces debemos declarar enfáticamente que los hombres del MNR no compartimos las responsabilidades de este error..., lucharemos como antes... en defensa del obrero, de los campesinos y de la gente de la clase media".

La Democracia Cristiana, pese a que ocasionalmente se ha desplazado hasta las posiciones marxistas, particularmente su juventud que luego se trocará en MIR, casi regularmente ha vivido girando alrededor de las tesis movimientistas. Esta circunstancia puede explicar su contradictoria y hasta tortuosa conducta política. En 1957, públicamente se identificó con lo hecho por la derecha del MNR y Eder, por considerar que los Decretos de estabilización eran "medidas purificadoras de la economía nacional para liberar al pueblo de los cupos, divisas, prebendas, contrabandos, bolsa negra, etc..., aplicables al momento presente debido a la situación crítica" <sup>45</sup>.

Hizo suyas las postulaciones del gobierno: a) eliminación del trato económico preferencial para los cupos y divisas subvencionadas "para una minería privilegiada y en perjuicio de la mayoría" y b) garantía de que el valor adquisitivo de la moneda y su "valoración internacional será inalterable e invariable en proporciones y porcentajes normales a todo proceso económico y desarrollo industrial".

La condición de dar a dichas disposiciones un carácter transitorio y no definitivo, es decir, hasta tanto se lograse la estabilización, no difería de las proposiciones del MNR. Eso mismo dijeron Siles y Eder al solicitar un momentáneo sacrificio a los bolivianos. A su turno, los socialcristianos propusieron algunas medidas complementarias al plan estabilizador, con el afán de cooperar al gobierno en su obra y no de hacerle oposición.. Para defender y alentar a la industria nacional, esbozaron una variante a la libertad irrestricta de comercio: elevar los aranceles para ciertas importaciones. Para evitar los salarios de hambre se sugirió que los obreros "participen en las utilidades y propiedades de las empresas" y éstas se transformen de empresa "de tipo estrictamente capitalista en comunitaria". El PSC creía que 1957 era el momento preciso para iniciar la "verdadera ruta de la liberación económica nacional y del trabajador", pudiendo lograrse esto mediante la "cogestión y la co-participación obrera en la dirección de las empresas", etc.

## 9 NUFLO CHAVEZ "DESPEDIDO"

El 20 de junio de 1957, el vicepresidente de la república Ñuflo Chávez presentó, ante el presidente del Senado y del Congreso Nacional (Lechin), renuncia de su alto cargo <sup>46</sup>. El personaje supo aprovechar su paso por el Ministerio de Asuntos Campesinos para incorporarse al escenario político y sindical como líder del agro, pese a sus poses aristocratizantes llegó a la vicepresidencia como hombre del lechinismo y como uno de los portavoces de la COB.

La renuncia, que tuvo emergencias inesperadas y tortuosas fue aparentemente motivada por la campaña pública desencadenada por los silistas contra Chávez, que permitía a los lechinistas controlar discrecionalmente el aparato y los recursos del Poder Legislativo, y por las mutuas sindicaciones que el vicepresidente y Eder se hicieron acerca de trajines para enriquecerse con operaciones que se perfilaban alrededor de la anunciada redención de la deuda externa. Lo que Siles buscaba, en verdad, era excluir del seno mismo de su gobierno al portavoz de la izquierda y que podía convertirse en obstáculo para la materialización de sus planes políticos y económicos. La discusión alrededor de la estabilización monetaria se convirtió en uno de los ejes de la dimisión de Ñ. Chávez y aparece como pretexto y motivación real. No debe olvidarse que la lucha fraccional dentro del MNR adquirió explosividad al ponerse en ejecución el plan Eder.

45.- "El Partido Social Cristiano y la Estabilización", La Paz, 1957.

46.- "La verdadera renuncia del vicepresidente c. Ñuflo Chávez O.", La Paz, 1957.

El vicepresidente dijo en su carta al Senado que él era partidario del plan estabilizador elaborado por Poumont y Marín Pareja, que -según nuestro personaje- habría sido elaborado buscando aumentar la producción sin descuidar los intereses de los trabajadores. Añadió algo más y que, de manera indirecta, aparece como condenación de la alta jerarquía cobista: desde el primer momento habría estado abiertamente contra el proyecto Eder, por considerar que pretendía estabilizar la moneda a través de una simple operación bancaria; acabar con la diversificación económica y favorecer a las empresas privadas a costa de las nacionalizadas; disminuir los salarios y empeorar las condiciones de vida de los obreros, etc. Ni duda cabe que Lechin ha debido conocer tales observaciones y, a pesar de esto, se esmeró en despertar las ilusiones de los trabajadores acerca de las proposiciones de Eder. Según su propio testimonio, el que se llamaba dirigente campesino no asistió a una sola reunión en que comenzaron a estudiarse los decretos de estabilización y dice que hasta los "amigos norteamericanos" se escandalizaron de las ideas de Eder. "Adopté -escribe Chávez- actitud contraria a la política de los obreros, buscando más bien el camino para una transferencia de obreros hacia nuevas empresas". Lanzó escandalosas acusaciones contra el técnico norteamericano, al que juzgando con frecuencia llama aventurero: "había estado jugando al chantaje, amenazando incluso con hacer suspender la ayuda americana, si su plan no se realizaba tal cual él quería".

Los acontecimientos posteriores permiten afirmar que Chávez estaba seguro que su renuncia sería inmediatamente desestimada por el Congreso, en el que se descontaba la mayoría izquierdista. Mientras tanto, el equipo de Siles, que se encontraba en plena ofensiva, logró fracturar a los parlamentarios lechinistas y asegurarse la eliminación de Chávez del equipo gobernante. Es en estas circunstancias que el vicepresidente retira su dimisión y es respondido de manera inesperada; los congresistas se limitan a discutir y aceptar la renuncia, ignorando las maniobras de Chávez. La izquierda lechinista y la misma COB recibieron así un rudo golpe. El vicepresidente parece que no se dio cuenta de lo que realmente había ocurrido en el campo político, por eso pretendió alterar la relación de fuerzas con una argucia jurídica: la falta de competencia del Congreso para conocer una renuncia "inexistente", como sostiene en uno de sus folletos <sup>47</sup>.

La derecha movimientista, contando con el respaldo de la reacción en general y del imperialismo, puso en movimiento toda su artillería publicitaria para destrozar y ridiculizar al vicepresidente que cometió el error de presentar su renuncia sin cerciorarse antes de la firmeza de la izquierda lechinista en el seno del parlamento. Diómedes de Pereira, literato de alguna valía y escriba despreciable en el campo del periodismo, se prestó al juego silista. En "El Pueblo" de Cochabamba publicó una serie de artículos contra Ñuflo Chávez bajo el título de "¿Simplemente enfermo o desesperadamente desconcertado?", en los que se esforzó en presentar aspectos desconocidos y curiosos de la actividad del personaje en cuestión. En la edición de fecha 12 de agosto de 1957 cita pasajes de varios discursos pronunciados por el vicepresidente. El 3 de agosto dijo en Ucureña: "Mucho se dice que los de este lugar han cometido abusos incalificables. Yo les pregunto si los que habían sido ultrajados por espacio de cuatrocientos años no tienen legítimo derecho de sacarse el clavo y que los atropellos que podían haber cometido son plenamente justificados".

En el Choro: "No debemos permitir más la llegada de ningún propietario al campo. Lo que deben hacer ustedes es bajarles los calzones y echarles huasca, cubrirles de miel y untarles de plumas".

Nuevamente en Ucureña: "Yo no puedo entender cómo un gobernante venga a ofrecer simples papeles llamados títulos, cuando el único título legal para los campesinos es el fusil que tienen en las manos. El resto no sirve para nada".

La lapidaria conclusión de Pereira: "No podemos dejar que un exaltado de tipo nihilista se escude por más tiempo en la vicepresidencia de la república para todavía actuar en el campo contra nuestras instituciones y el propio presidente Hernán Siles Zuazo. Los Ñuflos quieren convertir al hermano indio en rufián, asesino y capanga: lo quieren usar como carnada de sus apetitos políticos".

Diómedes Pereira pregonaba ser militante del Movimiento Nacionalista Revolucionario, claro que alineado a la derecha del oficialismo.

---

47.- "Mensaje al Congreso del doctor Ñuflo Chávez Ortiz", La Paz, 1957.

## 10 SEGUNDO CONGRESO DE LA COB

La estabilización monetaria sacudió profundamente las filas sindicales y la dirección cobista demostró una marcada incertidumbre ante la arremetida gubernamental, es por estas razones que fue convocado el segundo congreso de la COB, que se realizó en la ciudad de La Paz del 1º. al 10 de junio de 1957. "Que la COB, en su calidad de entidad máxima de obreros, campesinos y clase media revolucionaria, tiene el deber de plantear las soluciones que las mayorías nacionales esperan a sus problemas, sobre todo, en lo que se refiere al Plan de Estabilización" <sup>48</sup>. La representación proporcional fue idéntica a la fijada para el primer congreso, se programó la asistencia de 439 delegados titulares. Se reconoció a los delegados una dieta de 30.000 Bs. por cada día de los diez fijados como máximo.

Temario elaborado para el congreso:

- 1). Informe del Secretario Ejecutivo de la COB..., consideraciones sobre el informe;
- 2). Revisión y actualización del Programa Ideológico de la COB;
- 3). Revisión y actualización del Estatuto Orgánico;
- 4). Consideración del Plan de Estabilización y las consecuencias económicas de su desarrollo para la clase trabajadora;
- 5). Consideración del Plan de Estabilización y sus consecuencias en las reivindicaciones sociales;
- 6). Análisis de los problemas culturales en relación a los trabajadores;
- 7). Consideración de ponencias diversas;
- 8). Proclamación del Secretario Ejecutivo de la COB según el voto imperativo recogido en las elecciones de base;
- 9). Elección de los restantes secretarios del CEN y posesión del mismo.

Siete frondosas comisiones se encargaron de la preparación y desarrollo del congreso:

- Comisión de Hacienda (Germán Butron, en ese entonces Secretario General de la COB; Roberto Jordán Pando, etc.);
  - Organización y Propaganda (Edwin Moller, Secretario de Organización de la COB, Carlos Altamirano, Orlando Capriles, Carlos Quint, Adolfo Perelman, José María Palacios, Alberto Jara, Flavio Villar, etc.);
  - Recepción y Asistencia Social (Nelly Cárdenas, Secretaria de Asuntos Femeninos de la COB, Lidya Gueiller, Lily Raphael, Leticia Fajardo, Ela Campero, Ofelia Altamirano, Yolanda Durán);
  - Control y Alojamiento (Baldomero Castel, Secretario de Defensa Sindical de la COB, Ivar Vergara, Jesús Muriel, etc.);
  - Transportes y Comunicaciones (Juan Sanjinés, Secretario de Conflictos de la COB, Antonio Gaspar, Adalid de la Torre, Sinforoso Cabrera);
  - Atención Jurídica (Aníbal Aguilar, Jaime Otero y Guillermo Guerrero);
  - Enlace (Fernando Prudencio, etc.)
- Como se ve, el aparato de la COB había sido invadido desde el exterior por elementos que nada tenían que ver con los sindicatos obreros.

Asistieron como delegados natos los siguientes ministros "obreros":

Feliz Lara, de Trabajo;  
 Mario Tórres, de Minas y Petróleo;  
 Alvaro Pérez del Castillo, de Asuntos Campesinos  
 Ramón Claure, de Obras Públicas y Comunicaciones.

Una de las novedades constituyó la presencia de los delegados de la recién organizada Juventud 48.- COB, "Segundo Congreso Nacional de Trabajadores de Bolivia. Guía Sindical", La Paz, 1957.



Revolucionaria de la COB (Julio Uzcamayta, Fernando Prudencio y Jorge Gamarra).

Se había confeccionado un ampuloso "programa de actuaciones", aunque menos solemne que el ejecutado durante el primer congreso. Se iluminaron las sedes sociales, hubo dianas y salvas de fusilería, visitas a fábricas y centros sanitarios, los delegados fueron declarados "Huéspedes de Honor", etc., pero el Presidente de la República, si se exceptúa la sesión inaugural, estuvo materialmente ausente de la reunión obrera. A nadie se le ocurrió, como había sucedido en anterior oportunidad, identificar a la COB y su congreso con el gobierno y el MNR en su conjunto. No hubo necesidad de subrayar que la izquierda movimientista era la dueña virtual del aparato cobista que había montado el escenario y que tenía el control sobre una buena parte de los actores. Los congresistas más visibles eran parlamentarios en ejercicio.

La enconada pugna entre el equipo silista y la izquierda del MNR fue trasladada al seno del congreso. La fracción que se movía de acuerdo a las instrucciones impartidas desde el Palacio Quemado libró singular batalla contra el poderoso Lechín y sus seguidores. El que el Presidente Siles hubiese logrado organizar su propio frente en el mismo terreno controlado por su adversario está demostrando que la izquierda había comenzado a batirse en retirada.

La inauguración del congreso tuvo lugar en el Teatro Municipal y hablaron el Presidente Siles, Ñuflo Chávez en su doble condición de Secretario Ejecutivo de la Confederación de Trabajadores Campesinos de Bolivia y Vicepresidente y, finalmente, Juan Lechín. El acto concluyó con la ejecución de la marcha movimientista "Siempre". Las reuniones ordinarias se llevaron a cabo en la sala de sesiones de la Cámara de Diputados. En la Plaza Murillo los secuaces del oficialismo y los obreros movilizados por la COB (el sindicalista todavía creía que sus organizaciones podían obligar al Presidente a imprimir un profundo viraje a su política y desahuciar el nefasto plan estabilizador) chocaron violentamente, como si se tratase de una ruda réplica de la infaltable, batahola en la que concluían las reuniones en el hemicycleo parlamentario. Las circunstancias políticas obligaron a los marxistas a agruparse, frente a muchos problemas importantes, alrededor de la burocracia cobista, nuevamente la discrepancia entre aquellos y el lechinismo pasó a segundo plano. La propaganda realizada alrededor del segundo congreso enarboló únicamente las figuras de Lechín, Chávez y Paz Estenssoro, por necesidad la izquierda movimientista se vio obligada a inflar al núcleo centrista del ex-Presidente.

El largo discurso pronunciado por el Presidente Hernán Siles Zuazo dio la verdadera tónica del congreso de la Central Obrera, señalando como eje básico la política de estabilización (para los obreros de base tenía vital importancia porque se refería a su forma de vida y de trabajo), frente al cual todas las otras cuestiones pasaron a un segundo plano <sup>49</sup>.

Siles planteó un serio desafío al lechinismo al presentar su última decisión de gobernante: "no volveré a la política de inflación bajo condición o presión de ninguna clase". Al hablar en tono tan categórico estaba seguro que la mayoría nacional respaldaba su política de estabilización monetaria. Nuevamente el lechinismo cayó víctima de su propia obra: agotó todos sus recursos para hacer creer a las masas que la estabilización les garantizaría bienestar.

Su táctica de ataque al lechinismo (sólo este sector podía decidir la resistencia organizada de la COB al plan Eder-Siles) estuvo llena de sutilezas y de movimientos envolventes. Identificó con el comunismo (en sus múltiples facetas), a quienes se oponían a su política económica y dando una serie de detalles para demostrar que fue Paz Estenssoro el que "decidió la estabilización", él se presentó como su humilde continuador: "Yo soy testigo, compañeros, de los esfuerzos del compañero Paz Estenssoro para combatir los "vicios de la inflación". Recordó que este líder movimientista organizó el Consejo de Estabilización y llevó a su seno al inefable y controvertido Eder. "Cuando asumí la presidencia en los días sombríos de agosto de 1956 -añade-, una de mis primeras preocupaciones fue saber el pensamiento del c. Paz Estenssoro...: quería conocer su criterio sobre las recomendaciones preliminares formuladas por el Dr. Eder. La opinión del c. Paz, respecto a esas recomendaciones, fue que el plan, en líneas generales, era bueno y que no había otra alternativa para el país".

Para el orador, los altos dirigentes movimientistas particularmente los de izquierda y que ostentaban representación sindical, eran co-responsables de los alcances de la estabilización, pues habían asistido a

49.- Discurso pronunciado por el Dr. H. Siles ante el II Congreso Nacional de Trabajadores, La Paz, 1957.

las reuniones de análisis y por sus sugerencias se introdujeron modificaciones: "promovimos una serie de reuniones preliminares con el c. Vicepresidente de la República (Chávez), con el c. Presidente de la Cámara de Diputados, además de los miembros del Consejo de Estabilización y el Secretario Ejecutivo del Comité Político Nacional. Como consecuencia de estas reuniones y de observaciones que se formularon sobre las recomendaciones preliminares del Plan de Estabilización, este plan fue modificado".

Las mencionadas modificaciones se referían a la elevación de aportes a la CNSS y a la prosecución de ciertas obras (carretera Cochabamba-Santa Cruz, conclusión de la fábrica de cemento, regadío de Villa Montes).

Al analizar el talón de Aquiles del plan (la insuficiente compensación) expresó que las bajas remuneraciones se debían a la reducida producción del país. "El pan que nos alimenta proviene de nuestro esfuerzo de producción... que alcanza a 75 millones de dólares, a los que se suma el producto de los contribuyentes americanos en la cantidad de 20 millones... Si (la producción) hubiera sido igual a la de 1952, contando además con la ayuda americana, el tipo de cambio fijado a tiempo de dictarse las medidas de estabilización no habría sido de 7.500.- Bs, sino de 5.000.- Bs. y, es consecuencia, el poder adquisitivo del salario sería un 30% mayor que el actual". Sostuvo que la compensación decretada de 1.350.- Bs. era igual a la elevación del costo de vida ocasionado por las medidas estabilizadoras.

No se podía poner en duda su sinceridad cuando dijo que lo que más le preocupaba eran los bajísimos salarios de gran parte de los trabajadores. Para él la solución no era otra que conseguir mayor cantidad de dinero del FMI: "el Sr. Constanzo me prometió gestionar ante el FMI el aumento de las compensaciones si seguía normal el programa de estabilización y la producción no disminuía". En otras palabras, el presidente, como siempre, exigía a los obreros trabajar más pese a las bajísimas remuneraciones imperantes.

Las consecuencias inmediatas de la aplicación de los decretos de estabilización fueron realmente catastróficas: se acentuó la miseria, creció astronómicamente la desocupación y la industria se encaminaba hacia su paralización. Siles dijo en el congreso de la COB que la solución no podía ser otra que la ampliación de la ayuda americana, que permitiría crear las condiciones materiales para atraer a mayor cantidad de inversionistas. "Para conseguir tales objetivos existe, a nuestro juicio, un camino. Es el de un programa de ayuda suplementaria y destinada a la ampliación y mejoramiento del Crédito Supervisado y a la iniciación de un plan mínimo inmediato de desarrollo que cubra las principales ramas de la economía nacional". Al crédito supervisado le asignó la misión de mantener las producciones agrícola y minera en los niveles de 1957, de aumentarlas posteriormente y de permitir que la industria racionalice sus operaciones, "para bajar los costos y posibilitar con ello el aumento de la capacidad adquisitiva de la población nacional, que es indispensable para dar al desarrollo de nuestra economía una perspectiva segura". Se programó para dicho crédito la suma de 20.000.000 \$us (COMIBOL 10.500.000 \$us; minería mediana y pequeña 5.000.000; agricultura 3.000.000 e industria 1.500.000). El crédito supervisado debía permitir también el mejoramiento de los caminos, el desarrollo de la producción de azúcar, arroz, papas, trigo, hortalizas, "o aportes de nuevos renglones exportables como el del café o el cacao".

El presidente se detuvo para citar el testimonio de economistas extranjeros, todos ellos vinculados al imperialismo, en sentido de que el Plan Eder-Siles era técnicamente una obra perfecta.

Una y otra vez volvió al tema de las bajas compensaciones, a fin de convencer a los obreros de que era de su interés inmediato trabajar más y disciplinadamente. Su argumentación era simple: si no aumentaba la producción resultaba ilógico hablar de mayores compensaciones. "Ese rudo golpe a nuestra economía fue la disminución de la producción en las minas de la COMIBOL durante el primer cuatrimestre, en más de un 25%, con la consiguiente disminución de ingresos de más de 3.000.000 Sus... Si ha disminuido tanto la producción compañeros, ¿cómo podemos aumentar más las compensaciones?". La actitud presidencial era explicable porque la creciente presión social buscando mejores salarios constituía la mayor amenaza para la estabilización monetaria. Para evitar las previsibles explosiones en el plano sindical, el Ejecutivo puso en práctica algunas providencias destinadas a lograr la disminución de los precios de ciertos artículos. "Es probable que el 1º. de julio disminuyan los precios de fuel oil, de la gasolina. Esto tendrá su repercusión inmediata en los ferrocarriles, en la COMIBOL se ahorrará, por lo menos, 5.000.000.000 de Bs. en sus costos de producción... Por otra parte, las negociaciones con el Punto IV para disminuir los precios de los artículos donados por EEUU, están a punto de culminar... Entre ambas medidas, es posible que consigamos una rebaja en el costo de vida de 5%, lo que sumado a la rebaja del costo de vida desde diciembre, del 20%, significa un 25%". Todo este programa en el mejor de los casos no era más que

un cúmulo de ilusiones. La tendencia del aumento de los precios de las mercancías fue constante y no reconoció retrocesos.

Polemizó en tono desafiante con quienes propusieron el descongelamiento de salarios, entre éstos con Chávez. El vicepresidente de la república, conjuntamente con otros altos dirigentes de la revolución, habían pensado imponer nuevos "gravámenes al patrimonio, de manera que pudiesen acumularse fondos que permitieran su redistribución en forma de un descongelamiento de salarios". El descontento no se tradujo en poderosa arremetida popular capaz de obligar a la derecha del MNR a modificar su conducta, de manera que el golpe fuese descargado sobre los económicamente poderosos y no sobre los trabajadores. El presidente dijo que la aplicación de mayores tributos obligaría a los bienes de capital a ser hipotecados; "la recaudación duraría mucho tiempo...; muchas de las industrias atraviesan actualmente situaciones francamente difíciles".

Hizo denuncias efectistas con la finalidad de aparecer como el paradigma de la honradez frente a las tantas veces denunciada corrupción pazestensorista. Desfilaron las acusaciones contra los que se enriquecieron con las divisas y luego sacaron sus fortunas al exterior, contra Chacur y los implicados en el contrato Markus.

En forma antelada fue rechazando las demandas que creía iban a ser aprobadas por el congreso y que, por otra parte, venían flotando en el ambiente desde tiempo atrás. El argumento central era que las exigencias salariales estaban muy por encima del propio rendimiento del obrero. Dijo que un salario mínimo de 27.000 Bs/día en las minas, "con más los beneficios sociales significaban 40.000 Bs., o sea un equivalente a 5 \$us. Pregunto si un trabajador minero produce por término medio un valor equivalente a 1.800 \$us, que es el valor de 820 kilos de estaño fundido puesto en EEUU..., ¿produce eso un trabajador minero?... no produce ni 500 kilos de estaño como promedio anual".

Demandó que la COB forme una comisión de economistas para que estudie "un aumento de las compensaciones dentro de las mismas líneas señaladas por la COB y, particularmente, por el c. Lechin, que son: aumentar las compensaciones, sin que se aumente la cotización del dólar, que no se retorne al proceso de inflación y que no se dicten medidas que signifiquen el alejamiento de las posibilidades de inversión privada". Con todo, Siles sostuvo que esperaba que en 1958 comenzase a aumentar sensiblemente la producción y pudiesen ser descongelados y aumentados los salarios.

Los obreros, en medio de la desesperación creada por el hambre, lanzaron la consigna de suspender el pago de indemnizaciones a las ex-grandes empresas mineras. El presidente expresó que esa campaña "extremista" deterioraba el crédito del país en el exterior e impedía que prosperasen las demandas de crédito hechas a las entidades internacionales. Por otra parte, los dirigentes de la COB no podían ir contra su propia obra. "¿Acaso no está en la conciencia de todos los dirigentes sindicales de todos los distritos mineros, que el Decreto de 31 de octubre de 1952, estableció el término expropiación a los antiguos poseedores de esas empresas? ¿Acaso no lo firmó el propio c. Lechin y no estuvo presente el c. Tórres, cuando se tomaron esos acuerdos". Siguió la consabida acusación: no pagar esa indemnización sería tanto como proponer la confiscación, lo que vendría a identificar al gobierno con el comunismo.

Tomando al toro por las astas, Siles instó a los delegados a retroceder en el intento de ir a la huelga general en caso de que el gobierno no accediese al reajuste de las compensaciones hasta el 30 de junio, una consigna que era discutida en los órganos de prensa. Argumentó que la oficialización de tal declaratoria ubicaría a la COB contra el país: "¿pensando que habrá una huelga general, no están ya ocultando los artículos de primera necesidad? ¿Acaso ya no están yendo a las ventanillas de los bancos a demandar dólares y a ocasionar con una presión de esa índole nuevas alzas en el costo del dólar?" Acertadamente dijo que la huelga general importaría un verdadero cambio de la política gubernamental, por considerar que dentro del plan estabilizador no habría lugar para una inmediata mejora de las remuneraciones. Dispuesto a jugarse el todo por el todo, prácticamente puso en la mesa de las discusiones su renuncia a la presidencia de la república, un recurso que Siles utilizó con mucha frecuencia. Había sido públicamente tipificado como reaccionario y antiobrero, cargo que rechazó en los siguientes términos: "Aumentar sueldos y salarios, es decir, aumentar billetes sin aumentar la cantidad de bienes, es engañar a la masa. El que engaña a la misma, ese si que es reaccionario".

En los debates alrededor de la estabilización y del problema económico, el timón quedó en manos de los delegados mineros, quienes, conforme a lo acordado en la reunión de la FSTMB en Pulacayo, exigieron

que la compensación se fije en Bs. 12.500, demanda que debía ser satisfecha hasta el 30 de junio con la alternativa de la huelga general. A proposición del ferroviario Sanjinés Ovando se nominó una comisión encargada de fijar el monto de la llamada "justa compensación". Después del voto quedó aprobada la siguiente solución:

1. Necesidad de la justa compensación.
2. Dar el término de 10 días para que informe la comisión sobre el monto de las compensaciones.
3. Ir a la huelga general a partir del 1º de julio si es que no se obtiene la justa compensación.

Las rechiflas y los aplausos acallaban la voz de Siles, que se presentó al congreso como el personaje mitológico dispuesto a aplastar al genio del mal, al menos es esto lo que insinuaba la propaganda difundida por la gran prensa. En las filas oficialistas no habían grandes figuras y, por esto mismo, el ataque central estuvo a cargo del mismo presidente. Los opositores compactaron sus filas para rechazar, desde el primer momento, las proposiciones gubernamentales: a los argumentos seguían los gritos, los insultos y los silbidos. Esta descomunal polémica se tradujo en golpes en la palestra de la Plaza Murillo.

Lo cierto es que el creciente descontento popular no se tradujo en acción unitaria, no pudo vencer la desorientación y la apatía creadas por las voliteretas del lechinismo, que con su línea tortuosa había cavado su propia tumba. Una justificada repulsa a las imposiciones de la derecha silista, instrumento de las presiones imperialista y burguesa, no pudo alcanzar la victoria y condujo, desde el primer momento, a la derrota. El lechinismo no era ya una dirección nacional, se había reducido a secta de intrigantes y burócratas, incapaz de una acción enérgica.

La verdadera batalla fue librada entre el proletariado y la reacción, batalla que aparecía encubierta como una pugna librada entre "troscobitas" y nacionalistas patriotas. No en vano Siles lució ropaje anticomunistas y Lechin apareció ubicado en la trinchera comunista.

Por necesidades perentorias, el anticomunismo de Lechin -actitud predominante en el primer congreso- pareció relegado al olvido y el "líder" no dubitó en tomar asiento junto a los pocos delegados poristas, soldados a sus bases.

La demanda de mejores salarios era un clamor general y crecía en la misma medida en que empeoraban las condiciones de vida de la mayoría nacional, pero la huelga fue declarada y llevada a la práctica inoportunamente. En ese mismo segundo congreso, las filas sindicales fueron profundamente divididas bajo el pretexto de discusiones teóricas. Inmediatamente el aparato oficialista se movió para producir en serie pronunciamientos de repudio a la huelga, que aparecieron firmados por organizaciones de toda laya (desde excombatientes, pasando por entidades movimientistas, hasta amas de casa). Los delegados poristas no eran partidarios de adoptar una nueva tesis política, porque -argumentaban- dividiría a las filas obreras, y presentaron el proyecto de una escueta plataforma de lucha.

El 5 de julio Siles pronunció un discurso para "agradecer al pueblo y los trabajadores" por el fracaso de la huelga general: "Por fortuna, los bolivianos nos detuvimos al borde del abismo". Nuevamente el ataque al lechinismo siguió caminos indirectos, señaló que la huelga y los brotes de anarquía eran el resultado de las "maquinaciones de los agentes de la oligarquía y de elementos extremistas, como lo demuestra la coincidencia en los planteamientos de huelga formulados casi simultáneamente en documentos publicados de FSB y el trotskismo". La táctica de tan curioso frente habría consistido en lograr que los trabajadores y los dirigentes sindicales se colocasen contra el gobierno y el CPN del MNR.

Entre líneas se lee la tesis de que la COB, "creada con el respaldo pleno del MNR", no podía ni debía apartarse de la conducta señalada por el oficialismo. Por esto se tomó la libertad de propiciar la reestructuración de la COB: "La resolución de huelga general del último Congreso de Trabajadores, inducida por dirigentes trotskistas (Siles se refería, indudablemente, a los "entristas" que actuaban junto a Lechin) y coreada por los falangistas, ha demostrado mediante el pronunciamiento nacional de la semana pasada contra la huelga, la necesidad de que en el CEN de la COB tengan, además de los cc. mineros y campesinos, también representación grandes sectores laborales como los ferroviarios, fabriles, constructores, choferes, petroleros, gráficos y otros". Para Siles la "unidad MNR-COB" suponía la identidad de ambas organizaciones.

Al actuar así Siles demostró consecuencia a su filiación política y a las ideas que venía exponiendo desde tiempo atrás. Llegó a la presidencia con las líneas maestras de la estabilización monetaria en su cabeza. En su mensaje leído a tiempo de hacerse cargo de la presidencia colocó la estabilización en lugar preeminente de su programa. "Corresponde ahora enfrentar el peligro (de la inflación) movilizándolo toda nuestra energía con decisión insuperable, hasta alcanzar el saneamiento de nuestras finanzas"<sup>50</sup>. Ya entonces planteó la urgencia de que los obreros produzcan más para luego ser acreedores de mejores salarios: "Es imperativo levantar la producción porque es la única fuente que nutre el progreso. A los cc. trabajadores vuelvo a pedirles que sincronicen sus reivindicaciones con una mayor productividad", como se ve, una clara tesis patronal era la recapitulada por el gobernante.

Cuando la VII Convención del MNR proclamó a Siles como candidato de unidad a la presidencia de la república, éste, presintiendo las dificultades del futuro, esbozó claramente su posición derechista. Siles se limitó a ser fiel a sí mismo, no se traicionó. Los conceptos que siguen pertenecen a su discurso de aceptación de la candidatura presidencial<sup>51</sup>. La irrupción de las teorías socialistas (trotskistas o stalinistas) en el escenario político se le antoja algo totalmente exótico y también el fascismo, sólo por ser de origen europeo, le merece igual concepto. El MNR fue definido como la conciencia social boliviana. Se presentó como campeón de la libre empresa, que llevaba implícita la libre contratación (despido masivo del personal considerado supernumerario): "No somos un Estado totalitario. Creo sinceramente que es necesario atraer y estimular la libre empresa en Bolivia... En la actual etapa de desarrollo, necesitamos apoyo incondicional a las iniciativas económicas de las esferas privadas". En 1979, nuevamente candidato a la presidencia, volverá a repetir estos conceptos en su campaña electoral.

La COB fue presentada como obra de la voluntad del MNR: "La COB no habría existido si el MNR no llega al poder". El intento de emancipar a los trabajadores de la tutela oficialista y de dar a sus organizaciones una estructura autónoma fue señalada como el mayor de los peligros. En esa oportunidad ya dejó entrever su decisión de reorganizar los cuadros sindicales, de poner freno a algunas de sus manifestaciones, catalogadas como criaturas del extremismo. Su ataque al control obrero fue frontal: "Los controles obreros no pueden desbordarse de su misión fiscalizadora de preservación", Desarrolló la tesis de que los sindicatos de resistencia estaban superados porque la clase obrera tenía el control de gran parte de la economía nacional: "En la época en que los grandes empresarios disfrutaban del imperio río sobre las minas, el movimiento obrero asumía un carácter estrictamente reivindicativo, ahora, cuando la nación es propietaria de los yacimientos, los trabajadores son responsables del éxito de la producción". Estas ideas le sirvieron a Siles para crear su propia tendencia sindical.

En dicho discurso se subraya la urgencia de poner atajo a la inflación y se podía presentir qué carácter daría a esta medida un hombre definitivamente de derecha como Siles, que veía con tan malos ojos lo que él llamó "los excesos del sindicalismo".

Algunos días antes de la apertura del segundo congreso de la COB, Siles lanzó un mensaje a los fabriles con la finalidad de justificar los Decretos de Estabilización Monetaria. Escribió que esas medidas descargarían todo su peso sobre los nuevos ricos y no sobre los obreros: "la estabilización ha afectado en primer término a los diviseros y cuperos". Nuevamente habló del bienestar casi inmediato que esperaba a los bolivianos: "La estabilización va a significar un sacrificio temporal de todos los bolivianos. Pero ese sacrificio no va a ser estéril"<sup>52</sup>.

Paradójicamente, el lechinismo apoyó con entusiasmo la candidatura presidencial de un derechista que había recibido el encargo del imperialismo y de la reacción criolla, para destrozarse a los sindicatos. La conducta de Lechin y sus seguidores lo menos que hizo fue desarmar políticamente, por un momento, a los explotados frente al derechista Siles.

En vísperas del tan esperado 1º. de julio de 1957, el CEN de la COB suspendió la huelga general por pedido -según dijo- de varias Confederaciones y Federaciones. Así reconoció la dirección sindical haberse equivocado en su táctica de lucha contra la estabilización. Cayó víctima de la guerra de papel. Aparentemente, para acabar con la amenaza laboral fueron suficientes los discursos del presidente, algunos pronunciamientos antihuelguísticos elaborados en serie y la tenaz campaña periodística desarrollada desde "La Nación", a cuyo director el congreso cobista lo declaró "enemigo de los trabajadores". La causa

50.- H. Siles, "Mensaje", La Paz, 6 de agosto de 1956.

51.- Siles, "Hacia la Consolidación de la Revolución Nacional", La Paz, 1956.

52.- H. Siles, "Mensaje a los Trabajadores en el Día del Fabril", La Paz, 1957.

verdadera de que la derrota se precipitase antes de la batalla, de que aflorase como resultado de las simples escaramuzas, debe buscarse en la división interna de la COB.

En esas circunstancias adversas para el sindicalismo, la campaña literaria adquirió importancia y logró agrietar mucho más el tambaleante edificio cobista. Una pluma hábil y políticamente bien informada puede contribuir a canalizar la opinión pública contra el movimiento obrero. Esa labor cumplió "Cuadrante Político", que en doble columna y en primera página aparecía diariamente en el periódico oficial<sup>53</sup>. La voz popular señaló como a su redactor al ministro de Gobierno José Cuadros Quiroga, un indiscutido talento que se agotó en la crónica periodística. En las breves y ágiles notas se mezclaban la aguda ironía con la denuncia política malintencionada y la defensa de la conducta silista; el ataque a la dirección sindical (lechinismo) fue presentado como un ataque a los ex-poristas, a los burócratas que se habían alejado de sus bases o habían perdido la confianza de éstas. En esa columna se acuñó un término muy usado en la lucha de Siles contra la COB: troscobita, para tipificar al extremista ligado al lechinismo y que se lo suponía usurpador de la representación de los trabajadores.

Transcribimos párrafos del comentario dedicado a la tesis política aprobada por el segundo congreso ("Declaraciones del líder máximo", 15 de julio de 1957):

"Efectivamente la tesis política de la COB fue aprobada por el CPN del MNR... Debió haber hecho notar que los miembros del CPN que aprobaron la tesis eran, con notables excepciones, los mismos miembros de la COB que redactaron esa tesis.

"La tesis fue redactada por un grupo de personas y presentada al CEN de la COB constituido por esas mismas personas. Allí se acordó enviar la tesis, para su aprobación, al CPN del MNR, constituido también, por curiosa coincidencia, por las mismas personas. Aprobada, por lógica inevitable, la tesis fue enviada al congreso de la COB donde, también las mismas personas que dirigían el debate, la aprobaron... la velocidad de traslación del equipo que redactó la tesis, era superior a la velocidad de traslación de la propia tesis".

La táctica empleada por el columnista nos recuerda a "Cachivaches de antaño", esa biblia de los librepensadores escrita hace un siglo.

El fracaso de la huelga general generó, como consecuencia inmediata, la crisis interna de la COB y del MNR. Los esfuerzos que se hicieron para devolver al organismo obrero su granítica unidad y lograr el control izquierdista del comando del MNR resultaron inútiles, esto porque parte de la solución de esos problemas estaba en manos de Siles y éste creyó haber llegado el momento de sacar toda la ventaja posible de su parcial victoria. La consigna era pues liquidar a la COB lechinista, es decir, a la cueva troscobita, como gustaba decirse entonces.

El 5 de julio fue anunciado un ampliado cobista de crítica y autocrítica. Este método se consideró como el mejor para "superar" los viejos errores (la burocracia estaba buscando cabezas de turco), olvidarse de la tesis política aprobada y abrir las puertas a los disidentes, cuyo número y calidad comenzaron por impresionar. El sector de dirigentes laborales que obedecía las instrucciones del Palacio de Gobierno sabotó fríamente la idea lechinista. El 9 de julio, las organizaciones de ferroviarios, constructores, choferes, bancarios, telecomunicaciones, gráficos, petroleros y telegrafistas (la prensa oficialista enumeraba diariamente a estos grupos para dar a entender que fuera de la COB estaba ubicada la mayoría laboral) lanzó un comunicado subrayando el anacronismo de la mencionada autocrítica, por considerar que ésta debía haberse realizado ya en el segundo congreso de trabajadores y porque la no renuncia de los directivos de la COB no permitía una verdadera reestructuración.

Lo que hubo fue un "ampliado disminuido", como apuntó "Puntero", y que por razones obvias careció de trascendencia. Los saboteadores de la reunión fueron recién acremente denunciados como divisionistas, amarillos y vendidos al gobierno. La autocrítica ahondó la división sindical lejos de superarla. La dirección cobista dio otro tropezón al no darse cuenta que en el MNR se tenía decidido eliminar a la izquierda lechinista del CPN y, como reflejo de este golpe, que las federaciones disidentes siguiesen golpeando a los troscobitas.

Algunos dirigentes de la COB aparecieron colgados del aire, esto porque el gobierno iba arrancándoles

53.- Esos comentarios fueron parcialmente reunidos en el volumen titulado "Cuadrante Político", La Paz, 1957.

las bases a las que decían representar. La última maniobra, exteriorizada a través de un comunicado firmado por Orlando Capriles, consistió en llamar al seno del ampliado de autocrítica a las bases de las organizaciones disidentes. "Los trabajadores ferroviarios, constructores, choferes, gráficos, petroleros, bancarios, telegrafistas, empleados de telecomunicaciones y 'otros', han sido acusados, el miércoles, de amarillos, traidores, entreguistas claudicantes, cobardes y otros etcéteras en el 'disminuido' ampliado nacional. ¿No es temerario acaso heroico llamar a esos agraviados trabajadores, a la sesión de autocrítica, convocada por los agresores troscobitas?" ("Cuadrante Político").

El 29 de julio tuvo lugar un otro tropiezo de la dirección cobista. Los delegados fabriles chocaron violentamente con los dirigentes del ampliado de autocrítica.

## 11 LA OLA HUELGUÍSTICA

La estabilización monetaria fue denunciada como una imposición imperialista a un gobierno que encarnaba el viraje derechista dentro de la línea movimientista. Simultáneamente creció la agitación social, en la que tuvo remarcable importancia el 2º congreso cobista. Antes de fines de diciembre de 1956 -mes de la estabilización-, estallaron las huelgas ferroviaria de Uyuni y minera de Catavi, indiscutibles ciudadelas rojas, decretadas "por elementos comunistas", según dijo más tarde Siles<sup>54</sup>. Al malestar económico creado por la estabilización se sumó el aumento del número de desocupados, como consecuencia de los despidos masivos en todos los frentes (no en vano había sido puesta en vigencia la libre contratación) y del obligado cierre de muchas empresas fabriles. "La realidad económica del país mostró que varias fábricas que habían vivido de las divisas preferenciales no tenían otra alternativa que cerrarse, que en la industria minera y en las grandes fábricas existían excedentes de mano de obra". La estadística oficial de las huelgas mostró cifras alarmantes. De 1952 a 1958 hubo un promedio de 350 huelgas por año, pero el malestar social ilegó a extremos insospechados después de 1956. "En algunos períodos de mi administración -dice Siles- hubo prácticamente hasta 50 conflictos diarios Si seguimos el curso de las apariencias, habría que llegar a la conclusión de que la clase obrera estaba decididamente descontenta con los dos regímenes revolucionarios, porque esta virtual huelga general, escalonada y permanente, no podría traducir sino el descontento de los obreros liberados por la Revolución contra la misma Revolución".

El gobierno estaba alarmado al constatar que los mismos militantes de base del MNR se sumaban tercamente a la ola huelguística, pero se negaba a reconocer que esto era posible porque los trabajadores sintieron en carne propia que las raciones alimenticias habían sido reducidas por la estabilización y prefería consolarse con el argumento de que este malestar era exclusivamente generado por las minorías extremistas. Ciertamente que la propaganda marxista se avivó y si pudo influenciar en la agravación de los conflictos sociales fue porque existían condiciones favorables para ello. "El constante flujo de huelgas tenía más bien explicación parcial en la colosal repartija de direcciones sindicales y de la carrera demagógica salarialista en la que podía ganar cualquiera, pero no los trabajadores ni el país".

La lucha por el mejoramiento de las remuneraciones, por evitar los despidos en masa o el descongelamiento de los precios de pulpería (los precios de algunos artículos de consumo diario fijos y subvencionados, constituía una forma de defender la estabilidad relativa de los salarios), se realizó en el cuadro de las nuevas condiciones políticas creadas por la revolución, que importaba el respeto, o al menos la tolerancia, de la actividad sindical. A Siles se le ocurrió que las huelgas se habían transformado en un ejercicio deportivo y ciertamente que rebasaron todos los límites señalados por ley. "Se despreciaba la conciliación y el arbitraje y cuanto más prolongada era la huelga, con la seguridad del pago de días de paro, los dirigentes se sentían prestigiados en mayor manera". Ante la avalancha impetuosa de las masas, el Poder Ejecutivo no tuvo más remedio que ceder y fue necesario introducir modificaciones a tiempo de aplicarse el plan de estabilización. La situación crítica de la economía decidió al gobierno conceder aumentos por medios indirectos, a fin de no verse obligado a acrecentar sus aportes con destino a las prestaciones sociales. En junio de 1957, "con el objeto de mejorar el standard de vida, se dispuso el aumento de los subsidios familiares en una proporción media de 11 % sobre los sueldos y salarios de este año". Al sector minero se le concedió un reajuste del 20 al 30% en forma de categorización y bonos. Simultáneamente "se rebajó los precios de la gasolina y el kerosene" buscando una disminución del costo de vida, que, contrariamente, se elevó sin cesar, aunque en proporciones mucho menores a las registradas durante el

54.- Siles, "Cuatro años de Gobierno, Mensaje al H. Congreso Nacional (1956-1960)", La Paz, 1960.

período inflacionario, como consecuencia, según el gobierno, de los reajustes en las remuneraciones. "En el curso de 1959, habría que confrontar las repercusiones propias de toda medida inflacionaria, más aún si la minería nacionalizada insumió en aumentos de salarios Bs 60.000.000.000 provenientes del menor gasto por retiro de personal y cerca del 70% del crédito inglés de \$us 5.600.000 en cubrir déficits por menor producción y pérdidas por huelgas promovidas por la irresponsabilidad de elementos extremistas".

Los sindicatos solicitaron se mantuviesen congelados los precios de nueve artículos de pulpería, el gobierno no tuvo más camino, ante la presión laboral, que aplicar esta medida a cuatro artículos (carne, azúcar, arroz y pan).

Los sectores marxistas constituyeron la columna vertebral del movimiento de resistencia a los Decretos de estabilización y se alinearon junto a ellos los lechinistas e incluso los pazestensoristas, vivamente interesados en capitalizar políticamente el descontento social creado por el desequilibrio entre las bajas remuneraciones y los elevados precios. Si bien a tiempo de plantear las reivindicaciones inmediatas y la necesidad de recurrir a la huelga, había un virtual frente entre las mencionadas tendencias, se produjo la fractura interna con el desarrollo de los conflictos y ante las perspectivas que abría un pleito que automáticamente se transformó de económico en político. Cuando las masas, por su propio impulso y orientadas por la acción y propaganda marxistas, formulaban planteamientos que iban más allá de la línea política del MNR en su conjunto, lechinistas y pazestensoristas no tenían a menos cooperar con el odiado Siles, a fin de contener a las masas que amenazaban con desbordar el marco movimientista. Los lechinistas (eran ellos y no los pazestensoristas los que contaban en el movimiento sindical) estaban empeñados simplemente en introducir modificaciones en la política del gobierno. Las capas más avanzadas de los marxistas tenían la certeza de que el porvenir de la revolución radicaba, precisamente, en que las masas pasasen por encima de la dirección del MNR, lo que importaba liberar a las propias bases movimientistas del control ideológico y organizativo pequeño-burgueses. La gran huelga general minera de 1959 permitió aflorar estas tendencias, que venían desarrollándose subterráneamente en el seno de las masas obreras.

El 29 de julio de 1958, ocho meses antes del estallido de la huelga (3 de marzo de 1959), la Federación de Mineros presentó un pliego de peticiones, cuyo punto principal se refería al aumento de salarios y su texto transcribía las recomendaciones aprobadas por el IX congreso minero. La demanda laboral siguió el trámite legal, aunque los plazos fueron intencionalmente prolongados, apoyándose en el consentimiento de la FSTMB <sup>55</sup>.

Las parsimoniosas discusiones y los múltiples e infructuosos esfuerzos por lograr un acuerdo directo con la CMB reflejaron el deseo inicial del movimiento obrero de arrancar una reivindicación palpable, por pequeña que ésta fuese. La inutilidad de las huelgas y la invariable derrota de todas las peticiones sindicales amenazaban con descorazonar a los elementos de base. Ya en el congreso de Colquiri-San José se había constatado que la gimnasia huelguística, timoneada con bastante irresponsabilidad, acarrearía el peligro de quebrar los cuadros sindicales que no alcanzaban a comprender cuáles eran los objetivos concretos de lucha. Partiendo de esta argumentación se faccionó una plataforma de reivindicaciones inmediatas que logró fortalecer a los sindicatos mineros y les proporcionó normas realistas para su lucha diaria.

La evolución política ocurrida en el país no permitía suponer que los trabajadores hubiesen confiado en la equidad del gobierno. No es casual que en ellos no se encuentre el respeto fetichista a la ley o al Código del Trabajo y menos al arbitraje, ideados por la clase dominante para aplastar a los obreros y someterlos a decisiones que vulneran sus intereses. En el conflicto los mineros tuvieron que afrontar al bloque formado por las autoridades laborales y la CMB.

El laudo arbitral fue expresamente rechazado por la Conferencia Minera de Oruro. Los obreros habían planteado un reajuste salarial y el Tribunal Arbitral, actuando como instrumento dócil de la voluntad del Poder Ejecutivo y de la entidad patronal, determinó el descongelamiento de los precios de pulpería de nueve artículos, dando así paso a la curiosa contrapropuesta formulada por CMB en pleno conflicto... El laudo determinó, pues, una nueva disminución de los salarios reales. La inutilidad del arbitraje estaba determinada por el hecho de que toda demanda de mejora económica amenazaba seriamente con hacer zozobrar el plan de estabilización, único programa de Siles.

---

55.- POR, "Lo que enseña la Huelga Minera, XVI Congreso del POR", La Paz, 1959.



“Cuando los mineros, inmediatamente después de los Decretos de diciembre de 1956, pelearon por conseguir el congelamiento de los precios de pulpería de 9 artículos alimenticios, considerados indispensables para la vida diaria de la familia obrera, el presidente de la CMB, Emilio Carvajal, accedió con el argumento de que los precios de entonces debían ser elevados a un nivel superior. Algo más, sostuvo que dentro de tres meses los precios bajarían considerablemente”.

La Conferencia Minera de Oruro, reunida en la segunda quincena de febrero de 1959, estudió las cuatro contra-propuestas que hizo CMB al pedido de revisión del Laudo. Tales propuestas partían de un punto común: supresión de los precios de pulpería vigentes, que desde poco antes se convirtió en el eje central de toda la argumentación de los personeros de COMIBOL y del gobierno, complementadas con un porcentaje variable de compensación, más una oferta para fines de recategorización. “La empresa persiste en su empeño de suprimir el actual sistema de pulpería, con la finalidad de anular, por lo menos en parte, el salario en especie. El punto central de la discusión radica en que la compensación ofertada está muy por debajo de lo que significaría la pérdida del salario real como consecuencia de la supresión del congelamiento de los precios de pulpería... tal hecho importaría dejar abiertas las puertas para la elevación ininterrumpida de los precios de los artículos alimenticios. La propuesta más osada se limita a plantear el mantenimiento sólo por un año de los precios al costo, vale decir, muy por encima de los que actualmente rigen.” (“Masas”, N° 77).

La alternativa de la escala móvil de salarios, como sustituto de los precios congelados, había sido ya planteada en varias reuniones sindicales.

La belicosidad de la Conferencia no decayó en momento alguno y los ministros que asistieron a ella hicieron una serie de concesiones a la poderosa presión de las masas. Anibal Aguilar, ministro de Trabajo, manifestó que había un completo acuerdo entre las formulaciones hechas por la FSTMB y los planteamientos del Gobierno; que en el 80% de las proposiciones existía acuerdo y que todo se reducía a discutir la forma de aplicar tal unanimidad de criterios. Sin embargo, los miembros del Poder Ejecutivo no tuvieron el menor reparo en combatir rudamente a los mineros huelguistas y echar todo el peso sobre los sindicatos. A su retorno a La Paz defendieron con ímpetu la promesa empeñada por el gobierno al FMI, en sentido de que se procedería inmediatamente a suprimir todos los precios subvencionados, entre ellos los de pulpería en las minas. En momento tan importante, los altos personeros de la FSTMB expresaron, sin atenuantes, su adhesión al “espíritu revolucionario y sindicalista de los señores ministros”. Bien puede decirse que de esa fecha arranca el frente único formado entre silistas y lechinistas, frente que se prolongó durante el desarrollo de la huelga.

Según el Comité Nacional de Huelga, “La Conferencia Minera decretó la huelga dando un plazo de 10 días, a pedido especial del ministro de Trabajo. El conflicto se desencadenaría por el aumento del 31.5% sobre los salarios y no era ya motivo de discusión el problema del descongelamiento de los precios de pulpería. Sin embargo, el gobierno solicitó el plazo de 10 días con la finalidad principal de realizar consultas con el FMI sobre la espinosa cuestión de las pulperías. De esta manera el gobierno centró el conflicto alrededor de un problema que no plantearon los obreros y que menos querían discutirlo.. El criterio predominante en esta reunión fue de manifiesta desconfianza hacia las promesas venidas del Poder Ejecutivo... Casi ninguna de las promesas hechas a la FSTMB fueron cumplidas. Es por esto que la Conferencia organiza el Comité Nacional de Huelga”<sup>56</sup>.

El plazo de 10 días y otro igual que posteriormente solicitó el Poder Ejecutivo, resultaron maniobras destinadas a agotar a los huelguistas. La alta dirección del MNR se esforzó por convertir el conflicto obrero-patronal en un entredicho entre el FMI y los sindicatos, habiendo jugado el Ejecutivo el papel subalterno de correa de transmisión de las instrucciones del organismo imperialista. La respuesta del FMI fue categórica y recordaba al gobierno boliviano su promesa de cancelar el régimen de pulpería barata vigente. No se dejó esperar una otra maniobra de Siles: despertar las esperanzas de los trabajadores en lo que pudiese obtener una comisión encargada de volver a discutir el problema con el FMI, a fin de responsabilizar a los sindicatos de los resultados a obtenerse se invitó a un personero de la FSTMB a integrarla. En “La Patria” de Oruro se publicó la respuesta afirmativa que dieron los burócratas sindicales a la invitación y se decía que el Sr. Lechin se adjuntaría a la comisión en calidad de observador y para hacer conocer en EEUU los planteamientos sindicales. El analista menos avisado podía concluir que lo que se buscaba era desarmar a las organizaciones laborales, puesto que las relaciones con el FMI era atribución gubernamental y no obrera. El instinto de clase, aguzado por la creciente hostilidad

56.- Comité Nacional de Huelga de la FSTMB, “Informe”, Oruro, 1959.

gubernamental, evitó que prosperase la maniobra. Los sindicatos mineros más importantes le hicieron saber a Lechin que él no podía viajar a EEUU representándolos.

La Conferencia nombró a los sindicatos que constituirían el Comité Nacional de Huelga y cuyos delegados debían trasladarse a La Paz para luego enviar un núcleo a Oruro y dirigir el movimiento coordinadamente desde estas dos ciudades. La actitud obstruccionista de la dirección de la FSTMB frustró este plan. "El mandato imperativo no fue cumplido porque los delegados que se habían constituido en La Paz fueron destinados a Oruro con la orden de que el Comité funcionase en San José. Posteriormente este traslado, ordenado exclusivamente por la FSTMB, ocasionó una serie de dificultades al Comité" ("Informe del Comité de Huelga"). Lo que ocurría a era que Lechin y su grupo se resistían a dejar el control total del movimiento en manos de un Comité formado por elementos que siempre habían discrepado con sus ideas y su conducta.

El 27 de febrero se constituyeron los delegados en Oruro y procedieron a la organización interna del Comité de Huelga. Para muchos el resultado de la votación fue sorprendente y ya señaló cuál sería el rumbo que tomaría el conflicto. En el Comité se impuso la tendencia que buscaba rechazar las componendas lechinistas con Siles y que estaba alertada para poner atajo a sus despropósitos. Antes de llegar a Oruro tuvieron que librar y vencer una verdadera batalla en el seno de los mismos sindicatos.

El Comité de Huelga quedó constituido así:

Presidente, César Lora (representante de Siglo XX);  
Secretario de Relaciones, Héctor Borda (COMIBOL., Oruro);  
Secretario de Actas, Félix Alarcón (San José);  
Secretario de Prensa y Propaganda, Rodolfo Morales (Caracoles);  
Secretario de Difusión Radial, Armando Morales (San José). Posteriormente se añadieron otras secretarías:  
Prensa, Luis Villegas (Corocoro) y Víctor Carrasco (Santa Fe);  
Enlace, Oscar Aguilar (Pulacayo) y Wálter Navia (Machacamarca);  
Comunicaciones, Rigoberto Gutiérrez (Central Sud), Liborio Quiroz (Catavi), Corsino Pereira (Kami) y Donato García (Viloco).

Ya estaba en marcha una nueva arremetida revolucionaria de los trabajadores. La huelga minera de 1959 marca un importante jalón en el desarrollo del ascenso. ¿Por qué los mineros estructuraron tan entusiastamente un comanda especial? La radicalización fue acompañada de una creciente desconfianza hacia la burocracia. Podría decirse también que la dirección de la FSTMB ya no correspondía al nivel alcanzado por la radicalización del movimiento obrero. El Comité de Huelga actuó como el exponente organizado de esa desconfianza. Expresión directa de la voluntad y de las aspiraciones obreras, resultó el extremo opuesto del equipo burocratizado de la FSTMB, tanto por su origen, su estructura, su funcionamiento como por el tipo de vinculación con el grueso de la clase. Esto era tan evidente que desde la iniciación del conflicto se profundiza el abismo entre los dirigentes y las bases. No se trataba del fenómeno normal de que, en determinadas etapas, la mayoría de los obreros se coloca más a la izquierda que sus caudillos tradicionales, sino de que la dirección burocratizada marchó en sentido opuesto al seguido por la clase. El choque entre masas y dirigentes llegó a ser, por momentos, demasiado virulento y estos últimos fueron brutalmente hostilizados, señalados como traidores, repudiados y negados. Es en esta creciente pugna que el Comité de Huelga adquiere su fisonomía y su importancia. Nacido de la diferenciación del grueso de los obreros con sus dirigentes, hasta entonces reconocidos e idolatrados por todos da forma combativa a esa diferenciación y la eleva a un alto nivel político. Se perfila como una auténtica dirección de clase y, por esto mismo, desencadena en su contra todo el odio conservador de la burocracia y del gobierno Siles. La pugna entre el Comité y los viejos dirigentes de la FSTMB, que matiza todo el desarrollo de la huelga, no es otra cosa que la expresión de la lucha a muerte entre lo nuevo y lo viejo, entre lo caduco y la promesa del porvenir, entre las posiciones conservadoras y las revolucionarias, entre la quinta columna pequeño-burguesa y la vanguardia del proletariado; en fin, entre las masas y el aparato sindical. En este choque el Comité no llegó a ser aplastado, aunque las maniobras del frente Lechin-Siles logran restarle notoriedad y arrancarle muchas de sus tareas propias en la conducción del conflicto (tramitación del pliego de peticiones, tratativas con las autoridades, actividad propagandística, etc.). Marcó su huella en los acontecimientos del momento y en el futuro mismo del movimiento obrero, gracias al apoyo militante del grueso de los trabajadores, que expresaron, sin lugar a dudas, su voluntad de reconocer al Comité como a su única dirección. Este mismo proceso, cierto que con perfiles menos agudos, se desarrolló en casi todas las minas y a veces adquirió la forma de una colisión sorda y

subterránea. La agresividad típica de la alta jerarquía de la FSTMB desaparece en el dirigente medio, que no en vano soporta la presión diaria y directa de los trabajadores.

El Comité Nacional de Huelga, bajo el impulso que le dieron los acontecimientos, se complementó con los Comités Locales, habiéndose perfilado todo un mecanismo de dirección. A los burócratas y a sus seguidores se les antojaba que estas organizaciones iban a desaparecer con el fracaso mismo de la huelga. Una vez que el conflicto se consolida (por el poderoso empuje de las bases, expresado a través del Comité) los dirigentes medios se alinearon detrás de los Comités Locales. Tal solución, impuesta por los acontecimientos y no por la capacidad de comprensión de los dirigentes, resultó ideal, permitiendo eliminar, en el plano regional, el choque permanente de dos comandos en pugna. En escala nacional no pudo repetirse tan edificante ejemplo. La FSTMB no tuvo más remedio que soportar al Comité, porque fue impuesto por el grueso de los obreros, pero, en ningún momento dejó de combatirlo. No desaparecieron las divergencias entre las diversas capas que constituyen la clase; diferencias que imprimieron su huella en la conducta de los organismos de dirección y en la suerte corrida por los propios hechos. El Comité de Huelga se apoyó en los centros obreros de mayor importancia y más radicalizados, este fenómeno define por sí mismo su carácter revolucionario y su tendencia a proyectarse en el porvenir. La FSTMB maniobró contando con la cooperación y con la pasividad de los sectores y elementos más débiles, políticamente atrasados, dispersos y aislados.

El Comité Nacional de Huelga dio materialidad a una sorda y amorfa corriente que crecía impetuosa en las estratas más profundas de la clase: la diferenciación política de los explotados con la alta dirección y el gobierno del MNR. Resultó casi simbólico que hubiese sido designado como presidente del Comité de Huelga el conocido y batallador trotskysta César Lora.

La idea básica de los obreros fue constituir el Comité con auténticos representantes de las bases, premisa que sólo se cumplió en los centros revolucionarios más activos. En los otros sindicatos, los delegados se desprendieron del equipo dirigente, esto debido a la lentitud con que se operaba la diferenciación entre los dirigentes y las bases. Estos últimos elementos fueron los que pudieron resistir menos a la presión de la burocracia sindical e inclusive llegaron a coadyuvar los trajines conspirativos de los burócratas contra la integridad del Comité. Uno de los aspectos débiles de este organismo, consecuencia de su defectuosa constitución, fue su falta de homogeneidad, que al ocasionar luchas estériles distrajo parte de sus energías. La superioridad del Comité de Huelga arrancaba de su posibilidad de reagrupar a la totalidad de los obreros, incluyendo a los sectores que se alejaban de la actividad sindical, como resultado de su repudio a los que se perpetuaban en las direcciones año tras año.

Si el equipo dirigente de la FSTMB funcionó como la negación de la democracia sindical (a la excesiva centralización llamó centralismo democrático), el Comité nació como su encarnación material y como producto de la fusión de los dirigentes con las bases. El Comité funcionaba así: las decisiones básicas quedaban en manos de las asambleas; desde Oruro y por medio de los equipos de radio de COMIBOL tenían lugar discusiones diarias con las minas y sobre todos los problemas; se buscaba complementar esta amplia democracia con la más férrea unidad en la acción. La FSTMB, que tan generosamente venía utilizando la maniobra solapada, actuó con un marcado criterio divisionista, proponiendo ideas escisionistas en el momento mismo de la acción.

En cierto momento el porvenir de la huelga se vio subordinado a la posibilidad de arrastrar a la opinión pública y a que pudiese entroncar en todo el movimiento obrero, vale decir, a su generalización. Esto permite comprender por qué la propaganda adquirió primerísima importancia. El gobierno puso en marcha todo su aparato publicitario contra la huelga, habiendo logrado desorientar a la opinión pública. Por el contrario, la actividad propagandística del Comité fue casi nula, se llegó al extremo de permitir que ciertos elementos confusionistas emitiesen, a nombre del Comité, comunicados que no reflejaban sus ideas. La limitación de los recursos económicos contribuyó en mucho para que esto sucediese. Al dejar en libertad a la FSTMB para que monopolizara la propaganda (inevitable en cierta medida por funcionar el Comité en Oruro) se perjudicó grandemente a la causa de la huelga. El país tomó como ideas de los trabajadores el espíritu capitulado y claudicante de los burócratas. Si a todo esto se añade la urgencia primaria de que el Comité se mantuviese en situación de poder conversar con las autoridades en cualquier momento, es fácil comprender que era elemental que se ubicase en la sede del gobierno o en el distrito obrero más importante.

La huelga se movió bajo la amenaza de la represión sangrienta.

El gobierno puso especial interés en denunciar la influencia extremista, particularmente trotskysta, tanto en la Conferencia Minera como en la huelga; esto complacía a Eder, porque daba a entender que la creciente protesta no correspondía a las verdaderas necesidades obreras sino a la agitación realizada por aparatos debidamente montados. René Zavaleta escribió una serie de artículos reveladores en el diario oficialista "La Nación", entonces dirigido por Augusto Céspedes, y que, más tarde, fueron reunidos en folleto <sup>57</sup>.

Zavaleta hace una interpretación literaria de los acontecimientos y ajustada a los intereses ocasionales del oficialismo. El tema central de dicho escrito no es otro que el planteamiento gubernamental de que la causa del malestar social debe verse en la presencia de activos grupículos poristas o comunistas en los sindicatos, de los cuales Lechin no sería más que intermediario. La pretendida dictadura porista en las organizaciones mineras es presentada no como el resultado de la evolución operada en la conciencia de la clase, sino como la consecuencia del abandono del MNR de los más importantes centros de trabajo. "La dictadura fue posible porque el MNR se alejó de su propia militancia minera... El modus vivendi de la dictadura es el salaralismo. Lechin, por ella, no es más que una fase táctica del porismo. Por la dictadura, los mineros y sus dirigentes, movimientistas casi todos, se ven obligados a una conducta trotskysta; sin serio actúan como poristas. Probablemente lo que conduce a Lechin a la dirección de la FSTMB (que sigue siendo, que se sepa, movimientista) es un imperativo de subsistencia: mantener un prestigio, ya que no una dirección".

Lo que se dice acerca de la conferencia es mucho más sugerente: "se podía ver a Lechin, tapado por el humo de los cigarrillos, pero más bien postergado por el otro poder, presidiendo pero ya no dirigiendo. El personaje que abarcaba esa sala era el POR. Seguramente los asistentes pertenecían al MNR pero en dos días y las muchas horas de sesión ampliada la que actuó y dispuso fue la dictadura ideológica del POR".

La huelga general estalló a las cero horas del día 3 de marzo, obedeciendo la declaratoria formal firmada por el Comité Nacional y los personeros de la FSTMB; pero antes tuvo que librarse una verdadera batalla entre los altos dirigentes y los delegados de base, alrededor de si debía o no postergarse la medida que había sido acordada por la Conferencia. La declaratoria de huelga fue disciplinada y entusiastamente acatada por todas las minas, excepción hecha de Huanuni y Colquiri, a pesar de que este último distrito había ya con anterioridad tomado contacto con el Comité y comprometido su adhesión.

En el Informe del Comité se lee que el 2 de marzo arribaron a Oruro elementos de la FSTMB y algunos delegados de base para plantear el aplazamiento de la huelga "con el argumento de que no se había cumplido con el requisito establecido por el Art. 115 de la Ley General del Trabajo. El Comité y los delegados de base demostraron que la argumentación de los miembros de la FSTMB se encontraba fuera de lugar, desde el momento que el plazo de 10 días concedido por la Conferencia de Oruro, a solicitud expresa de los ministros de Estado, además de 8 meses que duró la tramitación legal del Pliego de Peticiones, significaban llenar superabundantemente el término de 5 días establecido por tal disposición". A las 20 horas del mismo día, el Secretario General de la FSTMB volvió a exigir se conceda al Ejecutivo un plazo por lo menos de algunas horas, "con el argumento de que había recibido una nota del gobierno, por intermedio del ministro Tamayo, solicitando un nuevo plazo. Después de una asamblea borrascosa se rechazó por unanimidad tal planteamiento en vista de que los trabajadores se encontraban movilizados y preparados para iniciar la huelga, se recalzó que acceder a la proposición del c. Tórres significaría decretar la derrota anticipada del movimiento."

A horas 23 del 2 de marzo, después de que se había cursado la circular de declaratoria de huelga, Lechin desde La Paz y en conferencia con todas las minas, "manifestó que estaba de acuerdo con los cálculos hechos por Potosí, demostrando de este modo su insistencia por la postergación, siquiera por unas horas, del paro, manifestando que el plazo de 10 días no había fenecido aún". El Comité rechazó el planteamiento del Secretario Ejecutivo de la FSTMB y la huelga se inició conforme se había previsto. "El día 4 y cuando se desarrollaba la huelga, el c. Lechin... insistió en que sea levantado el conflicto, en defensa de su propia posición y dijo que la situación internacional (creada por la publicación de un artículo en la revista "Time") no permitía realizar ninguna discusión con el Ejecutivo y que la opinión pública se tornaba contraria a 'los mineros'. Añadió que no existía por el momento ninguna posibilidad de dar solución al problema y que se corría el peligro de que las bases se quebraran. El presidente del Comité respondió que ni la opinión pública era contraria a la huelga y "ni la publicación aparecida en 'Time' importaba

57.- René Zavaleta, "El asalto porista. El trotskysmo y el despotismo de las aclamaciones en los sindicatos mineros de Bolivia", La Paz, S/f.

un cambio en la orientación del gobierno. El Comité demostró que la suspensión significaría romper la huelga con desastrosas consecuencias para el movimiento obrero". Denunció enérgicamente que el terco afán de los dirigentes de la FSTMB por romper la huelga encubría su propósito de volver al cogobierno. "Estas observaciones no tuvieron respuesta por el Secretario Ejecutivo de la FSTMB abandonó la oficina de radio, actitud que fue observada por las minas que asistían a la conferencia".

El 5 de marzo, a horas 17, se hicieron presentes en Oruro los ministros de Agricultura y Trabajo, acompañados por el gerente de COMIBOL. Interrogados acerca de la proposición que planteaban para resolver el conflicto, respondieron que pedían la suspensión de la huelga hasta que mejore la situación internacional y permita financiar los fondos necesarios para aliviar la situación de los mineros. El Comité en pleno hizo abandono de la sala en vista de no existir ninguna proposición gubernamental para solucionar la huelga, esto después del cuarto intermedio que fue propuesto por Tórres.

"A horas 20 del día 5 se efectúa una conferencia múltiple presidida por el Comité de Huelga. Las posiciones vacilantes demostradas por la FSTMB empezaron a convertirse en una amenaza para el futuro de la huelga y su éxito, desde el momento que podían jugar el papel de polo aglutinados de los elementos descontentos, que siempre existen en todo movimiento de masas" ("Informe..."). El Comité denunció el peligro de que los errores de la FSTMB pudiesen ser capitalizados políticamente por el gobierno y que fueron la causa de las dificultades que se presentaron en el Consejo Central Sud (principalmente en Siete Suyos), en Colquiri, y el hecho de que Huanuni no se hubiese plegado a la huelga. "El movimiento no podía triunfar si en La Paz había una dirección que trabajaba por la suspensión de la huelga y en Oruro el Comité, interpretando la voluntad de "las bases, trabajaba por consolidarla". Las bases censuraron acremente la conducta de la FSTMB y los sindicatos de Catavi-Siglo XX exigieron a los miembros de la FSTMB definan su posición con referencia a la huelga.

El día 6 se abrió una posibilidad de arreglo. Broesman, gerente de COMIBOL, propuso el 12.5% de reajuste sobre el bruto de las planillas; el 2.5% para la recategorización, con carácter retroactivo al 1º. de octubre de 1958; establecer "un plazo para la supresión de los precios congelados de pulpería, mina por mina".

Después de consultar con las bases, los dirigentes de la huelga hicieron conocer la siguiente respuesta: 1) descartar el problema del sistema de pulpería, por no ser materia del conflicto; 2) aceptar el carácter retroactivo del reajuste al 1º. de octubre de 1958; 3) conformidad con el 2.5% para fines de categorización; sugerir el 20% de reajuste sobre sueldos y salarios. Era evidente que Comibol presentaba como reajuste una simple compensación al descongelamiento de los precios de pulpería, pero al mismo tiempo, constituía una prueba palpable de la existencia de posibilidades para la solución del conflicto.

Las acusaciones lanzadas contra Mario Tórres <sup>58</sup> eran de suma gravedad, pues lo presentaban como agente gubernamental. En la reunión del 7 de marzo "el c. Tórres acusó al Comité de realizar una acción política antes que sindical (más tarde repetida textualmente por el ministro Aguilar en sus declaraciones de prensa en la ciudad de La Paz) y citó como ejemplo la tendencia de pretender convertir la huelga minera en un movimiento nacional que comprenda a los demás sectores laborales". Es explicable que se hubiese opuesto a que el Comité Nacional buscara el apoyo militante de las diferentes organizaciones sindicales. "Se opuso a que el Comité saludara al Congreso de Fabriles pidiendo apoyo a nuestro conflicto". Llenó de estupor la acusación del Secretario General de la FSTMB en sentido de que el Comité buscaba suplantar al equipo dirigente de ésta. En el debate que siguió se denunció que el interés político de algunos burócratas estaba expresado en la comunicación reservada enviada por Méndez Tejada, a nombre de la izquierda movimientista, pidiendo la suspensión inmediata de la huelga. A propuesta de Catavi (Crespo) se acordó postergar toda discusión sobre las discrepancias internas hasta después de fenecida la huelga y dividir las funciones de los dos equipos dirigentes de los mineros: a la FSTMB se le encargó la discusión del pliego en la sede del gobierno y al Comité dirigir, desde Oruro, las operaciones puramente huelguísticas. Esta medida importó un revés para los huelguistas y una significativa victoria para la dirección sindical tradicional. "Los informes de la FSTMB tuvieron a bien hacer conocer a Oruro que tenían como denominador común su posición vacilante y pueden ser reducidos al siguiente planteamiento: que la solución del conflicto sólo podía darse si los mineros accedían a todas las exigencias planteadas por

---

58.- M. Tórres actuó en el campo sindical desde la fundación de la FSTMB y siempre como escudero incondicional de Lechin. Políticamente se inició muy cerca del PIR y, más tarde, militó en el MNR. Después de una tortuosa carrera políticossindical, abandonó el país, habiéndose radicado en Chile, donde se dedicó a las actividades agropecuarias en calidad de patrón. Murió en un accidente automovilístico.

el gobierno”.

El capítulo V del Informe del Comité estaba dedicado a lo que llamó “las operaciones puramente huelguísticas” y es importante por contener datos sobre la forma en que fue conducido el conflicto. “El Comité ha impreso a sus actos la mayor publicidad posible y ha sometido, en todo momento, a la decisión de las bases todas sus determinaciones”.

Merece detenerse en la explicación dada al no ingreso de Huanuni a la huelga: “existe una profunda división entre los trabajadores, se fisionomiza una gran oposición al oficialismo, hecho constatado con ocasión del apresamiento de los dirigentes de Catavi y Siglo XX. La actual dirección de la FSTMB ha demostrado inoperancia para polarizar el creciente descontento de Huanuni”. El gobierno agotó todos los recursos para convertir a dicho distrito en su fortaleza y en contrapeso de Siglo XX-Catavi. “Además del control y la presión policiaca del oficialismo, se ofrecieron mitas dobles y una bonificación especial si continuaban trabajando los mineros”.

Colquiri, que había enviado delegados a las reuniones del Comité y de la FSTMB, ingresó a la huelga sólo parcialmente.. “El Control Obrero (Mendivil) fue el único en expresar su acuerdo con el pedido de ampliación de plazo del c. Tórres. Esto demuestra que los sectores más débiles e inseguros no perdían la menor oportunidad de hacer suyas las posiciones conciliadoras... Sólo el sector de la mina se plegó a la huelga después de 4 días de iniciada. Su alta conciencia de clase, su combatividad y su radicalización permitieron a los obreros de la mina romper el control policiaco y crear su propio organismo huelguístico... El Comité constató que el Comando Especial del MNR, dirigido por el diputado Dalence, presionó y agudizó las amenazas contra los huelguistas”. El Comité, tomando en cuenta la trágica experiencia del congreso minero que fue disuelto en Colquiri, planeó el traslado de los huelguistas a San José.

Siete Suyos del Consejo Central Sud comenzó luchando abiertamente por la concesión de un nuevo plazo al gobierno. “El Comité envió activistas a dicho centro, que se plegó a la huelga después de 10 días. El débil sector de Siete Suyos utilizó las argumentaciones del c. Lechin como simple pretexto para encubrir su actitud contraria a la huelga. El Comando Especial del MNR de Atocha, dirigido por Guarachi, pretendió obligar a los obreros de Animas a retornar a sus labores por la violencia armada, provocación que fue violentamente repelida por los elementos de base”.

El sector más avanzado de los trabajadores, que imprimió su huella en las actividades del Comité de Huelga, estaba seguro que en ese momento, los conflictos laborales se transformaban, de manera natural, en movimientos políticos y, por esto mismo, corrían el riesgo de ser ahogados en sangre. Así se explica que las milicias armadas hubiesen sido puestas en pie de combate. “En cada centro de trabajo pusieron en pie y alertas las Milicias Obreras, con la finalidad de poner coto a las constantes provocaciones del oficialismo por intermedio de sus agentes”.

No bien se acordó la división del trabajo señalada más arriba, el Comité, dando las espaldas al boicot de la FSTMB se encaminó a buscar el apoyo solidario de los otros sectores, vale decir, el fortalecimiento de la huelga minera. Se establecieron contactos con bancarios, maestros, tanto urbanos como rurales, fabriles, ferroviarios (Federación de Oruro y Sindicato), constructores, Trabajadores del Estado y, finalmente, con la COD, que se pronunciaron, sin excepción, en forma favorable. “Los trabajadores ferroviarios, de telecomunicaciones y bancarios plantearon la necesidad de integrarse a la huelga general”. Algunos sindicatos concluyeron pactos con otras organizaciones similares en apoyo de la huelga, lo que habla de la debilidad de la COB para impulsar al movimiento obrero. “Es notable la alta comprensión del Sindicato de Potosí que trabajó en este mismo sentido, hecho que se materializó en el apoyo de todos los sindicatos hacia los mineros. El pacto inter-sindical permitió que los trabajadores ferroviarios de Uyuni se plegaran a la huelga”.

Fueron los dirigentes de los sindicatos de base los que obligaron a la FSTMB a trabajar por el ensanchamiento de la huelga. La COB, que se declaró en pie de huelga, convocó a un ampliado para estudiar el problema minero. “La movilización fue débil debido a que el proletariado no ha superado completamente su crisis organizativa y porque la ruptura ocasionada por el gobierno en sus filas no ha sido del todo vencida. No puede olvidarse que la novedad de nuestra huelga radica en que no permanece aislada en medio de la hostilidad general, cual era la norma en el pasado inmediato”. Había poca o ninguna posibilidad de materializar el pie de huelga decretado por la COB. Lo correcto habría sido iniciar la huelga con un trabajo de base, a través de activistas y manifestaciones callejeras, “el error fundamental consistió en que este

trabajo fue por demás tardío, debía comenzarse por él y no utilizarlo al final del conflicto”.

La FSTMB convocó a una nueva conferencia en La Paz para “considerar en última instancia el pliego de peticiones y hacer que los delegados de las minas acepten la propuesta gubernamental”. Inesperadamente los dirigentes hablaron de “responsabilidad mancomunada en la solución del conflicto”. Un gran número de sindicatos rechazó enviar a sus representantes, alegando que tal “responsabilidad mancomunada” no era ya motivo de discusión. “El Comité de Huelga discutió el problema con los sindicatos y acordó que la agenda de la Conferencia debía ser modificada en sentido de buscar una respuesta a la ofensiva del gobierno y señalar una salida viable que evite el cansancio de los trabajadores por la excesiva prolongación del conflicto”.

Antes de que la Conferencia pudiese formular su contrapropuesta a las autoridades, éstas sorprendieron con la Resolución Suprema que ponía punto final al conflicto. “El Comité de Huelga y los sindicatos, luego de conocer la Resolución Suprema la rechazaron enérgicamente, al mismo tiempo que realizaron grandes manifestaciones en Catavi, Siglo XX, Potosí y otros distritos mineros”.

El día 15 de marzo, a horas 20, M. Tórres, S. Cabrera y N. Vásquez discutieron con el Comité la suspensión de la huelga, pues dijeron haber logrado la modificación de la Resolución Suprema en lo que se refería a los precios de pulpería. “La señalada modificación consistía en que los precios serían descongelados en su integridad dentro del plazo de 120 días, previa, previa discusión mina por mina” y otros beneficios menores.

El Comité hizo notar que en los hechos se había acatado la Resolución Suprema de 13 de marzo al permitir el descongelamiento de los precios de pulpería, “lo que podía significar el más rudo golpe para la economía de los trabajadores”. Respondiendo a una consulta, las bases exigieron un documento formal que ponga fin a la huelga. La Federación de Mineros garantizó la seriedad del Poder Ejecutivo y se responsabilizó de todas las consecuencias. “En vista de tales discrepancias de criterio, la huelga fue suspendida radiotelegráficamente, el 16 de marzo, por la FSTMB y no por el Comité de Huelga, como podría pensarse”. En ese momento se estableció que había acuerdo entre los trabajadores y las autoridades sobre los siguientes puntos:

- 1) reajuste del 20% y con carácter retroactivo al 1º. de octubre de 1958, sobre sueldos, salarios, bonos, contratos, etc.;
- 2) no se descongelarían los precios de pulpería hasta la realización de los estudios entre COMIBOL y los sindicatos, para fijar la correspondiente compensación;
- 3) extensión del reajuste en favor de la oficina central, agencias de COMIBOL y sanidad.

Tórres se comprometió a conseguir el pago de salarios por los días de huelga posteriores a la Resolución Suprema. El Comité dejó establecido que se suspendía la huelga dejando “en pie un conflicto aún mayor, cual era el descongelamiento de los precios de pulpería”.

De la huelga de quince días los cuadros de base salieron intactos y con el pensamiento de que habían sido engañados por los dirigentes de la Federación de Mineros. Inmediatamente que se supo que se pondría en vigencia el descongelamiento de los precios en las pulperías, los obreros reiniciaron el ataque y estaban dispuestos a ir a otra huelga.

El gobierno y la burocracia de la FSTMB adoptaron una táctica especial para imponer la Resolución Suprema de 13 de marzo. Se comenzó a quebrar a las direcciones medias, a aquellas que habían respaldado al Comité de Huelga y se pasó por alto los claros pronunciamientos de las bases, que invariablemente se oponían al descongelamiento de los precios de pulpería.

Desde el momento en que la mayoría de las direcciones medias se convirtieron en voceros de la COMIBOL (los de Catavi sostuvieron que de cualquier manera había que proceder al descongelamiento), los obreros ya no pudieron hacer escuchar su opinión. La relación de fuerzas se había volcado en favor del silismo. Simultáneamente se arremetió contra los sectores más avanzados y se persiguió a los extremistas, particularmente a los militantes poristas.

Fue convocada una reunión de la FSTMB en Catavi, con la finalidad de estudiar la forma de ejecutar las decisiones gubernamentales. En pocas horas se sacó el anuncio de que se había aceptado el descongelamiento de los precios de pulpería.

La COMIBOL reunió a los dirigentes y les impuso la firma de un convenio elaborado en sus oficinas. La oposición se redujo a Siglo XX y a los militantes trotskistas. Los mineros retiraron su confianza a los firmantes del convenio y, en consecuencia, la actividad sindical cayó muy bajo.

## 12 EL BLOQUE REESTRUCTURADOR

El Bloque Reestructurador, organizado y dirigido por el equipo silista, buscaba dar una nueva fisonomía a la COB, a las Federaciones más importantes y a los mismos sindicatos de base, a fin de que de opositores se transformasen en puntales del régimen imperante. Al divisionismo se sumó el programa gubernamental antiobrero, sostenido por parte de la burocracia sindical.

En el segundo congreso de la COB, el bloque silista se presentó conformado por la Confederación Sindical de Trabajadores Ferroviarios, Ramas Anexas y Transportes Aéreos de Bolivia, la Confederación de Trabajadores en Construcción y la Federación Sindical de Trabajadores Petroleros de Bolivia. Por su proyecto de Programa y de Estatutos <sup>59</sup> se comprueba que su actitud fue francamente escisionista.

Al pie del documento aparecieron las firmas de Juan Sanjinés Ovando (ferroviarios), de Baldomero Castel (Constructores) y de René Sotomayor Careaga (petroleros). Esta pieza programática, que estaba destinada a justificar el apoyo de ciertas capas de la burocracia sindical al derechista Siles, llevaba las huellas inconfundibles del stalinismo. En un largo capítulo, destinado al análisis de la situación internacional, se utilizaron todos los argumentos imaginables para justificar la coexistencia pacífica entre los bloques socialista e imperialista, cuyo más importante objetivo -se sostiene- sería el evitar la tercera guerra mundial, "que esta vez no ofrecería vencedores ni vencidos y podría motivar la desaparición de todo vestigio de vida humana en el planeta".

Menudeaban los elogios a la mano de hierro de Stalin que, según los autores del proyecto, "condujo a la URSS por los caminos leninistas de la industrialización del país y la colectivización de la agricultura, que crearon las condiciones que hicieron posible la victoria sobre Hitler y el fascismo internacional". Se prometió que las desviaciones y excesos en los países "socialistas" podrían ser superados a través de un largo período de "paz, de distensión de las relaciones internacionales y de acentuación de la política de coexistencia pacífica".

Doctrinalmente hablando, la clave del planteamiento stalinista de los reestructuradores se encuentra en su concepción del país a la luz de "la alternativa de la paz, porque la otra, la guerra, por las características que tendría debido al empleo de las armas atómicas, haría ocioso todo cálculo". La coexistencia pacífica y la cooperación con el imperialismo vienen a ser la consecuencia práctica de tal perspectiva. A los países pequeños y atrasados se les señaló como camino ideal el neutralismo y la posibilidad de llegar evolutivamente al socialismo: "un socialismo realizado por métodos evolutivos o mediante la utilización de las instituciones democráticas no suscitaría la intervención militar de los países que necesitan sostener a la burguesía europea y permitiría deslizarse hacia el neutralismo".

Desechada la hipótesis de la guerra, el proyecto estaba seguro que Latinoamérica ingresaría a un período de distensión en las relaciones internacionales. Uno de los descubrimientos más sorprendentes dice que los países superindustrializados, buscando convertir a los países latinoamericanos en "mercados más amplios y seguros para sus productos manufacturados", se veían obligados a modificar su conducta internacional, a mejorar substancialmente los niveles de vida, "lo cual no puede conseguirse con la rapidez que se precisa sino con una cuantiosa ayuda exterior proveniente de las mismas naciones monopolistas". De esta manera el imperialismo abandonaría su regla tradicional de levantar su opulencia sobre el atraso y la miseria de los países insuficientemente desarrollados y monoprodutores. Esta verdadera modificación de la naturaleza de los países super-industrializados se basaría nada menos que en la materialización de los intereses de las metrópolis y de las semicolonias (ciertamente que no sería correcto emplear esta terminología caduca). "Naturalmente que este viraje obligado en las relaciones internacionales no se

59.- "Proyecto de Programa y Estatuto Orgánico de la COB", La Paz, 1957.



realizará súbitamente, siendo además preciso llegar a un nuevo trato de beneficio recíproco en el cual el capital extranjero obtenga las garantías y las utilidades legítimas que pretenda pero olvidando sus aficiones tradicionales a intervenir en la política doméstica y a obstaculizar la tendencia de los países insuficientemente desarrollados a construir una economía armónica, democrática e independiente". Se anotaron entre las ventajas mutuas en favor del capital financiero la solución del descomunal problema de la sobreproducción creciente y de los países dependientes las posibilidades insospechadas que ofrecen estas condiciones nuevas de la economía capitalista que podrían crecer en gran medida en un programa de distensión internacional y de coexistencia pacífica". Resulta absurdo soñar con la revolución antiimperialista cuando cooperando con los yanquis se puede lograr el desarrollo ilimitado del país, dentro de los moldes burgueses. "Las naciones subdesarrolladas y monoproducidas podrían recién diversificar los mercados de colocación de sus productos, aprovechar al máximo la competencia comercial entre los dos sistemas mundiales de economía y vender y comprar allá donde encuentren condiciones mejores, sin discriminaciones de regímenes económicos ni sistemas políticos y exigiendo únicamente el respeto a sus soberanías." Así se llegó a la tesis preferida del MNR: realización de las transformaciones revolucionarias con la ayuda económica y la tutela imperialistas.

Los stalinistas que redactaron ese proyecto de programa muestran, desde las primeras líneas, su conformidad con el gobierno del MNR y con sus ideas sobre el proceso revolucionario.

Comienzan sosteniendo que el 9 de abril de 1952 Bolivia dejó de ser un país semicolonial y semifeudal. Enumeran las grandes medidas que fueron adoptadas después, al margen de toda crítica, lo que permite suponer que compartían el criterio de que la revolución había concluido como proceso de transformación y que se abría el período de constitucionalización de las reformas. Dentro de este panorama correspondía al proletariado jugar el papel de gran estabilizador político. La pequeña-burguesía, tremendamente azotada por la inflación, generó en su seno tendencias derechistas opositoras al régimen; mas, éstas estaban llamadas a desaparecer porque la revolución brindaba "a las distintas capas de la clase media la posibilidad de progresar y satisfacer sus anhelos de superación cultural y bienestar material".

Según los proyectistas, la revolución boliviana "no pretende la destrucción del capitalismo sino superar la condición de país semicolonial y semifeudal (se supone que dentro del capitalismo)". Es entonces que la burguesía nacional tendría la posibilidad de desarrollarse libre y rápidamente. La conclusión no puede ser otra que la subordinación de la clase obrera al capitalismo y sus necesidades más imperiosas. "Las masas trabajadoras declaran que se hallan interesadas en que los industriales y comerciantes tomen parte activa en la recuperación y en el desarrollo económico del país". Lo más que podía hacerse era neutralizar políticamente a la burguesía y no destruirla, como sostenía la izquierda radical. La experiencia cubana ha demostrado que este camino no conduce a la victoria de los explotados.

La Revolución de Abril aparece definida como "Nacional, Popular y Democrática de tipo nuevo" (es fácil descubrir que el stalinismo fue condimentado con algunas de las conclusiones de Mao). Estos objetivos quieren decir que la revolución boliviana es burguesa, lo que justificaría todo apoyo al gobierno movimientista. Es claro que la revolución burguesa no puede ir más allá del programa del MNR. Se habló, de manera contradictoria, de la hegemonía del proletariado, pero se trataría de una hegemonía no para marchar hacia el socialismo, sino para quedarse por todo un período histórico en los límites capitalistas... "Esta revolución... no pretende socializar los medios de producción, instaurar la dictadura proletaria y erigir una sociedad socialista". La confusión asoma con frecuencia. En cierto lugar se dice que el principio básico de la revolución de 1952 fue el de "construir una sociedad más justa", en la que pudiesen conciliarse los intereses de la incipiente burguesía a nacional con los de obreros, campesinos, etc.

El nuevo régimen debía suponer la coexistencia pacífica de los inversionistas privados y de las empresas nacionalizadas (idea repetida, más tarde, por los generales Barrientos y Banzer). El proyecto que comentamos dice que se destacan cuatro formas económicas: la estatal, la agrícola, la capitalista nacional de nuevo tipo y la capitalista extranjera "constituida por los inversores privados". El objetivo del Estado, desde el punto de vista de los trabajadores, consistiría, por tanto, en conciliar los intereses del sector nacional con el privado, "de manera que las inversiones extranjeras se realicen sin suponer un peligro, a la corta o a la larga, para la independencia económica y la propia soberanía nacional".

Los "reestructuradores" coincidieron con los teóricos del MNR cuando plantearon que después de 1952 la clase obrera se transformó en co-gobernante, "a través de varios ministros propios en el Gabinete". Defendiendo las ventajas del co-gobierno, repudiaron las posiciones consideradas como populistas o

anarquistas y que ponían en duda la efectividad de ese extremo. La conclusión: apoyo al gobierno movimientista.

“La victoria nacional de Abril ha transformado el sentido de la lucha de la clase obrera”, dice cuando trata de la actividad sindical. Esa transformación radicaba en que ya no se trataba de derrocar a un Estado, sino, contrariamente, de fortalecerlo. De esta tesis arrancó un programa de conducta inmediata y que, en último término, buscaba colocar a los sindicatos a disposición del Presidente Siles. En las empresas nacionalizadas, los sindicatos buscarían “suprimir oportunamente las causas de los conflictos, liquidando las injusticias y creando condiciones que satisfagan las exigencias justas y posibles de las masas”. Al mismo tiempo, debían ponerse en guardia ante el atraso de ciertas capas obreras o de la obra provocadora de “elementos contra-revolucionarios”. Se habló de que los sindicatos debían ser escuelas de administración, pero en ningún momento se mencionó al control obrero y menos a la necesidad de que los trabajadores participen en la administración de las empresas. Contrariamente se dijo que la COB estaba de acuerdo “con que las empresas estatales y privadas desenvuelvan sus actividades de acuerdo a los principios del cálculo comercial”.

En el proyecto de Estatuto Orgánico se sostuvo, repitiendo lo que ocurre en la URSS, que los sindicatos debían discutir con las empresas la forma de materializar los planes elaborados por el Estado o las gerencias, imponer la disciplina en el trabajo y cuidar “la propiedad estatal y la propiedad cooperativa”.

## 12 TERCER CONGRESO DE LA COB

El Tercer Congreso de la COB pudo reunirse recién en los primeros días del mes de mayo de 1962 (cogobierno de Paz Estenssoro) en la ciudad de La Paz. El 3 de dicho mes, Lechin pronunció un larguísimo e importante discurso inaugural. Glosamos el documento:

La alta dirección sindical pareció haber comprendido, al fin, que la reacción había ganado puestos claves y podía arremeter con ventaja contra las conquistas revolucionarias, empujando a los obreros a situaciones críticas. “La creciente agresividad de los círculos fascistas, empeñados en subvertir el orden público para reestablecer los privilegios de la oligarquía, se origina en gran parte en el notorio debilitamiento del frente obrero y en la atomización de las fuerzas interesadas en el apuntalamiento de los grandes objetivos de la Revolución Nacional”<sup>60</sup>.

Muy tarde se dio cuenta que en el anterior congreso se había cometido el error de alentar la división de las filas obreras.: “No queremos que en esta ocasión se incurra en el funesto error del segundo congreso, del cual los trabajadores salieron divididos, como nunca lo habían estado antes, porque se enfrentaron dos tesis políticas antagónicas, cuyo debate solamente sirvió para quebrar la unidad que nos había distinguido, en especial después de la Victoria (sic) Nacional de Abril”.

De manera inesperada habló de la situación internacional favorable para el “triunfo y consolidación de los genuinos movimientos de liberación nacional” y fue posible descubrir en su discurso brotes de alegría por el hundimiento de la sociedad caduca y el nacimiento de una nueva. Pese a estos titubeos, no retornó a su radicalismo de los años cincuenta; contrariamente, defendió de manera preferente la tesis de la transformación pacífica de las sociedades. “La clase obrera prefiere, desde luego, la vía pacífica de los cambios estructurales.. Por consiguiente, aunque el movimiento obrero está listo a triunfar por el camino de la violencia, ésta no descarta la alternativa pacífica, por mínimas que sean las posibilidades que ésta ofrezca, naturalmente siempre que las condiciones objetivas puedan hacer comprender a las clases retardatarias la inutilidad de su resistencia y la conveniencia de su capitulación”. Persistió en su adhesión al neutralismo oportunista frente a la pugna imperialismo-socialismo.

Al referirse a la crisis nacional, denunció que los sectores reaccionarios pasaron de la conspiración sin tregua al apoyo “desinteresado, cívico, al gobierno en contra de la llamada anarquía y prepotencia sindical”. Sostuvo que la derecha podía en cualquier momento consumir el golpe de Estado que le permitiese recuperar las posiciones económicas y políticas que perdió el 9 de abril y se percató que esa

60.- J. Lechin, “Discurso inaugural del Secretario Ejecutivo de la COB. Tercer Congreso Nacional de Trabajadores”, La Paz, 1962.

operación se venía consumando internamente en el seno del gobierno y del mismo MNR. Ya entonces fue posible descubrir una de las líneas maestras de su futura actuación política: su ilimitada confianza en la naturaleza revolucionaria de militares y carabineros y su resistencia a creer que pudiesen secundar la conspiración de los sectores derechistas.

Lechin desarrolló la teoría de que tanto dirigentes sindicales como militantes movimientistas eran "co-responsables de todo lo que se ha hecho y dejado de hacer desde el 9 de abril a la fecha". Añadió que la COB y el MNR debían ser considerados como hermanos siameses. "El primero fue el más firme sostén del segundo y participó de sus victorias y derrotas. Por eso, no podrá decirse si la COB fue todopoderosa porque la respaldaba el MNR o éste era imbatible porque su fuerza descansaba en el poderío de la COB. De ahí que cuando la Revolución Nacional se estanca se produce a la vez el empantanamiento de la COB". Causa sorpresa que no hubiese llegado a la conclusión de la identidad de ambas organizaciones. Lo que Lechin quería era superar el distanciamiento que se había producido durante el gobierno Siles entre el Poder Ejecutivo y los obreros.

El Ejecutivo cobista no veía más solución al problema político que el apoyo al régimen del MNR. "Nosotros creemos que no existe, ninguna otra alternativa sensata que la conservación del régimen revolucionario y el perfeccionamiento de sus metas y superación de sus errores". Lógicamente repudió tanto la actitud de algunos líderes sindicales (entre los que se incluía a no pocos movimientistas) que criticaban acremente al régimen imperante y decían no interesarles su destino, le parecía que era similar a la línea adoptada por la reacción. Lechin instó a los delegados a discutir este problema, a pronunciarse con claridad y a adoptar su planteamiento. Así se buscaba desarmar y arrinconar a la oposición izquierdista. El fortalecimiento del gobierno del MNR sólo podía lograrse, en ese momento, por tal camino: "de modo que aquí no se diga una cosa o se la admita con el silencio y luego, cuando se retorne a las bases, se sigan cometiendo los mismos errores". No pocas veces los dirigentes medios agacharon la cabeza en los congresos, respondiendo así a la presión del gobierno y de la burocracia sindical, pero volvían a sus viejas posiciones no bien sentían detrás de sí a las masas. Se señaló como finalidad del movimiento obrero el fortalecimiento del MNR, porque de esta manera -dijo Lechin- contribuiría a su propio fortalecimiento. "Movimiento sindical y MNR, por un sentido elemental de legítima defensa, no tienen otra salida que esforzarse en garantizar su fortaleza mutua, en coordinar su actividad y en plantearse conjuntamente la profundización de la Revolución Nacional"; muy fácilmente se había echado al olvido la amarga experiencia del silencio. Se buscaba recobrar la perdida influencia sobre las decisiones gubernamentales, a través del respaldo masivo al régimen y de la "unidad combativa de las masas". La estrategia formulada por el Secretario Ejecutivo de la COB difería radicalmente de los objetivos señalados por los marxistas, para el primero no se trataba de derribar al régimen movimientista, sino simplemente de perfeccionarlo. "Afirmamos que el régimen surgido de las jornadas de Abril es perfectible y que mientras los hechos no demuestren lo contrario, debernos esforzarnos en hacerlo avanzar, en profundizarlo, haciendo posible con nuestra acción responsable, paciente y continua el paso indoloro hacia etapas superiores que correspondan a la correlación de fuerzas existentes en el gobierno internacional y al nivel de la creciente conciencia política de nuestras masas".

Fue proclamado el apoyo combativo del movimiento sindical organizado al gobierno del MNR, pese a sus errores y limitaciones, por considerarse que así se "permitía neutralizar a los enemigos internos, decidir a los vacilantes y afirmar a los identificados con los intereses y aspiraciones de los trabajadores". Según Lechin, este apoyo político debía suponer la libertad de los sindicatos para luchar por las reivindicaciones emergentes de las necesidades de las masas. Las demandas salariales no debían significar ningún peligro para la estabilidad política del país, desde el momento que para lograr el mejoramiento de las condiciones de vida se señalaba la siguiente alternativa: "aumento de salarios o bien control de precios y rebaja de ellos en los artículos de primera necesidad, a través de procedimientos prácticos". El líder obrero se inclinaba por la utópica rebaja de precios, "lo cual no sólo beneficiaría a ciertos sectores de la clase obrera sino a toda la población trabajadora y representaría un aumento real en el poder adquisitivo del pueblo".

La reorientación política planteada (reorientación que debía alcanzar tanto al gobierno como a los sindicatos) buscaba unificar al partido de gobierno y al movimiento obrero, obligar a retroceder a la historia hasta el nivel de 1952. Fue planteada la esperanza de que el Tercer Congreso de la COB pudiese acabar con el retroceso del movimiento obreros y abrir una etapa superior.

En su afán de reformar al gobierno movimientista, Lechin descubrió que todos los males radicaban

en la aparición y fortalecimiento de lo que llamó "el cáncer de la insensible burocracia satisfecha, un monstruoso poder ante el cual resultaba más fácil inclinarse que combatirlo". Todo se reducía, pues, a desburocratizar el aparato gubernamental, que resultaba políticamente difícil porque dicha fórmula suponía la lucha contra la derecha movimientista, que brotaba por todos los poros del régimen.

Pasó revista a las grandes medidas adoptadas después de 1952, comenzando por la nacionalización de las minas, que le pareció insuficiente porque no fue seguida por la industrialización de "nuestros minerales" (cuando estuvo en el Ministerio de Minas sostuvo la inconveniencia de la instalación de los hornos de fundición de estaño).

Su crítica a la CMB se refirió únicamente a tópicos económico-técnicos. Lo que en verdad había ocurrido es que esa descomunal empresa escapó a toda intervención obrera en su administración para concluir siendo manejada con mentalidad capitalista. Estaba seguro que el famoso Plan Triangular podía salvar a la minería y únicamente objetaba las deficiencias observadas en su aplicación. "Hasta la fecha, en lo que respecta a Bolivia y a COMIBOL, el único resultado práctico de la aplicación del Plan Triangular ha sido la regulación en el pago de salarios. En un solo capítulo el Plan Triangular ha tenido y tiene una ejecución perfecta: el pago puntual de elevadísimos sueldos en dólares a los miembros del Grupo Asesor, que ha demostrado no hallarse a la altura de las remuneraciones liberalmente establecidas por los prestatarios". Lechin recordó a los inversionistas que tenían "empeñado su prestigio ante la buena fe del pueblo y del gobierno boliviano", para exigirles que superasen rápidamente los defectos en que venían incurriendo en la ejecución de la Triangular.

Denunció, por un lado, que la venta de las reservas estratégicas norteamericanas de estaño significaba un rudo golpe al Plan Triangular y, por otro, "el grave impacto que constituyó para nuestra economía la venta soviética de estaño en el período 1957-58". Había el deseo de no aparecer comprometido con el comunismo en ninguna de sus formas.

Sus observaciones sobre el proceso seguido por la reforma agraria son mucho más superficiales. FSB fue tipificada como la avanzada militante del latifundismo. Se dice que el Decreto de Reforma Agraria se dictó para "hacer posible la ampliación de los marcos de la democracia a través del voto universal" y para ensanchar el mercado interior, "indispensable para la industrialización y el progreso nacional". Los resultados obtenidos en el agro se le antojaban incomparables. "Los resultados de la reforma agraria, aunque enormes en su aspecto económico, no han marchado paralelos con los frutos alcanzados en el plano político y social, que pueden realmente calificarse de excelentes, cuando no de óptimos". La conclusión podía ser una sola: pedir que se incremente esta política lo más que sea posible, "pues no debe olvidar que agricultura e industrialización se condicionan mutuamente".

Difícil encontrar una defensa más apasionada de la industria nacional que la pieza oratoria de Lechin, esta vez si menudearon las críticas a la política gubernamental. "La falta de una orientación general y permanente con respecto a la industria privada nacional ha tenido resultados asaz negativos. Así se pasó de un rígido control de cambios y de un proteccionismo extremado y contraproducente al libre cambio más absoluto y a la promoción paradójica de la competencia extranjera". Expresó que la defensa de la industria nacional constituía causa común para empresarios, Estado y trabajadores, tesis típicamente patronal y que fue repetida hasta el cansancio. Las gerencias sacaron ventaja de tal planteamiento y pudieron movilizar a los sindicatos para lograr algunas ventajas económicas y un trato preferencial por parte de las autoridades. Propugnó que el Estado debía incentivar a la industria nacional: "está fuera de duda que la recuperación de la industria privada nacional puede realizarse muy rápidamente, a condición de ofrecerle incentivos adecuados, reales o prácticos y, sobre todo, duraderos por un tiempo determinado, de modo, que el industrial sepa en cada momento a que atenerse".

Un capítulo especial fue dedicado a la Alianza para el Progreso, base efectiva del Plan Decenal de Desarrollo, en los que tanta esperanza cifró Lechin. Partió de una ilimitada confianza en "las buenas intenciones de Kennedy", lo que obligaría a no desconfiar de la Alianza para el Progreso en sí, pero su aplicación -añade- "va siendo torpedeada por una burocracia ineficiente, insensible y posiblemente reaccionaria". Estos enjuiciamientos encajaban ajustadamente en su concepción de la "ayuda americana", que no la consideraba como una forma de inversión de capital financiero y de explotación del país, sino como un canal benefactor y de liberación nacional. "Es justo reconocer que esa ayuda cooperó al pueblo y al gobierno boliviano en situaciones críticas de emergencia, no representó el remedio a nuestros males de subdesarrollo, sino un mero paliativo de ellos". Las demandas se redujeron a exigir al gobierno

norteamericano ajuste el funcionamiento de los organismos que operaban en Bolivia. La respuesta dada en esta materia tiene dos aspectos: "aceptación de créditos vengan de donde vengan" y apoyarse "fundamentalmente en nuestras propias fuerzas, en el esfuerzo nacional". Subrayó que esta tesis carecía de sentido político y obedecía exclusivamente a razones prácticas.

La ejecución integral del Plan Decenal de Desarrollo (1962-1971) fue señalada como la única salida posible para todos los problemas nacionales, para la crisis y la desocupación, así concluyó colocándose en la trinchera gubernamental. "La importancia del Plan es tan grande, que puede decirse que si no se lo cumple o se lo ejecuta con carácter simplemente parcial, la crisis se agudizará y nadie podrá evitar la indignación justa de las masas trabajadoras" (esta indignación es utilizada como fantasma para asustar al imperialismo y al propio gobierno).

Pidió a los congresistas que replanteen el problema de las FFAA, a fin de eliminar "todo antimilitarismo de principio, que resulta también erróneo y negativo, puesto que si el primero separa al ejército del pueblo, el segundo divorcia artificialmente a las masas trabajadoras de quienes no son ni deben ser otra cosa que el brazo armado de la Liberación Nacional en coordinación con las milicias populares". El propio Lechin sometió a una severa rectificación lo que sostuvo sobre el ejército inmediatamente después de 1952.

Volvió a atacar al ejército oligárquico, masacrador y presuntamente apolítico. Pero, esta vez descubrió unas fuerzas armadas identificadas con el pueblo y los objetivos de liberación nacional. Para él la victoria de Abril generó, como lógica consecuencia, un nuevo ejército: "Como es lógico ello impuso el replanteo del problema de las FFAA, cuya organización y mentalidad debían conciliarse con las necesidades del progreso de Independencia Económica y con la defensa de los intereses más caros del pueblo boliviano". El nuevo rol castrense estaría determinado por el carácter semi-colonial del país más que por cualquier otra consideración; en oposición, en los países altamente industrializados el ejército no tendría más misión que la de opresor del pueblo. Expresó que en un país atrasado debía desempeñar una doble función: "la obvia de la defensa de la frontera exterior y la que le compete en el terreno interno, ligándose al pueblo en la lucha por la soberanía nacional".

Pasó revista a lo hecho por la oficialidad joven: expulsar a la Standard Oil e "inferir los primeros golpes al superestado minero". La consecuencia: debía promoverse una mayor identificación entre las FFAA de la Revolución Nacional (se le dio también el calificativo de "nuevo ejército") y el pueblo, "de modo que se logre una compenetración mutua de sus problemas y una acción solidaria en procura de la conquista de nuestra independencia económica, puesto que no puede concebirse un ejército fuerte que descansa en una economía monoprodutora y dependiente como la nuestra".

Lechin se presentó como el defensor incondicional del "nuevo ejército", al que le atribuyó la tarea de contribuir activamente a la solución de los problemas generales de la nación. "Como prueba de esta nueva actitud, el Ejército ha tomado a su cargo la ejecución del Plan Quinquenal destinado a obras de bien común, como la construcción de caminos, la colonización de zonas potencialmente ricas, la habilitación de vías fluviales para hacer más baratos los transportes, etc."

Deseoso de ganarse la confianza de parte del ejército, habló de la situación precaria de jefes y oficiales, clases y tropa. "Es necesario subsanar lamentables descuidos en la atención de sus necesidades".

Interesado en el desarrollo económico, planteó la urgencia de estimular las inversiones y garantizarlas de muchos riesgos en un país volcánico como Bolivia que había nacionalizado las minas.

Como resumen de su discurso planteó un programa de realizaciones de 33 puntos y que comprendía tanto las cuestiones internacionales como nacionales.

La tesis acerca de la aproximación del ejército le llevó a Lechin, más tarde, a apoyar incondicionalmente el golpe contra-revolucionario de 1964, timoneado por el binomio Barrientos-Ovando.

La COB organizó a la Juventud Revolucionaria y que, quiérase o no, constituyó una novedad. El sindicato comprende a todos los obreros de una empresa, por encima de su edad y de toda otra consideración, y no hay ciertamente lugar para la formación de fracciones juveniles. Durante la lucha contra el gobierno Siles (o mejor, desde ese momento) la COB se convirtió, en la práctica, en el partido de los lechinistas. La Juventud Revolucionaria de la COB fue estructurada por los ex-trotskyistas que practicaron el entrismo en

el MNR y comprendía a jóvenes teóricos y buenos activistas. Contaba con un Comando Nacional y filiales regionales, aunque éstas no siempre funcionaron satisfactoriamente en todo el país.

En La Paz tuvo lugar, en noviembre de 1956, la Primera Conferencia Regional de la Juventud Cobista y aprobó una sugerente tesis política, identificada con lo que ha dado en llamarse "izquierda nacional", que en nuestro país concluyó identificándose y capitulando ante la línea pequeñoburguesa del MNR <sup>61</sup>.

Presidium de la Conferencia: Ismael Baptista, presidente; Julio Uzcamaíta, vicepresidente; Antonio Castillo, segundo vicepresidente; Gladys Rollano, secretaria; José María Palacios, Federico Valencia, secretarios.

La Comisión Política que redactó la tesis central estuvo constituida por Roberto Pérez Barrios, el peronista argentino Saúl Hecker, José María Palacios, Fernando Prudencio y Alejandro Carvajal. Ni duda cabe que fue el desaparecido Saúl Hecker el que impuso sus ideas en el documento; se trataba de un talentoso militante salido de las filas trotskistas y que concluyó militando en el peronismo, llegó a Bolivia desterrado y actuó dentro del lechinismo.

La Tesis Política de la Juventud cobista era furiosamente anti-stalinista y estuvo plagada de abstracciones y de generalidades sobre la "revolución nacional latinoamericana". Más de la mitad del documento fue dedicado a los problemas internacionales (crisis del sistema capitalista, las revoluciones en los países coloniales y semicoloniales, muerte del stalinismo en la Europa oriental, la revolución nacional en América Latina, las fuerzas motrices de la revolución). El aparente radicalismo de los proyectistas se transformó en moderación y antimarxismo no bien fue aplicado a la realidad boliviana.

Se caracterizó al 9 de abril de 1952 como "la toma del poder por las clases oprimidas de Bolivia... La revolución transfirió el poder de manos de la oligarquía a los de una coalición integrada por el proletariado, los campesinos y sectores de la clase media, coalición que se expresa políticamente en el frente COB-MNR". Se tipificó al MNR como el único partido revolucionario posible en la revolución boliviana y se cerraron las compuertas a la crítica marxista con el argumento de que en el país imperaba el co-gobierno. Con todo, el único documento hecho por movimientistas en que se daba a entender que de lo que se trataba era de la alianza del lechinismo con el ala derecha del MNR: "Desde un punto de vista estricto, existe en Bolivia un co-gobierno entre la alianza obrero-campesina (COB) y sectores de la clase media y de la pequeña-burguesía urbana expresada políticamente en el ala derechista del MNR".

La argumentación seguía canales tortuosos al pretender justificar, con argumentos "marxistas" el cogobierno, que al significar la colaboración de diversas clases sociales en el poder central importaba la superación de la dualidad de poderes. Esta dualidad existió en los primeros momentos de la revolución como fricción entre las organizaciones de masas, convertidas en órganos de poder, con el gobierno central. El error del razonamiento de los jóvenes cobistas radicaba en que consideraban a las instituciones existentes como algo definitivamente dado y no como procesos, así plantearon el absurdo del cogobierno apoyándose en la dualidad de poderes: "El cogobierno se apoya en la dualidad de poderes existente entre las mismas clases y segmentos de clase; junto a las formas jurídicas y coactivas heredadas de la oligarquía (forma de Estado burgués, ejército permanente, legislación civil y penal de corte individualista) coexisten las milicias obreras y campesinas, el control obrero sobre la economía, mayoría obrero-campesina en el parlamento y ministros obreros en el Gabinete". En realidad, el rótulo "dualidad de poderes" fue llenado con un contenido que le era extraño; en lugar del choque entre dos poderes se habló de "coexistencia" de diversas modalidades de gobierno.

Bolivia no sería un país sino apenas una provincia de la "Gran Nación Latinoamericana por constituirse" y por esto mismo, las medidas decretadas por el régimen movimientista fueron presentadas como las más profundas del continente. La revolución boliviana, según la indicada tesis, se encontraba, en 1956, en el proceso de tránsito de la revolución democrática a la socialista. Se rechaza la demanda de formación de un gobierno obrero-campesino "no sólo por la exigua realidad social y económica de Bolivia, sino también por la relación internacional de fuerzas que en la actual coyuntura es en gran medida desfavorable para el desarrollo revolucionario". Se partió del supuesto de que el gobierno obrero y campesino en Bolivia, "aislada y cercada por gobiernos hostiles daría la ocasión propicia para ahogar en sangre nuestra revolución". Mientras tanto no habría más remedio que esperar la extensión de la revolución a los países

61.- "Tesis Política de la Juventud Revolucionaria de la Central Obrera Boliviana", La Paz, diciembre de 1956.

vecinos, puesto que sólo entonces “podrá profundizarse el proceso actual, tanto en el terreno económico, como en el político-social”.

Se atribuyó a las limitaciones de la débil economía del país la causa de la imposibilidad de que la revolución logre nuevas y sucesivas victorias y también de su degeneración: “ya es posible percibir un cierto cansancio en las masas; cansancio que alienta el surgimiento de los aprovechadores de la revolución y que se refleja como un aflojamiento del control de las bases sobre sus dirigentes sindicales. Las dificultades que se producen en las direcciones de los sindicatos y en la propia Central Obrera Boliviana, que se manifiesta en la irregularidad de su funcionamiento, son producto de la disminución de la vigilancia revolucionaria”.

Partiendo de estos supuestos se llegó a la conclusión de que cualquier crítica de la conducta -o inconducta- de la cúpula dirigente de la Central Obrera Boliviana (lechinismo o izquierda del MNR) y del mismo cogobierno era nada menos que una actitud contrarrevolucionaria y hasta proimperialista: “Los demagogos de la ultraizquierda -por no decir trotskismo y stalinismo- y de la derecha que, objetivamente se desempeñan como agentes del imperialismo, intentan debilitar la confianza de los trabajadores en la revolución que se vive, echando las culpas de las dificultades que se presentan en nuestro país sobre las espaldas de los dirigentes de la Central Obrera Boliviana, que son los líderes de la izquierda revolucionaria de Bolivia”.

No podemos dejar de mencionar y subrayar que la Central Obrera Boliviana (COB) fue presentada nada menos que como “el embrión del Partido Político que deberá desarrollarse como tal tendencia, integrándose en el gran Partido Obrero Latinoamericano que imperiosamente debe constituirse”. Es difícil explicarse por qué ese partido de una clase se transformará dentro de las fronteras nacionales en un núcleo policlasista.

## NOTA MARGINAL

(En 1997, el líder del stalinista PRP, vuelve a las andadas y sostiene que la crisis de la COB -en medio de la agudización de la lucha de clases- solamente podrá solucionarse si logra estructurar su propio instrumento político. Nuevamente estamos ante el planteamiento absurdo de sindicato-partido, que alguna forma sería la expresión del “sindicalismo revolucionario” francés del pasado.

(La crisis de la COB es la crisis de su dirección burocratizada y su superación solamente puede darse como el retorno al programa revolucionario, que permitirá forjar una dirección de la misma calidad. G. Lora).

El documento comentado incluye la siguiente plataforma:

1. Apoyo a la lucha revolucionaria continental. Crear en Bolivia un movimiento popular centralizado.
2. Tribunales revolucionarios para juzgar a los especuladores.
3. Mantener la unidad del frente COB-MNR. Así se prepara las condiciones para el salto adelante de la revolución.
4. Se propiciará la integración de la Juventud Revolucionaria de América Latina como una sola corriente ideológica en el Continente Indoamericano.

## 14

### LA HUELGA DE MAYO DE 1965

El apresamiento y destierro de Lechin al Paraguay, en mayo de 1965, constituyó un acto de provocación al movimiento obrero, cuidadosamente calibrado por el gobierno militar de Barrientos-Ovando para conseguir, finalmente, el aplastamiento físico del sindicalismo. La huelga general que siguió planteó: a) inmediata libertad del Secretario Ejecutivo de la COB; b) aumento general de salarios y c) respeto y

defensa del fuero sindical.

Para justificar esa huelga y extenderla a todo el país, el Comité Ejecutivo de la COB lanzó un largo manifiesto, que era un ataque frontal a la Junta Militar y donde fácilmente se percibe la mano de los militantes poristas. Los stalinistas y otros sectores, discretamente se alejaron de la dirección cobista.

El documento, escrito en tono vibrante y en estilo terso, puede inducir a formarse una idea equivocada acerca de la verdadera fortaleza de la COB en ese momento. Los hechos se encargaron de demostrar que el equipo cobista, cuya radicalización llegó a extremos insospechados debido a la ausencia física de Lechin, ya no controlaba nada, el movimiento sindical seguía cauces independientes.

El manifiesto de la COB <sup>62</sup>. llama a los bolivianos a aplastar a la bota militar, que es tipificada como encarnación del fascismo. Se trata de uno de los últimos documentos doctrinarios suscritos por la dirección nacional del movimiento obrero durante la represión.

Siguiendo de cerca la línea política del trotskismo y censurando indirectamente la prédica desarrollada por Lechin antes e inmediatamente después de 1964, tipifica el golpe castrense como contra-revolucionario: "El cuartelazo del 4 de noviembre ha servido para que los generales, desde el Palacio Quemado, impongan al país los planes norteamericanos mediante métodos típicamente militares-fascistas. El militarismo se ha levantado contra el pueblo de Bolivia y contra el porvenir de la revolución". La Junta Militar (momentáneamente -y no por casualidad- una presidencia bicéfala en la que intervenían los generales Barrientos y Ovando) fue denunciada como "más entreguista que el gobierno entreguista y antiobrero de Víctor Paz".

En numerosos párrafos se puso especial cuidado en demostrar la naturaleza fascista del régimen castrense, siempre ajustándose a lo que enseña la doctrina marxista: " Los generales utilizan la violencia y la metralla para imponer los planes colonizadores de los yanquis. Bolivia está siendo convertida en base militar del imperialismo. Se pretende disminuir los costos de producción de los minerales aumentando la miseria de las masas. El régimen actual gobierna contra el pueblo y al servicio del capitalismo internacional. ¡Esto es fascismo!"

No se trataba de repudiar a la violencia en general (como gusta hacer el democratismo pequeñoburgués), sino a aquella descargada sobre los explotados y al servicio de la reacción y del enemigo foráneo. "La Junta Militar ha decretado el estado de sitio únicamente para aplastar al movimiento obrero y revolucionario. Han sido canceladas todas las garantías democráticas para el pueblo. Nuestra Patria no es más que un cuartel donde impera el sable de un diminuto e inepto general... ¡Esto es fascismo".

Se alertó al país acerca de las proyecciones de los Decretos que, al reglamentar el funcionamiento de las organizaciones obreras, buscaban la destrucción de la vida sindical. "imitando al tristemente célebre masacrador general Hugo Ballivián, la Junta Militar ha dispuesto la vacancia de todos los cargos sindicales... Cuando la voluntad de las bases es reemplazada por el dedo del general, quiere decir que los sindicatos han dejado de existir físicamente. La Constitución y los estatutos que hasta ahora normaban la vida sindical han sido sustituidos por una ordenanza militar. Los obreros ya no pueden pensar y escoger una doctrina política, tienen simplemente que obedecer la voz de orden de un sargento y no deliberar". Se citó como ejemplo de la violencia antiobrero la destrucción de la radio fabril "Continental" de La Paz. No tardará en producirse la ocupación militar de los centros mineros de Milluni, Siglo XX, Kami, etc. Se denunciaron como totalitarias las decisiones de aumentar los efectivos del ejército y de establecer el Servicio Civil Obligatorio, que abría la posibilidad del confinamiento legal de los dirigentes sindicales.

El documento señaló que otro de los objetivos del régimen castrense era la destrucción de las conquistas sociales; la disminución de los salarios... "se impondrán condiciones inhumanas de trabajo, acentuando el ritmo del esfuerzo creador del obrero y empeorando las condiciones de seguridad industrial", la militarización del trabajo, "de manera que queden suprimidas las huelgas y la lucha por mejores condiciones de vida y de trabajo... Para aumentar las ganancias patronales y del imperialismo, los generales pretenden echar a la calle, aumentando el torrente de la desocupación, a todos los trabajadores que se consideran supernumerarios".

---

62.- "Manifiesto de la COB: ¡Aplastemos a la bota militar!, La Paz, mayo de 1965.



La conquista que comenzó siendo destruida fue el fuero sindical, que según la dirección cobista "es incompatible con la existencia de la dictadura castrense. Se citaron los siguientes ejemplos: el apresamiento y destierro del Ejecutivo de la COB y el desconocimiento de los dirigentes sindicales. Lo que vino después en este terreno adquirió contornos catastróficos.

Con desafiante claridad se dijo que la huelga general era política en sus intenciones y que buscaba nada menos que el "aplastamiento de la bota militar". Desgraciadamente el equipo cobista ya no tenía la fuerza suficiente para materializar dicho propósito. El movimiento fue descrito no únicamente como obrero, sino de dimensiones nacionales: "El pueblo boliviano, velando por su presente y por su porvenir, busca aplastar a la bota militar, expulsar a los generales del Palacio Quemado, para así asestar un rudo golpe al imperialismo norteamericano..., está en pie de combate porque tiene plena conciencia de que es su deber elemental defender las garantías democráticas, momentáneamente canceladas por el fascismo de los generales".

De manera inmediata, los huelguistas buscaron se garantice la seguridad en el trabajo, de que todos los bolivianos perciban una suficiente remuneración y el retorno a la vigencia de las garantías democráticas.

En los párrafos que glosamos fue palpable la influencia de las ideas poristas. Se sostuvo que "la rebelión del pueblo boliviano" estaba dirigida por el proletariado, a quien correspondió fijar las finalidades estratégicas del movimiento. "La unidad del pueblo se ha materializado, en los hechos, alrededor del asalariado de las minas y de las ciudades y por encima de las sectas y de los caudillos políticos".

Se subrayó que la huelga no fue declarada para servir a ningún caudillo o interés mezquino, "está al servicio del pueblo mismo; de los trabajadores, de los campesinos y de la mayoría empobrecida de la clase media". La rebelión fue tipificada como izquierdista y revolucionaria, interesada en cerrar "todas las compuertas por las que podrían filtrarse la rosca y sus testaferros".

El objetivo estratégico: formar un gobierno propio de los bolivianos, "de los obreros, de los campesinos, de los que aman a su Patria y repudian a la dictadura entregada al imperialismo".

Fue señalada como consigna del momento el no abandonar a los mineros, que ocupaban la vanguardia en la lucha contra el régimen militar. La huelga general debía transformarse en movilización armada. "La suerte del país y de la revolución está en manos de los heroicos trabajadores mineros que se han levantado en armas. Ellos nos han dado un magnífico ejemplo que debemos imitar: la huelga general ha sido acompañada con la movilización general de las milicias obrero-campesinas, que, en el momento oportuno se transformarán en guerrillas que luchan por la liberación de nuestro pueblo. Los mineros nos conducirán a la victoria si encuentran en las ciudades el suficiente apoyo militante". A la táctica oficialista de aislar a las minas de las ciudades y del campo, debía responderse con una vigorosa movilización en apoyo de los mineros. Se denunció lo que vino casi inmediatamente: la ocupación militar de los centros de trabajo para someter a bala a los huelguistas.

Finalmente, se lanzó un llamado a los soldados, clases y jóvenes oficiales para que se sumasen al movimiento revolucionario popular: "los fusiles deben volcarse contra los generales fascistas".

El binomio Barrientos-Ovando no tardó en ocupar militarmente las minas, ahogar en sangre a los huelguistas, destruir las radio-emisoras, los locales sindicales y, prácticamente, erradicar a bala a las organizaciones obreras. Un anticipo digno del régimen de barbarie implantado, más tarde, por el general Hugo Banzer; no en vano, éste no se cansó de invocar a Barrientos como el inspirador de sus fechorías. No se ha analizado hasta ahora con la atención que merece la conducta francamente contrarrevolucionaria del lechinismo en esta coyuntura histórica, conducta que, desgraciadamente, se confunde con la línea seguida por el Comité Ejecutivo de la COB. No nos cansaremos de recalcar que no debe identificarse lo hecho y dicho por Lechin y su camarilla con la participación de las masas proletarias, sobre todo mineras, en el quehacer diario; más bien se constata con frecuencia inusitada la contradicción y el choque, tanto práctico como teórico, entre ambos extremos. Sin embargo, el lechinismo sigue siendo dirección sindical; esta aparente contradicción se explica por la existencia de una poderosa tendencia conservadora en los sindicatos, que casi por inercia tiende a ratificar a los dirigentes antiguos y conocidos, y porque en los congresos obreros los sectores atrasados son normalmente una mayoría con referencia a la vanguardia, que es la que está librando, desde hace tiempo, una titánica batalla contra el lechinismo y sus traiciones; sólo excepcionalmente, en los momentos de mayor agudeza de la lucha de clases, los sectores atrasados

marchan detrás de su avanzada y se sueldan con ella.

El lechinismo ayudó a domesticar a la COB en servicio directo del ala centrista del MNR en el poder, propició la candidatura presidencial y la victoria de Siles, quien asestó rudos golpes a los obreros y dividió a sus sindicatos, reiteró su adhesión incondicional a la marcha hacia el poder de V. Paz, conspiró y apoyó al fascista Barrientos, ayudando así a llegar al poder al carnicero de los explotados. En el "líder obrero" esta tortuosa conducta es toda una línea política: invariablemente lleva al poder a los representantes de la derecha nacionalista (encubrió el viraje derechista de Paz y conspiró con quienes representaban la exacerbación de las tendencias derechistas germinadas y crecidas dentro del MNR, es decir, le puso el hombro al fascismo, siempre disimulando sus trajines contrarrevolucionarios detrás del rótulo de "dirigente obrero"), prepara cuidadosamente el terreno para que actúen a sus anchas los verdugos de los trabajadores y cuando las masas se lanzan frontalmente contra sus opresores, entonces Lechin adopta, sin la menor autocrítica, sin dar explicación alguna, posiciones opositoras. El seguidismo del "líder" (necesariamente hay que entrecomillar el término) ha sido ya observado y no es suficiente para definirlo adecuadamente, aunque es lo que más se ve en él. Su conducta política sólo puede explicarse como resultado de sus profundas convicciones nacionalistas (el marxismo en él no pasa de ser un barniz para engañar a los tontos); partiendo de esta base, el oportunismo se tradujo en una línea en extremo zigzagueante entre los polos extremos del MNR. Esta práctica política se confunde con la contrarrevolución en la misma medida en que el nacionalismo pequeñoburgués ha caducado y se ha alineado junto al imperialismo y a la reacción criolla. Sería absurdo esperar que el lechinismo desarrolló una política revolucionaria o de indiscutible lealtad al movimiento obrero, su naturaleza contrarrevolucionaria, más que los defectos y ambiciones de sus líderes, no le permiten seguir ese camino.

El terror fascista desencadenado por el gobierno Barrientos demostró su ineficacia para contener la insurgencia multitudinaria de los obreros, aunque pudo, con relativa facilidad, concluir con los foquistas de Ñancahuazú. A comienzos de 1969, el antagonismo entre Barrientos y Ovando llegó a su punto más agudo, no pocos confiaban que este último era ya la alternativa política más atrayente y viable (grata al imperialismo norteamericano, desde luego) y el llamado a operar un giro democratizante en la política.

El general Barrientos era la ambición descomunal guiada por un cerebro desequilibrado, capaz de consumir los actos más sorprendentes a fin de resguardar su poder de mando y su puesto en la historia. Todos los días sorprendía al país con sus desplantes, en los que se mezclaban su indiscutible coraje y una ingenuidad casi infantil. Es viendo actuar cotidianamente al personaje (cuando no es posible evitar las respuestas espontáneas) que se lo conoce debidamente y no escuchando sus discursos encendidos o leyendo sus mensajes llenos "de conceptos modernos y progresistas", de "estilo elegante, cortado, severo, que plantea interesantes problemas y define posiciones" (comentario de "Presencia" al mensaje de Barrientos al ejército el 6 de diciembre de 1965). El orador y el firmante no eran más que el reflejo, si se quiere apasionado, de F. Diez de Medina, hábil en el manejo de las palabras y en la composición de frases, aunque totalmente insubstancial. El literato confiesa impudicamente este truco en "El general del Pueblo", en el que René Barrientos Ortuño es simplemente pretexto para que el servil y laureado pendolista se autodedicue impúdica y cínicamente exageradas alabanzas. Diez de Medina -atildado escritor, filósofo, politiquero lacayuno, etc.- estaba convencido de haber engendrado, al "general del pueblo", proeza de la que se dio modos para sacar buena tajada <sup>63</sup>.

Barrientos estaba seguro que su destino no era otro que el de convertirse en el caudillo americano de las grandes transformaciones y del aplastamiento de los comunistas, que lo que hacía en Bolivia era solamente un jalón en esta su accidentada marcha victoriosa. Seguro de estar iniciando un largo y nuevo período de la política continental, creía que su condición de gobernante de Bolivia no podía menos que prolongarse indefinidamente; a esta finalidad debían someterse la Constitución, los políticos, el ejército, etc. Ser sólo caudillo militar le parecía muy poco, precisaba saberse líder único de todo el país. Parece haber sido su preocupación permanente arrastrar detrás de sí a las pequeñas ambiciones y apetitos y, al mismo tiempo, aplastar a todo posible contender. Se declaró enemigo franco de Ovando, su competidor desde el primer día de la conspiración contra Víctor Paz.

Ya en el poder, inmediatamente se lanzó a estructurar su propio partido político, constituyendo, según Diez de Medina, una de sus grandes medidas. En diciembre de 1965 quedó estructurado el Frente de la Revolución Boliviana y en él se concentraban el PIR (Ricardo Anaya), el PRA (Wálter Guevara), el PSD (Alberto Crespo), el MPC (Bozo Alcócer) y los excombatientes (Angel Tellería). El 3 de julio de 1966

63.- Fernando Diez de Medina, "El general del Pueblo", La Paz, 1972.

se realizaron las elecciones presidenciales y en ellas el Gral. Barrientos, candidato del FRB, triunfó holgadamente con relación a los votos obtenidos por Mario Gutiérrez (FSB), Mario Diez de Medina (MNR-pazestensorista), Víctor Andrade (sector derechista del MNR) y Felipe Iñiguez del PC-Moscú.

Durante este período se organizó el Comité Democrático del Pueblo (MNR de izquierda, POR, PRIN, PC-Pequín, Espartaco), cuya finalidad central no era otra que dirigir a las masas en su lucha contra el gorilismo. Hasta ese momento fue uno de los intentos más importantes para materializar el frente de izquierdas, dentro de los lineamientos del frente antiimperialista. Inmediatamente el PC-Moscú, que permaneció al margen del CODEP, tanto por su sectarismo como por su enemistad con los maoistas, creó un frente fantasma paralelo, el FLIN. De esta manera los "comunistas" prestaron el mejor servicio a la reacción. Los castristas también boicotearon sistemáticamente al CODEP, que no pudo sobrevivir a la fobia antitrotskyista de los maoistas. El CODEP preparó y encabezó un mitin multitudinario el 9 de abril de 1966 y propugnó el voto en blanco en las elecciones presidenciales.

No puede dudarse que Barrientos poseía fibra de caudillo, que se puso en evidencia en su estrambótica conducta presidencial. "En pocos meses el candidato Barrientos cubrió más de 22.000 Km, visitando 1.300 pueblos y lugares abandonados. Durante su gira voló 110 horas en helicóptero, aterrizando en sitios donde jamás se había posado una máquina aérea. Es de imaginar la curiosidad y la admiración de los lugareños al ver descender del cielo al candidato, que llegaba con la doble aureola de intrépido aviador y general del pueblo" (Diez de Medina). Buscaba imponerse a propios y extraños con su presencia física y con sus actitudes arrolladoras. Se pasó casi todo el tiempo visitando, colocando piedras fundamentales, regalando cuadernitos y discurseando. Le interesaba más impresionar que gobernar. "Era un nuevo lenguaje de la impetuosa tradición política del país", nos dirá su inspirador y biógrafo.

La sangre obrera corrió a torrentes y, a pesar de esto, volvió a incorporarse pujante el sindicalismo, una y otra vez. Barrientos constituyó la expresión más sugerente del gorilismo, sobre todo porque mostró aristas populacheras y se planteó la necesidad de remodelar a las mayorías del país dentro de los intereses de la alta jerarquía castrense, entregada en alma y cuerpo al imperialismo. Su presencia en el escenario político se explica por su papel de verdugo del movimiento obrero organizado (sindicalismo), más que de los partidos de izquierda o del foquismo del Che. Apareció como político y se hizo gobernante antes de que asomase en el horizonte boliviano el peligro foquista, y era ya la respuesta contrarrevolucionaria e imperialista a la arremetida de las masas, particularmente de los mineros, que amenazaban con pasar por encima del gobierno nacionalista pequeño-burgués e instaurar su propio régimen. La propaganda oficialista y la inspirada por la derecha y los EEUU presentaron a los trabajadores y, sobre todo a los del subsuelo, como a los únicos responsables de los bajos índices de producción y de los altos costos en COMIBOL, etc. El malestar nacional, es decir, el malestar de la mayoría de la población, fue presentado como la obra diabólica de unos pocos que, en definitiva, resultaban ser privilegiados en medio del malestar de los más. De una manera general, las ciudades veían, con desconfianza y hasta con odio a las minas. Barrientos encarnó este estado de ánimo de grandes capas de la clase media y en los primeros momentos de su presidencia vio crecida su popularidad. Para cumplir su destino y su obra no podía limitarse a destruir físicamente el viejo edificio sindical, sino que debía intentar seriamente el reordenamiento del movimiento obrero, a fin de que concluyese siendo útil instrumento en sus manos. Los caciques del agro fueron utilizados como puntos de apoyo de esta operación. El gobernante se esmeró en dar basamento teórico a su actitud contrarrevolucionaria. En este aspecto es remarcable su mensaje a los trabajadores de 5 de octubre de 1966, pieza en la que define su concepción del nuevo sindicalismo, que según el general debía superar la obra destructora de los viejos caciques sindicales. Planteó la antítesis entre "sindicalismo de corrupción y sindicalismo responsable", es decir, obediente a los dictados gorilas. Exigió "sindicatos libres" de la influencia de las direcciones radicalizadas, pero siempre estrechamente dependientes del Palacio de Gobierno. El programa de destrucción y reordenamiento del movimiento obrero quedó sintetizado en la consigna central de la propaganda barrientista: "Con los obreros, sí. Con los demagogos, no". El advenimiento de los gobiernos contrarrevolucionarios y totalitarios, generalmente castrenses, planteó, una y otra vez, el problema del reordenamiento sindical dentro de los moldes gubernamentales, que necesariamente supone la sustitución de las leyes del trabajo por reglamentos especiales, destinados exclusivamente a estrangular a las organizaciones laborales. Es oportuno recordar el desconocimiento de los dirigentes sindicales, además de las persecuciones, encarcelamientos y asesinatos de líderes obreros y de simples trabajadores, y las reglamentaciones sindicales dictadas por Ballivián, Barrientos y Banzer.

Barrientos se consideraba el arquitecto de la victoria sobre el foco guerrillero y estaba seguro que

esta "victoria" proyectaba su figura política al plano continental. Cuando apareció en el Perú la junta militar presidida por Velasco Alvarado y la atención internacional se concentró en las primeras medidas nacionalistas que adoptó, los celos del presidente boliviano crecieron desmesuradamente. Algo tenía que hacer para seguir conservando su "prestigio". Dentro de las fronteras nacionales continuaba en pie la amenaza popular y la izquierda dio muestras de haberse recuperado en gran medida.

Algunas semanas antes del 1º de Mayo de 1969 circuló el persistente rumor en sentido de que para esa fecha el general Barrientos tenía decidido adoptar varias medidas radicales; se decía que se declararía dictador, que instauraría el socialismo, que, junto a la adopción de tajantes medidas de nacionalización, ajusticiaría a algunos centenares de izquierdistas, a fin de asegurar una larga e indiscutible "paz social", etc. En fin, todo esto sigue siendo materia de simples conjeturas, la muerte de nuestro personaje cerró una página más de la historia boliviana.

Barrientos no perdía de vista ni un solo instante a su enemigo más peligroso, el general Ovando, que astutamente se movía en las sombras. El caudillo había jurado que no permitiría que este último ingresase al Palacio Quemado. Ovando, que a la sazón se encontraba en EEUU, estaba seguro que la tragedia de Arque le dejaba expedito el camino del poder.

Siguiendo el canal constitucional, el vicepresidente Luis Adolfo Siles reemplazó a Barrientos. El inconfundible portavoz de la rosca ostentaba cierto barniz liberal. El hombre de derecho se dio modos para acomodarse a las arbitrariedades del general y supo disimular las continuas violaciones de la ley. Su breve gobierno (5 meses) no pudo liberarse del tremendo peso que significaba la herencia barrientista y menos del desproporcionado temor que despertaba la incesante conspiración de Ovando. Este último comprendió que habían fuerzas poderosas que estaban dispuestas a evitar su victoria en las anunciadas elecciones presidenciales de mayo de 1970, que, con tal finalidad prohijaron la candidatura del general Armando Escóbar, cuya popularidad crecía a diario. Siles hizo un gobierno inocuo, sin perfiles remarcables, si se tiene en cuenta las decisiones brutales de Barrientos. El diluido democratismo de Siles, fue más promesa que realidad.

El Alto Mando del ejército había permitido la sucesión legal y el general Ovando bajó la cabeza ante tal salida, porque estaba seguro de ser elegido "democráticamente" presidente de la república. No bien la jerarquía castrense se percató que asomaban en el horizonte político algunos peligros de que la solución del problema del poder pudiese darse al margen de ella, secundó activamente los trajines conspirativos de Ovando. El periodista Samuel Mendoza, profesional del anticomunismo y "ensayista" asalariado de las hojas imperialistas "Este y Oeste" y "Problemas del Comunismo", nos ofrece el siguiente testimonio: "Largas reuniones se realizaban en el Estado Mayor General de las FFAA, mientras el presidente esperaba día a día el "golpe" En ellas se discutía la forma en que el mandatario debía ser derrocado. Asesores militares y civiles planteaban la asonada"<sup>64</sup>.

El golpe militar contra el presidente Siles ostentaba como cobertura el "Mandato Revolucionario de las FFAA de la Nación Boliviana", que contenía 18 puntos de limitado alcance democrático-burgués. "Fieles a su misión fundamental de defender y conservar la independencia nacional, la seguridad, asegurando para la Nación su capacidad de realización y autodeterminación revolucionaria amenazadas por la reacción y la anarquía que intenta insensatamente un retroceso histórico o una aventura disolvente, resuelven asumir la responsabilidad de constituir un Poder Nacional y Revolucionario". Firmaron el mandato los generales: Juan José Tórres, César Ruiz Velarde, León Kolle Cueto, Rogelio Miranda, David Lafuente, Fernando Sattori, Contraalmirante Alberto Albarracín, Capitán Orlando Roca Castedo) y decidieron, a nombre del ejército, "encomendar al Gral. Alfredo Ovando Candia, por su probada posición revolucionaria, su ejemplar trayectoria militar y su experiencia y dotes de estadista la presidencia y organización de un gobierno revolucionario civil-militar que procure la unidad nacional y la integración de los trabajadores, campesinos, intelectuales y soldados, en la gran línea del nacionalismo económico, la justicia social y el desarrollo liberador".

Ovando llegó a ser co-presidente del gobierno que siguió al 4 de noviembre de 1964 y estuvo a la cabeza del ejército durante el período de brutal represión del movimiento obrero. Es, pues, en gran medida co-responsable de los actos del Gral. Barrientos. Si éste se distinguió por sus arranques temperamentales y su franqueza desconcertante, Ovando unió a su cobardía una enorme dosis de astucia. Algunos esperaban que Ovando continuase la línea política barrientista e incluso llevase a extremos insospechados los

64.- Samuel Mendoza, "Anarquía y caos", La Paz, 1973.

métodos fascistas de gobierno. Contrariamente, calibró y encarnó ajustadamente la necesidad de un viraje hacia la izquierda y la democratización, a fin de lograr la tan ansiada estabilización política, preocupación compartida por gobernantes, capitalistas y saqueadores extranjeros. El presidente Ovando definió el carácter del gobierno en su primer discurso: "Las FFAA han otorgado su mandato al gobierno civil-militar que presido, no para que ejerza el poder a la manera tradicional, sino para que realice una revolución profunda, que dé al pueblo participación efectiva en la realización de las metas de liberación nacional, desarrollo económico y justicia social". Lo que sigue es mucho más sugerente: "Convocamos pues a todo el pueblo de Bolivia para realizar una política exterior autónoma y una política interna de independencia económica, de industrialización y profundización de la reforma agraria, que construya las bases económicas de la liberación nacional".

Ovando dio pasos sumamente osados para diferenciarse del Gral. Barrientos y borrar su herencia. Entre las medidas atrevidas debe contarse la inclusión en su primer gabinete de los jóvenes nacionalistas de izquierda que en el pasado inmediato desarrollaron una batalladora oposición al gorilismo barrientista. Ovando debutó, pues, como gobernante de izquierda y las disposiciones que adoptó buscaban ganar la confianza de las masas y neutralizar a los partidos marxistas. Seguros de ser gobierno popular, los políticos ovandistas intentaron infructuosamente poner en pie a su propio partido, que se esperaba fuese más poderoso que toda la izquierda tradicional. Con todo, el ovandismo no pasó de ser la expresión gubernamental de los intereses de la burguesía nacional.

El 26 de setiembre de 1969 se derogó el tan vilipendiado Código del Petróleo Davenport, aprobado durante el gobierno del MNR y cuando la izquierda lechinista constituía la mayoría de un parlamento domesticado. El mencionado Código, que llevó al entreguismo a extremos insospechados, fue redactado por abogados norteamericanos e impuesto despóticamente el imperialismo. Los observadores más corruptos y cínicos no han podido ocultar su extrañeza porque, más tarde, Lechin considerase justo su apoyo al Código Davenport <sup>65</sup>. La derogatoria fue debidamente calculada para satisfacer la ansiedad popular: estaba fresco el recuerdo de las grandes movilizaciones contra la mentalidad entreguista de los movimientistas. Al amparo del Código Davenport, una gran parte del petróleo resultó en manos de la Gulf Oil y su recuperación fue lanzada como consigna central de la izquierda y de los nacionalistas. El gobierno Ovando decretó la estatización de las pertenencias de la empresa norteamericana, que entregaba como regalías al Estado un miserable 13 %.

Lo que dio en llamarse "apertura democrática" alcanzó su punto más alto con la derogatoria de la Ley de Seguridad del Estado y el restablecimiento de las garantías sindicales. La Ley de Seguridad del Estado, cuyo establecimiento, en 1965, fue una de las consecuencias de la aparición del foco guerrillero del Che, volverá a ser restablecido por Banzer el 12 de marzo de 1973.

Parece que Ovando descontaba que el prestigio de sus jóvenes colaboradores (unos, intelectuales pequeño burgueses y, otros, entroncados en las viejas familias rosqueras) y sus osadas medidas le permitirían convertirse en el árbitro indiscutido de la política, en el caudillo inigualado de las masas. Sobre el cadáver de Barrientos arengó a los campesinos y se hizo nombrar su "líder". Mas, esto no ocurrió, en ningún momento alcanzó a arrastrar políticamente a los trabajadores, aunque en un comienzo hubiese logrado neutralizarlos. Al general Ovando le faltó un fuerte apoyo social y político.. Los ministros dijeron, una y otra vez, que la fuerza y el poder estaban en el Palacio de Gobierno, pero que faltaba la correspondiente movilización de los explotados.

El fracaso político, por falta de apoyo popular, convirtió a Ovando en una ficha débil ante las poderosas presiones ejercitadas por la derecha militar. Rápidamente ejecutó un acentuado viraje hacia la derecha, lo que le obligó a deshacerse de sus colaboradores "izquierdistas" y a formular declaraciones anti-extremistas.

La derecha había doblegado a Ovando, pero la maniobra no le permitió a este último convertirse en el caudillo del ejército. El gorilismo asestó golpe tras golpe buscando el control total del poder. Pese a su habilidad, el general Ovando concluyó como pieza flotante de la política, perdió la confianza del ejército y de las masas. Ante el avance arrollador de la derecha gorila, utilizó como último recurso la convocatoria de un plebiscito a los generales y oficiales de alta graduación para que decidiesen el destino de la presidencia de la república. Al amanecer el 5 de octubre de 1970 se supo que por 317 votos contra 40

65.- J. A. Ramos, "Marxismo para latinoamericanos", Buenos Aires, 1973.

se le conminó a abandonar la presidencia.

El breve lapso de vigencia de las garantías democráticas permitió la reorganización de los sindicatos y que los obreros adoptasen posiciones ideológicas frente al acontecer político y, sobre todo, como respuesta a los problemas que planteaba la presencia del nacionalismo de contenido burgués.

El fracaso de Ovando, su total entrega al gorilismo castrense y su sometimiento al imperialismo, violentando así el "Mandato de las Fuerzas Armadas", constituyó una nueva prueba de la incapacidad de los movimientos nacionalistas de contenido burgués para realizar las tareas democráticas, lograr la liberación nacional y el advenimiento de una próspera sociedad capitalista, cuya expresión política sería la floreciente democracia burguesa.

## 15 CUARTO CONGRESO DE LA COB

La COB llegó a la crisis de 1964 totalmente desvinculada de las masas y débil en extremo como equipo de dirección. Los proletarios, sobre todo los mineros, se batieron heroicamente contra las medidas fascistas de los generales, pero lo hicieron al margen de la COB, ignorándola como dirección.

Como se ha visto, los sindicatos más poderosos (en primer lugar los mineros) respondieron a la descomunal represión creando sindicatos clandestinos, a fin de seguir oponiendo resistencia al gorilismo. La COB, si se hace excepción de algún caso excepcional, sencillamente desapareció del escenario hasta que soplaron vientos mejores.

La muerte de Barrientos, el interinato de Siles y la llegada de Ovando al poder, después de su golpe incruento, constituyen hitos en el viraje democratizante que se opera en el país. De esta manera se dieron las condiciones propicias para que el Comité Ejecutivo de la COB pudiese ser puesto en marcha nuevamente. La tendencia vitalizadora venía desde muy adentro, desde las organizaciones sindicales más grandes.

Es en estas condiciones que se realiza, en mayo de 1970, el IV congreso de la COB, después de 8 años de efectuado el tercero. Los congresos anteriores fueron organizados con paciencia por la burocracia, teniendo en cuenta el resguardo de sus propios intereses o la necesidad de justificar los vuelcos políticos de Lechin. El III congreso sirvió para visto bueno a la aproximación al gobierno de Víctor Paz. Contrariamente, el IV fue impuesto por un movimiento ascendente de masas, por un impetuoso despertar sindical. Son estas circunstancias las que explican la presencia en dicho evento de todas las tendencias políticas, al menos de las que actuaban en alguna forma en el seno de las masas, de la imposición de un régimen democrático en sus deliberaciones. El primer congreso fue totalmente controlado por el Comité Ejecutivo, estuvieron presentes sólo los adictos al oficialismo y a Lechin. El II y III permitieron mayor participación de los opositores, pero sólo en la medida en que esto interesaba a Lechin, colocado en difícil situación por la campaña de los grupos derechistas del MNR. El IV Congreso da la impresión de haber estado dirigido por los delegados de base, el Ejecutivo contó muy poco.

Este congreso, expresión de la insurgencia plebeya, se transformó, de manera casi mecánica, en tribunal que juzgó la conducta del lechinismo, El congreso minero de Siglo XX, reunido un año antes, no criticó a Lechin, porque éste se encontraba perseguido, aunque dejó sentadas las líneas maestras de la futura reunión de la COB. Se había ahondado desmesuradamente la diferenciación política entre las posiciones de Lechin, del nacionalismo en su conjunto, y los objetivos revolucionarios que fueron ganando a capas siempre más amplias del movimiento obrero. La vanguardia de los obreros plasmó la evolución de la clase en conclusiones teóricas; para el grueso de las masas este avance político pasaba necesariamente por el ajuste de cuentas con quien le había llevado por rutas extraviadas; las víctimas de ayer ocupaban los asientos de los jueces y estaban dispuestos a aplicar el tormento al delincuente. Eran los elementos rezagados los que creían llegada la hora de la acerba crítica, de la clara delimitación de posiciones; la vanguardia ya había hecho esta labor mucho antes, a partir de 1952, precisamente. No quedaba ni sombra del Lechin de antaño, que podía imponer despóticamente a las masas y a las asambleas sus caprichos; ahora, para conservar su puesto, se veía obligado a dar satisfacciones a los descontentos y recurrir a las más sucias maniobras. Fue colocado en el banquillo del acusado y obligado a escuchar durante cuatro horas las más tremendas acusaciones, mezcladas de insultos y gruesos adjetivos.

Pero, Lechin fue reelegido como Secretario Ejecutivo de la COB. También en los congresos obreros los delegados que apenas sobrepasan a las capas atrasadas de los sindicatos son importantes por su gran número; estos elementos se convierten en el eje natural de las maniobras de Lechin, centradas únicamente alrededor de la captura de la dirección. El contubernio fue sellado entre prinistas, nacionalistas del MNIR y ultraizquierdistas (chinos, MIR, foquistas, etc.) y de él salió una amorfa, desprestigiada e inoperante dirección cobista. El flamante Comité Ejecutivo aparecía dignamente representado por su Secretario General, el fabril Mercado, que debutó en La Habana jurando fidelidad a la revolución cubana y sus métodos y concluyó prometiendo fidelidad pública al gorila Banzer. A partir de este momento la COB no dirigió nada, fue mediatizada por el Comando Político, salido de su seno, y, más tarde, por la Asamblea Popular, de la que se convirtió en su columna vertebral.

Era tan grande la debilidad de Lechin que hasta sus propias criaturas se le rebelaron. Los nacionalistas, que eran dirigentes gracias a la repartija de puesto que hizo Lechin entre todos los que quisieron medrar a su sombra, comenzaron a actuar de manera independiente y hasta contra sus consignas; aquel creyó prudente pedir licencia indefinida de sus funciones de "máximo dirigente".

Una vez más se reedita la paradoja de muchos congresos obreros: las batallas ideológicas y políticas las ganaban los marxistas, particularmente los poristas, y cuando llegaba el momento de designar a los dirigentes, los lechinistas se daban modos para monopolizar los cargos, a veces sin permitir que ni siquiera por ahí asomasen los opositores. Durante la fijación de los objetivos, de la línea política, la vanguardia se imponía por su propio peso, Lechin y sus seguidores se limitaban a encogerse de hombros; la masa gris, muda y votante, aplastaba con su peso cuando se trataba de elegir a los ejecutivos. Los marxistas representaban una fuerza del porvenir.

Con todo, el IV congreso cobista ingresa a la historia social y política como hito remarcable en la marcha liberadora del proletariado. Sus conclusiones electrizaron a todo el país y permitieron la estructuración de una organización más elástica y amplia que ella, la Asamblea Popular, que abrió la lucha por el socialismo y por el gobierno obrero-campesino (dictadura del proletariado).

Ahora es posible ver en perspectiva todo el desarrollo del movimiento obrero boliviano, a partir de los años 40. El congreso minero de Pulacayo, uno de los puntos más elevados de la radicalización y combatividad de las masas, señala la estrategia propia de una clase que recobra su independencia política y sus consignas se proyectan más allá de 1952. El primer congreso de la COB (1954) -más no su constituyente- expresa la profunda oscilación operada por la clase hacia las posiciones nacionalistas y dentro de esta perspectiva se llega hasta el 2º. gobierno de Paz (III congreso). El IV congreso es, en gran medida, un reencuentro con la línea señalada en Pulacayo, el momento en el que los explotados abandonan francamente el nacionalismo y van en pos de su propia estrategia y de su propio gobierno.

El IV congreso inició sus deliberaciones en la sala principal del Palacio Legislativo el 1º. de mayo de 1970. Fue designado como su presidente el minero Víctor López, habiendo sido cooperado por Humberto Pabón, Mario Paz Soldán, Edmundo Casanova, Tito Maceda, Oscar Peña Franco, Domingo Arciénega, Manuel Ayllón, Rufina Pinto, Adolfo Quiroga Bonadona y Roberto Cuevas.

El informe del Comité Ejecutivo Nacional, redactado sin la participación de Lechin y al que se le quiso dar carácter de documento autocrítico, fue leído por Daniel Saravia y Orlando Capriles. Se pasó revista, ciertamente que de manera interesada e incurriendo en falsificaciones, a la actuación de la dirección obrera a partir del 9 de abril de 1952.

Se comenzó justificando el co-gobierno con el argumento de que pudo haber sido el comienzo de la toma del poder por la clase obrera y que era el resultado de la dualidad de poderes. Este capítulo rezuma la impúdica autoalabanza de quienes teorizaron y practicaron la alianza entre el lechinismo y el centro del MNR. El error y la impostura radicaban en que mañosamente se confundió a la izquierda del partido de gobierno (izquierda con referencia a las posiciones francamente derechistas y reaccionarias de Siles y a las posturas oscilantes y oportunistas de V. Paz) con la clase obrera y con su partido político. La dirección cobista, que tantas pruebas dio de su temor a la autocrítica, se vio fuertemente atacada de ministerialismo, que en los primeros momentos pareció fortalecerla, esto porque permitió crear una camarilla obediente a los dictados del poderoso Lechin, y que concluyó minándola internamente y aislándola paulatinamente de los explotados.

La burocracia cobista, como parte integrante del MNR, pese a la evidencia de sus choques con los otros

sectores oficialistas y su oposición circunstancial a determinados regímenes movimientistas, no se apartó de la política general del gobierno en ninguno de sus aspectos ni siquiera de los más reaccionarios. La estabilización monetaria, impuesta por el FMI, como acertadamente reconoce el informe, se convirtió en un problema fundamental para el movimiento obrero. El lechinismo comenzó apuntalándolo y pasó a la oposición sólo cuando se hicieron evidentes las protestas de los trabajadores ante sus efectos contraproducentes. Se trataba de la muestra de una política invariable: participar y comprometerse en las medidas del gobierno, para luego, cuando la presión de las masas amenazaba con hacer estallar el mecanismo de control sobre ellas, intentar introducir reformas que en alguna forma pudiesen satisfacer las demandas obreras. Muchos atribuyen este fenómeno a la bellaquería y oportunismo de Lechin y de sus amigos; tiene, en realidad, raíces más profundas: el lechinismo, hoy como ayer, actúa como quinta columna del movimientismo en el seno de la clase obrera y no como la expresión consciente de los intereses históricos de ésta. El nacionalismo, como cualquier otra política extraña al proletariado, ha dado muestras de limitar su prédica a los intereses puramente inmediatos de los trabajadores. Defendiendo mejores salarios, el lechinismo ha podido siempre -buscando, al mismo tiempo, poner a salvo su carácter obrerista- pactar con los diversos grupos movimientistas e inclusive con los políticos francamente derechistas. Este oportunismo ha sido presentado como la prueba más elevada de una extraordinaria habilidad política.

Se sostiene que el II congreso cobista (1957) giró alrededor de la lucha contra la estabilización monetaria y se habla de la traición de algunos dirigentes que apoyaron el plan Eder y se convirtieron en portavoces del silismo, empeñado en dividir a los sindicatos a través del Bloque Reestructurados. Lo que no se dice es que la burocracia sindical fue internamente minada por la corrupción, consecuencia de su proximidad a las cumbres gobernantes, y que concluyó casi naturalmente escisionada, como consecuencia de las fricciones y ruptura en las altas cumbres del MNR. El derechista Siles pudo rápidamente estructurar su propio sector obrero y dotarle de una "teoría" sindical muy peculiar. El fracaso de la huelga general y el que el presidente de la república pudiese hacer retroceder a los sindicatos con su anunciada huelga de hambre, son pruebas del hundimiento del lechinismo como sector de oposición al gobierno. La necesaria autocritica fue reemplazada por ataques a los partidos de izquierda, a quienes se los consideraba responsables de todos los fracasos.

El III Congreso (1962) pretendió inútilmente sellar la unidad del movimiento obrero y, conforme dice el informe, se limitó a aprobar una plataforma de reivindicaciones que se suponía consultaba las aspiraciones de todos los sectores (consolidación de la nacionalización de minas y de YPFB, complementación de la reforma agraria, rebaja de los precios de las mercancías, envío de comisiones a los países socialistas para la tramitación de préstamos, mejoras salariales y solución de los problemas de la desocupación y de la vivienda, relaciones diplomáticas con todos los países, particularmente con los socialistas, creación de un pool latinoamericano de materias primas).

En noviembre de 1963 la COB suspendió toda reunión para evitar la profundización del divisionismo.

El XII congreso minero de Colquiri fue el escenario de la lucha del lechinismo contra el gobierno; mas, los informantes se cuidan de añadir que en esa reunión comenzó el franco viraje de la dirección burocratizada hacia las posiciones sostenidas por los sectores golpistas del ejército.

La conclusión de que en el año 1963 ya no había régimen revolucionario es por demás antojadiza y guarda relación con la caída en desgracia de la burocracia sindical lechinista, que fue expulsada del MNR y se vio empujada a convertirse en PRIN. Los amigos de Lechin consideran este hecho como decisivo para el curso del proceso revolucionario y para probar su aserto enumeran, entre otros, los siguientes hechos notables: constitución, por acción del gobierno, de organismos divisionistas con el nombre de COBUR y teniendo como base a los ferroviarios, lo que determinó que en 1964 se tuviese un movimiento obrero totalmente escisionado, liquidación del control obrero por decreto; asalto a los organismos locales obreros; intento de imponer el impuesto predial rústico, que motivó una enérgica e inmediata respuesta de los campesinos. La burocracia cobista, por ser parte integrante del nacionalismo pequeñoburgués, no comprendió que el MNR no podía escapar de una de las leyes ineluctables de la revolución en los países atrasados: la burguesía nacional puede momentáneamente colocarse a la cabeza de las movilizaciones masivas, pero cuando el proletariado cobra su propia fisonomía y enarbola su política de clase, la dirección burguesa se desplaza hacia las posiciones imperialistas, a fin de lograr la suficiente ayuda del enemigo foráneo que le permita aplastar a las masas subvertidas. Este ciclo estaba siendo cumplido a cabalidad por el MNR y la burocracia lechinista resultó una de sus víctimas.



El gobierno al atacar a fondo a la clase obrera (el 13 de agosto fue rota una manifestación obrera y quedaron interrumpidas las relaciones diplomáticas con Cuba; el segundo semestre de 1963 se caracterizó por acciones contra el gobierno, siendo una de sus expresiones más visibles la huelga de maestros) asestaba rudos golpes al lechinismo, que maliciosamente fue presentado como el autor de todos los actos de resistencia de las masas.

La burocracia sindical nadaba en dos corrientes: hablaba de apego a las acciones puramente gremialistas y aparecía implicada en posturas y definiciones inconfundiblemente políticas. Tiene que llamar a reflexión que íntegramente todo el equipo sindical lechinista (formado por cuadros tradicionalmente obreros y por elementos radicalizados de la pequeñaburguesía, que se sumaron al MNR por oportunismo) se hubiese perdido en los vericuetos del nacionalismo de contenido burgués. Cuando una parte de él se rebeló contra Lechin fue para aproximarse, directa o indirectamente, a los gobiernos de turno; algunos, antes de llegar a esa meta, pasaron previamente por el PS, cuya falta de una clara definición revolucionaria permitía las actitudes más dudosas; cuando el PS intentó seriamente adoptar una línea revolucionaria, los ex-lechinistas rápidamente se ubicaron en la trinchera pro gorila. Este hecho se debió seguramente a dos factores: a) al descomunal grado de corrupción de la burocracia, que existía luchando estrechamente por sus intereses limitadamente personales y b) a que la dirección revolucionaria no ofreciese la alternativa de una próxima y segura victoria. Sólo durante el breve tiempo del funcionamiento de la Asamblea Popular, la burocracia lechinista se esforzó por mimetizarse en medio de las masas que marchaban hacia la conquista del poder político. Después de 1978 el PRIN había desaparecido prácticamente, pulverizado en un sinnúmero de fracciones.

El informe del CEN dice que en 1964 la dirección cobista propugnó, como respuesta a la línea derechista de V. Paz, la estructuración del Frente de Liberación Nacional y de un Congreso del Pueblo, que, conforme se recalca, no debía ser político. Estos llamados, que ni en la intención ni en los hechos pasaron de ser meros tanteos, no encontraron eco y los proyectos cobistas se diluyeron en la nada sin dejar la menor huella. Las masas comenzaban a marchar por canales diferentes a los cobistas y el lechinistas, estos últimos políticamente obsoletos, ya no tenían posibilidades de arrastrar detrás de sí a la izquierda radicalizada y a las masas.

Paz, dueño del poder, modificó la Constitución para imprimir un sello de legalidad a su reelección y montó con tal fin, aprovechando a fondo los recursos estatales, un monstruoso aparato político. La burocracia cobista, como era ya tradicional, se dedicó a corear las decisiones personales que adoptó Lechin, que juntamente con Siles escogieron el camino de la huelga de hambre para poner atajo al continuismo del jefe del MNR. Si el Secretario Ejecutivo de la COB actuaba como un simple franco tirador, ¿dónde estaban las masas? El abismo político entre el "líder" minero y las bases sindicales se había profundizado enormemente, al extremo de que aquel tenía que recurrir a la espectacularidad pequeñoburguesa para recobrar su perdida popularidad.

El informe demuestra, sin que haya lugar a la menor duda y esto porque se trata de confesión de parte, que la burocracia lechinista conoció, discutió y se sumó a la conspiración contrarrevolucionaria timoneada por el dúo Barrientos-Ovando. A ese objetivo reaccionario, antiobrero y antinacional le conducía su repulsa, desde la derecha, a la política de Paz. En cierto momento los lechinistas parecían confundirse con las masas y reciamente se movilizaban contra la conducta derechista y proimperialista del jefe movimientista y también contra la alta jerarquía castrense que aparecía como la expresión más acabada de esa línea reaccionaria. La verdad es que la marcha de los explotados seguía una dirección totalmente opuesta, como se demostró bien pronto, a la que había escogido la burocracia lechinista y que no era otra que el contubernio con los generales gorilas. La consigna de la "unidad con el pueblo" contra Paz encubría el entendimiento ya sellado entre los fascistas y Lechin. Aquí está ausente la autocrítica y se identifican abusivamente las oscilaciones de la burocracia con los objetivos del proletariado. Los trabajadores buscaban superar al gobierno movimientista, incluida la alta jerarquía militar, para ir a la instauración del gobierno de obreros y campesinos, conforme se demostró con la puesta en pie de la Asamblea Popular. La burocracia sindical no deseaba la profunda movilización de las masas y buscaba que éstas se limitasen a apuntalar al gobierno castrense, programa que se materializó con la formación del Comité Revolucionario del Pueblo, estructurado para prestar apoyo civil a los generales victoriosos. El informe no señala el error y menos se detiene a explicar sus causas.

En noviembre de 1964, los obreros mineros marcharon sobre Oruro, pero fueron arrinconados por el ejército. A Lechin no le interesó ese cambio de la situación política y continuó conspirando junto a los

gorilas. Los trabajadores rápidamente se orientaron a fortalecer sus posiciones para continuar el ataque contra la reacción, mientras el lechinismo vivía su luna de miel con los gorilas.

Es sólo cuando la burocracia cobista se dio cuenta que los generales le cerraron el camino del poder (Lechin fue recibido con descargas de ametralladoras cuando intentó ingresar al Palacio de Gobierno), que comienza a formular reclamaciones, animado de la creencia de que los gobernantes estaban llanos a dialogar y entrar en componendas con ella. El 1º. de diciembre de 1964 estalla un conflicto sindical con el gobierno acerca del nombramiento de los representantes obreros ante la CNSS. La COB entrega a los gorilas un pliego de reivindicaciones de 38 puntos. Se podría pensar que esta actitud formaba parte de la lucha contra los dueños del poder, lo cierto es que por este camino se buscaba un entendimiento (la burocracia suponía que era a través del diálogo) con los gorilas. Esta plataforma sirvió de base para la conclusión de pactos intersindicales con quienes tenían conflictos con las autoridades y los patrones.

El 16 de mayo de 1965 fue apresado Lechin, hasta la víspera ardiente colaborador y admirador del Gral. Barrientos. La burocracia no alcanzó a darse cuenta que el gobierno castrense había decidido pasar al ataque frontal contra el movimiento obrero, a fin de poder destruirlo físicamente (así se ponía en evidencia que la acentuación de las tendencias derechistas conducía a la adopción de métodos fascistas de gobierno), y que el período del diálogo había sido dejado atrás, como rasgo diferencial de los gobiernos civiles movimientistas. Esta incompreensión de las nuevas características de la situación política era la consecuencia de la incapacidad para encontrar las raíces del colaboracionismo con la derecha castrense y de haber considerado que la táctica que condujo al 4 de noviembre de 1964 era justa en sus líneas generales.

El fracaso de la huelga general de mayo de 1965, una respuesta casi mecánica a la provocación gubernamental, no hizo más que confirmar la quiebra total de la dirección cobista, que frente a la brutal represión se dispersó y ocultó la cabeza, desorientada ante un fenómeno que no alcanzaba a comprender en toda su amplitud. Las bases obreras y los cuadros dirigentes que estaban marginados de las altas cumbres cobistas respondieron atinadamente poniendo en pie el sindicalismo clandestino, uno de los mayores aciertos en las luchas sociales de los últimos tiempos. La plana mayor cobista no estuvo a la altura de esta nueva manifestación del indomable espíritu de lucha del proletariado.

En agosto de 1966, el PDC, para justificar su oportunista apoyo al gorilismo y su integración en el equipo gubernamental, desarrolló la teoría de que, desde dentro, reformaría al barrientismo, que lo suponía popular, convirtiéndolo en un movimiento obrerista. La burocracia lechinista dio crédito al despropósito y con entusiasmo se lanzó a la tramitación legal de los pliegos de peticiones. Las federaciones y sindicatos de base estaban seguros que ni la presencia de los populacheros demócrata-cristianos en el gobierno ni la dirección de la COB constituían garantía suficiente para la defensa de sus intereses inmediatos, lo que les impulsó a estructurar el Comité de Defensa de los Derechos Obreros, creado aprovechando la coyuntura abierta por el conflicto de los bancarios.

La dirección lechinista no ofreció a las masas ninguna perspectiva ante el creciente malestar social y la indiscutible agudización de la resistencia popular a las medidas antiobreras del gobierno. En las cumbres castrenses, indiscutiblemente vinculadas con los organismos imperialistas, se fraguó el golpe de Estado timoneado por el general Ovando.

Los ataques de gran número de congresistas estuvieron dirigidos contra Lechin, la cabeza más visible de la burocracia cobista y de la tendencia que se esforzaba por preservar la integridad física del nacionalismo pequeñoburgués, encubriéndose con fraseología izquierdizante. Lechin se confesó ante el congreso y lo hizo acentuando deliberadamente su cinismo. Más que autocrítica fue afirmación de sus errores y de su tradicional conducta; aunque a menudo decía que se había equivocado en cuestiones secundarias, sus palabras buscaban poner de relieve lo que él consideraban como un acierto de la línea general de su política. Su confesión demostró, una vez más, que el lechinismo, incapaz de superar las posiciones nacionalistas para soldarse con la perspectiva histórica del proletariado, sólo podía sobrevivir convertido en aditamento obrerista de un partido condenado a capitular ante el imperialismo y la reacción criolla.

Si sólo se tuviese en cuenta la justificación de Lechin del partido policlasista en un país atrasado y del cogobierno, tendríamos que concluir que nos encontramos frente a la reiteración de un lugar común; muchas de sus expresiones nos permiten descubrir la raíz misma de su pensamiento, inconfundiblemente diferente de la ideología revolucionaria del proletariado. Sostuvo que el cogobierno nació ya antes del

12 de abril de 1952 (fecha en la que Butrón y Lechin, a nombre de la COB, se integraron al equipo ministerial), como el resultado de todo el proceso anterior y como la única respuesta justa a la realidad boliviana, caracterizada por la presencia de un proletariado débil e inculto y por la ausencia del ejército. Para Lechin no existía el problema de quién dirige en un partido policlasista, que se le antoja que es el único que puede tener porvenir en un país sometido a la opresión imperialista, porque ya lo da por resuelto. Un proletariado "débil e inculto" no puede aspirar a ser dirección política del proceso revolucionario, sólo puede cumplir la misión de actuar como fuerza propulsora de las transformaciones, claro está que bajo la dirección de la inteligencia pequeñoburguesa (esta conclusión es sugerida antes que planteada de manera clara y terminante). Para un partido policlasista lo ideal es el cogobierno, en la medida en que permite a la clase obrera intervenir, aunque no decidir, en el manejo gubernamental, siempre bajo la orientación dada por la inteligencia. Para el lechinismo no se daba la perspectiva del gobierno obrero, sino simplemente el convertir en ministros del régimen movimientista a algunos líderes sindicales. Es esta concepción política la que explica los contradictorios vaivenes de la burocracia sindical.

El lechinismo fue, en cierto momento, el único poder y siéndolo se convirtió voluntariamente en sostén de Paz. Observando dentro de la perspectiva histórica, se puede decir que su error capital consistió en no haber tomado el poder y desplazado a Paz durante su primera presidencia. Esto era imposible porque políticamente el lechinismo no se orientaba hacia tal finalidad. Posteriormente fue perdiendo toda su fuerza e influencia.

La clase obrera luchó tercamente por la nacionalización de las minas y, de manera progresiva, delimitando sus contornos: no pago de indemnización y control obrero. Lechin y Butrón actuaron conscientemente contra esta orientación y el primero pretendió justificar su conducta con el argumento de que no podía en otra forma debido a la presión norteamericana y citó en su favor el ejemplo de la revolución mejicana, olvidando que Toro expulsó a la Standard Oil sin reconocer ninguna indemnización. Para poner a salvo su radicalismo dijo que no se pagó ninguna indemnización a los ex-barones del estaño mientras él fue ministro de Minas, como si esto tuviese alguna importancia frente a la evidencia de que la COMIBOL no tuvo más remedio, finalmente, que saldar sus cuentas con la ex-gran minería.

Cuando Lechin cumplía las funciones de presidente del Congreso, la izquierda movimientista en masa votó en favor del Código Davenport, para hacer posible la entrega del petróleo a los consorcios imperialistas, perjudicando así seriamente a YPF. Esta inconducta no es del todo sorprendente si se tiene en cuenta que el lechinismo no pudo escapar a la impotencia del MNR frente a la metrópoli imperialista; su actitud progresista se limitó al logro de mejores condiciones para la entrega de las riquezas naturales del país. El jefe del PRIN no se arrepintió de lo que hizo y sostuvo que no se podía obrar de otra manera si se quería saber si había o no petróleo en el suelo boliviano, esto porque el Estado era muy pobre para poder realizar sus propias exploraciones. Se repitió, en su esencia, esta misma argumentación cuando se trató de explicar por qué la izquierda movimientista se convirtió en uno de los pilares del Plan Triangular: para salvar las minas y al mismo movimiento obrero (no se pagaban con regularidad los salarios) no había más camino que abandonarse en brazos del capital financiero. Ciertamente que no todos los objetivos de la Triangular no pudieron ser cumplidos y esto permitió que tardíamente él lechinismo denunciase esas faltas y las utilizase para fines demagógicos.

El régimen movimientista, contando con la complicidad de la izquierda (lo que le permitiría abrigar la esperanza de controlar a los obreros), no se limitó a entregar el país a la voracidad imperialista, sino que consumió actos realmente vergonzosos. Un heredero de Simón I. Patiño, interesado en divorciarse, logró que el parlamento boliviano aprobase una ley cortada a su medida. La izquierda lechinista votó en bloque en favor del proyecto respectivo. Paz, demostrando tener un poco más de pudor que los "izquierdistas", vetó la vergonzosa ley, pero el congreso rechazó el veto. El precio de este sucio servicio fue el préstamo de 5.000.000 \$us, que, por otra parte, no llegó a efectivizarse.

Cuando alguien le recordó a Lechin su viaje -para muchos inesperado- a Formosa, Lechin respondió que también estuvo en EEUU, Roma, etc., como parte de un trabajo destinado a mantener relaciones diplomáticas con todos los países del mundo. Esta actividad no fue tan inocente y su verdadera motivación radicó en la necesidad que sentía el dirigente obrero de ganar la confianza del imperialismo para poder gobernar a Bolivia, de hacer olvidar su pasado "extremista".

Su paso por la vicepresidencia de la república se distinguió por su esterilidad, estéril ha sido casi toda su larga existencia. La explicación dada por él es por demás pueril: el vicepresidente -dijo- es la quinta

rueda del carro gubernamental.

El primer deber del dirigente obrero y sobre todo del revolucionario, consiste en pelear cotidianamente junto a los explotados, lo que impone la necesaria permanencia en el país. Los vaivenes políticos convirtieron a Lechin en embajador en Roma y cuando se le hizo notar que de esa manera se convirtió en dirigente pagado y relegado, sólo atinó a responder que todo se reducía a tres meses de vida diplomática. Que sepamos, el "revolucionario" obrerista no aprovechó en momento alguno su paso por la embajada de Roma para realizar trabajos revolucionarios, se limitó a vivir la muelle existencia que es común a los diplomáticos burgueses.

Lechin observó la conducta propia del caudillo que se aprovecha del movimiento de masas para beneficiarse personalmente y no fue el soldado, el militante de la clase, cuyas aspiraciones se confunden con los grandes objetivos de los explotados. En la sesión de autocrítica dio una muestra de su "desprendimiento": su rechazo a postular a la presidencia de la república. Si observamos el problema desde el punto de vista de los intereses del proletariado, ese desprendimiento (que lo es únicamente con referencia a la estrechez individualista) supondría que la clase renuncia a tomar el poder, lo que ciertamente es absurdo.

El dirigente obrero no siempre se mostró exacto en sus apreciaciones, inclusive en aquellas estrechamente relacionadas con el movimiento sindical. Dijo que la clase obrera estuvo contra Paz desde 1961. Si consideramos a este político como la expresión del MNR, lo correcto sería decir que desde mucho antes de 1956 los obreros ya se apartaron de la dirección movimientista. Lo absolutamente falso y pretencioso en él fue su afán de presentarse como portavoz de los obreros, cuando en los hechos demostró que se limitó a actuar a la cola de éstos.

La vergonzosa actuación de Lechin en noviembre de 1964 pareció inspirarse en el deseo de evitar el gobierno obrero. Dijo que sólo así se pudo actuar, porque el mecanismo de la toma del poder se encontraba en manos del ejército. Claro que en esta ocasión se cuidó mucho de repetir sus argumentos en sentido de que los nuevos militares estaban totalmente al servicio del país y de los trabajadores, etc.

En la persona de Lechin, el verdadero acusado era el nacionalismo de contenido burgués y es a éste al que juzgó la clase obrera en largas y vehementes reuniones. Por otro lado, la agria polémica no era más que consecuencia de una profunda diferenciación política entre el proletariado, que vivía una etapa de radicalización, y la dirección nacionalista ya suficientemente agotada como posible dirección política de las masas subvertidas.

La llamada Tesis Política del IV congreso de la COB no es otra cosa que el documento aprobado por el XIV congreso de la FSTMB, con pequeñas variantes de forma. Llegó hasta el congreso cobista como la posición de los mineros y fue materialmente impuesta como tal. En Siglo XX nació de la ciclópea disputa entablada entre las tendencias poristas y pecistas, tradicionalmente antagónicas también en Bolivia. El documento lleva las huellas de la batallar es indiscutible su hibridismo, el cuerpo fundamental aparece afeado por remiendos no muy adecuados. Curiosamente, en el congreso de la COB apareció defendida tanto por poristas como por pecistas, así quedó sellado un acuerdo de hecho, que se prolongará hasta la época de la Asamblea Popular y los primeros momentos del FRA. Sería ingenuo sostener que este bloque se debió exclusivamente a la circunstancia de que la Tesis resultó aprobada por el congreso minero, sector éste al que pertenecían los principales protagonistas. Más tarde se han dado casos en los que le PCB ha atacado documentos aprobados por el Sindicato de Siglo XX, sobre todo por su inconfundible filiación porista. En 1970 se acentuó desmesuradamente el desplazamiento de los "comunistas" hasta posiciones izquierdistas, debido a la poderosa presión que sobre el PCB ejercitaron las masas movilizadas. Con todo, sólo se trataba de un episodio en la carrera contrarrevolucionaria del stalinismo.

Los documentos programáticos sindicales de la misma manera que los políticos, llevan impresas las huellas de la época de su nacimiento. No pueden concebirse como una antología de generalizaciones o de verdades indiscutibles; contrariamente, están obligados a responder a los requerimientos del momento y a las preguntas que inquietan a las masas. La Tesis Política de la COB se plantea y resuelve el problema de la actitud del proletariado frente a los movimientos y gobiernos nacionalistas de contenido burgués. Es al resolver esta cuestión que la respuesta se da dentro del marco de la teoría de la revolución permanente.

En la resolución del congreso que aprueba el documento se da a éste el carácter imperativo para los dirigentes de la COB y dice: "Aprobar la siguiente 'Tesis Política de la COB, que constituye mandato

obrero imperativo al que deberán sujetarse en su actividad los dirigentes de la COB, cualquiera sea su condición, bajo pena de proceso por el ampliado de la organización". Esta declaración debe entenderse como el producto de la decisión de obligar a los ejecutivos, particularmente a Lechin, acostumbrado a cubrir sus volteretas con el nombre de la central de los trabajadores, a someterse a las decisiones del congreso y a actuar en el plano político y sindical conforme a la línea que acababa de ser aprobada. En los acontecimientos posteriores, Lechin y otros dirigentes han tenido actitudes contrarias a la Tesis Política del IV Congreso y nadie se ha acordado de procesarlos.

El documento que resumimos está constituido de un preámbulo y seis capítulos y ostenta un título que resume toda la línea que le imprimieron sus autores: "Unidad revolucionaria contra el imperialismo para forjar una Bolivia socialista".

El preámbulo dice: "Los trabajadores proclamamos que nuestra misión histórica, en el presente momento, es aplastar al imperialismo y a sus sirvientes nativos. Proclamamos que nuestra misión es la lucha por el socialismo. Proclamamos que el proletariado es el núcleo revolucionario por excelencia de los trabajadores bolivianos. Asumimos el papel dirigente de la revolución como genuinos representantes de los intereses nacionales. La alianza de obreros y campesinos con la gente pobre de las ciudades y con todas las fuerzas antiimperialistas es la garantía de la victoria".

Lo transcrito demuestra, en un momento en que la fiebre por el nacionalismo pequeñoburgués no se había disipado del todo, que los obreros estaban decididos a pasar por encima de él y abrir la perspectiva del socialismo, de actuar como dirección política de los explotados. Hasta aquí esas conclusiones bien podían ser suscritas por el POR; sin embargo, los stalinistas lograron incrustar un breve aditamento (la gota de alquitrán en el tonel de miel): "Y con todas las fuerzas antiimperialistas", que bien puede prestarse a equívocos (¿quién no se declara políticamente antiimperialista?) y deja abiertas las 'puertas al propio nacionalismo, desahuciado por la parte fundamental de la tesis.

El primer capítulo, que es el fundamental, define la actitud que debe asumir el proletariado frente a los "procesos democráticos", es decir, al nacionalismo en el poder y en el llano. Se comienza señalando que el "desarrollo integral y armónico (de Bolivia y de los países atrasados en general)", sólo puede darse "por la vía socialista", lo que importa desahuciar todas las variantes del "desarrollismo", a cuyas doctrinas se habían adscrito varios ministros jóvenes del astuto Ovando, que en ese momento vivía sus breves días de radicalismo.

Seguidamente se fija la viga maestra de todo el edificio programático y que no es otra cosa que la síntesis de la teoría de la revolución permanente, es decir, de las leyes de la revolución de nuestra época en los países atrasados: "Las tareas democráticas, que ciertamente no pueden ser ignoradas, para realizarse en forma plena precisan que el proletariado se convierta en dueño del poder político, como portavoz de la nación oprimida, de nuestros hermanos campesinos y de la población pobre de las ciudades". De esta manera clara y terminante, el proletariado se diferenciaba, en sus perspectivas, del nacionalismo en el poder y de toda la concepción de la revolución que había sido formulada por el MNR; abría sus propias perspectivas y a la independencia política de la clase le daba un programa inconfundiblemente revolucionario. Esta definición obligaba a los revolucionarios de todas las latitudes a sumarse a los planteamientos que se hacían en Bolivia. Su trascendencia radica en el momento en que fue hecha: la marcha ascendente del nacionalismo, a través de realizaciones que implicaban fricciones y choques con el imperialismo (nacionalización de la Gulf Oil, concesión de limitadas garantías para el desenvolvimiento de la vida sindical, retiro de las tropas del ejército de las minas, etc.), actitudes que no podían menos que impresionar a grandes sectores de la clase obrera. El nacionalismo en general y el gobierno Ovando, en particular, son desahuciados de una manera tajante y que no ofrece la menor duda: "El proceso de tipo democrático-burgués que estamos viviendo no tiene posibilidades de mantenerse indefinidamente como tal. Se transforma en socialista mediante la toma del poder por la clase obrera o fracasa". El PCB al haber apuntalado esta tesis de la dictadura del proletariado en Bolivia y al no haber defendido el carácter "progresista" del nacionalismo y del gobierno Ovando, violentó sus ideas programáticas y su práctica diaria (la revolución democrático burguesa como etapa previa al socialismo, el carácter progresista de los gobiernos nacionalistas y la necesidad de apoyarlos públicamente, tal fue la actitud que asumió el stalinismo en el Perú y la Argentina, por ejemplo). Es claro que esta postura, ciertamente que demagógica y temporal, no podía favorecerle, lo que hacía era favorecer las posiciones del trotskismo. La conclusión mencionada se la repite una y otra vez: "No existe ninguna razón valedera para que los trabajadores y el pueblo se hagan ilusiones sobre el actual gobierno. Estamos seguros de

que el curso democrático abierto y las medidas progresistas adoptadas por el gobierno, sólo podrán triunfar a condición de que tal proceso pase a manos del proletariado. Únicamente por este camino las tareas nacionales serán transformadas en socialistas, permitiendo a Bolivia convertirse en una sociedad altamente industrializada en beneficio directo del pueblo". Se decía esto después de constatar que un "grupo de militares y civiles, que se autodenominan 'nacionalistas revolucionarios', levantan banderas democráticas... " y que este "nuevo proceso democrático y nacionalista, que se ha traducido en la nacionalización de la empresa imperialista Gulf Oil, en el monopolio de exportación de minerales por el Banco Minero, en la apertura de relaciones con varios países socialistas, en la vigencia de ilimitadas libertades sindicales y otras medidas menores... " Una serie de grupos y de 'teóricos', partían de estas realizaciones para concluir que el desarrollo del nacionalismo, sobre todo si se lograba ejercer sobre él la presión poderosa de la clase obrera (esa era la tesis tradicional del stalinismo), concluiría llevándonos al socialismo o a un régimen que sería su antesala." Los obreros llegaban a una conclusión opuesta después de analizar la experiencia de todas las revoluciones nacionalistas del pasado, que, invariablemente, trataron de realizar las tareas democráticas, debutaron como regímenes furiosamente antiimperialistas y concluyeron de hinojos ante el amo extranjero, aliándose con éste para aplastar a las masas del país. Esta era una ley inexorable que presidía y preside los experimentos nacionalistas.

Los intelectuales pequeñoburgueses se consolaban al comprobar que los regímenes nacionalistas realizaban su obra y por esto se sumaron entusiastas a ellos; los obreros siguieron un camino diferente: "mantener nuestra independencia de clase, desde el momento en que dichos procesos no resuelven el problema nacional y menos las contradicciones de nuestra sociedad. La táctica de la clase obrera es entroncarlos con la estrategia final del socialismo. Nuestro objetivo es el socialismo y nuestro método para alcanzar dicha finalidad histórica es la revolución social que nos permitirá transformar el proceso nacionalista en socialista".

El capítulo II está dedicado a analizar la relación entre socialismo y capitalismo de Estado, este último estaba de moda y formaba parte del lenguaje de algunos ministros, que sostenían que por ese camino ("modelo nacional del capitalismo de Estado") llegaríamos a efectivizar la liberación nacional.

Los obreros denuncian que el tan pregonado antiimperialismo de los sectores nacionalistas y pequeñoburgueses no pasa de ser "un antiimperialismo de mercaderes", que se limita a buscar mejores precios para las materias primas y mejor trato para las colonias por parte de la metrópoli.

Contrariamente, para los revolucionarios, la lucha antiimperialista es sólo un aspecto de la revolución dirigida por el proletariado: "Para nosotros los trabajadores, la lucha antiimperialista tiene un solo contenido: la lucha por el socialismo". Se denuncia la falacia de que el nacionalismo "es ajeno tanto al capitalismo clásico como al socialismo. Se insinúa que es una política neutra entre ambos extremos, que llega a su punto culminante bajo la forma de capitalismo de Estado". Si el objetivo es el socialismo, mal podían los explotados detenerse en los proyectos de capitalismo de Estado propuestos por un gobierno de corte burgués.

Ya entonces asomaban en el horizonte las teorías que buscaban conciliar las áreas social y privada de la economía, subordinando, en la práctica, la primera a la segunda. Los trabajadores denunciaron el peligro que esto importaba.

El capítulo III, dedicado a la "opresión imperialista", no ofrece mayores novedades y es, más bien, una descripción insuficiente de la política yanqui de opresión en Latinoamérica. Subraya la necesidad de luchar contra la metrópoli y contra quienes le prestan apoyo desde dentro. Es fácil advertir la mano del PCB, pero, en su conjunto, el capítulo es inofensivo, no alcanza a deformar la esencia del documento cobista.

Seguidamente (capítulo IV) se denuncia la continua conspiración derechista. El gobierno nacionalista se apoderó del poder el 26 de setiembre de 1969, pero no logró extirpar de raíz a la contrarrevolución derechista, que comenzaba a cerrar filas tras la consigna de lucha contra "el peligro comunista". Los conspiradores de derecha se encontraban agazapados en el seno mismo del gobierno del alto mando castrense y en los directorios de la empresa privada y, de las entidades estatales; el gobierno existía sólo porque los conspiradores aún no habían llegado a la conclusión de que era preciso acabar con él. "¿Dónde se encuentra la contrarrevolución? En primer lugar, en el mismo gabinete y en el Ejército. Hay ministros que representan los intereses del imperialismo y la contrarrevolución nativa. En el gabinete, unos cuantos

civiles, siendo ajenos a la militancia orgánica revolucionaria y al movimiento real de las masas, adoptan posiciones progresistas, que no constituyen ninguna garantía para aplastar a la contrarrevolución que conspira a su lado.

“La suerte del gobierno depende exclusivamente de lo que diga y haga el Alto Mando militar. Mañana él puede disponer un cambio de orientación del gobierno y reemplazar a tales o cuales ministros. La orientación del gobierno no la definen el pueblo ni el proletariado, sino el poder militar. Alrededor de esta fuerza política y castrense, la única determinante hasta hoy en Bolivia, están los otros grupos reaccionarios que saben que su porvenir depende de presionar y seducir a la jerarquía militar”.

Si a esto se añade que la conspiración derechista convirtió a las empresas estatales en su banca privada, es fácil darse cuenta que el gobierno nacionalista no tenía posibilidades reales para aplastarla: la derecha golpista rápidamente adquirió características fascistas. Sólo la victoria del proletariado permitiría arrancar de cuajo esa amenaza.

En el capítulo V, “Unidad obrera antiimperialista”, el PCB metió las manos mayormente. Es el capítulo más contradictorio e incoherente. Se comienza sosteniendo que en “el presente período, la clase obrera tiene que adquirir un alto grado organizativo y convertir sus direcciones nacionales, medias y de base, en centros de vanguardia revolucionaria capacitados para llevar el actual proceso hacia el socialismo”. No hay la menor duda que esa era la finalidad estratégica, pero seguidamente hay frases vagas que pueden interpretarse del modo que uno quiera: “La capacidad combativa del movimiento obrero se mide por su conciencia..., por la cantidad y calidad de sus aliados...” ¿Quiénes pueden ser estos aliados? La forma en que está redactada la frase permite concluir que todos los de buena voluntad.

Los poristas pugnaron porque se denuncie el “tradeunionismo” de los sindicatos como peligro para la revolución. En el apartado dos están yuxtapuestas ideas del PCB y del POR: “Para cumplir nuestra misión histórica, los obreros contamos con formas propias de organización: el sindicato, el partido y el frente antiimperialista”. El PCB considera este frente con objetivos sólo democráticos, pero añade: “que conducen a la conquista de nuestro propio gobierno, que por ser gobierno de los obreros será el gobierno más auténticamente nacional del país”.

La revolución por etapas, la urgencia de consumar la revolución democrática antes del advenimiento del socialismo, están íntegras en el apartado IV, aunque expresadas de manera atenuada, mediante frases confusas: “Para llegar al socialismo se plantea la necesidad de unir, previamente, a todas las fuerzas revolucionarias y antiimperialistas. La Revolución Popular Antiimperialista (sic) está ligada a la lucha por el socialismo, el Frente Popular Antiimperialista es la alianza obrero-campesina y de las masas de las ciudades en el plano político. En él confluyen todas las corrientes sociales y políticas que pugnan por un cambio a fondo de la situación boliviana, con la sustitución de las estructuras caducas en sentido antiimperialista y popular. La expulsión del imperialismo y la solución de las tareas nacionales y democráticas aún pendientes, harán posible la Revolución Socialista”. Puede resumirse este acápite en la consigna de cumplir primero las tareas democráticas para poder pensar luego en el socialismo.

Como se ve, abruptamente se rompe la línea que seguía la tesis para dar paso a la concepción stalinista de la revolución por etapas. Mas, sería absurdo sostener que este parche, artificiosamente colocado, desvirtúa todo el pensamiento del documento, lo que resulta claro si consideramos que algunas líneas más adelante se vuelve a repetir que el objetivo de la lucha presente es nada menos que la conquista del poder por la clase obrera: “La clase obrera aspira a la toma del poder y debe estar dispuesta a usar la fuerza si así lo requiere su posición dentro de la correlación de fuerzas de las clases”.

El capítulo VI se refiere al “internacionalismo proletario” y no merece mayores comentarios.

El documento concluye con una plataforma de lucha que resume muchos de los acuerdos votados por el congreso.

La Tesis fue complementada, al menos desde el punto de vista del POR, con la siguiente resolución acerca de la “Política Internacional de la COB”:

“1. El internacionalismo proletario, base fundamental de la conducta de la COB, no es otra cosa que la respuesta obrera al carácter mundial del capitalismo monopolista.

"2. La batalla fundamental que tiene que librar el pueblo boliviano, bajo la dirección revolucionaria del proletariado, no es otra que la lucha contra el imperialismo y que para acabar en victoria tiene que librarse en escala internacional.

"3. El internacionalismo proletario importa la cooperación en todos los órdenes de los trabajadores y pueblos que luchan por su liberación en todas las latitudes y particularmente en los países atrasados como son los latinoamericanos. El internacionalismo no es ni debe ser la subordinación pasiva de la clase trabajadora a una dirección foránea; contrariamente, debe importar la asimilación crítica de la experiencia mundial de la lucha de clases y la elaboración de una línea de conducta a través de la discusión en escala mundial. Rechazamos todo paternalismo en materia organizativa e ideológica; no deseamos ni buscamos subvenciones de organizaciones foráneas, nos encaminamos a unir nuestra lucha creadora con nuestros hermanos obreros de todas las latitudes. Por todo esto, debe ser tarea de la COB integrarse en el movimiento obrero revolucionario mundial.

"4. En el pasado, la falta de una clara definición en el aspecto internacional ha servido para que no se ponga atajo enérgico al afán de penetración de organizaciones sindicales pro-imperialistas, como la ORIT, CETRA, etc.

"5. La revolución obrera será hecha por nosotros, los trabajadores, y no por ningún grupo o secta, que pretenda arrogarse abusivamente nuestra representación; esa revolución comenzará dentro de las fronteras nacionales, profundamente enraizada en nuestras peculiaridades y en nuestra historia, como un fenómeno nacional por excelencia. Sin embargo, la victoria del socialismo y, por lo tanto, la consolidación del gobierno obrero y la posterior estructuración de la sociedad sin clases, sólo podrán realizarse en el plano internacional, a través de su entroncamiento en el movimiento revolucionario mundial. La unidad latinoamericana se dará bajo la forma de los Estados Unidos Socialistas de América Latina.

"6. La suerte de la revolución en cualquier parte del mundo es nuestra propia suerte, su victoria o su derrota nos fortalece o nos debilita. Apoyamos a los movimientos revolucionarios que se presentan en cualquier parte del mundo con nuestro propio método: la victoria de la revolución obrera en nuestro país. El apoyo a la revolución y a la clase obrera del bloque socialista no quiere decir el apoyo a la conducta gubernamental de esos países, no renunciamos en este plano a nuestro derecho a la crítica. Las relaciones que contraen y pueden contraer los gobiernos castrenses y pequeñoburgueses con gobiernos de países socialistas no modifica la naturaleza de clase de esos gobiernos, que es lo que para nosotros cuenta.

"Nuestra integración en el movimiento obrero internacional, se efectivizará dentro de las normas de la democracia sindical, que supone la coexistencia de diversas tendencias revolucionarias y el respeto a la discrepancia y crítica, la prohibición de toda posible persecución por las ideas políticas que se pudieran tener.

"7. Debemos tener como punto de partida el movimiento revolucionario en escala continental, como la forma más viable para fortalecernos y contribuir a la victoria del movimiento anti-imperialista en Latinoamérica.

"En consecuencia, el IV Congreso de la COB, declara:

"a) La base de su conducta es el internacionalismo proletario.

"b) Apoya en forma militante a todos los movimientos revolucionarios del mundo.

"c) Propugna que Bolivia mantenga relaciones diplomáticas y comerciales con todos los países socialistas (incluidas Cuba y la República Popular China), sin que esto importe que apoyemos de manera alguna al gobierno extraño a la clase obrera que materialice esas relaciones.

"8. El Comité Ejecutivo Nacional de la COB enviará la documentación necesaria para que los sindicatos de base discutan la orientación de las diferentes organizaciones obreras revolucionarias, a fin de que el próximo Congreso defina la afiliación internacional de la COB. Así se contribuirá a fortalecer y elevar la conciencia de clase de los trabajadores para el cumplimiento de su misión histórica.

"9. La COB llama a las organizaciones obreras y campesinas de América Latina a reunirse en Bolivia con



la finalidad de coordinar los trabajos inmediatos a realizarse en escala continental”<sup>66</sup>.

Claro que el CEN de la COB no cumplió el mandato contenido en la resolución anterior.

En Siglo XX se libró ya una batalla secundaria con los stalinistas pro-pequín, avanzada de la ultraizquierda en ese momento, que, en el seno de la Comisión Política del congreso minero, expresaron su desacuerdo con la Tesis propuesta por los poristas. La disputa se repitió, esta vez en dimensiones mayores, en el IV congreso de la COB. Los jefes políticos del PCBML, MIR, de los nacionalistas y hasta foquistas, se presentaron, formando un solo frente, ante la Comisión Política para volver a impugnar el documento oficial de los mineros y fueron nuevamente aplastados.

G. Lora, presente en el congreso cobista, explicó públicamente las razones por las cuales los poristas votaban en favor de la Tesis Política. Comenzó reconociendo que eran perceptibles ideas políticas que él ni su Partido podían suscribirlas; sin embargo, creía que la gran línea maestra de la Tesis, su columna vertebral, es decir, la fundamentación teórica y política de la conducta de la clase obrera coincidían plenamente con la tradicional línea ideológica del POR, con los fundamentos de la teoría de la revolución permanente.

Es deseable que un documento sindical sea totalmente homogéneo y terso, sin añadiduras exóticas, sin remiendos y sin pasajes que tiendan a contrariar sus líneas maestras, sin embargo, muy pocas veces puede lograrse este objetivo; sería preciso que la vanguardia imponga sus ideas gracias a que cuenta con el apoyo militante del grueso de la clase, es decir, cuando el ascenso de masas se encuentre en su punto más elevado y cuando los adversarios no sean casi nada. De una manera general, los documentos sindicales son el producto de la correlación de fuerzas imperante en cierto momento, nacen después de las batallas que las diferentes tendencias políticas libran en el seno de las comisiones políticas; su texto lleva los rasguños que dejan esas luchas y el grado de su heterogeneidad está revelando la potencialidad de las corrientes en pugna.

A un Partido revolucionario sólo le quedan dos caminos (tal el dilema que los poristas enfrentaron en el IV congreso, en cuyo desarrollo se habían distinguido como una de las fracciones más importantes por el peso cualitativo de sus ideas más que por su número, que la burocracia se dio modos para minimizarla): o rechazaba en su integridad la Tesis Política aprobada por la Comisión respectiva, partiendo de su propio proyecto, porque contiene pasajes contrarios a sus ideas, o bien la aprobaba por considerar que su gran línea, aquella que captará el grueso de los explotados y que le servirá de guía en su lucha está conforme con sus ideas programáticas. Los poristas adoptaron la segunda variante y los hechos se han encargado de darles la razón.

La idea central de la Tesis no era otra que la constitución del gobierno propio de la clase obrera, que proyectaría el proceso hacia el socialismo. Los sectores mayoritarios del país sintetizaron esta línea política en la consigna de la lucha por el socialismo, es así que acentuaron su diferenciación con el gobierno nacionalista de izquierda de Tórrez y se encaminaron por su propio camino. Esta gran línea general permitió la constitución de la Asamblea Popular y fue la que modeló sus características que conocemos. Nadie se acordó de los parches, de la urgencia de realizar primero la revolución democrática, etc., todo esto quedó sepultado por la gran movilización independiente de las masas, que levantó en alto la estructuración del gobierno obrero y del poder de los explotados, el camino que conduce a la finalidad estratégica.

Los universitarios, que a la sazón se encontraban profundamente convulsionados por la llamada revolución universitaria, se apresuraron en adoptar como su programa la Tesis Política de la COB.

De la misma manera que los trabajadores se apropiaron del contenido revolucionario y socialista de la Tesis, desechando todo lo demás, los portavoces del nacionalismo, del gobierno, de la derecha castrense y del imperialismo, la atacaron con furia por esa idea básica. El país todo fue escindido en dos segmentos alrededor del documento programático de la COB. El stalinismo en general, que sólo atinó a colocar pequeños parches a la obra de los poristas, se vio empujado, por la creciente presión de las masas, a marchar detrás de sus seculares enemigos, esto explica por qué colocó, más tarde, su firma en el documento de convocatoria a la Asamblea Popular como organización de rasgos soviéticos. La influencia y perspectivas del POR se vieron enormemente engrandecidas; el trotskismo había ganado una importante

66.- “Documentos del movimiento obrero boliviano”, Santiago de Chile, 1973.

batalla y esto le daba fuerza y le abría el camino del porvenir. Después del golpe reaccionario del 21 de agosto de 1971, se pudo estructurar el FRA partiendo siempre de la Tesis de la COB. La ultraizquierda, en su afán de sobrevivir, no tuvo más remedio que agachar la cabeza ante el documento que tanto había combatido, sin que esto importase el abandono de la lucha contra él; contrariamente, convirtió esta lucha en su finalidad central. Esto prueba que el POR actuó acertadamente.

Las críticas al POR vinieron del pablismo ya seriamente comprometido con, la ultraizquierda foquista y de la SLL inglesa, sin tomar en cuenta al grupúsculo yanqui que gira alrededor de ella; todos se lanzaron contra el trotskismo boliviano por considerar que había capitulado ante el stalinismo y el nacionalismo burgués. Se puede pensar que esta actitud sectaria y antimarxista fue parte del plan de ataque de sus seculares enemigos, los dirigentes de la OCI francesa. La Tesis de la COB se vio arrastrada, sin quererlo, a una disputa desarrollada en las tinieblas y protagonizada por pigmeos que oficiaban de íncubos y súcubos.

La pieza más extraña de la discusión que siguió al congreso cobista fue la carta enviada al POR de parte del CORCI, en cuyo seno los poristas contribuían con su esfuerzo a poner en pie la Internacional fundada por Trotsky. El documento es una muestra de las limitaciones europeas para comprender el proceso revolucionario de América Latina, del olvido de las enseñanzas del leninismo acerca de la obligada diferenciación que debe hacerse entre burguesías imperialista y de los países atrasados, etc. No sólo que cae en posiciones sectarias y totalmente esquemáticas, sino que llega a confundirse con el infantilismo: desearía encontrar organizaciones sindicales 100% marxistas, donde el prestigio del POR le permitiría hacer adoptar sus posiciones”, etc. Esto sencillamente constituye zafarse deliberadamente de la realidad. Los revolucionarios luchan tenazmente contra las ideas que son contrarias a sus posiciones, pero no está en sus manos impedir, en todas las circunstancias, que aquellas sean adoptadas por los sindicatos.

Según el consejo de la OCI, lo correcto habría sido votar contra la Tesis de la COB por contener algunos añadidos impuestos, a través del voto, por el PCB. Si esto hubiera ocurrido se habría inferido un grave revés al movimiento obrero, porque se le habría impedido afianzar su independencia de clase, diferenciarse del nacionalismo, luchar por la perspectiva socialista y estructurar la Asamblea Popular. Los poristas con su actitud contribuyeron a que el movimiento de masas de un paso hacia adelante y esto -según Marx- vale más que una montaña de programas perfectamente redactados. Hay que felicitar de que el POR no hubiese seguido los consejos de la OCI.

La crítica más severa de la OCI, invocando conocidos textos de Trotsky, se refiere al supuesto de que la Tesis cobista, como consecuencia de presuntos compromisos contraídos con el stalinismo, abriría la perspectiva del socialismo en un solo país. Se llega a esta conclusión porque el documento no realiza “un análisis, aunque sea breve, del período actual abierto por la huelga general francesa y el ascenso de la revolución política en Checoslovaquia (la no mención de los sucesos checoslovacos es presentada como una herejía y hasta como una traición de la organización de los poristas, G. L.) y continuando por los combates de clase librados en Italia y en Argentina en 1969 y el inicio de la movilización de la juventud y de la clase en EEUU y dentro del cual se integra como elemento esencial, pero no aislado, el feroz combate de los obreros y campesinos indochinos contra las fuerzas militares norteamericanas”. En lugar de este análisis, ineludible según los “teóricos” franceses, la Tesis Política acreditaría “la idea de la posibilidad de la construcción del socialismo únicamente dentro de los límites de Bolivia”.

La OCI saca de su cabeza un objetivo contra el cual poder disparar su “sabiduría”. En la concepción porista que anima lo esencial de la Tesis cobista se encuentra implícita la idea de que la revolución, nacida en los límites nacionales, deberá inevitablemente entroncar en la revolución mundial. Para desengaño de los franceses, la COB, sin esperar consejo de nadie, consignó esa idea central en su resolución sobre política internacional. Así se viene abajo tan “demoledor” ataque y todos sus supuestos acerca de la capitulación boliviana frente a los agentes del Kremlin quedan reducidos a fuego fatuo. Que no había la menor contradicción entre la línea fundamental de la Tesis Política y los enunciados de la revolución permanente acerca de la transformación de la revolución boliviana en internacional, se demuestra porque quienes votaron el primer documento también aprobaron la resolución sobre política internacional que hemos transcrito. El POR rompió con el CORCI a comienzos de 1979, por considerar que esta última organización se había burocratizado y degenerado prematuramente.

Tienen más asidero las críticas a otras partes de la Tesis y que los poristas también la hicieron en pleno congreso cobista; pero, constituye una arbitrariedad subjetivista atribuir esos pasajes a una capitulación

ante el stalinismo.

La idea central de la Tesis de la COB vive en el seno de las masas y les ayuda a aglutinarse y a avanzar en el camino de su liberación y seguramente las descripciones acerca de las huelgas de la General Motors de EEUU o los alborotos estudiantiles de Europa, han pasado ya a ser recuerdos históricos simplemente. El XV Congreso Minero discutió apasionadamente y ratificó la Tesis Política, que nuevamente se vio transformada en el objetivo central del odio de la derecha, del gorilismo y de los agentes imperialistas.

El golpe contrarrevolucionario del 21 de agosto de 1971 erradicó del escenario a la dirección de la COB y su vigencia se convirtió en consigna integrante de la gran lucha librada por las masas en pro de la vigencia de las garantías democráticas y sindicales. Una parte de sus dirigentes siguió el camino del exilio, otra fue perseguida y encarcelada y los más de sus portavoces abandonaron la lucha o se pasaron al equipo gubernamental. El producto del contubernio ideado por el lechinismo demostró que no estaba a la altura de los acontecimientos.

Partiendo del antecedente de que, después de un año de lucha sostenida, se pudo lograr la legalización del funcionamiento de la FSTMB, después de presiones, discusiones, etc., los dirigentes laborales no cesaron en sus peticiones de reconocimiento de la vigencia de la COB. El gobierno utilizó la táctica de dar largas al asunto y no abandonó su tesis de que vería con buenos ojos el funcionamiento de una central con elementos nuevos, es decir, adictos a la política oficialista. Cansados de tanto trajín, las cabezas visibles del movimiento obrero llegaron a la conclusión de que sólo la acción obrera, prescindiendo de los deseos gubernamentales, podía poner en pie a la COB.

El IV Congreso aprobó también nuevos Estatutos, que han pasado desapercibidos totalmente. El objetivo era -según la "introducción"- "superar a los anteriores estatutos, en las partes en que se encuentran inactuales, descartando lo superfluo y llenando las omisiones aparecidas con el correr de los años". Consagra varios principios que informaban los estatutos anteriores:

a) Hegemonía del proletariado minero y sindicalismo vertical, "unidad sindical de todos los oprimidos y explotados en el seno de la COB y alrededor de su vanguardia clasista más esclarecida, que es el proletariado minero. Debe propenderse a que por empresa debe existir un solo sindicato y por rama de actividad una sola Federación o Confederación nacional".

b) Democracia sindical, que, como siempre, se confunde con el centralismo democrático: "cuidando de que la más amplia libertad de expresión de las corrientes internas de opinión se complemente con la férrea unidad en la acción. Las minorías deben acatar las resoluciones aprobadas por la mayoría".

c) Representación proporcional clasista, a fin de garantizar "la hegemonía del proletariado en la estructura y los órganos de dirección de la COB".

d) Independencia con referencia "al gobierno, partidos políticos u otras formas de presión sectaria".

Se señalan las siguientes fallas de estatutos anteriores:

"a) Participación de los ministros obreros en la alta dirección de la COB, como miembros del CEN. Debe suprimirse por el rechazo al cogobierno

"b) Suprimir por impracticable la idea de agrupar a las Confederaciones Nacionales en "consejos centrales".

"c) Debe establecerse que las Centrales Obreras Departamentales y Regionales son organismos fundamentales de la COB.

"d) Las Centrales Obreras regionales sólo deben existir en Llallagua, Uyuni, Tupiza, Vallegrande, Ribalta, Camiri y Gran Chaco.

"e) Se incluye en los estatutos el principio de la dirección colectiva o colegiada con responsabilidad solidaria y sólo distribución de funciones, para la ejecución del trabajo" <sup>67</sup>.

67.- COB, "Conclusiones del IV Congreso Nacional de Trabajadores", La Paz, 1970.

Se reclasificó a los sectores sociales en 8 grupos: proletariado, campesinado, trabajadores de clase media, trabajadores manuales independientes, estudiantes e intelectuales, organizaciones populares, cooperativas y organizaciones departamentales y regionales.

De la introducción: "la COB, junto a las funciones reivindicativas comunes a todo tipo de sindicalismo, tiene fundamental y predominantemente funciones políticas y de poder" Corresponde a la COB de 1952 y no a la de 1970.

Propósitos y principios de la COB: defensa de los derechos e intereses de los trabajadores; incorporación del proletariado, campesinos, empleados, intelectuales, organizaciones populares y cooperativas; lucha por la liberación nacional y social; democracia sindical; independencia política de la clase y la solidaridad de clase.

Los órganos directivos: a) congreso nacional; b) ampliado nacional y c) CEN.

Los Estatutos reconocen como propios todos los métodos de lucha. El lechinismo fue repudiado por el gobierno. Art. 57: "La COB utilizará los siguientes métodos de lucha: a) Acción legal (trámites a través de los organismos constitutivos). b) Acción ilegal (en la represión crear direcciones y actividades clandestinas). c) Acción directa de masas (paros, huelgas, manifestaciones, etc. d) Lucha armada, cuando las condiciones objetivas y subjetivas la posibiliten".

Estudio de la Comisión de asuntos económicos: ingreso per cápita 160 \$us/año, costo de vida en constante elevación; la devaluación monetaria disminuyó los salarios reales; aumento de la desocupación. Recomendaciones: supresión del congelamiento de remuneraciones, "por constituir una injusticia social que obliga a los trabajadores a perecer en la inanición; reposición del régimen salarial en las minas; fijar el salario mínimo básico mes en \$b. 600", aunque se señala que el gasto familiar mensual es de \$b 1.050. Pedir el congelamiento de precios de las mercancías. Respuesta a la desocupación: el gobierno debe cooperar económicamente a los grupos que deseen trabajar las minas abandonadas.

Contra la prensa rosquera: "Art. 1º. Exigir al gobierno la cooperativización de los órganos periodísticos antinacionales y proimperialistas como 'El Diario', 'Presencia', 'Ultima Hora', 'Hoy', 'Los tiempos' y 'La Patria'.

"Art. 2º.. Hacer suyo el objetivo de los trabajadores de la prensa en sentido de convertir a la libertad de expresión en un instrumento al servicio de la liberación nacional".

El Congreso vio en la minería mediana una grave amenaza para el porvenir de la CMB y del país y pidió "la nacionalización de la gran minería mediana, por convenir a los intereses económicos del país, liberando de esta manera a los trabajadores del trato humillante actual".

Resolución sobre los "mártires obreros":

"Art. 1º. Declarar héroes y mártires de las luchas sociales de Bolivia a César Lora, Federico Escóbar, Isaac Camacho, Rosendo García, Juan Arce, Moisés Guevara, Wálter Arancibia, Simón Cuba, Julio C. Aguilar, Cirilo Valle...

"Art. 2º. Exigir al gobierno que indemnice a los deudos de nuestros mártires.

"Art. 3º.. Movilizarse para conseguir la devolución de los restos del valeroso dirigente Isaac Camacho, para su traslado a Siglo XX, bastión de las luchas proletarias y revolucionarias de Bolivia.

"Art. 4º. Declarar el 24 de junio, aniversario de la masacre de San Juan, Día de los Mártires Obreros, en cuya conmemoración deben realizarse actos alusivos por parte de todas las organizaciones del movimiento obrero".

Se designó el siguiente CEN de la COB:

Secretario Ejecutivo, Juan Lechin (minero);  
Secretario General, Francisco Mercado (fabril);

Secretario de Finanzas, Raúl Serrano (bancario);  
 Secretario de Relaciones, David Quiñones (ferroviario);  
 Secretarios de Conflictos, José León (constructor) y Lucio Mariscal (ferroviario);  
 Secretarios de Organización: José Calle (fabril) y Augusto Zegarra (chófer);  
 Secretarios de Prensa y Propaganda: Oscar Peña Franco (periodista) y Hugo Estrella (gráfico); Secretarios de Defensa Armada: Raúl Abasto Flor (minero) y Apolinar Cáceres (harinero); Secretarios de Asistencia Social: Edmy Alvarez Daza (telecomunicaciones) y Carlos Escalier (sanitario); Secretarios de Cultura y Deportes: Alfredo Maldonado (CUB) y Edgar J. Tapia (trabajadores universidad);  
 Secretarios de Legislación Social: Félix La Fuente (gremial) y Lindo Fernández Ch. (trabajadores del Estado);  
 Secretarios de Cooperativas: Nicolás Morales (Cooperativas Mineras) y Casiano Amurrio (campesino);  
 Secretarios de Vivienda: Manuel Tapia (constructor) y Guillermo Delgadillo (COD, Oruro); Secretarios de Seguridad Social: Orestes Alvarado (rentistas mineros) y Jorge Zelaya (COD, Tarija);  
 Secretarios de Empleo y Desocupación: José Justiniano L. (petroleros privados) y Jorge Sologuren (COD, La Paz);  
 Secretarios de Transportes y Comunicaciones: Alfredo Gómez García (ferroviario) y José Luis Harb (chofer);  
 Secretarios de Asuntos Campesinos: Dionicio Huayñapaco, Miguel Veizaga y Luis Loayza (campesinos).

De una manera general, los comentarios de la gran prensa y los escritos de los periodistas alineados junto al gobierno "nacionalista", no vieron más que la reelección de Lechin, el estrangulamiento de los nuevos sindicalistas y no pararon mientes en la trascendencia de los acuerdos ideológicos y políticos, que casi inmediatamente se convirtieron en la piedra angular de todo el movimiento de masas y de la misma política nacional. Tomamos los siguientes párrafos de un artículo de José María Centellas <sup>68</sup>:

"Se evidenció en el congreso una remoción y promoción débil de sangre nueva integrada en las delegaciones laborales, carente, todavía, de unidad y vitalidad ideológica, razón por la que fue fácilmente absorbida por los cuadros viejos de sindicaleros filiados políticamente, técnicos en mañas y fulleras y dotados de un virtuosismo para aprobar credenciales de delegados fantasmas y apócrifos...

"Y algo que no se puede dejar desapercibido ni comentado: se creó una corriente de falso izquierdismo, de ideales "comunistas", de un anti-oficialismo... A todos ellos les ha faltado el análisis de la realidad boliviana... Nada de eso tiene importancia y el materialismo histórico de los predicadores vive de espejuelos de baratijas doctrinarias sin asidero.

"La tesis socialista adquirida otra vez por Lechin con la cabeza de Lora y aprobada por pequeños grupos de desorientados que creen que en un país sin industria y sin proletariado obrero, debe plantearse la lucha de clases hasta encontrar la victoria de ésta".

Después de 1971, larga y dura fue la lucha por lograr el libre funcionamiento de la COB.

En plena dictadura gorila, el 10. de septiembre de 1973 y en una reunión de la Conferencia Departamental de fabriles de La Paz, 10 organizaciones laborales firmaron un pacto intersindical y declararon la vigencia de la COB y dice:

"Las organizaciones que suscriben este documento de unidad y lucha por la superación integral de sus afiliados y por la vigencia de la democracia irrestricta en el país, mediante el ejercicio pleno de las libertades y garantías establecidas en la Constitución Política y en otras leyes conexas, acuerdan suscribir el presente Pacto Intersindical, para la mejor defensa de sus derechos reconocidos por el ordenamiento jurídico positivo, derechos que vienen siendo atropellados constantemente por la prepotencia imperante en Bolivia.

"Es así que, de conformidad a los Arts. 7º y 159 de la Constitución y Decreto de 7 de febrero de 1944, se reconoce en favor de todo ciudadano los derechos de asociarse para fines lícitos, para formular peticiones individuales o colectivas, de sindicalizarse como medio de defensa, representación, asistencia, educación y cultura de los trabajadores, como también se establece el fuero sindical, que concede inmunidad a los dirigentes laborales por lo que hagan o expresen en el cumplimiento de su mandato, no pudiendo ser

68.- "Confirmado Internacional", N°12, La Paz, julio de 1970.

perseguidos ni presos por las actividades que se realicen en el cumplimiento de sus específicas funciones.

“Asimismo, el Art. 99 de la Ley General del Trabajo y 120 de su Decreto Reglamentario, expresan idéntico criterio para la actividad de las organizaciones laborales, previo reconocimiento de su existencia legal por el Estado, así como la aprobación de sus Estatutos, como único requisito para ser acreedores al amparo que brindan las indicadas disposiciones.

Al presente, se han producido una serie de transgresiones de dichos preceptos legales por parte de los elementos represivos del gobierno, como también por haberse dictado Decretos francamente lesivos a los intereses de los trabajadores, situación que demanda una lucha permanente en forma orgánica en defensa de los intereses comunes de la clase trabajadora y las libertades democráticas del pueblo.

“Declaramos:

“1º. La plena vigencia de nuestra COB y la plena garantía a sus dirigentes, como organismo máximo y único de representación y defensa de los intereses de la clase trabajadora, constituida por sus personeros legalmente elegidos en el IV congreso. Las organizaciones pactantes garantizan el funcionamiento de la COB con la movilización activa de sus bases.

“2º. Las organizaciones pactantes: rechazamos el Decreto 11028 de 17 de agosto de 1973, en la parte que determina la financiación. Encomendando a la COB su tramitación correspondiente junto a las organizaciones firmantes del presente Pacto.

“Es dado en la ciudad de La Paz al 1º. de setiembre de 1973”.

Las organizaciones firmantes:

FSTMB (Víctor López, A. Jara, S. Cabrera, I. Pimentel);

CGTFB (J. Tordoya, A. Málaga);

FDTFB de La Paz (L. López, F. Tapia, M. Alvarez);

CTB y RAB (M. Paz S., H. Orsolini, R. Ferreyra, L. Dorado);

FNTC RAB (A. Sahonero, F. del Castillo, L. Ibañez);

FGB (M.H. Nina, J. Gonzáles, J. Abasto);

FSTCB (S. Mallón, F. Avilés);

FDTGLP (Q. Gómez G., V. Avalos, G. Rivero);

CSTCB (D. Ortega, J. Subieta, S. García, W. Tórrez).

De esta manera, los trabajadores pusieron punto final a las largas tramitaciones, llenas de casuismo y de afán de engaño por parte de las autoridades, encaminadas a lograr el reconocimiento, por parte del Poder Ejecutivo, de la vigencia de la COB. Sustituyeron el sometimiento al Ministerio de Trabajo con la acción directa, en cuyo apoyo fue invocado, una y otra vez, el ordenamiento jurídico vigente o que se lo suponía así. En la actitud de los dirigentes (muchos de los firmantes aparecieron seriamente comprometidos con el gorilismo después del 21 de agosto de 1971 y seguramente siguieron manteniendo relaciones estrechas por mucho tiempo con los dueños del poder) se notó un profundo cambio: volvieron a adoptar posturas extremas y a hablar un lenguaje muy radical. Como es habitual, se limitaron a exteriorizar la presión que sobre ellos ejercitaban las bases sindicales y en este caso concreto se trataba de la exteriorización de la influencia decisiva de las resoluciones desafiantes y extremas adoptadas por las reuniones de mineros y fabriles. Como por este camino no se pudo imponer la vigencia de la COB, se volvió al camino trillado de las conversaciones con las autoridades.

Los hechos comentados ponen de relieve que la movilización sufrió un serio avance y, conforme indica el pacto intersindical, sobre ésta debía apoyarse el funcionamiento de la COB. El error cometido: todo

se redujo a la emisión de votos resolutivos, firmados por los dirigentes de tarde en tarde; no hubieron asambleas ni manifestaciones que potenciasen las demandas. ¿Las masas se habían cansado? Los dirigentes parecían confiar más en las posibilidades de negociación con el oficialismo que en la imposición de la voluntad obrera a través de la acción directa.

Para algunos periodistas ("El Diario" de 9 de setiembre de 1973) el pacto intersindical y la puesta en vigencia de la COB, fueron hechos sorprendentes. Para otros la incapacidad demostrada por el Ejecutivo para resolver oportunamente el problema de la COB permitió que los trabajadores lo colocasen en situación por demás crítica.

El plan oficialista de regimentar a la COB a través del paulatino control de Federaciones (delirio más que sueño) se vino abajo. El gorilismo, no bien recobró el aliento, rechazó en forma airada la actitud obrera. Los ministros de Trabajo y del Interior, primero, y luego el presidente Banzer dijeron que desconocían "el auto nombramiento" de algunos trabajadores como dirigentes de la COB (nada de esto había ocurrido y el hecho era por demás simple: declarar vigente la COB por voluntad de sus afiliados) y se negaron a entablar diálogo alguno con los firmantes del pacto intersindical. La tensión social se proyectó de inmediato al plano político y el FPN demostró su debilidad en medida aún mayor. El ministro del Interior, fiel a su mentalidad cerradamente policial (aunque a los periodistas les dijo que era estudioso de la geopolítica, tan grata a los fascistas europeos), acusó a los dirigentes laborales de asumir actitudes "subversivas". Los problemas internos del gobierno y los existentes en el seno del ejército impidieron que los verdugos del pueblo boliviano adoptasen medidas represivas, todo quedó en el plano de las amenazas y de las lamentaciones. El comunicado del ministro de Trabajo decía: "deja definitiva constancia de su absoluto desconocimiento al auto-nombramiento de un grupo de dirigentes laborales como ejecutivos de la COB... (el gobierno) esperaba que se concluyera la constitución democrática de algunas federaciones y confederaciones para que, como paso final, se llevara a cabo un congreso nacional de trabajadores, única autoridad llamada a organizar democráticamente y de conformidad con los reglamentos laborales vigentes, al organismo máximo de los trabajadores... El pronunciamiento emitido por esos dirigentes, con absoluta abstracción de los nobles fines que persigue el sindicalismo, tiene fuerte contenido político y pone en evidencia un propósito que, en lugar de servir a los intereses sociales de los trabajadores, es parte de una corriente tendiente a romper la estabilidad política necesaria para el desarrollo económico".

Para el ministro del Interior la actitud de los sindicatos era nada menos que un llamado a la subversión. Los firmantes del pacto intersindical, con fecha 5 de setiembre, dieron respuesta pública al ministro del Interior y en ella se esforzaron por demostrar que su conducta se encuadraba dentro de las normas legales:

"... la mayoría de las organizaciones laborales, acatando el mandato libre y espontáneo de las bases, hemos resuelto reabrir y poner en marcha a nuestra máxima entidad matriz, cuya función es unificar y coordinar las peticiones de los afiliados, amparándonos para este trascendental acto en los derechos y garantías consagrados por la Constitución..."

Los dirigentes agotaron todos los medios (inclusive demandaron la mediación de la Iglesia) para lograr la iniciación del diálogo con los personeros del gobierno, abrigando la esperanza de que luego podrían arrancar, gracias a la habilidad puesta en las discusiones, la legalización de lo hecho de manera tan autoritaria:

"Frente a una mentalidad de caza de brujas y de guerra fría, que suele utilizar la exageración, la calumnia y la falsificación para presentar una imagen terrorífica del movimiento sindical, creemos en la necesidad del diálogo entre bolivianos. Cuando hasta una sangrienta guerra, como la del Viet Nam ha terminado en la mesa de conferencias y en los acuerdos, es inconcebible que no podamos despojarnos de la sicología de cruzados que buscamos exterminar desde el poder a los adversarios... Es cierto que para que exista el diálogo debe existir un idioma común. Sabiendo que Ud. (la carta está dirigida al ministro del Interior, G. L.) ha manifestado un cierto ánimo del gobierno de dialogar, consideramos que no hay mejor base de conversación y de entendimiento que el idioma de las libertades, derechos y garantías de nuestra Carta Magna..

"Los trabajadores estamos completamente llanos al diálogo señalado y, en este sentido, anunciamos a Ud. que la COB y sus organismos miembros, nos sujetaremos al marco de las libertades ... (establecidas) por la Ley de Leyes..."

Se percibe que dominaba la preocupación de evitar que el gobierno metiese las manos en las organizaciones sindicales:

“Los 20 años de existencia que tiene nuestra COB, demuestran que no fue creada como una oficina gubernamental, ni se desarrolló como una dependencia del poder. Su suerte incumbe única y exclusivamente a los trabajadores, a través del ejercicio de la democracia sindical conforme a los Estatutos”.

La respuesta del ministro del Interior fue breve y desconcertante: comentó que varios párrafos de esta carta, cuya redacción fue obra exclusiva de los dirigentes, repetía, casi textualmente, las instrucciones enviadas por los conspiradores desde el exterior.. Es lo menos que se podía esperar que dijese una autoridad debidamente informada. Los acontecimientos posteriores demostraron que el gobierno estaba montando cuidadosamente el aparato represivo para descabezar el movimiento obrero.

El oficialismo en su integridad se vio colocado en una difícil situación y los mismos partidos políticos opositores, no tuvieron más remedio que pronunciarse. El FPN emitió un comunicado cauteloso para no dar la impresión de que estaba en oposición a los obreros, pero se vio obligado a ratificar el planteamiento del gobierno sobre la COB:

“El FPN, una vez más, deja clara constancia de que no se opone a la constitución de la COB. Al contrario, concluidas las elecciones en todas las matrices sindicales, apoyará su organización y, desde ya, brinda todo su concurso a las masas trabajadoras del país.

“El FPN apoya decididamente la reapertura de la COB, que agrupe a todas las clases laborales en servicio de sus legítimas aspiraciones sociales y en defensa del movimiento obrero.

El MNRI, que no perdió la oportunidad de proclamar su incondicional adhesión a Siles, lamentó “la estrechez de pensamiento y actitudes prepotentes que muestran la insensibilidad de algunos altos funcionarios respecto a las libertades sindicales y el funcionamiento de sus organismos representativos (COB) ” (31 de agosto de 1973).

La alianza PDC-PRA, que por entonces hacía esfuerzos por convertirse en el portavoz autorizado de la oposición “democrática”, consideró que “el paso dado (por los obreros al declarar la vigencia de la COB) debe alegrar a todos los bolivianos que creemos en la democracia, puesto que constituye la expresión de una necesidad y surge el hecho de que sin el funcionamiento de las instituciones naturales en las que se desenvuelven las personas humanas para cumplir los diferentes fines que la sociedad contemporánea exige, no es posible hablar de sociedad de participación. Considera... que la vigencia de la COB, decretada por los propios organismos laborales, además de ser la expresión legítima de un derecho que tienen los trabajadores, constituye un paso positivo para la institucionalización de nuestras entidades”.

La táctica de los dirigentes consistió en demostrar que la puesta en marcha de la COB, que no puede menos que enfurecer a los gobernantes, era obra de las bases obreras y no un capricho de ellos.. Al respecto, son sugestivas las declaraciones del Secretario General de la Federación de Fabriles de La Paz, L. López A.: “Nosotros, los dirigentes, no tenemos interés en poner en vigencia la COB, sino que es el mandato de las bases, la misma que está amparada por la Constitución.

“A los dirigentes se nos tilda de políticos; sin embargo, no somos los dirigentes quienes hemos dado vigencia a la COB, sino que obedecemos el mandato de las bases, quienes desean que una vez por todas los reclamos sean canalizados a través de un ente matriz como es el caso de la COB.

“Hemos pedido en reiteradas oportunidades audiencias a los ministros de Trabajo e Interior, incluso hemos dirigido carta al presidente de la república, pero no hemos recibido ninguna respuesta; esto nos alarma, porque parece que los organismos del gobierno no quieren sostener un diálogo con los trabajadores, pese a que esto fue anunciado en varias oportunidades”<sup>69</sup>.

Menudearon los pronunciamientos respaldando a la COB, suscritos por dirigentes de los sindicatos de base y que indiscutiblemente expresaban un sentimiento profundo de los obreros, pero no hubo manifestaciones ni grandes asambleas. El gobierno daba la impresión de contentarse con amenazar y

69.- “Presencia”, La Paz, 6 de setiembre de 1973.



saherir a los firmantes del pacto intersindical. El dirigente constructor León, Secretario de Conflictos de la COB, elegido en el IV congreso obrero, pretendió normalizar la vida de la Central y fue inmediatamente apresado, de nada valieron las reclamaciones y "estados de emergencia" que decretaron los sindicatos.

## 16 QUINTO CONGRESO DE LA COB

El 1º. de mayo de 1979 tuvo lugar, en La Paz, el V congreso de la COB y formó parte de la serie de reuniones nacionales obreras y populares que siguió a la imposición de la vigencia de las garantías democráticas impuestas por la huelga de hambre de las cuatro mujeres mineras y por la verdadera conmoción social que sucedió a este acontecimiento.

Si tomamos en cuenta que la COB llegó a 1979 totalmente maltrecha, sin haber podido cumplir su papel de dirección de los explotados en los momentos más difíciles de la dictadura banzerista, se comprende que muchos esperasen que el V congreso se convirtiese en el arranque de su reorganización.

Fue uno de los congresos numéricamente más grandes de la COB, aunque las condiciones políticas imperantes mediatizaron sus conclusiones. Los que acariciaban la ilusión de que esta reunión pudiese resolver los problemas nacionales de mayor importancia e inclusive señalar a la mayoría del país una línea de conducta al margen de las tendencias políticas de mayor predicamento en ese momento, tuvieron suficientes motivos para decepcionarse. La COB, como no podía ser de otra manera, apareció como una caja de resonancia de la política nacional. Una vez más quedó demostrado que el sindicato no decide por sí mismo nada y que las soluciones son dadas e impuestas por las tendencias partidistas que logran preeminencia en la organización laboral.

El rasgo más visible del V congreso cobista consistió, precisamente, en que se movió dificultosamente en medio de la porfiada pugna por controlarlo en que se empeñaron los frentes burgueses de la UDP y la Alianza del MNR. No sólo se trató del esfuerzo por arrastrar a la COB al torbellino electoral, sino, y esto es lo más importante, de darle una línea política democratizaste y contraria al radicalismo implícito en la Tesis cobista.

La COB del IV congreso contó únicamente con la adhesión de la diminuta CCI, que obedecía a la dirección maoísta. En 1979 los parciales del PCML, ya conformando la Alianza del MNR, pretendieron monopolizar toda la representación que los estatutos cobistas reconocen a los campesinos (60 votos), lo que les habría potenciado políticamente. Los udepistas y también otros delegados, se pronunciaron en favor de permitir el ingreso a todas las tendencias campesinas en forma igualitaria. Este incidente ocasionó la única fractura del congreso; los pequineses abandonaron las deliberaciones y al hacerlo dijeron controlar no menos de 120 delegados, lo que resultó no ser evidente. Todo permite suponer que la riesgosa maniobra fue ideada para obligar a la mayoría controlada por la UDP a retroceder en su plan de monopolizar de manera secante las deliberaciones. Los adeptos del PCML cometieron un error táctico y quedaron marginados de la COB, sin fuerza suficiente para poner en pie su propia central.

Asistió cerca de medio millar de delgados y la cifra se vio muy abultada por la presencia de numerosos suplentes y adscritos.. El stalinismo se dio modos para concentrar a personalidades sindicales de otros países que le son afines, aunque no faltaron representantes de entidades reformistas y católicas. Durante la represión, el maoísta y propazestenssorista Higuera (magisterio) apareció como la figura visible de la dirección de la COB e intervino en los trabajos preparatorios, que la UDP, teniendo como eje al PCB, los manejó a su antojo y teniendo siempre presente el objetivo de controlar de cerca al congreso. Las diversas comisiones fueron designadas anteladamente por el Comité Ejecutivo y tuvieron a su cargo la confección de los diversos documentos, particularmente de los político-económicos, todo con el J propósito de que los congresistas se limitasen a aprobarlos. La UDP tenida ganada la batalla anticipadamente.

Una imponente manifestación popular, la tradicional del 1º. de Mayo sirvió de marco a la iniciación de las deliberaciones del congreso. La marcha de los obreros permitió a los activistas políticos llevar hasta las calles la pugna entre las diferentes tendencias que tenían algo que ver con el movimiento sindical. Las silbatinas y reyertas que caracterizaron a la concentración sirvieron para exteriorizar la correlación de fuerzas existente entre las diferentes agrupaciones y ya entonces los maoístas aparecieron como los grandes derrotados (su catástrofe se precipitó debido a su alianza con el frente burgués de derecha). Higuera, que hasta ese momento llegó como el segundo hombre de la COB, no pudo prácticamente

hacerse escuchar por el auditorio electrizado; las rechiflas y los insultos apagaron totalmente su voz trémula y se vio obligado a descender de la tribuna llorando. Demostró carecer de la garra que distingue al caudillo y así, de manera tan lamentable, acabó su vida de burócrata sindical. En el llano los poristas rechazaban a golpes la agresión armada de los seguidores de Higuera<sup>70</sup>.

El presidium del congreso se constituyó así: J. Lechin, presidente; L. López y G. Guzmán. Vicepresidentes; N. Suruco, O. Sanjinés, O. Peña y F. Lacunza, secretarios; J. Castro y R. Omerais, vocales. Esta lista demostró que los obedientes a la política de Moscú habían reemplazado de manera total a los maoistas. Un poco más tarde, O. Sanjinés aparecerá conformando la lista udepista de candidatos por Cochabamba y solamente horas antes de las elecciones renunció por escrito a la postulación<sup>71</sup>.

A muchos observadores les sorprendió la elección de Lechin para el presidium del congreso y luego como cabeza del Comité Ejecutivo de la COB. A su turno, el envejecido líder (no sólo fisiológica sino también políticamente) puso todo su empeño por no perder el cargo. En ese momento se disgregaba inconteniblemente lo que fue el multitudinario PRIN de los años 60, como consecuencia de la poderosa presión ejercitada sobre él por los frentes burgueses, no en vano siguió considerándose, en su agonía, nacionalista. Lechin, ya prácticamente sin partido, creía que podía seguir siendo figura política si lograba conservar el control burocrático de la COB. Como tantas veces ocurre, en medio de la pugna entre diferentes tendencias política, el dirigente obrero, notable por sus continuos y sorprendentes desplazamientos de izquierda a derecha y viceversa, se convirtió en punto de confluencia de los adversarios, en una especie de campo neutro, en momentáneo conciliador y dirimidos, todo al mismo tiempo. En cierto momento apareció como el candidato obligado de todos, que no perjudicaba a nadie y en quien veían las tendencias a su potencial aliado. Lechin, por su debilidad y no por su fortaleza, pues ya no podía imponer nada, jugó un papel de elemento de equilibrio en el seno de una COB desgarrada por tremendas contradicciones internas.

Los obreros, que se movilizaban desde el polo burgués hasta su tradicional eje revolucionario, atravesaban una incipiente radicalización, que por incipiente no logró que los dirigentes adoptasen posiciones radicales. La burocracia sindical seguía moviéndose bajo la directa influencia de los partidos considerados "izquierdistas" y que continuaban atrapados en las redes del parlamentarismo burgués. Estos partidos y en alguna forma también Lechin, actuaron como canales por los que llegó la ideología nacionalista burguesa a las filas obreras. Se tuvo que pagar muy caro la momentánea pérdida de la independencia de clase durante la lucha por la vigencia de las garantías democráticas, en la que estuvo interesada toda la nación oprimida, aquella concluyó moviéndose bajo la dirección de los sectores burgueses democratizantes.

Los congresos obreros -y el de la COB no fue una excepción en este aspecto- siempre están más a la derecha que el grado de evolución política alcanzado por las masas. La burocracia sindical, esta vez mayoritariamente utopista, maneja todo el aparato de las organizaciones laborales y puede siempre lograr una representación que está por encima de su real influencia. La negligencia y torpeza de las bases facilitan las maniobras de la alta dirección. La inicial radicalización era perceptible en las avanzadas obreras; esta tendencia real fue distorsionada por las direcciones burocratizadas y políticamente no logró expresarse en las conclusiones del congreso. Con todo, los documentos adoptados ponen de relieve que la clase obrera, en cierto momento, se movió bajo la presión de la burguesía. Los explotados, ya marchando bajo la influencia de la radicalización y guiados por su instintiva desconfianza frente a sus dirigentes, aprobaron en sus asambleas demandar al congreso cobista la ratificación de la Tesis Política. Se trataba de la respuesta anticipada al temor que flotaba en el ambiente en sentido de que los burócratas sindicales comprometidos con los frentes burgueses volverían a actualizar su viejo propósito de desconocer las normas programáticas del sindicalismo boliviano. Los dirigentes sindicales encontraron un subterfugio que les permitió imponer una línea política contraria a la estrategia proletaria: archivar la Tesis Política como una reliquia, como una declaración socialista romántica, a fin de que no obstaculice las maniobras que puedan consumarse en el presente, todas ellas concebidas dentro del marco reformista burgués democratizante. En efecto, el congreso, a sugerencia de udepistas, nacionalistas del más diverso pelaje, lechinistas y presuntos apolíticos, comenzó declarando que ratificaba el documento político del IV congreso y, seguidamente, adoptó una resolución que desvirtúa su esencia.

De esta manera, durante el llamado "período de democratización" la COB convirtió en su objetivo

70.- "Presencia", La Paz, 2 de mayo de 1979.

71.- "Los Tiempos", Cochabamba, 28 de junio de 1979.

central la conformación de un gobierno burgués democratizante y basado en el parlamentarismo, lo que importaba alejarse bastante de la revolución. Los "teóricos" que justificaban la maniobra democratizante partieron de la certidumbre de que las condiciones políticas imperantes obligaban a olvidarse -decían que momentáneamente- de la finalidad estratégica y concentrar todos los esfuerzos para una exitosa consumación de los pasos tácticos, lo que les empujó a convertirse en vulgares reformistas, en jurados enemigos de la revolución y de la violencia y en adoradores del legalismo burgués.

La burocracia asestó un rudo golpe a la capacidad de autodeterminación del congreso al haber logrado que fuesen ratificadas las comisiones que con anterioridad había designado el Comité Ejecutivo. Cuando propuso que los documentos elaborados por estas comisiones pasasen directamente a ser considerados por las reuniones plenarias, chocó con la resistencia de los delegados y tuvo que retroceder tácticamente, para poder de manera indirecta lograr su objetivo y así determinó anticipadamente la reiteración de los diferentes documentos elaborados con antelación al congreso.

La Comisión Política rechazó todos los documentos presentados, entre ellos uno redactado por el POR, y recomendó la aprobación, del suyo, que dijo incluía "las enmiendas y sugerencias hechas en la discusión realizada en la FSTMB"<sup>72</sup>. El "Proyecto de Declaración Política" -tal el título del escrito cuya paternidad fue atribuida al Comité Ejecutivo- se limitaba a transcribir la línea política de la UDP, es decir, del bloque conformado alrededor de la burguesía democratizante, razón por la que no podía esperarse que coincidiese con la Tesis Política de la COB.

La primera parte ("Los pueblos luchan contra el colonialismo, el racismo, el fascismo y el imperialismo") ya señaló que la lucha de los países atrasados tiene como objetivos estratégicos la liberación nacional y la democratización, vale decir, el cumplimiento de tareas puramente burguesas, planteamiento tan del agrado del nacionalismo y del stalinismo.

Los poristas (Cruz, Capari, M. Lora) al criticar en el seno de la Comisión Política esta formulación típica de la teoría de la revolución por etapas, dijeron que el retardo del proceso de la revolución internacional, que es socialista y no democrática, la burocratización de los Estados obreros y la extrema desigualdad de la evolución de la conciencia de clase del proletariado de los diferentes países, determinan el doloroso y contradictorio proceso de transformación de la envejecida sociedad capitalista y del advenimiento de la nueva sociedad, como confirma la no desaparición del Estado.

No es el caso de limitarse a enunciar el apoyo a las burguesías nacionales, sino que es preciso puntualizar las limitaciones de los movimientos populares acaudillados por aquellas, pues sólo así se puede educar al proletariado. El imperialismo ha podido y aún puede imponerse en determinadas regiones y continentes porque cuenta con el respaldo de sectores de las burguesías nacionales y porque los movimientos de liberación nacional dirigidos por la burguesía o por su sucedánea pequeñoburguesa concluyen indefectiblemente en el polo imperialista; la burguesía nacional acaba aliándose con la metrópoli para aplastar al insurgente proletariado, como acertadamente indica el Cap. 1 de la Tesis de la COB. Tal la ley de la revolución en nuestra época.

La segunda parte ("La ascensión del fascismo...") pasa revista a los gobiernos Ovando y Tórres y se refiere al golpe contrarrevolucionario de 1971, siendo notoria la deformación de los hechos. En este período, uno de los más importantes de nuestra historia porque se produjo una impresionante movilización y radicalización de las masas, la COB convocó a la constitución del Comando Político y fue uno de los protagonistas de su posterior transformación en Asamblea Popular, órgano de poder de las masas, que abrió con firmeza la perspectiva de la conquista del poder por parte de los explotados. Después del IV congreso no hubo acontecimiento más importante que éste; el que en 1979 no hubiese sido sometido a severa crítica demuestra que los udepistas y otros elementos lo consideraron espinoso en extremo y prefirieron soslayarlo.

La Asamblea Popular, frente antiimperialista dirigido por el proletariado y que planteó rápidamente la dualidad de poderes, fue una de las mayores creaciones de las masa bolivianas, nacida, hay que recalcar, en el seno mismo de la COB y de la FSTMB. El "olvido" de esta valiosísima experiencia no fue ciertamente casual, sino que obedeció a una determinada línea política contraria a los intereses históricos de la clase obrera. Para los que plantean las posiciones de la burguesía nacional, la Asamblea Popular constituyó un error, porque canalizó el empuje de las masas al margen del gobierno nacionalista. Esto, que no está expresado de manera explícita, se deduce de todo el documento.

72.- "Proyecto de Declaración Política de la COB", La Paz, 1979.

Se aprovecha el caso del golpe de agosto de 1971 para arremeter frontalmente contra Paz, en ese momento competidor electoral de la UDP. Los proyectistas sostuvieron, cierto que encubiertamente, que dentro del MNR había un ala antiimperialista, nacional y por tanto, revolucionaria, que sería la UDP. La Tesis cobista, contrariamente, parte de la certeza de la caducidad de todo el nacionalismo de contenido burgués.. Los dirigentes sindicales que se habían sumado a la UDP hicieron lo indecible para arrastrar a los trabajadores a un equívoco: la tesis de que el derechista Siles y enemigo del sindicalismo de ayer, se había transformado en adalid del programa obrero. El programa cobista está elaborado alrededor de la independencia de clase, requisito imprescindible para el desarrollo de la conciencia de los explotados; los proyectistas, al pretenden subordinar a las masas a la dirección burguesa, se encaminaban a estrangular esa independencia clasista, una de las grandes conquistas del movimiento obrero organizado. Los trabajadores alineados detrás de los sectores burgueses, por más democratizantes e izquierdistas que fuesen, dejarían de ser dirección política de la nación oprimida, condición que ha sido conquistada en dura lucha a lo largo de la historia.

Bajo el subtítulo "La clase obrera se opone al fascismo y lucha por la democracia" (lo que vale por todo un programa) se sostiene: "la clase obrera... asume la tarea de encauzar y organizar la lucha antifascista, por la democracia y la liberación nacional". Hasta la misma redacción del párrafo da a entender que en la presente etapa la finalidad estratégica para el proletariado, poseedor del instinto socialista, se concretizaría en la lucha por la democracia y la liberación nacional (tareas inconfundiblemente burguesas). Claro que hay una democracia obrera, pero ésta funciona después de la conquista del poder, bajo la dictadura del proletariado.

Tal conclusión es ratificada más tarde, cuando se habla del socialismo como "una aspiración irrenunciable de la clase obrera". Esto quiere decir que mucho más tarde, en las calendas griegas, podrá plantearse su realización. Esta es una revisión de la Tesis cobista, que habla de que nuestra lucha actual se orienta hacia el socialismo, que el gobierno obrero cumplirá a fondo las tareas democráticas para transformarlas en socialistas, como un proceso único. La Tesis dice: "Las tareas democráticas, que no pueden ignorarse, para su plena realización precisan del gobierno obrero, como portavoz de la nación oprimida, de los campesinos y de la población pobre ciudadana". Más adelante: "Nuestra posición frente a los procesos democráticos dirigidos por la pequeñaburguesía es mantener nuestra independencia de clase... Se transforma en socialista mediante la toma del poder por la clase obrera..."

Si se dice que la lucha tiene como finalidad la democracia, una forma estatal burguesa, se convierte ésta en meta estratégica y el socialismo queda relegado para mucho después, confirmado por este párrafo del proyecto: "En los países capitalistas, atrasados y dependientes como el nuestro, existen tareas nacionales y democráticas que cumplir, como eslabones previos de la ininterrumpida cadena de avances hacia el objetivo final. El socialismo no se hace realidad sin librarse previamente de la subordinación al imperialismo, sin conquistar la soberanía económica y política del país. De esta realidad surgen las tareas principales y la línea de acción inmediata del movimiento obrero en la presente situación nacional". Este planteamiento quiere decir que primero hay que cumplir las tareas democráticas para sólo plantear después el socialismo. La revolución por etapas fue planteada por el PCB. La Tesis cobista dice lo contrario: las tareas democráticas (la liberación nacional) y las socialistas forman parte de la revolución proletaria.

Cuando el proyecto habla de la democracia como del objetivo de la clase obrera en ese momento, quiere decir que ésta no tendría más finalidad que contribuir por la vía electoral, al establecimiento de un gobierno capaz de asegurar la vigencia de las garantías constitucionales y sindicales, que, pese a todo lo que digan los "izquierdistas" proburgueses, constituyen el andamiaje legal del Estado burgués que busca, perpetuar la explotación del asalariado.

Lenin desenmascaró ("Estado y Revolución") a los "socialistas que sirven a la burguesía tras el rótulo de la lucha por la democracia: "la democracia también es un Estado"; acotamos que es una forma de Estado burgués. La democracia tiene un inconfundible sello clasista, dependiendo su carácter de qué clase social está en el poder. En el momento de realizarse el congreso era ya posible darse cuenta que las elecciones de 1979 fueron "legalmente" amañadas por el régimen militar para asegurar la designación por el voto mayoritario de un gobierno burgués. Los dirigentes sindicales seguidores del nacionalismo formularon la tesis de que estaba en proyecto constituir una democracia popular. Si tomamos en cuenta las relaciones entre las clases sociales, lo correcto habría sido sostener que la "democracia" salida de las elecciones, con el apoyo militante de los "izquierdistas", no podía menos que ser una democracia burguesa. En ningún momento los "marxistas" alineados detrás del nacionalismo burgués se refirieron a lo que Marx y Engels

entendía por “la democracia más completa”, que -reiteramos- sólo se dará después de que los obreros tomen el poder por el camino insurreccional y no con ayuda de la papeleta de voto, por muy multicolor que éste sea. Tal concepción antiparlamentarista forma parte de la tradición de la clase, pues constituye la línea política dominante desde Pulacayo hasta el IV Congreso cobista y que no pudo ser plenamente ratificada en la reunión de 1979. Hay que recalcar que Marx, Engels, Lenin y Trotsky sostuvieron, una y otra vez, que la democracia burguesa no es más que una dictadura de clase, un instrumento para mantener oprimidos a los obreros, esta al referirse a la democracia burguesa más perfecta.

La Comisión Política de la COB, doctrinalmente udepista, aconseja, en el último párrafo del proyecto, que los obreros voten por la opción democrática, es decir, por el frente acaudillado por el movimientista de derecha Siles. Concluye que los obreros no pueden ser indiferentes o neutrales en el proceso de democratización. Sí, pero el proletariado no tiene por qué sumarse a ningún frente burgués, cuyo precio sería perder su fisonomía clasista, para someterse a los dictados de la burguesía; contrariamente, está obligado a desarrollar electoralmente su política propia, una línea independiente de clase. Tampoco se puede ser indiferente cuando se plantea el problema del cumplimiento de las tareas democráticas o la efectivización de las garantías constitucionales, pero a la clase obrera le corresponde subrayar en las ánforas que desde el poder será ella la que garantice la efectivización de la democracia y la convierta en favorable para los explotados.

La línea correcta en el V Congreso cobista habría sido proponer la conformación del frente alrededor de la Tesis Política cobista, coincidiendo así con el planteamiento porista y con el repudio a los frentes burgueses y al parlamentarismo.

La línea central democratizante del documento de la Comisión Política fue aprobada por el congreso, no sin antes vencer la resistencia terca opuesta por la fracción del POR. Seguidamente toda la oposición se aunó para borrar el abierto apoyo a la UDP que contenía el proyecto. El documento adoptado fue democratizante en general. Los párrafos francamente udepistas fueron sustituidos con la siguiente conclusión: “los peligros a los que se enfrenta la clase obrera son dos: a) el golpe fascista, que pretende cerrar el proceso democrático, y b) la instalación de un gobierno proimperialista por la vía electoral. Ante estos riesgos, la clase obrera y el pueblo deben movilizarse para ensanchar la brecha democrática, reabrir el proceso antiimperialista y liberador hasta su entronque socialista. Tal movilización debe realizarse garantizando la independencia política, orgánica e ideológica del proletariado”<sup>73</sup>.

La fracción porista presentó un proyecto de resolución política<sup>74</sup>, que comenzaba ratificando la Tesis Política cobista, advirtiendo que correspondía no desvirtuarla con declaraciones acerca de los pasos tácticos que debían darse. En otras palabras, las maniobras coyunturales deberían someterse totalmente a la estrategia de la conquista del poder.

Recalca el repudio al gorilismo. Rechaza, por incongruentes, las tesis de que la contradicción fundamental en el período de “democratización” fuese la existente entre democracia y fascismo, pues ambos no son más que formas de gobierno de la burguesía. Dice: “para arrancar de cuajo el peligro del gorilismo fascista hay que aplastar, mediante la movilización y la acción directa de las masas, a la burguesía monopolizadora de la economía y del aparato estatal. Derrotaremos al gorilismo, que sólo es una expresión política de la burguesía opresora, expulsando del poder a la clase dominante y no poniéndonos una careta democratizante y electorera, que de disfraz puede trocarse en el camino que nos lleve a la derrota y a remachar nuestras cadenas”.

El proceso electoral es denunciado como antidemocrático y puesto al servicio de los grupos burgueses, esto porque se realizaba cuando las tropas de las FFAA seguían acantonadas en los campamentos mineros y cuando regía la semiciudadanía para los campesinos.

El proyecto subraya que corresponde a los obreros no alimentar ninguna confianza en la burguesía democrática y en su gobierno.

Se vuelve a la línea tradicional del proletariado que coloca en primer plano la acción directa y parte de la subordinación del parlamentarismo a ésta.

73.- “Declaración política del V Congreso de la COB. Documento adoptado”, La Paz, 8 de mayo de 1979.

74.- “Resolución Política sobre la situación actual” (proyecto).

El POR propuso un frente antiimperialista bajo la dirección proletaria, con la finalidad de utilizar la lucha democrática como medio de movilización de los explotados hacia la conquista del poder, frente que sólo podía partir de la unidad revolucionaria de todos los explotados, de la independencia de clase y de la preeminencia de la estrategia de la clase obrera.

Como era de esperarse, la verdadera discusión política se centró entre la proposición de la Comisión Política cobista y el proyecto del POR. En los pasillos del congreso circularon trece documentos políticos, pero la pugna se polarizó entre la tesis democratizante y proburguesa de la burocracia y la apasionada defensa de los poristas de la tradicional línea revolucionaria del sindicalismo.

La burocracia sindical se había entregado en cuerpo y alma a las diferentes corrientes burguesas que predominaban en el ambiente político, esto determinó que los revolucionarios concluyesen reducidos a una pequeña minoría imposibilitada de imponer sus ideas mediante el voto; pero correspondió a esta minoría poner a salvo el programa revolucionario y preparar así las condiciones imprescindibles para que el nuevo ascenso de masas desemboque en la victoria.

La burocracia estaba segura que su lucha con el POR acabaría en el espacio pequeño en que deliberaba la Comisión Política. Los poristas volvieron a plantear el problema en la plenaria, convertida en tribuna para dirigirse a la clase obrera.

El congreso ratificó a Lechin como Secretario Ejecutivo. Los puestos principales del directorio cayeron en manos stalinistas (O. Sanjinés, fabril de Cochabamba; S. Reyes, minero, etc.).

## 17

### CONGRESO DE UNIFICACIÓN DEL CAMPESINADO

El campesinado se escindió y se aglutinó en varios grupos, muchos de ellos autonombrados centrales, que giraban alrededor de los frentes burgueses. Tanto la UDP como los de Paz utilizaron electoralmente a sus "centrales".

Frente a este atomizado movimiento, la COB pretendió unificarlo al margen de la influencia oficialista y de los frentes políticos. El congreso de unificación tuvo lugar el mes de junio de 1979. Varios centenares de delegados deliberaron en el cine Ebro de La Paz. La mayor parte de la Confederación Tupas Katari (J. Flores y Huayñapaco). Otros hablaron a nombre de pequeños grupos (la atomizada Confederación de Independientes, campesinos del Norte potosino, etc.).

El llamado cobista no neutralizó la influencia divisionista de los frentes burgueses y tampoco concentró a la mayoría campesina. La reunión fue minoritaria, aprobó documentos preparados anteladamente y ratificó la Tesis cobista.

Un pequeño grupo campesino porista planteó un proyecto político, en el que se ratificaba la estrategia del proletariado y la adhesión de los campesinos. El documento no fue considerado porque la burocracia ya tenía preparado todo y se limitó a hacer votar apresuradamente los diferentes documentos.

Este congreso dirigido por el Secretario Ejecutivo de la Central Obrera Boliviana no pudo escapar a la realidad política que vivía el país. La pugna entre la UDP y la Alianza MNR se reflejó a lo largo de las deliberaciones.